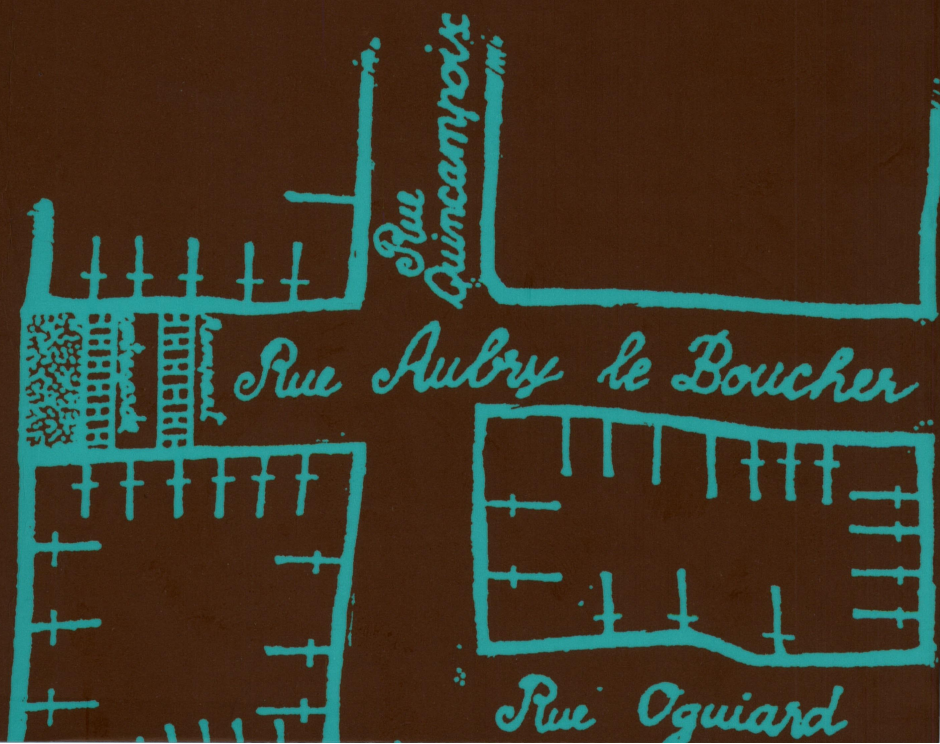


NI DIOS NI AMO

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Auguste Blanqui

[p e p i t a s e d .]



LOUIS AUGUSTE BLANQUI (1805-1881) fue el mayor representante del socialismo revolucionario en Francia durante el siglo XIX. Participó por primera vez en una insurrección durante los disturbios de París de 1827, y más tarde tendría un papel determinante en la revolución de 1848 y en la Comuna de 1871, aun estando preso. Su vida de insurrecto marcó el devenir del movimiento obrero francés, en el que tuvo un peso determinante. Gran conspirador, destacó por su labor en la creación de sociedades secretas, dentro de las cuales se formó una parte importante del movimiento revolucionario, y suyo es el famoso eslogan «Ni dios ni amo».

*Pue neuve
St Merry*

Ni dios, ni amo

Pepitas de calabaza s. l.
Apartado de correos n.º 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

© De la presente edición, Pepitas ed.
© De la traducción, Julio Monteverde

Retrato de Auguste Blanqui pág. 6: Antoine Wiertz
(Óleo sobre tela. Musée des Beaux-Arts de la ville de Paris)

ISBN: 978-84-18998-71-3
Dep. legal: LR-270-2024

Primera edición, abril de 2024

AUGUSTE BLANQUI
Ni dios, ni amo

Antología esencial

Selección, traducción y notas
de JULIO MONTEVERDE

Prólogo de
ALGUNOS AGENTES DEL PARTIDO IMAGINARIO



A UN AMIGO

«A juzgar por la disposición actual de las mentes, el comunismo no estaría precisamente llamando a la puerta. Pero nada es tan engañoso como la situación, porque nada es tan móvil».

SEGUIMOS BAJO EL INFLUJO de gran cantidad de supersticiones. Tenemos nuestras alucinaciones colectivas, que solo los locos ponen en duda, y nuestras apariciones, que únicamente se diferencian de las de antaño en que son más terrenales. Nos cruzamos con nuestros semejantes y en verdad vemos *personas*. Amamos a alguien y hablamos del «Otro». Un siglo nos separa de una vida y la imaginamos como si ya estuviera muy lejos. La diferencia en las vestimentas y ciertas variaciones de vocabulario bastan para convencernos de que existe una distancia insalvable. Pero lo que *comprendemos* solo puede ser una parte de nosotros mismos, lo que *oímos* no puede andar muy lejos. Que nadie se equivoque, Blanqui no es una figura histórica. No vuelve a nosotros como un fantasma del siglo XIX, a menos que se considere que un siglo puede atravesar las épocas. Blanqui es de ayer, de mañana, de ahora. Blanqui existió, los hechos lo atestiguan, pero los hechos también atestiguan que existió ante todo *como personaje conceptual*, como el Zarathustra de Nietzsche, el Gilles de Rais de Bataille o el Heliogábalo de Artaud. De ahí su propia eternidad. Gustave Lefrançais anota en sus *Souvenirs*: «Para los cuatrocientos mil electores del Sena, Blanqui

no es más que una expresión revolucionaria». El nombre *Blanqui* no se refiere a una persona, sino a una *posibilidad existencial*, una manera de estar en el mundo, un poder de afirmación. Si Blanqui fue llamado, con razón, «El Encerrado», fue por la determinación que se desplegó para contener tal poder en el marco de la *figura histórica* de Blanqui, durante nada menos que tres décadas en prisión. La cárcel, la gloria y la calumnia son medios que la necesidad de aislar existencias demasiado ardientes exige una y otra vez.

EL UNIVERSAL deseo de ser alguien, de ser *reconocido*, es la base de la comedia atroz de nuestro tiempo y le da ese aspecto de improvisación libre entre alienados, de teatro al aire libre para toda clase de patologías narcisistas. Alejemos la vista de este penoso espectáculo. Imaginemos un ser que no hubiera podido cerrar los ojos ante el horror del presente —ese lienzo de maldad, injusticia, estupidez, separación y cinismo, cuya desastrosa coherencia solo la policía puede ya garantizar—, un ser al que una especie de enfermedad, o quizá cierto espíritu de rebeldía, habría vuelto incapaz de estar en paz con tal estado de cosas; un ser además que, siendo aún joven, habría encontrado en el motín, el incendio y la conspiración, todo lo contrario de lo que veía a su alrededor: inteligencia, valor, aventura, amistad y verdad. Tal ser —y no hay duda de que, en este mismo momento, hay muchos de ellos que viven y se buscan— sería Blanqui, como Blanqui fue Blanqui. Cada segundo de su vida, cada latido de su corazón estaría movido por esta única pregunta: ¿cómo hacerlo? ¿Cómo constituir una fuerza revolucionaria? ¿Cómo vencer? Las figuras históricas están ahí para entorpecer el camino a las fuerzas que las empujan. Nada es más sencillo, más claro, más *común* que Blanqui. Y justo por eso fue necesario velar esa claridad amenazadora con tantas calumnias, rumores y agua sucia. No hay un misterio Blanqui, a pesar de todas sus actividades

nocturnas, empresas secretas y conciliábulos. Solo existe la evidencia sin fondo de la existencia revolucionaria. Pero, ¿qué demonios le mueve? ¿Cómo puede seguir caminando, deseando y dedicándose a pensar en la situación después de tantas traiciones, pérdidas y decepciones? ¿Y de qué sirve todo esto? No os preocupéis, almas espectadoras, un día desaparecerá y podréis respirar. O quizá triunfe y vosotros sucumbáis. *Mientras tanto*, él será vuestro miedo, esa posibilidad para *vuestra* vida que os agotaréis intentando conjurar.

«EL YO siempre me ha dejado frío».¹ Eso es todo lo que Blanqui opone a la histeria de las malas intenciones, al concierto de celos que su mero nombre basta para desencadenar. Y esto redobra el estruendo. No se digna a responder a sus acusadores, deja que el rumor se expanda y se limita a observar cómo se hincha para luego agotarse en delgados regueros de hiel. Aviso a los medios militantes: «Si con ello se refiere a los odios personales, celos, rivalidades y ambiciones, me uno a usted para despreciarlas, son una de las lacras de nuestra causa; pero tenga en cuenta que no es una plaga específica del partido: nuestros adversarios de todos los colores las sufren por igual. Solo irrumpen con más fuerza en nuestras filas como consecuencia del carácter más expansivo, de la moral más abierta del mundo democrático. Estas luchas individuales, además, se deben a la debilidad humana. Debemos resignarnos y aceptar a los hombres tal como son. Enfurecerse contra un defecto natural es una chiquillada, si no una tontería. Las mentes firmes saben cómo sortear estos obstáculos que nadie puede eliminar pero que todos pueden evitar o superar. Sepamos pues plegarnos a la necesidad y, aunque deploremos el mal, no dejemos que frene

1 Las citas sin referencia son de Blanqui.

nuestro progreso. Repito, el hombre en verdad político no tiene en cuenta estos obstáculos y sigue adelante, sin preocuparse por las piedras que entorpecen el camino». Esto está en la «Carta a Maillard». *Leed* la «Carta a Maillard».

DIONYS MASCOLO escribió una frase acerca de Saint-Just que también es válida para Blanqui: «“La inhumanidad” de Saint-Just está en que no tuvo, como otros hombres, varias vidas distintas, sino solo una». La costumbre entre los humanos es dejar escapar la vida. La mano en el hombro que dice: «Vamos, no te preocupes, todo irá bien» es la más célebre portadora de esta enfermedad. Inhumano, por tanto, es el que se *aferra* a la más alta intensidad que ha encontrado como si esta fuera una verdad. Aquel que no se opone al choque, a la moción de la experiencia, a las reticencias de la mala fe, el escepticismo y el confort se convierte en una *fuerza en marcha*. Con un poco de disciplina, esta fuerza que le une a *esa* intensidad organizará en su propio beneficio la vorágine de atracciones que nos componen, y le imprimirá una dirección única. Lo que los espectadores llaman tontamente «voluntad» se experimenta más bien como un abandono sin reservas. Esta intensidad, para Blanqui, es la insurrección. Es ella la que polariza su existencia a partir de las Jornadas de Julio. «Libertad, igualdad, fraternidad» es un añadido de mal gusto sobre las fachadas de las escuelas; pero para algunos es también la expresión más condensada de la experiencia de la revuelta. «Libertad, igualdad, fraternidad» en el combate callejero, frente a la muerte. Aún es pronto para saber cuántos blanquis nacieron durante las jornadas del 20 y 21 de julio de 2001 en Génova, incluso si muchos ya han muerto al no poder encontrar en el desierto de lo real el camino que los llevara de vuelta allí. «Armas y organización. Quien tiene hierro, tiene pan. Todos se postran ante las bayonetas, y se aniquila a las masas desarmadas.

Francia erizada de trabajadores armados es el advenimiento del socialismo».

SERÍA UN error agitar ante Blanqui el fantasma del «superhombre». Ya se encargan de ello sus enemigos. «Espíritu oscuro, altivo, orgulloso, colérico, sarcástico, inmensamente ambicioso, frío, implacable, capaz de quebrar hombres sin pestañear para allanar su camino. Corazón de piedra, cabeza de hierro». «La cabeza y el corazón del partido proletario en Francia» (un periodista). «El más cínico de los demonios conjurados para la caída de la sociedad moderna» (un reaccionario). Maniobras convenientes para garantizar el aislamiento de un ser fuera de los calabozos. El superhombre es un engaño, del mismo modo que el hombre es una quimera. Basta con distinguir entre la existencia mediocre, que es flotación y navegación sin brújula entre las posibilidades; y la existencia decidida que se ha aferrado a una verdad y trabaja, y opera, a partir de ella. No es extraño que la palabra *destino* derive del verbo *destinare*, que significa «atar». Quien se adhiere de este modo pasa a ser menos persona y más presencia. Poco a poco es menos «humano», pero más común, más *simple*. Al sujeto de tal vinculación se le llama, con razón, «irreductible», puesto que en efecto ya no puede ser reducido a sí mismo. Por nuestra parte, preferimos llamar *reductible* a la multitud de los que, tomándose por personas, se traicionan a sí mismos en todo momento.

LA VÍSPERA de la proclamación de la Comuna, Thiers hizo detener a Blanqui. Lo mantuvo incomunicado y se negó a canjearlo por setenta y cuatro rehenes, entre ellos el arzobispo de París. Flotte relató que Thiers le dijo: «Devolver a Blanqui a la insurrección equivale

a enviarle una fuerza de todo un ejército». Incluso en su propio partido, Blanqui era temido, y no como líder, sino como *potencia*. Supo demostrar sus capacidades para la acción y el pensamiento, y mantenerlas unidas. No hace falta buscar mucho para conocer el origen de los odios implacables y las lealtades indefectibles que despertó. «Los tribunos de aspecto salvaje, con apariencia león y cuello de toro, se dirigen a la bestialidad heroica y bárbara de las multitudes. Blanqui, el frío matemático de la revuelta y las represalias, parece llevar con sus finos dedos el cálculo de los dolores y los derechos del pueblo» (Vallès, *El insurrecto*). Así, Blanqui se dirige a la exactitud y a la determinación, a sus iguales. A diferencia de los líderes, no adula ni menosprecia, y prefiere mantener las distancias que correr el riesgo de seducir. Con su mera existencia desmiente toda la propaganda burguesa que, antes de convertir a los proletarios insurrectos parisinos en montañas de cadáveres tan altas como barricadas, comienza por pintarlos como una masa informe, una plebe descerebrada compuesta por ladrones, borrachos, expresidarios, diablos sin cabeza, criaturas ininteligibles, monstruosas y ajenas a toda humanidad. Sin embargo, *hay* una lógica de la revuelta. *Hay* una ciencia de la insurrección. *Hay* una inteligencia del motín, un pensamiento de la sublevación. Es necesario todo el odio de clase de un Tocqueville para despreciarla: «Fue entonces cuando vi aparecer en la tribuna a un hombre al que no he vuelto a ver, pero cuyo recuerdo siempre me ha llenado de repugnancia y horror. Tenía las mejillas pálidas y marchitas, los labios blancos, un aspecto enfermizo, mezquino e inmundito, una palidez repulsiva, un cuerpo que parecía enmohecido, no dejaba ver ni rastro de ropa blanca y vestía una vieja levita negra pegada a sus miembros delgados y demacrados. Parecía como si viviera en una cloaca y hubiera salido directamente de ella. Me dijeron que era Blanqui». (*Memorias*)

«¡LOS ROMÁNTICOS están acabados!»: tales fueron las primeras palabras de Blanqui, todavía sudoroso y cubierto de pólvora, después de la tres Jornadas de Julio de 1830. Existe, en efecto, un sentimiento *romántico* de la vida, que se extiende hasta nosotros y contamina nuestra época de forma incluso más profunda que durante el siglo pasado. Musset lo codificó de forma definitiva en 1836 en las primeras páginas de la *Confesión*: «Un sentimiento de inexpresable inquietud comenzó a fermentar en todos los corazones jóvenes. Condenados al reposo por los gobernantes del mundo, entregados a toda clase de cuitas, a la ociosidad y al aburrimiento, los jóvenes veían retirarse frente a sí las olas espumosas para las que habían entrenado sus brazos. [...] Al mismo tiempo que la vida exterior era pálida y mezquina, la vida interior de la sociedad adquiría un aspecto oscuro y silencioso. La más severa hipocresía reinaba en las costumbres. [...] Era como una negación de todas las cosas celestiales y terrenales, que puede llamarse desencanto o, si se prefiere, *desesperación*; como si la humanidad aletargada hubiera sido dada por muerta por aquellos que le tomaban el pulso. Al igual que aquel soldado al que una vez preguntaron: “¿En qué crees?” y sin pensar respondió “En mí”, la juventud de Francia, al oír la misma pregunta, respondió sin dudar: “En nada”». Todo lo que se ha hecho de valor en los dos últimos siglos, en todos los campos, se ha hecho *contra* el sentido romántico de la vida, es decir, *con él en mente*. Las *Poesías* de Lautréamont, las *Cartas del no amor* de Shklovsky, los *Diálogos* de Deleuze-Parnet, el álbum *Entertainment* de Gang of Four dibujan un frente que puebla la fría pasión de Durruti, las mejores intuiciones de Lenin y del feminismo italiano, los discursos de Huey P. Newton, la guerrilla urbana y el aire que sopla en Villa Savoye. Todo esto forma parte de lo que llamaremos, por oposición, *el sentido blanquista de la vida*. En el presente volumen, *La eternidad por los astros* e *Instrucciones para tomar las armas* son las expresiones más puras de él. Partir de lo que existe, no de lo que falta o de lo que se dice que *falta* en la realidad. Despreciar

por igual obstáculos y personas. Nunca esperar, actuar con los que están ahí. Entenderse a uno mismo, a los seres y las situaciones no como entidades, sino como recorridos de líneas y planos, atravesados por fatalidades. Conocer lo posible no como un halo que envolviera a los seres, sino como el producto de una colisión entre estas fatalidades. Ni vida después de la muerte, ni ensoñaciones, ni recriminaciones, ni explicaciones. «Hay demasiado consuelo». Renunciar a la idea del caos, simple transcripción mental de la renuncia: «Nunca ha habido, nunca habrá caos alguno en ninguna parte». Una vez identificado lo que hay, es necesario organizarse. Sin rehuir ninguna consecuencia lógica. Los que hablan de revolución sin preocuparse de la cuestión de las armas y los suministros cargan cadáveres a sus hombros. Dejemos a los metafísicos las cuestiones del origen y la finalidad. El aquí y ahora como todo principio, y lo que podemos hacer *en la práctica* al respecto como único objetivo serio. Si el estado de cosas es insostenible, no es por esto... o por aquello... sino por mi impotencia. Nunca opongas las necesidades del pensamiento a las de la acción. Mantente firme en esos momentos de reflujo en los que hay que volver a empezar desde el principio y en soledad: nunca se está solo con la verdad. Tal forma de ser resulta intolerable para aquellos cuya vida no es más que una ingeniosa colección de justificaciones. Frente a ella, el resentimiento se arma de invectivas, denuncia la «toma de poder», la «megalomanía», erige sus cordones sanitarios de mala fe, estupidez y satisfacción; decreta el destierro del monstruo que parece en vías de excluirse del rebaño humano. «Pero que un hombre sincero, dejando atrás ese fantástico espejismo de los programas, esas nieblas del reino de Utopía, salga de la novela y entrando en la realidad pronuncie una palabra seria y práctica como: “Desarmar a la burguesía, armar al pueblo, esta es la primera necesidad, la única garantía de salvación para la revolución”, ¡oh! y entonces la indiferencia termina. Un largo aullido de furia resuena de un extremo a otro de Francia. Uno grita sacrilegio, parricidio, rabia.

Otros se revuelven, desatan su ira contra este hombre, pretenden arrojarlo a los infiernos por haber delectado modestamente las primeras palabras del sentido común».

LOS PARTIDARIOS de la espera siempre han entendido el adjetivo «blanquista» como un insulto inequívoco. Los anarquistas más puros lo toman por sinónimo de «jacobino», mientras que los estalinistas lo utilizan como equivalente de «anarquista». Los imbéciles cultivados de la *Encyclopédie des Nuisances*, que desde hace veinte años tienen el lúcido coraje de apostar sin descanso por la contrarrevolución, han hablado del «blanquismo imaginario» de Unabomber para desmarcarse mejor de sus actos en la introducción a la traducción groseramente falsificada que publicaron de su *Manifiesto*. Para los marxistas, «blanquista» es más bien sinónimo de «golpista», y se usaría para denunciar cierto aventurerismo vanguardista, cierta prisa por organizar sin preocuparse demasiado por la teoría y sin que las masas estén listas. Toda esta confusión superficial carece de interés. «¡Vamos! ¡Paciencia siempre! ¡Resignación, nunca!», esa es la manera blanquista. La alternativa no es entre la espera y el activismo, entre participar en «movimientos sociales» o formar una vanguardia armada, es entre resignación y organización. Una fuerza puede crecer de forma subyacente, según su propio ritmo, y abalanzarse sobre la época en el momento oportuno. Si el éxito del golpe de Estado de Octubre le valió a los bolcheviques la admiración de multitud de adeptos y arribistas de todas las nacionalidades, las fracasadas tentativas de Blanqui, al rodear su nombre de esa aureola maldita, tuvieron al menos el mérito de apartar de él a todos esos miserables. En su texto *Sobre la lucha armada en Europa Occidental*, la Facción del Ejército Rojo cita un pasaje del famoso artículo de Lenin sobre la guerra de guerrillas: «En una época de guerra civil, el ideal del partido es un *partido que luche militarmente*. [...] En nombre

de los principios del marxismo, exigimos de manera categórica que no se eluda el análisis de las condiciones de la guerra civil mediante tópicos y frases manidas sobre el anarquismo, el blanquismo o el terrorismo, y que no se agite ante nosotros el fantasma de ciertos procedimientos absurdos, aplicados en la guerra de guerrillas por tal o cual organización».

QUIEN SE asimila a un destino se coloca al mismo nivel que quienes lo comparten. La experiencia de la amistad es la más dulce consecuencia de esta disciplina. «Considero una conquista haber hecho alianza y amistad con algunos corazones entregados, capaces de grandes afectos y grandes sacrificios. Es una fuerza que no todos poseen». Al igual que el amor emerge de la cloaca romántica, la amistad forma parte de las alegrías blanquistas. Es una rara forma de afecto *en la que no se pierde el horizonte del mundo*. «La amistad», dice Hannah Arendt, «no es íntimamente personal, sino que plantea exigencias políticas y permanece referida al mundo». Allí, los seres se pertenecen los unos a los otros en la libertad, es decir, se pertenecen en la medida en que cada uno pertenece ya para siempre a un destino. Si Cicerón, en su *Laelius*, se vio obligado a advertir de los peligros de secesión que la amistad puede acarrear para la ciudad, es porque un mundo inicuo, una sociedad detestable, no se deja olvidar en la amistad como lo hace en las asombrosas ebriedades del amor. Incluso tiene todas las posibilidades de volverse *contra* un mundo de este tipo, *contra* una sociedad de este tipo. Para decirlo sin rodeos: *toda amistad está hoy en día de alguna forma en guerra con el orden imperial*, o es una mentira.

LACAMBRE, TRIDON, Eudes, Granger, Flotte... al principio, la mayoría de las conspiraciones de Blanqui son tan solo amistades que no reprimen su latencia política. De forma inversa, toda amistad posee un núcleo conspirativo. En 1833, Vidocq denunció más de cien sociedades secretas en París. Toda la historia del movimiento revolucionario en Francia entre 1830 y 1870 lleva la huella de estas sociedades que, nacidas como clubes mientras el régimen lo permitió, se convirtieron en oficinas clandestinas de propaganda o en conspiraciones cuando la represión así lo impuso, y más tarde volvieron a su forma de clubes cuando el régimen cayó. En 1848, en París, había no menos de seiscientas, entre las que se encontró, por citar tan solo una de ellas, el Club del motín revolucionario, ubicado en el 69 de la calle Mouffetard y presidido por Palanchon, viejo cómplice de Blanqui. La historia oficial del movimiento obrero asegura que la tradición conspirativa, con sus juramentos, rituales de admisión y noble secreto, sucumbió al auge del movimiento obrero, del que supuso sin embargo el crisol. ¿No participaron los miembros de la Liga de los Justos, antecesora de la Liga de los Comunistas, en la insurrección abortada de 1839 lanzada por la Sociedad de las Estaciones? ¿No fue Buonarroti quien transmitió el precioso mensaje de Babeuf al mundo moderno? Sin duda, uno no es admitido en la Liga autoproclamada Comunista y autoproclamada Revolucionaria del mismo modo que lo era, en 1839, en la Asociación de Trabajadores Igualitarios: «Escucha con confianza y sin miedo; estás con los republicanos comunistas y, por tanto, has comenzado a vivir bajo la era de la igualdad. Serán tus hermanos si eres fiel a tu juramento, pero estarás perdido para siempre si lo traicionas. Todos lo han jurado como tú mismo acabas de hacer. Escucha ahora con la mayor atención. La comunidad es la verdadera república: trabajo, educación, propiedad, disfrute en común; este es el sol que simboliza la igualdad, ¡la nueva fe por la que todos hemos jurado morir! No reconocemos barreras, fronteras ni patria. Todos los comunistas son nuestros hermanos, y los aristócratas

nuestros enemigos. Pero si temes la cárcel, la tortura y la muerte, si sientes que tu valor flaquea, retírate. Para entrar en nuestras filas, deberás enfrentarte a todo eso. Una vez hayas prestado juramento, tu vida nos pertenece, te habrás comprometido y tu conducta comprometerá a aquel que te dirigirá durante el resto de tu vida. Piensa y responde». Con el fin de la era de las conspiraciones, el movimiento obrero habría pasado de su fase infantil a su fase adulta, de la noche a la luz. Así lo exige la historiografía marxista. Las organizaciones públicas de la socialdemocracia habrían tomado el relevo de la amorfa política proletaria. Desde la Liga de los Comunistas se habría pasado, por grados, a la Asociación Internacional de los Trabajadores y a los partidos socialdemócratas de todos los países, mientras los anarquistas se hundían con torpeza en el terrorismo y el sindicalismo. La verdad es más bien que la política conspirativa *nunca ha cesado*; que todos los lazos tradicionales, todas las amistades del oficio y del barrio, de la aldea en suma, sobre las que descansaba la política proletaria hasta la Comuna, han sido destruidos sin posibilidad de vuelta atrás; y que las *organizaciones* que sustituyeron al pueblo ahora desaparecido no han hecho sino aislar la conspiración en lo «*informal*», desritualizando de este modo todo lo que implicaba la amistad. En el fondo, el conflicto entre Marx y Bakunin sobre la Internacional y su pretendida infiltración por una oscura Alianza internacional de la democracia socialista, apoyada por Bakunin, giraba alrededor de este punto: *por un lado, hay una política basada en programas, y por otro, una política basada en la amistad*. El prusiano Karl Marx no esperó al triste final de la Liga Comunista para detestar la política de los amigos. Su reseña del libro de Chenu *Los conspiradores* resumaba ya en 1850 una evidente hostilidad: «Toda la vida de estos conspiradores profesionales está marcada por la bohemia. Para reclutar sargentos que dirijan la conspiración, marchan de taberna en taberna, toman el pulso a los trabajadores, eligen a su gente, los atraen a la conspiración con promesas, y después toman sus inevitables consumiciones a cuen-

ta de la organización o del bolsillo del nuevo amigo. En definitiva, el tabernero ocupa el lugar del verdadero padre de los compañeros. [...] En este perenne ambiente de taberna, el conspirador, si posee un temperamento abierto como suele ser el caso de los proletarios parisinos, no tarda en convertirse en un “juerguista” consumado. El oscuro conjurado, que muestra una rígida virtud espartana en las sesiones secretas, se descongela de repente y se transforma en un aficionado al cabaret que sabe disfrutar, y cómo, del vino y las mujeres. Esta jovialidad tabernaria se ve reforzada por los constantes peligros a los que el conspirador se expone: en cualquier momento puede ser llamado a las barricadas y perecer allí; y a cada paso la policía le tiende trampas que pueden conducirle a la cárcel o incluso a galeras. Estos peligros son el atractivo de su profesión, y cuanto mayor es la inseguridad más se apresura el conspirador a disfrutar de los placeres del momento. Al mismo tiempo, el hábito del peligro le vuelve indiferente a la vida y a la libertad en el más alto grado. Se siente por igual en casa en la cárcel y en la taberna. Todos los días espera la orden para entrar en acción. La temeridad desesperada que se manifiesta en cada insurrección parisina es con toda evidencia la contribución de esos viejos conspiradores de profesión, los hombres del golpe de mano. Son ellos quienes levantan y dirigen las primeras barricadas, quienes organizan la resistencia, dirigen el saqueo de las armerías, se apoderan de las armas y municiones de las casas y ponen en marcha, en medio de la sublevación, esos audaces golpes de mano que tan a menudo sumen en la confusión al partido en el poder». Esta es una descripción fiel, a escala continental, del tipo de hombre que era Bakunin, quien no podía encontrarse con una persona querida durante sus incesantes viajes transcontinentales sin darle a leer los estatutos de su última sociedad secreta con la esperanza de que se uniera a esa «especie de estado mayor revolucionario compuesto por individuos devotos, inteligentes y, sobre todo, amigos sinceros del pueblo, no ambiciosos ni vanidosos, sino capaces de servir de intermediarios entre la

idea revolucionaria y los instintos populares. El número de estas personas, por supuesto, no puede ser grande. Para la organización internacional en toda Europa, cien revolucionarios fuertes y unidos bastan» (*Programa y objeto de la organización revolucionaria secreta de los Hermanos Internacionales*). En realidad, la política conspirativa nunca ha dejado de correr en paralelo a todas las realidades organizativas. La FAI se mantuvo en paralelo a la CNT en España, del mismo modo que su oficina militar no dependía del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso; en 1912 Lenin fue el único que supo de la última expropiación de Kamo en beneficio de la Organización; la comisión de «trabajo ilegal» de *Potere Operaio* se encargó de su propia financiación y se concibió la constitución del «partido invisible». El partido, cosa que hoy se ha olvidado, nunca dejó de ser legal e ilegal, visible e invisible, público y conspirativo. Es una de las características del presente que, en el momento en que más necesitamos de todos los recursos de la política conspirativa, ya no entendemos nada de ellos. Es necesario mantener a toda costa este principio epistemológico: *la historia del movimiento revolucionario es ante todo la historia de los eslabones que crean su fuerza*.

LAS RACIONALIZACIONES del resentimiento poseen la capacidad de invertir las relaciones lógicas. Desde hace más de un siglo, y sobre todo desde los *Protocolos de los sabios de Sión*, cada acontecimiento revolucionario encuentra entre los esclavos su explicación en la conspiración de los poderosos. La pequeña burguesía planetaria gusta de esta literatura, ya que refuerza su ignorancia y su impotencia. La progresión de este tipo de teoría de la conspiración ha seguido en todas partes la progresión de esta «clase». De hecho, la revelación de que los poderosos conspiran de hecho contra nosotros solo sirve para enmascarar la evidencia contraria: la del poder que se experimenta en la amistad y, en consecuencia, en la cons-

piración. En su prefacio a *Historia de los trece*, Balzac expresa como nadie la ambivalencia de este poder, que puede convertirse en una secesión aristocrática del mismo modo que puede dar lugar a una fuerza revolucionaria. «En París, bajo el Imperio, trece hombres fueron golpeados por el mismo sentimiento, todos dotados de la suficiente energía como para ser fieles a una misma idea, de la probidad necesaria para no traicionarse siquiera cuando sus intereses eran opuestos, de una profundidad política que les permitía ocultar los lazos sagrados que los unían, de la fuerza requerida para situarse por encima de la ley, de la audacia precisa para enfrentarse a todo, y de la suerte adecuada para haber tenido casi siempre éxito en sus planes. Corrieron los mayores peligros, pero guardaron silencio sobre sus derrotas. Fueron inaccesibles al miedo, y no temblaron ni ante el príncipe, ni ante el verdugo, ni ante la inocencia. Se aceptaron unos a otros tal y como eran, sin tener en cuenta los prejuicios sociales. [...] Crearon un mundo aparte del mundo, hostil al mundo, que no admitía ninguna de las ideas del mundo, que no reconocía ninguna de sus leyes [...] una unión íntima de seres superiores, fríos y socarrones, que sonreían y maldecían en medio de una sociedad falsa y mezquina [...]. Hubo pues, en París, trece hermanos que se pertenecían a sí mismos y no se reconocían dentro del mundo. [...] Ningún jefe los mandaba, nadie pudo arrogarse el poder. Solo la pasión más intensa, la circunstancia más exigente se antepone a todo. Eran trece reyes desconocidos, pero verdaderos reyes y más que reyes, jueces y verdugos que, habiéndose dado a sí mismos alas para recorrer la sociedad de arriba abajo, desdeñaban ser cualquier cosa, porque podían serlo todo».



Todos los textos de Blanqui son *de circunstancia*. Están cargados de las condiciones en las cuales, y contra las cuales, fueron escritos. Ni siquiera *La eternidad por los astros* nos ahorra la mención al

castillo del Taureau, en el que estaba preso. De ahí la inexistencia de una *obra* de Blanqui, en el sentido de aquello que recoge la totalidad de un tesoro. De ahí la ausencia de una *doctrina* blanquista, en el sentido en que sí existe una metafísica marxista. «¡Primero un poco de pasión, las doctrinas luego!». Por el contrario, lo que sí hay es un *estilo* blanquista. «Las revoluciones requieren hombres que tengan fe en ellas. *Dudar de su triunfo es ya traicionarlas*. A través de la lógica y la audacia es como se alcanzan y se salvan. Si carecéis de ellas, vuestros enemigos las tendrán por vosotros; solo verán una cosa en vuestras debilidades: la medida de sus fuerzas. Y su coraje aumentará en relación directa con vuestra timidez». Está todo ahí. Blanqui es el inventor del «Ni dios ni amo», es el hombre que escribió «la anarquía *habitual* es el futuro de la humanidad» y el autor de un alegato contra el mutualismo y a favor de la asociación integral titulado «El comunismo, futuro de la sociedad». Buscad alguna ortodoxia en ellos. Por supuesto, construir una fuerza revolucionaria, cuando se trata de derrocar una monarquía administrativa, cuando solo hay una élite a la que derribar, puede ser llevado a cabo por otra élite. Cuando los ejércitos de Bismarck marcharon sobre París, la acción revolucionaria podía significar: «confección de barricadas y trincheras; asignación de iglesias a usos nacionales; reclutamiento de los sacerdotes y, en consecuencia, supresión de cultos; alistamiento forzoso; puesta en común de subsistencias y racionamiento; despido y dispersión de la antigua policía; denuncia de sospechosos y bonapartistas» (*Dommanget*, Blanqui). En la sociedad actual, donde el poder circula también a través del flujo de alimentos, información y medicinas; donde cualquier *ciudadano* reivindica su derecho a espiar a sus vecinos, resulta evidente que una fuerza revolucionaria debe abarcar *todos los aspectos* de la vida, construirse como fuerza de abastecimiento y como fuerza armada, potencia poética y médica, y apropiarse de territorios. Debe concentrar toda la información útil acerca de la organización enemiga y provocar desertiones en todos los estratos

de la sociedad. Debe socializarse a medida que lo social se militariza. Pero al igual que ayer, no puede esperar. Una fuerza de este tipo está en curso de constituirse. Si se apoya en Blanqui, es solo para reflexionar mejor sobre la guerra en curso.

EL TIEMPO pasa. Esa es su naturaleza. Mientras haya tiempo habrá aburrimiento, y el tiempo pasará. El pasado no pasa. Todo lo que *realmente* sucedió mantiene una chispa de eternidad, queda inscrito en algún rincón de la experiencia común. Podemos borrar las huellas, pero no el acontecimiento. Se puede pulverizar su recuerdo, pero cada trozo de escombros contiene la mónada total de lo que se cree haber destruido, y volverá a generarla llegado el momento. Repitémoslo: el historicismo es un burdel en el que se vigila que los clientes nunca se crucen. El pasado no es una sucesión de fechas, hechos y modos de vida, ni un baúl, es un depósito de fuerzas, de gestos, una proliferación de posibilidades existenciales. Su conocimiento no es necesario sino vital. Vital para el presente. Es desde el presente desde donde entendemos el pasado, no a la inversa. Cada época sueña con las anteriores. En la nuestra la pérdida de todo sentido histórico, como en general de todo *sentido*, es el corolario lógico de la pérdida de toda experiencia. La organización sistemática del olvido no se distingue de la organización sistemática de la pérdida de la experiencia. El revisionismo histórico más demencial, que ahora llega a aplicarse a los propios acontecimientos contemporáneos, encuentra su suelo en la vida suspendida de la metrópoli, donde nunca se experimenta otra cosa que signos, señales, códigos y conflictos silenciados. Donde se tienen *experiencias privadas* que flotan silenciosas, inaudibles, nulas; intensidades implosivas que no pueden comunicarse más allá de las paredes de un apartamento, y que cualquier narración vacía más de lo que

ofrece para compartir. Es bajo la forma de su privatización como se expresa hoy más comúnmente la privación de experiencia.

DICIEMBRE DE 2006. El barco de la nación se hunde por todas partes. Pronto solo quedará de ella puesto de vigía. Francia arde y naufraga. Esto es bueno. Reaviva los recuerdos. Las escuelas en llamas arden en memoria de las generaciones de proletarios que aprendieron allí el amargo sabor de los horarios, el trabajo y la obediencia, que hicieron suyo el sentimiento de su completa inferioridad. Los que ya no votan honran a los insurrectos de junio de 1848, esa «revuelta de ángeles rebeldes que nunca han vuelto a levantarse» (Cœurderoy), y a los que se pasó por las bayonetas en nombre del sufragio universal. En los programas de radio, los intelectuales de izquierda se preguntan si el gobierno tendrá el *coraje* de enviar al ejército a los suburbios, del mismo modo que sus antecesores aplaudieron a los generales que, a su regreso de Argelia, masacraron a los proletarios parisinos tal y como se habían acostumbrado a civilizar a los nativos. Hoy, como ayer, estos bastardos se autodenominan republicanos y hablan de «chusma». Los presos de Acción Directa han cumplido hace tiempo su condena. Régis Schleicher pronto rivalizará con Blanqui en longevidad carcelaria. El ejército se entrena más que nunca para la vieja guerra callejera. En Francia, el reloj histórico sigue parado en mayo de 1871. La cuestión comunista es siempre la única que atormenta a *todas* las relaciones sociales, incluso a las sexuales. El universo se agita. El 31 de marzo, una manifestación de cuatro mil personas duró más de ocho horas, desde la intervención del presidente de la senil República —que acababa de anunciar en el telediario que se mantendrá el contrato de primer empleo— hasta las cuatro de la madrugada. Quiso ir al Elíseo, y luego se dirigió a la Asamblea Nacional, en la Concordia, donde no logró entrar por falta de equipo y armas.

Lo mismo sucede en el Senado. A medida que la marcha avanza, crece la determinación. Un canto marcial la dirige: «¡París, en pie, despierta!». Es una orden. En el bulevar de Sébastopol y luego en Magenta, los escaparates de bancos y agencias de trabajo temporal empiezan a caer uno tras otro, metódicamente. Las prostitutas de Pigalle saludan desde una ventana. La multitud sube a toda prisa hacia el Sacré-Cœur al grito de «¡Viva la Comuna!». La puerta de la cripta no cede. Es una pena, podría haberse quemado. Al volver a bajar, en una callejuela, en el tercer piso, una señora en camisón observa desde su balcón, mientras en su apartamento suena a todo volumen *Les mauvais jours finiront*. La oficina del infame Pierre Lellouche no tardará en ser saqueada. Son las tres de la mañana. El pasado no pasa. El incendio de París será la digna culminación de la obra de destrucción del barón Haussmann.

ALGUNOS AGENTES
DEL PARTIDO IMAGINARIO

CRONOLOGÍA²

1805

8 de febrero. Nacimiento de Louis Auguste Blanqui en Puget-Théniers (Alpes Marítimos).

1817

Comienza sus estudios en París.

1823

Se une a los carbonarios.

1826

Comienza a estudiar Derecho y trabaja como tutor.

1827

Abril-noviembre. Resulta herido en tres ocasiones durante violentas manifestaciones callejeras en París.

1829

Se incorpora como taquígrafo al periódico *Globe*, de la oposición moderada.

1830

Se involucra activamente en la revolución.

29 de julio. Participa en la toma del Palacio de Justicia.

2 Para la realización de esta cronología, así como para la noticia de los textos y las notas biográficas, se han seguido en su mayor parte las informaciones consignadas por Dominique Le Nuz en su antología de textos de Blanqui titulada *Maintenant, il faut des armes*, publicada por la editorial La fabrique en París en 2006. [A partir de este punto, todas las notas son del traductor].

1831

Enero. Es encarcelado en *La Force*. Una vez liberado, participa en el saqueo del arzobispado.

Junio. Coedita el periódico *Au Peuple*.

Julio. Detenido junto a Raspail por conspirar contra la seguridad del Estado. Sale absuelto de los cargos de delito de prensa y conspiración, pero es condenado a un año de cárcel por su escandaloso alegato.

1833

Agosto. Se casa con Amélie-Suzanne Serre, de la que había sido tutor. Ella tiene diecinueve años.

1834

Febrero. Director y redactor jefe de la revista *Le Libérateur*.

12-14 de abril. Participa en las jornadas insurreccionales que desembocan en la masacre de la *rue Transnonain*.

Julio-agosto. Funda la Sociedad de las Familias junto a Barbès.

1836

Es condenado a dos años de prisión y encerrado en Fontevault.

1837

Mayo. Es liberado por una ley de amnistía. Al salir, crea la Sociedad de las Estaciones.

1839

12 y 13 de mayo. Dirige junto a Barbès y Martin Bernard la insurrección de la Sociedad de las Estaciones.

Detenido el 14 de octubre, es condenado a muerte el 31 de enero de 1840, sentencia que le será conmutada por la de cadena perpetua. Trasladado al Mont-Saint-Michel.

1841

Muerte de Amélie-Suzanne.

1844

Diciembre. Rechaza el indulto que se le había concedido a tenor de su delicado estado de salud.

1848

Tras la revolución de febrero, funda en París la Sociedad Republicana Central (el «Club Blanqui»).

17 de marzo. Es uno de los líderes de la gran manifestación que exige el aplazamiento de las elecciones.

31 de marzo. Se publica el «documento Taschereau», en el que se acusa a Blanqui de haber entregado a los principales dirigentes de las Sociedades de las Familias y las Estaciones.

15 de mayo. Se ve forzado contra su voluntad a encabezar la manifestación que acaba invadiendo la Asamblea Nacional.

27 de mayo. Es encarcelado en el castillo de Vincennes, donde permanece durante los días de junio de 1848.

1849

Abril. Condenado a diez años de prisión y trasladado a Doulens

1850

Trasladado a Belle-Île-en-Mer.

1857

Es trasladado a la prisión de Corte, en Córcega, y luego a Mascara, en Argelia.

1859

Agosto. Amnistía general. Vuelve a París y reanuda las actividades revolucionarias.

1861

Junio. Condenado a cuatro años de prisión por formar una sociedad secreta imaginaria denominada «Los Cocodrilos». Encarcelado en Sainte-Pélagie. Inicio de la creación de un partido blanquista.

1864

Trasladado al Hospital Necker.

1865

Publica el periódico *Candide*, dedicado a la filosofía y la crítica religiosa, del que se publican ocho números.

Agosto. Escapa de Necker y huye a Bruselas.

Octubre. Viaja al Congreso Internacional de Estudiantes en Lieja y comienza a formar el grupo de combate blanquista. Estancias frecuentes en París con nombre falso.

1866

Septiembre. Asiste como observador al Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores en Bruselas.

1867-68

Escribe *Instrucciones para tomar las armas*.

1870

Enero. Gran manifestación contra el Imperio con motivo de los funerales de Victor Noir. Blanqui, sin hacerse notar, pasa revista a sus tropas en los Campos Elíseos.

14 de agosto. Fracaso de la insurrección blanquista en La Villette.

4 de septiembre. Caída del Imperio. Funda un nuevo diario, *La Patrie en danger*. Es elegido comandante del batallón 169 de la guardia nacional.

31 de octubre. Capitulación de Metz. El pueblo parisino ocupa el Hôtel de Ville. Un comité provisional (Flourens, Delescluze, Blanqui) intenta encauzar la situación en una dirección revolucionaria.

1871

22 de enero. Desempeña un papel activo en el intento de insurrección para derrocar al gobierno provisional.

28 de enero. Capitulación de París.

8 de febrero. Elecciones legislativas en las que Blanqui no consigue salir elegido diputado por París.

17 de marzo. Es detenido por su participación en la jornada insurreccional del 31 de octubre y encarcelado en la prisión de Cahors.

18 de marzo. Proclamación de la Comuna.

28 de marzo. Thiers rechaza su intercambio por setenta y cuatro rehenes.

Mayo. Trasladado al castillo de Taureau, donde escribirá *La eternidad por los astros*.

1872

Febrero-abril. Juicio ante el Consejo de Guerra en Versalles. Condenado a cadena perpetua y encarcelado en Clairvaux.

1879

Abril. Es elegido diputado por Burdeos desde prisión. La elección será posteriormente invalidada.

10 de junio. Blanqui es indultado y puesto en libertad. Recibimiento triunfal en Lyon, Marsella y París.

1880

Funda el periódico *Ni Dieu ni maître*.

1881

1 de enero. Muerte de Blanqui en París. Durante su entierro, cien mil personas siguen su féretro hasta el cementerio de Père-Lachaise.

NI DIEU NI MAITRE

1. **NAME OF LABORER**
 2. **DATE**
 3. **TIME**
 4. **PLACE**
 5. **REMARKS**

REDACTEUR EN CHEF : AUGESTE BLANQUI

REDACTION ET ADMINISTRATION
18, Passage de l'Opéra, Québec et L'Espresso
ANNONCES AU BUREAU DU JOURNAL
Les annonces des autres ne sont pas traitées

His gallantry and courage
were the others' strength in battle
in Italy.

Respect à ceux qui sont restés
fidèles à la mort des représentants du
bien, de la Justice et de l'Égalité.

QUESTION SOCIAL

LE & LIFE

There is a great deal of talk about the need for a new kind of internationalism, one that is not based on the interests of the few but on the interests of the many. This is a noble ideal, but it is one that has been tried and found wanting. The only way to achieve a new kind of internationalism is to create a new kind of internationalism. This is a task that requires the cooperation of all nations, but it is a task that can only be accomplished by the people of the world.

[illegible]

"I believe that the only way to
 solve the problem of the
 future of the world is to
 create a new world order
 based on the principles of
 justice, peace, and
 cooperation. This is the
 only way to ensure the
 survival of the human race.
 We must work together to
 create a world where
 everyone has the right to
 live in peace and
 harmony. This is the only
 way to ensure the future
 of our planet."

[illegible]

There is a great deal of talk about the "new" American literature. It is a talk that has been going on for some time, and it is a talk that has been going on in a very interesting way. It is a talk that has been going on in a way that is very interesting to me, and it is a talk that has been going on in a way that is very interesting to me.

[illegible][illegible]

Les deux, qui ont travaillé d'abord en-
 semble pour la production de la série de
 films et de films d'animation, ont décidé
 de se lancer dans une aventure commune.
 Ils ont créé, à Paris, la société d'animation
 Les Studios Histoires de France. La
 société finance, développe et distribue
 des films d'animation. Elle a produit, en
 collaboration avec la télévision, une série
 de films d'animation pour les enfants, et
 une série de films d'animation pour les
 adultes. Elle a également produit des
 films d'animation pour les adultes, et
 des films d'animation pour les enfants.

X

Les députés de la Chambre ont nommé
un commissionnaire mixte.

Le Commissionnaire pour l'examen du projet
sur les crimes des corps d'officiers
démissionnaires de la marine et des colonies.

M. Dumont, Mithouy, et Mahri, Pro-
cureurs, Bess, Bouchot, Allard,
Vautier, Wemy, Lamy, Dapin.

Le Commissionnaire pour l'examen de la
proposition de M. M. Talandier et plu-
sieurs de ses collègues, relative aux in-

[illegible][illegible]

habitant des bords d'une rivière
petite inférieure à 400 ft. seront con-
cises comme bon leur paraîtra.

LA JUSTICE

SEY - LAISANT - ROCHEFORT

Le dénouement

Et ainsi la comédie et la tragédie se ren-
versent. Ne nous souvenons aujourd'hui
de la première; nous arrivons à l'acte

LA JUSTICE
SEY - LAISANT - ROCHEFORT

Le momentané

Il était la moitié de la septième sonnée. Les coups sonneront encore une fois, et ce sera l'heure de la séance, et probablement de la séance d'ouverture de la conférence internationale pour l'étude de la pollution atmosphérique. Mais il y a encore un moment à passer. Le directeur de l'Institut de la Santé Publique, M. de la Roche, qui a été nommé président de la conférence, vient de faire un tour de la salle pour se rendre compte de l'atmosphère. Il y a beaucoup de monde, mais pas de bruit. Les gens sont assis, et ils attendent. M. de la Roche a fait un tour de la salle, et il est revenu. Il a dit : « C'est bien, c'est bien, c'est bien. » Il a dit : « C'est bien, c'est bien, c'est bien. » Il a dit : « C'est bien, c'est bien, c'est bien. »

[illegible][illegible]

1.

fringe Universel

1982, le monde, à voir à l'échelle de la planète, à l'échelle de l'humanité, à l'échelle de la civilisation, à l'échelle de la culture, à l'échelle de la religion, à l'échelle de la morale, à l'échelle de la justice, à l'échelle de la paix, à l'échelle de l'amour, à l'échelle de la fraternité, à l'échelle de la solidarité, à l'échelle de la coopération, à l'échelle de la compréhension, à l'échelle de la tolérance, à l'échelle de la confiance, à l'échelle de la vérité, à l'échelle de la liberté, à l'échelle de la dignité, à l'échelle de la responsabilité, à l'échelle de la transparence, à l'échelle de la participation, à l'échelle de la démocratie, à l'échelle de la justice sociale, à l'échelle de la justice économique, à l'échelle de la justice environnementale, à l'échelle de la justice culturelle, à l'échelle de la justice spirituelle, à l'échelle de la justice universelle.

REFERENCES

[illegible][illegible][illegible]

La mort du général comte de La Fayette, le 20 septembre 1834, fut une perte pour la France. Elle fut aussi l'occasion d'une grande manifestation patriotique. Le 22 septembre, à Paris, une foule immense se rassembla sur la place de la Bastille, pour rendre hommage au héros de la Révolution. Le général fut inhumé au cimetière de la Madeleine, le 24 septembre.

QUE FAIRE ?

[illegible][illegible][illegible][illegible][illegible]

1. *Il faut, d'abord, que les conditions
 de la vie soient favorables à la
 reproduction, c'est-à-dire que les
 ressources alimentaires soient abun-
 dantes, que les dangers de la vie
 soient réduits, que les conditions
 de la vie soient favorables à la
 reproduction.*
 2. *Il faut, ensuite, que les condi-
 tions de la vie soient favorables à
 la reproduction, c'est-à-dire que
 les ressources alimentaires soient
 abondantes, que les dangers de la
 vie soient réduits, que les condi-
 tions de la vie soient favorables à
 la reproduction.*
 3. *Il faut, enfin, que les condi-
 tions de la vie soient favorables à
 la reproduction, c'est-à-dire que
 les ressources alimentaires soient
 abondantes, que les dangers de la
 vie soient réduits, que les condi-
 tions de la vie soient favorables à
 la reproduction.*

NOTICIA DE LOS TEXTOS

Primera proclama

Primer texto conocido de Blanqui, escrito durante los días previos a la insurrección de julio de 1830. Se desconoce si fue impreso.

*La ley que prohíbe leer al pueblo / Nuestra bandera es la igualdad /
La riqueza social debe pertenecer a los que la crearon*

Textos publicados en febrero de 1834 en el diario *Le Libérateur*, «diario de los oprimidos, que busca una reforma social para la República». En estas colaboraciones, Blanqui marca distancia con las ideas utopistas, mientras su pensamiento empieza a anclarse alrededor de los términos revolución, república y socialismo, así como de la denuncia de las maniobras de la reacción.

Organización de la sociedad de las familias / Llamamiento del Comité de la Sociedad de las Estaciones al pueblo de París

En 1834 se promulga una ley prohibiendo que las asociaciones constituyan secciones. A partir de ese momento, la oposición revolucionaria pasa a organizarse en sociedades secretas, llegando en ocasiones a tomar carácter militar. Blanqui organiza en 1834 la Sociedad de Familias, que alcanza a contar con doce mil miembros, y por cuyas actividades será encarcelado durante cinco meses. A su salida creará la Sociedad de las Estaciones, que pretenderá conformar un «poder revolucionario» fuertemente jerarquizado. Blanqui

tomará la costumbre de realizar revistas de tropas en París con el objetivo de mantener a los integrantes en tensión revolucionaria. La Sociedad participará en la insurrección de 1839, tras la cual Blanqui será de nuevo encarcelado.

En defensa de la bandera roja

Cuando en febrero de 1948 estalla la revolución en París, Blanqui acude a la ciudad y se suma a los insurrectos. Durante la jornada del 25 de ese mismo mes Lamartine,^{3*} en un célebre episodio inmortalizado por Philippoteaux, rechaza sustituir la bandera tricolor por la roja, al considerarla «una bandera que no se manchó con la sangre del pueblo en 1791 y 1793». Ese mismo día Blanqui escribe este texto sin firma que fue impreso y pegado en las paredes de la ciudad durante la noche. El 26 de febrero el gobierno aceptó colocar un distintivo rojo en la bandera tricolor.

Discurso al gobierno provisional

El 20 de abril de 1848 el gobierno provisional, bajo el pretexto de una supuesta «fiesta de la fraternidad», introduce cinco regimientos en París, los cuales, después de llevar a cabo una demostración de fuerza en forma de desfile, permanecerán dentro de los límites de la ciudad. Blanqui escribe este texto denunciando la maniobra.

3 En su primera aparición, los nombres de personajes que tuvieron un papel significativo en los eventos relatados aparecerán marcados con un asterisco. El lector podrá encontrar una pequeña descripción de cada uno de ellos en las notas biográficas.

Las masacres de Ruan. La Sociedad Central Republicana en el gobierno provisional

El 26 de abril de 1948 las opciones moderadas obtienen una victoria sin paliativos en las elecciones. Poco después se producen disturbios en Ruan, ciudad industrial en la que el movimiento obrero esperaba mejor suerte. La revuelta, de gran violencia, durará dos días, y en ella estará presente Blanqui dirigiendo la lucha en las barricadas. Una vez terminada la insurrección escribirá este texto, que fue pegado en las paredes de la ciudad.

La unión de los verdaderos demócratas

Durante una campaña de banquetes celebrados en conmemoración de la declaración de la Primera República, algunos partidarios de Ledru-Rollin* publican un manifiesto en el que se bautizan a sí mismos como «la Montaña». Blanqui es requerido para participar en esta campaña, y en su colaboración invita a los republicanos revolucionarios a reagruparse bajo la bandera roja socialista, así como a desconfiar de los rollinistas y sus intentos de recuperación de los términos clave del socialismo.

Sobre la revolución

El mes de abril de 1849, Blanqui es condenado a diez años de prisión. Al principio se le permite escribir y publicar, pero la aparición de un artículo en una revista de París provoca que le sea revocado tal derecho. A partir de ese momento se dedica a redactar diversos textos teóricos como este, escrito en 1850.

Aviso al pueblo / Sobre el clamor contra el Aviso al pueblo

Durante su estancia en la cárcel de Belle-Île, Blanqui y sus partidarios conviven junto al grupo liderado por Barbès,* con el que

pronto entran en confrontación directa. En este ambiente, Blanqui recibe una invitación para enviar un brindis a un banquete en el que se reunirán los refugiados políticos que viven en Londres, y que pretende aglutinar a todas las tendencias. Blanqui mostrará su rechazo ante tal alianza. Su carta, que no estaba destinada a leerse en el banquete sino a advertir a sus partidarios, será sin embargo hecha pública, lo que provocará una gran polémica que le obligará a escribir un segundo artículo, en el que defenderá la necesidad de ruptura con los socialistas moderados y reformistas, de los que Barbès ya había pasado a formar parte.

*Carta a Maillard**

En 1852 Maillard, antiguo revolucionario huido a Barcelona, envió a Blanqui una insistente serie de cartas acerca de las causas del fracaso de la revolución de 1848. Blanqui respondió finalmente a sus demandas, distribuyendo después su carta entre los círculos revolucionarios.

La usura / El comunismo, futuro de la sociedad / Medidas inmediatas / Proyecto de discurso

Durante su estancia en la prisión de Belle-Île, Blanqui dedicó gran parte de su tiempo a profundizar en las más diversas materias y a realizar una ingente cantidad de lecturas. Fruto de todo este trabajo de reflexión fueron los textos que con posterioridad recopiló en su obra *La crítica social*, publicada en 1885. Los cuatro textos que presentamos fueron incluidos en esta obra como capítulos independientes.

Candide

En 1860 Blanqui se instala en París con el objetivo de crear una publicación destinada a suscriptores escogidos. Es condenado por ello a cuatro años de prisión en Sainte-Pélagie. Sin embargo, esta reclusión facilitará que se cree un nuevo núcleo de jóvenes partidarios a su alrededor. Y para dotarlos de un órgano de expresión, Blanqui crea *Candide* en 1865, periódico que gozará de un inesperado éxito hasta que el octavo número sea secuestrado y sus redactores detenidos.

Instrucciones para tomar las armas / Esquema del procedimiento a seguir en un levantamiento armado en París

En agosto de 1865, Blanqui escapa del hospital Necker y huye a Bruselas vestido de mujer. Poco después comienza a realizar frecuentes viajes a París para organizar los grupos de combate denominados «decenas», jerarquizados según el modelo de la Sociedad de las Estaciones. En 1868 dispone ya de dos mil obreros a sus órdenes. Es en este ambiente que fueron escritos estos textos, los cuales tendrán una importancia determinante cuando se desencadenen los sucesos que conducirán a la proclamación de la Comuna de París en 1871.

Una última palabra

A comienzos de 1871, tras la firma del armisticio por Jules Favre, Blanqui es separado de toda actividad pública, incluido el batallón 169 de la Guardia Nacional del que había sido elegido comandante en septiembre. Sin embargo, no acepta la capitulación y escribe este texto en el que realiza una detallada descripción de las medidas que se podrían haber tomado para evitar la rendición.

La eternidad por los astros

El 20 de marzo de 1871, Blanqui es transferido al castillo del Taureau, situado en un islote de la bahía de Morlaix. Allí permanece incomunicado y no recibe ninguna noticia de los sucesos de La Comuna. En estas penosas condiciones su mirada se dirige hacia la bóveda celeste, consigue los escritos de Laplace y en unos meses escribe el que quizá sea su texto más singular y sorprendente. La obra recibió una gran acogida incluso entre especialistas como Flammarion, y aún hoy reclama ser leída como una anticipación de la idea nietzscheana del eterno retorno recorrida por un deslumbrante aliento poético.

PRIMERA PROCLAMA

27 de julio de 1830

¡PARISINOS!

Carlos X ha incumplido la Carta, revocado leyes, aniquilado todas las libertades. ¡Nada de imprentas! ¡Nada de periódicos! ¡Nada de libros! ¡Nada de Cámara! El Antiguo Régimen ha sido reestablecido, y Francia ha sido entregada de pies y manos a los nobles y a los sacerdotes.

¡A las armas, ciudadanos! ¡A las armas para defender la patria, nuestro honor, nuestra existencia! ¿Aceptaremos convertirnos en un rebaño de esclavos bajo el látigo de los jesuitas? ¡No, no! ¡Antes la muerte!

No es el pueblo el que perecerá, sino los miserables que pretenden esclavizarlo. ¡En pie! ¡En pie! Aplastemos a estos infames. Que el castigo caiga como un rayo sobre su ofensa.

ARTÍCULO PRIMERO. Todos los ciudadanos de entre dieciséis y cincuenta años de edad están llamados a la defensa de la patria y la libertad.

ARTÍCULO SEGUNDO. Los hombres de entre dieciséis y treinta años, armados o desarmados, acudirán a la plaza del Hôtel de Ville para que se les asigne un batallón.

ARTÍCULO TERCERO. Los hombres de entre treinta y cincuenta años permanecerán en sus distritos para preparar la resistencia.

ARTÍCULO CUARTO. Se construirán barricadas en todas las calles cada cincuenta metros. Las calles serán despavimentadas y, en las principales vías de paso, los adoquines se llevarán a los pisos superiores para lanzarlos sobre las tropas de Carlos X.

ARTÍCULO CINCO. Los antiguos oficiales, suboficiales y soldados son llamados al Hôtel de Ville para formar los mandos de los batallones populares.

ARTÍCULO SEXTO. Se establecerán comisiones para: 1) el reparto de víveres; 2) el armamento; 3) la munición. Los ciudadanos aptos para formar parte de estas comisiones deberán presentarse en el Ayuntamiento.

ARTÍCULO SÉPTIMO. El pueblo tomará posesión de las armas de fuego que se encuentren en las armerías, así como de la pólvora y las balas. El Estado reembolsará el precio de todos estos objetos con una prima de riesgo del 25 %.

LA LEY QUE PROHÍBE LEER AL PUEBLO

Le Libérateur, n.º 1, 2 de febrero de 1834

EL SEÑOR BARTHE* HA leído, en la tribuna conocida como «nacional», un proyecto de ley sobre los vendedores ambulantes. En virtud de esta ley, nadie podrá vender escritos en la calle sin haber recibido antes la autorización de la policía. Pero esta autorización podrá ser retirada, lo que equivale a decir que a partir de ahora no habrá vendedores ambulantes, salvo los del señor Gisquet.* El público se verá colmado de las repugnantes diatribas, los libelos que las imprentas de la calle Jerusalén⁴ vomitan cada día contra cualquiera que sienta en su pecho los latidos de un corazón independiente y generoso. Los escritos republicanos serán proscritos, el pueblo ya no podrá extraer de ellos los principios de una moral pura, y tal fuente de luz y de virtud se apagará. Ya no habrá libertad de prensa para ellos, puesto que los periódicos son demasiado caros para su bolsillo. La libertad de prensa solo existirá, e incluso eso hasta cierto punto, para los grandes periódicos.

Jamás una ley fue más abiertamente hostil al pueblo, nunca se hizo un ataque más flagrante a esa libertad por la que en julio de 1830 murieron seis mil de nuestros hermanos. Se habla de las ordenanzas de Carlos X; ¿pero acaso fueron más contrarrevolucionarias que la ley propuesta por el señor Barthe? Las ordenanzas de

4 Antigua calle de París, ya desaparecida, en la que en 1834 se encontraba el edificio de la prefectura de policía de la ciudad.

Carlos X atacaban sobre todo a las clases medias; golpeaban a los periódicos que leen los acomodados. La ley Barthe, más perversa y odiosa, ataca a la prensa de la calle, a la de los talleres, y deja muy claro que los trabajadores no tienen derecho a la educación.

El pueblo ha sido siempre el chivo expiatorio de la aristocracia. Como siervo, fue oprimido por nobles y sacerdotes. Bajo el nombre de trabajadores y artesanos, es oprimido por la aristocracia financiera. Para estos ricos altivos que engordan con el sudor de los proletarios, no es más que una vil chusma digna de todo desprecio y a la que es necesario mantener en la eterna ignorancia.

¿Se atreven, después de julio, a tocar las libertades y los derechos que el pueblo había recuperado con brazo firme y terrible? En verdad, en aquel tiempo sabía cómo proteger las cosas... Mediante algunas promesas realizadas en un falso tono de ingenuidad e inocencia que engañó a un pueblo demasiado crédulo, la nueva monarquía se colocó en el lugar de la realeza derrocada, con la secreta intención de obtener la pura y dura Restauración. Volver de golpe a sumergir al pueblo en la esclavitud de la que salió gracias al sublime impulso de las tres jornadas⁵ habría sido una empresa demasiado temeraria. El gobierno no se atrevió a intentarlo.

En cambio, adoptó un sistema más péfido que consistía en revocar una a una las libertades conquistadas por la revolución. Esperaba así suprimirlas todas y reducir al pueblo a una servidumbre aún más degradante de la que sufría bajo la Restauración. Este método se ha implantado con infatigable perseverancia durante tres años. Ya nos han arrebatado una parte de nuestros derechos. Unos pocos esfuerzos más por parte de los hombres del 7 de agosto,⁶ y

5 Blanqui se refiere a la Revolución de 1830, también denominada Revolución de Julio o las Tres Gloriosas, que llevaron al trono a Luis Felipe I de Francia y abrieron el periodo conocido como Monarquía de Julio.

6 El 7 de agosto de 1830 el Parlamento francés modificó la Constitución, eliminó el preámbulo que aludía al Antiguo Régimen y la presentó como

una enorme red de arbitrariedades, privilegios y monopolios envolverá al pueblo, lo asfixiará y lo dejará a merced de un puñado de explotadores insaciables.

Para hacerse una idea de la conducta del gobierno con respecto a la prensa popular desde la revuelta de julio, y para comprobar hasta qué punto ha ido circunscribiendo y estrangulando poco a poco esta libertad, la más preciada de todas, baste recordar las sucesivas infracciones que se han producido. Al comienzo se permitía fijar los periódicos en las paredes, donde la gente podía leerlos sin coste. El gobierno se apresuró a pedir a las Cámaras y obtuvo de ellas una ley que prohibía la publicación de cualquier tipo de escrito político. Pero quedaban los vendedores ambulantes. El gobierno no podía permitir que ejercieran su trabajo con libertad, por lo que los sometió a restricciones vergonzosas y vejatorias. Sin embargo, como no creía que estuvieran lo bastante avergonzados y vejados, los hizo arrestar por los sargentos y los sumió durante meses en calabozos. La prensa callejera salió triunfante de estas persecuciones; se mostró más abnegada y más incansable en su tarea de hostigar con su generosa indignación a un poder egoísta y brutal que, sintiéndose en peligro por cada nuevo escrito que se vendía en las calles, se despojó por fin de su careta y llegó a proponer a las Cámaras una ley que suprimiría los escritos políticos destinados a los obreros, que terminaba sin piedad con el trabajo de los vendedores ambulantes y entregaba a la mendicidad a varios miles de valientes ciudadanos.

¿Hasta dónde llegará este método de persecución? Acabo de decirlo: terminará cuando no haya más derechos que sofocar ni libertades que confiscar; cuando todos los franceses, sacrificando su

un pacto entre la nación y el rey. Además, la religión católica dejó de ser la religión del Estado, se suprimió la censura de la prensa y se adoptó la bandera tricolor.

dignidad de seres humanos, ofrezcan su cabeza al yugo que se les pretende imponer. Solo entonces se detendrá la marcha ascendente del gobierno en su camino de arbitrariedad; porque entonces habrá alcanzado el último extremo de la opresión. No podrá ir más allá. Los hombres del 7 de agosto habrán ejecutado los planes de los cuatro prisioneros de Ham,⁷ y Carlos X podrá decir: «Franceses, me expulsasteis del trono con horcas y palos de escoba. Pero aquel que se hace llamar vuestro elegido os ha hecho expiar aquella victoria. Me ha vengado».

7 A raíz de las Jornadas de Julio, los cuatro ministros de Carlos X fueron encarcelados en el fuerte de Ham, cerca de Amiens.

NUESTRA BANDERA ES LA IGUALDAD

Le Libérateur, n.º 1, 2 de febrero de 1834

HOY EN DÍA SE ha vuelto costumbre pedir profesiones de fe a los nuevos políticos. Profesar una fe supone admitir algo además de intereses materiales. Sin embargo, por poco que se pretenda salir del círculo de estos intereses, la facción monárquica, como una sola voz, clama contra la anarquía. «Queréis destruirlo todo», se proclama desde todos lados, «y no tenéis nada que ofrecer en su lugar». Esta es la frase sacramental que gobierna el país desde hace tres años, y cuando se ha pronunciado una vez, ya no hay replica contra ella. Sin embargo, debemos poner fin a esta fraseología, y explicar las cosas de forma categórica, dejando de lado las palabras huecas. ¿Qué entendemos por destruir *lo que existe*? Existe una nación francesa de treinta y tres millones de individuos repartidos en un territorio de unas veintiocho mil leguas cuadradas. Se concederá, por supuesto, que no pretendemos borrar este territorio del mapa de Europa, ni a sus treinta y tres millones de habitantes de la lista de los vivos. Por lo tanto, las acusaciones de cambio radical solo se refieren a la constitución y a las leyes escritas del país; pues, en lo que toca a su moral e ideas, se demostrará más abajo que las respetamos más que nadie. Pues bien, nosotros respondemos que la Constitución y las leyes escritas son una cuestión puramente reglamentaria. En medio siglo se han redactado más de cuarenta mil de estas leyes, sin contar la tramitación ordinaria. Francia no perdería mucho si se suprimiera todo este batiburrillo. En cuanto a la Constitución, es solo un marco para funcionarios públicos; una na-

ción los cambia como un hombre cambia de ropa, y sin tener que dar explicaciones por ello. La de hoy es la octava que nos han pedido refrendar en cuarenta años. Gracias a Dios, Francia no vive de sus constituciones, y no morirá con la revocación de esta más que por la de las anteriores. Esta chapuza de Carta es tan insignificante como reglamento que podría cambiarse sin destruir el gobierno actual, e igualmente podría cambiarse el gobierno sin que fuera necesario realizar ningún cambio en ella. Una dinastía diferente se adaptaría a la Carta de 1830, al igual que la dinastía de 1830 se acomodaría a otra carta. Acusarnos con tanta vehemencia solo porque tenemos la audacia de no venerar semejante pastiche es hacer un brindis al sol. Que pase lo que tenga que pasar con esta bufonada que algunos de forma pomposa llaman «nuestras instituciones». A nosotros, que somos del todo indiferentes a las formas y que vamos directos al corazón de la sociedad, no nos preocupa. Si en efecto nos llamamos republicanos, es porque esperamos que la república lleve a cabo la reforma social que Francia necesita con tanta urgencia y a la que está destinada. Si la república defraudara esta esperanza, dejaríamos de ser republicanos. A nuestros ojos, una forma de gobierno no es un fin, sino un medio, y solo deseamos la reforma política como camino hacia la reforma social. Sabemos que muchos tildan nuestros proyectos de utopías. La historia está ahí para garantizarnos... la realización infalible de estas utopías. Lo que en verdad significaría una utopía sería pretender reconstituir una nación *a priori*, con elementos arbitrarios que no respondieran al carácter de esta nación. Eso supondría creerse capaz de imponer a Francia, tal y como ha sido modelada por un pasado de catorce siglos, costumbres, ideas y creencias por completo ajenas u opuestas a las ideas y costumbres que son el resultado del lento trabajo de organización de esos catorce siglos. En una palabra, sería decirle a Francia: ya no serás Francia, serás China, Turquía o el Imperio romano. Nadie posee el poder de lograr el cambio de todo un pueblo mediante una metamorfosis repentina, como cuando en las *Mil*

y *una noche* vemos que los magos transforman a un hombre en caballo o en perro, gracias a un encantamiento y a un poco de agua arrojada a la cara.

Pero si, por el contrario, es en el propio pasado donde hemos encontrado los elementos de esta reforma del presente, si esta reforma es la condición necesaria para que Francia tenga un futuro, si no es más que el desarrollo natural de su existencia como nación, ¿no es absurdo este reproche de querer destruirlo todo, que además es el único argumento que se nos lanza? Aquí no hay nada que destruir, ni siquiera que sustituir; se trata tan solo de continuar un admirable movimiento de progreso que ha surgido con irresistible perseverancia, derribando uno tras otro los obstáculos que se levantaban para impedir su avance.

Estos obstáculos no han desaparecido, y el enemigo que los genera, el privilegio, sigue en pie, llevando contra la igualdad, madre del progreso, esta guerra implacable que dura ya dieciocho siglos y que hierve cada vez con mayor brutalidad en las entrañas de la sociedad cristiana. Privilegio e igualdad, tales son los dos principios que se disputan Francia desde su inicio. El primero, tan antiguo como el mundo del que es el genio maligno y principio de desorden y violencia, busca su apoyo en el egoísmo y en las viles pasiones que se desprenden de él, divide a los hombres para aislarlos, utiliza la fuerza material como instrumento, solo promueve la competencia y la guerra, y tiene como última consecuencia lógica la destrucción. El otro, revelación sublime, apareció de repente frente a las naciones como símbolo de liberación y salvación. La igualdad otorgada al mundo por el evangelio, que parecía ser la obra de un Dios, es el principio del orden y de la justicia eterna destinada a cerrar las horribles heridas provocadas por el privilegio, promueve todas las virtudes y reprime todos los vicios, destruye el egoísmo y solo vive de la entrega. Pues es por la entrega que une y

asocia a los hombres; y es solo por la inteligencia que los gobierna y hace converger sus esfuerzos hacia ese objetivo común que es el bienestar de todos. Establece la unidad y la fraternidad en la Tierra, mientras el privilegio no produce más que odio y aislamiento.

Toda la vida de Francia reside en la lucha entre estos dos principios, que combaten con increíble ferocidad, sin paz ni tregua, ya que cualquier pacto es imposible entre ellos. La batalla solo terminará con la muerte de uno de los dos combatientes. El privilegio, por turnos violento y traicionero, humilde y arrogante, pero siempre sanguinario y cobarde, impotente para luchar a cara descubierta ya que se siente aplastado por la superioridad moral de su adversario, utiliza la táctica de corromper a los soldados del bando contrario, y se mantiene por la traición de estos tráfugas. Siempre en retirada y perseguido sin descanso, se va debilitando poco a poco por las sucesivas derrotas. Mientras, la igualdad, valiente y tranquila como el pueblo al que representa, desdeñosa de las artimañas de su enemigo, avanza, avanza, creciendo a cada paso, haciendo retroceder el privilegio de refugio en refugio hasta sus últimas defensas, sobre las que se precipitará para aniquilarlo.

No es necesario preguntar de qué lado están nuestros afectos y nuestros esfuerzos en esta memorable lucha. La igualdad es nuestra fe; marchamos con ardor y confianza bajo su santa bandera, llenos de reverencia y admiración hacia los inmortales defensores de esta fe, animados por la misma entrega que ellos, dispuestos como ellos a derramar toda nuestra sangre por su triunfo. Estamos con Jesucristo contra los judíos materialistas y odiosos; con Gregorio VII contra los tiranos feudales de Europa; con Rousseau contra una nobleza y un clero perdidos en el libertinaje, innobles y opresores; con Robespierre contra una multitud de mercaderes codiciosos, comerciantes sin fe ni ley, traficantes parricidas, dispuestos, como Judas, a vender por treinta monedas a la humanidad.

En una palabra, estamos siempre y en todas partes con los oprimidos y contra los opresores, y decimos con Saint-Just: «Los desgraciados son los poderes de la tierra». Poco importa que la opresión se ejerza en forma de aristocracia militar o comercial, que el pueblo sea explotado por la espada o por el dinero; nuestro corazón se mueve por la misma piedad ante los sufrimientos del campesino pisoteado bajo los pies del corcel del escudero que ante la agonía del obrero cuya sangre sirve para engrasar la maquinaria de su señor industrial. Nada ha cambiado, salvo que el privilegio, derrotado bajo la armadura del alto barón, reaparece bajo el ropaje del capitalista. El privilegio siempre hace ondear su bandera, en la que se puede leer: «Ociosidad y explotación», mientras la igualdad le opone con no menos constancia su lema tantas veces victorioso: «¡Inteligencia y trabajo!».

¿Se entienden bien estos dos símbolos? Por un lado la ociosidad, es decir, el hombre inerte, que ya no ejerce sus facultades, degradado al estado de bruto, ¡el hombre que al fin deja de ser hombre! Por otro la inteligencia y el trabajo, es decir, el hombre exaltado por el pensamiento, ennoblecido por el ejercicio de su poder, el hombre que como amo domina toda la creación. Este es el resultado final de estos dos principios, privilegio e igualdad. No debe sorprender, por tanto, que en una lucha entre tales enemigos, la victoria caiga siempre del lado de la igualdad, ya que debe triunfar o la humanidad perecerá. Así, las dos grandes fuerzas de la humanidad, de las que siempre dispone en toda lucha, la inteligencia y el trabajo, le aseguran un éxito infalible. El trabajo es el pueblo; la inteligencia son los hombres abnegados que lo dirigen. ¿Cómo puede prevalecer la violencia brutal del privilegio contra esta coalición invencible, formada por el genio que concibe y la masa que ejecuta? Sin duda, a veces puede imponerse, pero su triunfo no puede ser definitivo. Si llega el momento en que el buen derecho sucum-

be —y hemos tenido un doloroso ejemplo de ello—, el pueblo no acepta la decisión del destino; guarda con fidelidad la memoria de los mártires que han muerto por su causa, y erige en secreto altares en su corazón a la espera del día en que pueda erigirlos en los templos y en las plazas públicas. Y este día nunca deja de llegar. ¡El pueblo solo acepta los hechos realizados por la fuerza material cuando obedecen a la fuerza de la inteligencia, que actúa siempre con el objetivo final del triunfo de la igualdad!

El pueblo sabe que no tiene nada que temer de la inteligencia y la obedece con alegría, a pesar de los esfuerzos de los privilegiados que pretenden inculcarle el odio que sienten hacia ella. Estos, en realidad, no consiguen convertirla en víctima del crimen de unos cuantos apóstatas, que solo la desvían de forma violenta de su destino, utilizándola contra la humanidad. Pues la inteligencia que hace del hombre un dios mortal solo tiene poder real a condición de ser moral, es decir, útil a la masas. Es la única que, al contener la brutalidad del despotismo, fue capaz de mantener durante un tiempo las diversas sociedades que precedieron a Cristo. Entonces, en un rincón de Judea, un esfuerzo sublime del talento humano encontró por fin este principio de igualdad, al que tantos bellos genios se habían acercado durante largo tiempo sin alcanzarlo. A partir de la revelación de este principio, pasará a convertirse en signo de reconocimiento y medida del alcance de las mentes en verdad elevadas. La inteligencia, en su expresión más alta, no puede ser egoísta, pues no ve ninguna tendencia saludable salvo la que conduce a la igualdad, y la igualdad solo puede lograrse mediante la entrega. Solo esta proporciona al pensamiento ese poder irresistible que ordena el mundo. Cuando deja de inspirarse en este principio creador, cae de las alturas donde se cierne sobre los hombres como una columna de fuego para guiarlos por los desiertos del egoísmo hacia la tierra prometida de la igualdad. ¡Ay de los que blasfeman contra la inteligencia y tratan de encadenarla! ¡Es

una señal de que ya no andan por los caminos de la humanidad! Al no poder dirigirla, porque ya no tienen devoción y ella se niega a seguirlos, intentan detenerla. No entienden, después de haber dirigido sus movimientos durante tanto tiempo, que no consienta en caminar de forma ciega tras de ellos; y como ha dejado de estar en su mano detener o desviar su marcha, estallan en insultos contra las inteligencias que la entrega ha sabido conducir al puesto que ellos han abandonado. Creían ser un principio cuando solo eran el instrumento de este principio: todo por él, nada sin él.

Así, vemos al clero católico, después de haber abandonado la causa de la igualdad para defender el privilegio feudal y monárquico, clamando con toda su fuerza, espíritu de impiedad y orgullo, contra los nuevos misioneros que se han apoderado de nuevo del cetro de la inteligencia que un día escapó de sus manos, y que por ello se convierten en los líderes de la humanidad, guiándola en su camino a la emancipación. Los apóstoles del catolicismo no despreciaron la inteligencia cuando gracias a ella gobernaron a pueblos renacidos y sumisos; estaban entregados a ella, y cuando dejaron de estarlo, el egoísmo secó pronto todo atisbo de inteligencia en ellos. Tampoco blasfemaron contra el pensamiento aquellos filósofos del siglo XVIII que lo utilizaron con tan formidable éxito para derrotar a la aristocracia, apoyada por un clero corrupto. También ellos luchaban por la igualdad, seguidos por un pueblo dócil a su voz y sordo a los anatemas de sacerdotes egoístas irritados por no ser escuchados. Por desgracia, estos ilustres genios no pudieron prever que sus indignos sucesores, después de haber abatido a los mismos enemigos utilizando como arma el pensamiento, tratarían luego de acabar con él y establecer un nuevo feudalismo.

Es a nosotros a quienes estaba reservada esta lección, nosotros que una vez oímos a los poderosos de hoy proclamar la alta moral del pensamiento, y que reconociéndolos como sus más altos intérpre-

tes, seguimos la bandera de la igualdad que una vez sus manos agitaron con entusiasmo. Más tarde vimos cómo convertían la sangrienta victoria que creíamos haber obtenido para la causa de la igualdad en el triunfo del privilegio. Este es el odioso espectáculo ofrecido al mundo por estos renegados del liberalismo, que durante quince años parecieron defender con todo su talento este gran principio contra la vieja aristocracia, y que a partir de 1830 se pusieron en manos de la aristocracia del capital. ¡Ay! ¡Cuán doloroso fue ver a la inteligencia traicionar la misión de entrega que había recibido de lo alto y prostituirse al privilegio para compartir con él el saqueo de los débiles que debía defender!

Nobles corazones se han roto debido a ello y han muerto para no tener que seguir soportando esta angustia por más tiempo. En efecto, al ver cómo queda impune tanto oprobio, ¿cómo no va a conquistar el desánimo y el asco a esas almas generosas que aún creen en la entrega y el sacrificio? Sienten que estas grandes traiciones desmoralizan profundamente al pueblo, que acaba por renunciar a su fe en la inteligencia y la virtud, y se rinde con desesperada resignación a la explotación de la fuerza bruta.

Sin embargo, esto es solo un fracaso momentáneo. Hay que continuar. Cuando las masas se encuentran con un obstáculo, se detienen, se reagrupan y lo superan. Así ocurrió en el pasado y volverá a ocurrir en el futuro. La igualdad no pereció cuando el catolicismo la traicionó al pasarse al bando de la monarquía feudal, y no perecerá porque nuevos apóstatas se pasen con armas y bagajes al bando de la monarquía mercantil. No morirá siquiera cuando los futuros tráfugas que hoy luchan bajo su bandera la abandonen un día, tal y como estas tristes lecciones nos llevan a esperar.

LA RIQUEZA SOCIAL DEBE PERTENECER A LOS QUE LA CREARON

Le Libérateur, n.º 2, febrero de 1834

SI EXAMINAMOS LAS FUENTES de la riqueza social, encontraremos que reside de forma exclusiva en la inteligencia y el trabajo. De hecho, es a través del trabajo y la inteligencia que la sociedad vive y respira, crece y se desarrolla, y si estas dos fuerzas se retiraran de ella por un solo momento, caería de golpe en la disolución, y todos sus miembros perecerían como por una repentina catástrofe.

Pero estas dos fuerzas solo pueden actuar a condición de un tercer elemento, inerte por sí mismo, y que sirve de herramienta en manos de los hombres de inteligencia y trabajo para gobernar la vida de la sociedad. Este elemento es el suelo. Parece que el suelo debería pertenecer por igual a todos los miembros de la sociedad de modo que, mediante la suma de todos sus esfuerzos, exploten las riquezas que contiene. Pero no es así. Los individuos se han apoderado por medio de la astucia y la violencia de esta tierra común que pisamos y, declarándose sus propietarios exclusivos, han establecido por medio de leyes que será para siempre de su propiedad, y que este derecho de propiedad se convertirá en la base de la constitución social; es decir, que dominará todos los derechos de la humanidad y podría, llegado el caso, absorberlos por completo. Así por ejemplo, el derecho a la vida del que todo hombre es portador al nacer sería derogado si este derecho, que es el de todos, chocara de alguna manera con el derecho de propiedad de unos pocos privilegiados. Con posterioridad este derecho a la propiedad se extendió desde el suelo a otras herramientas de trabajo que se adhieren

a él sin ser parte integrante del mismo y que pueden denominarse con el nombre genérico de capital. Ahora bien, como el suelo y el capital, estériles en sí mismos, no adquieren valor más que por el trabajo, y como las materias primas deben ser utilizadas por las fuerzas activas de la sociedad, sucede que la inmensa mayoría de los ciudadanos, por completo excluidos del reparto de la propiedad, se ven obligados a abonar con dolor un suelo cuyos productos no cosechan, y a hacer engordar con su sudor a una ociosa minoría que lo cosecha todo. Tampoco los instrumentos o los frutos del trabajo pertenecen a las masas trabajadoras, sino a una aristocracia usurpadora que consume y no produce. La savia de los árboles es absorbida por el lujo de hojas y ramas ávidas, en detrimento de las ramitas fértiles, que se marchitan y se pierden. La miel producida por las abejas es devorada por los avispones.

Tal es nuestro orden social, fundado por la conquista, y que ha dividido a las poblaciones en vencedores y vencidos, reservando a los primeros la propiedad exclusiva del suelo y transformando a los otros en vil ganado destinado a arar y abonar las tierras de tales monstruos. La consecuencia lógica de tal organización es la esclavitud, y observamos que la ha provocado el principio de propiedad, construido a partir de tal artimaña. En efecto, puesto que el suelo no obtiene su valor más que del trabajo, ha sucedido que del derecho a poseer el suelo, los privilegiados han concluido el derecho a poseer también a los que lo fertilizan, y los han considerado primero un añadido a su propiedad material, y luego, en último término, como una propiedad personal por completo independiente del suelo. Sin embargo, el principio de igualdad, que trabaja para destruir paso a paso todas las formas de explotación del hombre por el hombre, asestó el primer golpe a este sacrilego derecho de propiedad al terminar con la esclavitud doméstica. Fue necesario entonces reducir el privilegio de poseer a los hombres como bienes muebles, para permitir solo su posesión como bienes

inmuebles que se añadían a la propiedad y no al propietario, se transmitían con ella y no podían separarse de ella. En el siglo xv volvió a aparecer el derecho a la propiedad en toda su barbarie, tras restablecerse la esclavitud absoluta de los negros, que se mantuvo como ultraje permanente a la humanidad. Así, los habitantes de un territorio considerado francés poseen hoy hombres que son suyos de la misma manera que lo es un caballo o un traje, es decir, en virtud del derecho de propiedad.

Sin embargo, no hay tanta contradicción como a primera vista podría parecer entre el estado social de las colonias y el nuestro. Después de dieciocho siglos de lucha constante contra los privilegios y por la igualdad, no es posible restablecer la esclavitud en toda su cruda desnudez en el corazón mismo del país que ha llevado el peso de tal lucha. Aunque, si no existe de nombre, sí existe de hecho, y el derecho de propiedad, aunque más hipócrita en París que en Martinica o en la antigua Roma, no es menos insolente ni menos agresivo. Lo que crea la servidumbre no es ser siervo de un hombre, o vasallo ligado a su gleba, sino estar enteramente desposeído de los instrumentos de trabajo, y quedar por ello a merced de los privilegiados que han usurpado y conservan por la violencia la posesión exclusiva de estos instrumentos indispensables para los trabajadores. Esta monopolización es un expolio permanente, y de ello se desprende que no es tal o cual forma política de gobierno la que mantiene a las masas en estado de esclavitud, sino la usurpación de la propiedad como base fundamental del orden social. Porque desde el momento en que una casta privilegiada hereda la tierra y la propiedad, todos los demás ciudadanos, aunque no estén condenados a seguir siendo esclavos de tal o cual individuo, caen en la dependencia absoluta de esta casta, y no les queda más libertad que la de elegir el amo que los gobernará.

Es en este sentido que hoy se afirma que los ricos hacen trabajar a los trabajadores. Sí, sin duda, les hacen trabajar, igual que los romanos hacían trabajar a sus esclavos o los colonos hacen trabajar

a sus negros para alimentar su insaciable ociosidad con el sudor de estos. Es solo como mal menor que consienten en dar a sus víctimas el pan imprescindible para que no mueran, del mismo modo que se dejan caer unas pocas gotas de aceite en los engranajes de un mecanismo para evitar que el óxido los desajuste. Además, a los ricos les interesa que los trabajadores puedan prodigar su miserable carne en traer al mundo a los hijos de esclavos destinados a servir un día a los hijos de los opresores, perpetuando de generación en generación esta doble herencia paralela de opulencia y miseria, de disfrute y dolor, que constituye nuestro orden social. Cuando el proletario ha sufrido suficiente y ha dejado relevos para que sufran después de él, descubre que no tiene más servicio que prestar que ir a morir a un hospital, para que su cadáver disecado pueda enseñar a los médicos el arte de curar a los ricos.

¿De dónde viene, me pregunto, esta espantosa degradación de un gran pueblo, si no es del principio de propiedad que confiere a una aristocracia ociosa la posesión exclusiva y hereditaria de los instrumentos de trabajo que deberían pertenecer a quienes los utilizan para trabajar? Las masas, al precio de los más duros trabajos, apenas obtienen lo bastante para vivir al día, sin tener garantizado nunca el mañana. Y si por un arrebato de ira o de miedo, los propietarios les niegan las herramientas de trabajo, pronto ven como su existencia se derrumba. ¡Y qué les importa esto a los privilegiados! Tienen las manos llenas, pueden esperar. Antes de que se vieran obligados a recurrir a los trabajadores, la población obrera moriría de hambre diez veces. Esto es lo que vimos después de la Revolución de Julio, cuando por venganza, o por miedo egoísta, los capitalistas retiraron de golpe sus capitales, sacrificando así los enormes beneficios que obtienen del trabajo del obrero por el placer de privarle de la pequeña parte que le corresponde como fruto de su trabajo. Hemos visto a estos señores feudales de la caja fuerte retirarse a sus sinecuras para desde allí contemplar impasibles la

angustia del pueblo al que habían diezmado por el hambre, como recompensa por el desinterés con que este mismo pueblo había servido a sus pasiones de odio y envidia contra la nobleza y el clero.

Las represalias pacíficas o la guerra de desgaste son imposibles contra un enemigo que dispone de recursos tan abundantes, y para convencerse de la impotencia de los obreros en su lucha contra la coalición del capital, no hacía falta la última experiencia que acaba de llevarse a cabo en Lyon, donde sesenta mil hombres se vieron obligados a plegarse a la voluntad de algunos centenares de fabricantes que los domesticaron por medio del hambre. Es un milagro que los escritores⁸ hayan siquiera pensado en una resistencia seria a la opresión, y que hayan atacado en masa a sus verdaderos enemigos. Hizo falta mucha miseria para que estos hombres sencillos comprendieran la verdadera causa. Pero esto no es lo habitual; la mayoría de las clases pobres siguen sin conocer el origen de su mal. Porque el primer y más deplorable resultado de su sometimiento es una profunda ignorancia que casi siempre los convierte en dóciles instrumentos de las perversas pasiones de los privilegiados. ¿Cómo podrían estos desgraciados, eternamente abrumados bajo una tarea agotadora y la incierta perspectiva de un poco de pan al final de su trabajo diario, cultivar su inteligencia, iluminar su razón y reflexionar sobre los fenómenos sociales en los que desempeñan un papel pasivo?

Dedicados a una vida de bestias, y demasiado contentos de recibir como beneficio lo que sobra del producto de su propio trabajo, solo ven en la mano que los explota la mano que los alimenta, y a una señal del amo están dispuestos a despedazar a los hombres entregados que tratan de mostrarles un destino mejor. Por desgracia, la humanidad siempre ha caminado con una venda sobre

8 Se desconoce a qué escritores se refería Blanqui.

los ojos, y solo muy de vez en cuando la levanta por un momento para vislumbrar y retomar la ruta que la mayoría de las veces sigue a ciegas. Cada paso que da en el camino del progreso aplasta al guía que la conduce, y es su costumbre tomar como primera víctima a los mismos que más tarde convertirá en héroes. Los Gracos son despedazados en las calles de Roma por una turba de plebeyos azuzada por las voces de las familias patricias. Jesucristo muere en la cruz entre las exclamaciones de júbilo del populacho judío instigado por los sacerdotes y fariseos. Durante nuestra primera revolución, los más generosos defensores de la libertad fueron llevados al cadalso por la ingratitud y la cobardía del pueblo, ese mismo que permitió que sus enemigos más crueles maldijeran su memoria con un execrable concierto de calumnias. Aún hoy los miserables enseñan a los franceses a escupir sobre la tumba de estos mártires.

¡Qué combinación de circunstancias debe tener lugar para que las masas abran los ojos a la verdad y aprendan a distinguir a sus amigos de sus opresores! Si se sublevaron en Lyon con tan imponente unanimidad, fue porque el conflicto de intereses era manifiesto, y la cuestión estaba delimitada con tanta claridad entre los dos bandos enfrentados que incluso los más estúpidos pudieron entender hasta qué punto eran víctimas de la más insaciable codicia. Y fue cuando estos desgraciados hicieron además de enfrentarse a ellos, cuando descubrieron las reservas de odio y ferocidad que hay en el corazón de esos comerciantes traidores a los que se entregan como presas. La población trabajadora de Lyon fue tratada como si fuera una plaga de langostas. Mientras los traficantes sanguinarios profetizaban con siniestro regocijo la llegada de la destrucción y la masacre, por todos lados se preparaban los cañones, y las armas, las ametralladoras, los soldados y los caballos se dedicaban al exterminio de hasta el último hombre y de todos aquellos mártires. El exterminio es la única alternativa que se les ofreció, junto con la opción de volver a su deber. Pero el deber de los trabajadores es

considerarse máquinas que trabajan para dar placer a los privilegiados. El deber de los trabajadores es morir de miseria sobre las telas de seda que tejen para los ricos. El deber de los trabajadores es someterse al suplicio de Ugolino, ver perecer poco a poco a sus mujeres e hijos consumidos por el hambre, y luego expirar bendiciendo a los sucesores del arzobispo Roger quienes, mientras tanto, bailan alegremente al son de una música voluptuosa, exhibiendo en los relucientes salones los broches de oro y plata fabricados por sus víctimas.

Estas son las consecuencias extremas a las que la sociedad ha sido conducida por el monopolio de la propiedad. ¿Cómo escapar a las desastrosas consecuencias de una ley social que concentra en un pequeño número de manos toda la fortuna pública y que otorga a una casta el derecho sobre la vida y la muerte de la inmensa mayoría de la población? Los portavoces de esta casta se esfuerzan por convencernos de que, puesto que los propietarios y los trabajadores no pueden hacer nada por separado, se necesitan los unos a los otros y que, por tanto, sus intereses son comunes. Sin duda, según la constitución actual de las cosas, es evidente que los proletarios no podrían prescindir ni veinticuatro horas de las herramientas de trabajo que están en poder de los privilegiados; pero concluir de ello que existe una comunidad de intereses entre estas dos clases es un razonamiento erróneo. En este acoplamiento no existe más que la alianza del lobo con las ovejas; que solo subsiste a condición de una tiranía sin límites por un lado y una sumisión absoluta por el otro. Ahora bien, si hay una tendencia por parte del amo a hacer la cadena cada vez más pesada, por parte del oprimido existe la tendencia a deshacerse del yugo. No se trata de comunidad, sino de conflicto de intereses; no hay más relación entre las dos mitades desiguales de la sociedad que la de la lucha, ni más necesidad que la de hacerse el mayor daño posible. Se trata, en pocas palabras, de la guerra organizada. Sabemos que los lobos del monopolio libran

esta guerra con más perfidia que violencia; son libres de protestar de forma hipócrita afirmando que ellos esquilman la lana por el bien de las ovejas. Las grandes palabras de concordia y fraternidad que disfrazan una insaciable sed de explotación pueden engañar a los incautos; pero los hechos también poseen una elocuencia que es mucho más persuasiva y más fructífera. Y los hechos demuestran que existe una lucha y que en esta lucha una de las partes debe sucumbir, pues no puede haber fusión entre principios contrarios, entre el bien y el mal. Y para saber quién debe sucumbir, basta con ver de qué lado está la justicia.

Ahora bien, al parecer nadie imagina que una sociedad, cualquiera que sea, pueda existir sin trabajo, ni por consiguiente que los propietarios ociosos de la tierra puedan vivir de otra manera que no sea del trabajo de quienes la fertilizan. Pero, ¿qué necesidad tienen los trabajadores de que haya una casta ociosa, dueña de la tierra, cuyos frutos devoran sin crear nada? ¿qué necesidad hay de que la tierra no pertenezca a aquellos que le dan todo su valor? Imaginemos por un momento que toda la población que vive del sudor de su frente abandonase en masa esta tierra de Francia, tan ingrata y tan dura con ella, para emigrar a algún país lejano en el que fundar una sociedad de hombres libres a la que solo se pueda pertenecer por el trabajo ¿Sería necesario crear una aristocracia en su seno y otorgarle todos los instrumentos de la riqueza social? ¿No podría este nuevo pueblo vivir sin ella? ¿Y qué harían, pregunto, nuestros orgullosos señores de la tierra y de las finanzas, abandonados de repente con sus casas, sus vastos campos, sus vestimentas? Se morirían de hambre en medio de todo este lujo, a menos que abandonaran con presteza sus viejos salones y se quitaran sus finas ropas para ensuciarse las manos cultivando un pedazo de tierra que sería tan grande para todos ellos como un distrito. Pero puesto que un pueblo de treinta y dos millones de hombres no desaparece así como así, supongamos por una hipótesis contraria y más probable, que toda la casta que se alimenta del trabajo del proletariado abandona Francia, lleván-

dose únicamente sus brazos. ¿Quién percibirá su ausencia sino es por el bienestar y la prosperidad que se extenderá entre la población trabajadora, dueña al fin del suelo y libre de los parásitos que la devoraban? Porque si un país se empobrece con la pérdida de un solo trabajador, se enriquece con la pérdida de un ocioso: cuando un hombre que solo tiene riqueza muere, no se pierde nada. Por el contrario, si no hay herederos y la propiedad vuelve al Estado, la muerte es una bendición.

Hoy en día resulta fácil comprobar que el principio de la propiedad está en decadencia. Las mejores mentes profetizan su caída inminente, al tiempo que la reclaman con todos sus deseos. La decadencia data del advenimiento de Cristo, que introdujo en la sociedad europea el principio fatalmente destructor contra el derecho de propiedad, el principio de igualdad, que desde hace dieciocho siglos invade poco a poco el terreno de su enemigo. En esta larga lucha, el derecho de propiedad ha sido debilitado por la sucesiva abolición de todos los privilegios ya adquiridos que fueron su origen común y que hicieron su fuerza. Acabará desapareciendo por completo junto a los últimos privilegios que le quedan y en los que se ha refugiado. Esto es al menos lo que podemos esperar estudiando la historia del pasado y observando el curso del presente. Porque si el derecho de propiedad estuviera destinado a vencer, un triste futuro se abriría ante nosotros. La humanidad no permanece inmóvil, sino que avanza o retrocede. Ahora bien, el camino hacia adelante es hacia la igualdad, y si va hacia atrás, a la fuerza debe volver a pasar por todos los grados de privilegio hasta llegar a la esclavitud individual, que es la última expresión de los derechos personales, y que a su vez es la última expresión del derecho de propiedad. Para volver a este punto, habría que anular la larga existencia del cristianismo, borrar el evangelio de la memoria de la humanidad y enterrar a la civilización europea en la noche de una catástrofe universal. Por suerte, todas estas cosas no son esperables y podemos persuadirnos de que las

naciones avanzan, con los franceses en cabeza, a la conquista definitiva de la igualdad absoluta.

Quede claro no obstante que por igualdad absoluta no entendemos el reparto equitativo de la tierra entre todos los miembros de la sociedad. Ya se han ensayado ideas parecidas y el mal no se ha remediado. Tan solo han conducido a una fragmentación extrema de la propiedad, que no cambia nada en la esencia de los derechos. Puesto que la riqueza proviene siempre de la posesión de los instrumentos del trabajo y no del trabajo mismo, el espíritu del individualismo, que permanece con toda su fuerza, tendería poco a poco a reconstruir las grandes propiedades y a restablecer sin demora la desigualdad de las condiciones sociales. La igualdad solo puede lograrse mediante el régimen de asociación que sustituye al reino de la propiedad individual. Por ello, creemos que todos los hombres del futuro deben trabajar sin descanso para construir este régimen. En el futuro nos proponemos aportar nuestra cuota a esta labor desinteresada.

ORGANIZACIÓN DE LA SOCIEDAD DE LAS FAMILIAS

1834

CADA FRACCIÓN DE LA SOCIEDAD se llama familia.

La familia está compuesta por cinco iniciados, que se reúnen dos veces al mes bajo la presidencia de un jefe nombrado por el centro.

Para ser admitido es necesario ser mayor de edad, tener buena reputación, observar una buena conducta, disponer de medios de subsistencia suficientes y demostrar la máxima discreción.

Las propuestas se hacen en el seno de la familia, que discute los méritos del candidato y puede rechazarlo o aceptarlo.

El nombre, estado y domicilio del candidato se envían de inmediato al centro para que se realicen las comprobaciones pertinentes sobre la moralidad, sobriedad, discreción y energía del candidato.

No se debe hacer ninguna confirmación antes de enviar esta información al cabeza de familia.

Si se acepta la propuesta, el presentador hace al candidato una serie de preguntas que este debe responder antes de ser admitido.

Las admisiones se realizan con los ojos vendados, por el cabeza de familia, con la sola presencia del candidato.

En la medida de lo posible, deben tener lugar durante el día y, en cualquier caso, con luz.

El cabeza de familia no debe olvidarse nunca de decir al candidato que no va a quedar ningún rastro de lo que están haciendo, que es imposible que la policía descubra nada y que, por lo tanto,

no se debe contar nada a la justicia, so pena de ser considerado un traidor y ser castigado como tal.

Se debe hacer sentir al nuevo miembro la importancia de alistarse en la Guardia Nacional.

En necesario hacerle preguntas acerca de armas y municiones.

Los trabajos estarán dirigidos por el cabeza de familia que, al abrir las sesiones, dará cuenta de lo ocurrido en la última sesión.

Los trabajos se llevan a cabo por medio de propuestas, presentaciones y cobro de cuotas.

**LLAMAMIENTO DEL
COMITÉ DE LA SOCIEDAD DE
LAS ESTACIONES AL PUEBLO DE PARÍS**

12 de mayo de 1839

¡A LAS ARMAS, CIUDADANOS!

Ha sonado la hora fatal para los opresores.

El cobarde tirano de las Tullerías se ríe del hambre que desgarrar las entrañas del pueblo; pero sus crímenes sobrepasan cualquier medida. Al fin recibirá su castigo.

Francia ha sido traicionada, y la sangre de nuestros hermanos asesinados os grita y exige venganza; que sea terrible, ya que ha tardado tanto en llegar. Que la explotación perezca por fin, y que la igualdad se asiente triunfante sobre los escombros de la realeza y la aristocracia.

El gobierno provisional ha elegido a líderes militares para dirigir la lucha: estos líderes proceden de vuestras filas; seguidlos, os llevarán a la victoria.

Se llaman: Auguste Blanqui como comandante en jefe; y Barbès, Martin Bernard, Quignot, Meillard y Néttré como comandantes de división del Ejército republicano.

¡Pueblo, levántate y tus enemigos desaparecerán como el polvo ante el huracán! Golpea, extermina sin piedad a los viles satélites, cómplices voluntarios de la tiranía; pero tiende la mano a estos soldados que han salido de tu seno y que no volverán contra ti las armas parricidas.

¡Adelante! ¡Viva la república!

Los miembros del gobierno provisional: Barbès, Voyer d'Argenson, Auguste Blanqui, Lamennais, Martin Bernard, Dubosc, Laponneraye.

EN DEFENSA DE LA BANDERA ROJA

26 de febrero de 1848

¡YA NO ESTAMOS EN el 93! ¡Estamos en 1848! La bandera tricolor no es la bandera de la República; es la de Luis Felipe y la monarquía. La bandera tricolor presidió las masacres de la calle Transnonain,⁹ del *faubourg* de Vaise¹⁰ y de Saint-Étienne. Se ha bañado veinte veces en la sangre de los trabajadores.

El pueblo enarboló el color rojo sobre las barricadas del 48, igual que lo había enarbolado en las de junio de 1832, abril de 1834 y mayo de 1839. Recibió entonces la doble consagración de la derrota y la victoria. Ahora le pertenece. Ayer todavía ondeaba con toda su gloria en la fachada de nuestros edificios. Hoy la reacción lo hunde ignominiosamente en el barro y se atreve a calumniarlo.

Dicen que es una bandera de sangre. Solo es roja por la sangre de los mártires que la convirtieron en la bandera de la República. Su caída es un insulto al pueblo, una profanación de sus muertos. La bandera de la guardia municipal dará sombra a sus tumbas.

9 Durante los disturbios de París de 14 de abril de 1834, cerca de una barricada situada en la antigua calle Transnonain (hoy Beaubourg), un capitán de infantería resultó herido por un disparo efectuado desde una ventana. En represalia, doce de los cincuenta ocupantes del edificio desde el que supuestamente se efectuó el disparo fueron asesinados por los militares.

10 El 10 de abril de 1834, en Vaise, se produjo un levantamiento que tomó el ayuntamiento en nombre de la República. Durante la represión se produjo la masacre indiscriminada de los habitantes de la Grande Rue de Vaise.

Ya se ha desatado la reacción. Se reconoce por su violencia. Los hombres de la facción monárquica corren por las calles con insultos y amenazas en la boca, arrancando los colores rojos de los ojales de los ciudadanos. ¡Trabajadores! Es vuestra bandera la que está cayendo. ¡Escuchad con atención! La República no tardará en llegar.

DISCURSO AL GOBIERNO PROVISIONAL

20 de abril de 1848

LOS REGIMIENTOS AVANZAN SOBRE París. Su cercanía hace cundir la alarma en las filas de los patriotas.

El Ejército no se ha reorganizado. Sus mandos, formados por una oscura tiranía con intenciones asesinas, son hoy lo mismo que eran antes de las barricadas.

En el propio París, los monárquicos de la víspera, disfrazados de republicanos al día siguiente, no ocultan ni su odio ni sus planes de reacción contra lo que llaman la chusma.

Una coalición entre estos sentimientos y egoísmos podría costar cara a la República.

El pueblo ha demostrado su afecto por los soldados salidos de sus filas, pero es profunda su desconfianza hacia esa doctrina de obediencia pasiva que tantas veces ha anegado París en sangre francesa.

¿Por qué hay soldados dentro de nuestros muros? Si es en verdad necesario, en ocho días trescientos mil guardias nacionales en armas se pondrán al servicio del orden y la seguridad de la capital.

Los viejos republicanos deben expresar de forma franca sus pensamientos al gobierno provisional. Estos pensamientos son hoy muy amargos.

La deplorable elección de los comisarios enviados a los departamentos; el mantenimiento de la magistratura y los funcionarios de Luis Felipe; la separación sistemática de los antiguos patriotas, apartados en todas partes por los agentes del poder y conver-

tidos en el hazmerreír de los realistas; el desarme continuado de los combatientes de las barricadas; la llamada a París de las tropas profesionales cuyo lugar está en las fronteras; la amenaza de formar una guardia urbana, resurrección bajo otro nombre de la gendarmería y la guardia municipal; la convocatoria precipitada de los comités electorales que, bajo influencias exclusivamente reaccionarias, solo podrán crear una Asamblea retrógrada: todos estos actos juntos parecen anunciar una reedición de 1830.

La voz popular ya ha saludado al nuevo gobierno con el nombre de República monárquica. ¿Es la República monárquica peor que la Monarquía republicana?

Apelamos una vez más a vuestro patriotismo, a vuestra prudencia. ¡Ciudadanos! ¡Combatid a la reacción! Mantened las tropas lejos de la capital y eliminad la amenaza de represalias armadas contra la victoria del pueblo.

LAS MASACRES DE RUAN
LA SOCIEDAD CENTRAL REPUBLICANA
EN EL GOBIERNO PROVISIONAL

2 de mayo de 1848

CIUDADANOS, LA CONTRARREVOLUCIÓN ACABA de bañarse en la sangre del pueblo. ¡Justicia, justicia inmediata para los asesinos!

Desde hacía ya dos meses, la burguesía monárquica de Ruan conspiraba en la sombra para poner en marcha un San Bartolomé contra los obreros. Habían reunido grandes reservas de cartuchos. Las autoridades lo sabían. Aquí y allá estallaban palabras de muerte, precursoras de la catástrofe: *¡Hay que acabar con esos canallas!* Canallas, en efecto, que en febrero, tras tres días de resistencia, ¡habían obligado a la guardia burguesa a someterse a la República!

Ciudadanos del gobierno provisional, ¿a qué se debe que, durante estos dos meses, las poblaciones obreras de Ruan y de los valles circundantes no se hayan organizado en guardias nacionales? ¿Por qué solo la aristocracia poseía la organización y las armas? ¿Por qué cuando llevó a cabo su espantoso complot, no encontró más que a hombres desarmados frente a él? ¿A qué debe achacarse que el 28º regimiento de línea, ese siniestro héroe del *faubourg* de Vaise en 1834, estuviera presente en Ruan? ¿Por qué la guarnición obedeció las órdenes de los generales, enemigos declarados de la República, de un general Gérard, criatura y lacayo de Luis Felipe?

¡Los sicarios de la dinastía caída estaban sedientos de sangre y venganza! ¡Necesitaban una masacre de abril como remedo de un segundo julio! No tuvieron que esperar demasiado. Las jornadas de abril, apenas dos meses después de la revolución, no se hicieron

esperar, ciudadanos del gobierno provisional. ¡Y no les faltó nada a estos nuevos reclutas de abril! Ni la ametralladora, ni las balas de cañón, ni las casas demolidas, ni el estado de sitio, ni la ferocidad de la soldadesca, ni el unánime insulto a los muertos en los periódicos, ¡esos cobardes adoradores de la fuerza! ¡La calle Transnonain no fue nada comparado con esto! Al leer el infame relato de estas hazañas de bandoleros, uno cree estar de nuevo en las secuelas de los días aciagos que una vez cubrieron a Francia de luto y vergüenza.

En efecto, ¡son los mismos verdugos y las mismas víctimas! Por un lado, la burguesía enloquecida, dirigiendo desde retaguardia la carnicería de los soldados imbéciles a los que han atiborrado de vino y odio; por otro, ¡desgraciados trabajadores indefensos bajo la bala y la bayoneta de los asesinos!

Como última similitud, aquí llega la Corte Real, los jueces de Luis Felipe, precipitándose como hienas sobre los escombros de la masacre y llenando las mazmorras con doscientos cincuenta republicanos. A la cabeza de estos inquisidores se encuentra Franck Carré,^{*} el execrable fiscal del Tribunal de los Pares, el Laubardemont¹¹ que pidió de forma airada las cabezas de los insurgentes de mayo de 1839. Las órdenes de arresto persiguen hasta París a los patriotas que huyen de la proscripción de los monárquicos.

Porque es un terror monárquico el que reina en Ruan, ¿lo ignoráis, ciudadanos del gobierno provisional? En febrero la guardia burguesa de Ruan hizo retroceder a la República con furia. Es a la República a la que blasfema y a la que quiere derrocar. Todos los viejos republicanos fueron encarcelados. Vuestros propios agentes son amenazados de muerte, despedidos, mantenidos bajo custo-

11 El barón de Laubardemont, (1590-1656) fue un magistrado francés vinculado al cardenal Richelieu, a cuyo servicio puso en marcha varios procesos polémicos. Su forma de retorcer la justicia para favorecer a su protector la valió que su apellido pasase a usarse, tal y como hace aquí Blanqui, para designar a todo juez corrupto o parcial.

dia. Los magistrados municipales han sido paseados por las calles, con bayonetas apuntándoles al pecho y las ropas hechas jirones. ¡Se mantienen incomunicados por la autoridad de los rebeldes! Se trata de una insurrección monárquica que ha triunfado en la antigua capital de Normandía, y sois vosotros, el gobierno republicano, los que apoyáis a estos asesinos revoltosos. ¿Es esto traición o cobardía? ¿Sois cobardes o cómplices?

No ha habido resistencia ¡lo sabéis bien! ¡Han masacrado! Y dejáis que se glorifiquen las proezas de los degolladores. ¿Será que a vuestros ojos, como a los de los reyes, la sangre del pueblo no es más que agua, buena para lavar de vez en cuando las calles atestadas? Borrad entonces de vuestros edificios aquella detestable mentira en tres palabras que en otro tiempo escribisteis: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

Si vuestras esposas, si vuestras hijas, esas brillantes y frágiles criaturas que pasean bajo suntuosos atuendos su ociosidad tejida de oro y seda, fueran de repente arrojadas a vuestros pies, con el pecho hendido por el hierro de enemigos despiadados, ¡qué rugidos de dolor y de venganza haríais resonar hasta los confines del mundo! Pues bien, ¡id! ¡Id a ver, tendidos en las camillas de vuestros hospitales, en los colchones de paja de las buhardillas, los cadáveres de las mujeres masacradas, con el pecho atravesado por las balas burguesas, ese pecho, escuchadme bien, que ha soportado y alimentado a los trabajadores cuyo sudor engorda a los burgueses! ¡Las mujeres del pueblo son tan buenas como las vuestras, y su sangre no debe, no puede quedar sin venganza!

¡Justicia, justicia para los asesinos!

Exigimos:

- 1) La disolución y el desarme de la guardia burguesa de Ruan.
- 2) La detención y el enjuiciamiento de los llamados miembros del Tribunal de Apelación, sedicentes nombrados por Luis Felipe quienes, actuando en nombre y por cuenta de la facción monár-

quica victoriosa, han encarcelado a los magistrados legítimos de la ciudad y llenado las mazmorras de republicanos.

3) La retirada inmediata de París de las tropas regulares con las que los partidarios de la reacción pretenden provocar un festín fratricida, un San Bartolomé de trabajadores parisinos.

LA UNIÓN DE LOS VERDADEROS DEMÓCRATAS

Noviembre de 1848, calabozo de Vincennes

NINGUNA ALIANZA ES POSIBLE con la vanguardia de la reacción, con los renegados que han abierto las compuertas a las olas contrarrevolucionarias. ¡Digamos con el salmista: *Discerne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo et doloso eripe me!* ¡Separemos nuestra causa de la de los tráfugas, y rechacemos el abrazo de los malvados y los embusteros que traicionaron a la República!

No debe haber nada en común entre los fieles socialistas, los probados defensores del pueblo, y los servidores de este gobierno provisional, de esta Comisión Ejecutiva, oprobio y azote de la revolución. Eso no sería unión, sino confusión.

No hay nada tan desastroso como los aliados dudosos, amigos de hoy y enemigos de mañana, siempre traidores. Rechacemos esta mezcla adúltera, esta aleación impura. Que no haya en nuestras filas sajones que nos disparen en pleno campo de batalla.

¡Atrás esa bandera ambigua que intentan plantar en nuestro campo! La bandera del gobierno provisional es la bandera de los desertores, no la nuestra. No temamos perder de nuevo las fuerzas que se agrupan detrás de esta bandera manchada. Uno a uno, los últimos soldados abrirán los ojos y vendrán a seguir los únicos colores republicanos: los colores socialistas. Dejemos que un puñado de hombres astutos se agoten en intrigas y maniobras. Su ridícula agitación pronto recibirá los abucheos y maldiciones de los patriotas desilusionados. No nos dejemos engañar por esta hipócrita llamada a la unión que resuena en nuestros oídos. Esa es la maniobra favo-

rita de los estafadores. El pérfido grito que salió de sus bocas tras los días de febrero confundió a los republicanos y facilitó el engaño a los partidarios del gobierno provisional.

Los de *La Réforme* solo dieron un buen ejemplo: el inexorable ostracismo decretado por ellos contra la oposición dinástica. Ledru-Rollin dijo a Thiers:* «¡Abajo los hombres de los cuarenta y cinco céntimos¹² y de *Rappel*, el vencedor del 15 de mayo, el ametrallador de junio!». No es el cetro de la presidencia lo que el pueblo le debe; es un acta de acusación. ¡Por la unión de todas las víctimas contra todos los verdugos!

¡Qué nos importan sus discursos, sus manifiestos, sus profesiones de fe! ¡Qué nos importan las inscripciones socialistas en sus carteles repintados, sus juramentos, sus protestas! Ya no creemos en nada porque lo habéis pisoteado todo. ¿Qué hicisteis de vuestros bellos principios el 17 de marzo, el 16 de abril, el 15 de mayo y el 23 de junio? ¡Entonces erais un gobierno! ¡Fuisteis incluso una dictadura! Era el momento de aplicar vuestros programas de Dijon y Lille. ¿En qué se convirtieron? ¡Leyes y medidas contrarrevolucionarias! ¡Y ahora que la reacción, victoriosa gracias a vuestra ayuda, ha roto con vosotros y os ha echado como a lacayos que ya no necesita, recogéis rápidamente del suelo los legajos de vuestro programa, los reordenáis, los limpiáis, y retomáis la ronda de los banquetes donde volvéis a lucir con ceremonia los viejos adornos, el viejo disfraz, las arengas parcheadas y repeinadas al estilo socialista!

12 Con ese apelativo se denominó a los partidarios de un impuesto de cuarenta y cinco céntimos por franco en contribuciones directas decretado por el gobierno para reponer las arcas del Estado el 18 de marzo de 1848.

SOBRE LA REVOLUCIÓN

1850

UNA REVOLUCIÓN PROVOCA EN el cuerpo social un proceso instantáneo de reorganización similar a las turbulentas combinaciones de los elementos de un cuerpo que, al disolverse, tiende a recomponerse en una forma nueva. Este trabajo no puede comenzar mientras un soplo de vida siga animando a la vieja configuración. Así, las ideas destinadas a reconstruir la sociedad nunca tomarán cuerpo hasta que un cataclismo, hiriendo de muerte a la vieja sociedad decrépita, libere los elementos cautivos cuya fermentación espontánea y rápida debe organizar el nuevo mundo.

Todos los poderes del pensamiento, todas las tensiones de la inteligencia, no pueden anticipar este fenómeno creativo que solo estalla en el momento adecuado. Pueden preparar la cuna, pero no traer al mundo al ser esperado.

Hasta el momento de la muerte y el renacimiento, las doctrinas que serán los fundamentos de la sociedad futura permanecen como vagas aspiraciones, visiones lejanas y vaporosas. Es como una silueta indecisa y flotante en el horizonte de la que los esfuerzos de la vida humana no pueden hacerse una imagen clara ni captar el contorno.

Entonces llega un momento en el tiempo de la renovación en el que la discusión agotada ya no puede dar un paso hacia el futuro, y en vano se dedica a levantar una barrera infranqueable al pensamiento, una barrera que solo la mano de la revolución puede romper. Es el misterio de la existencia futura, cuyo velo impenetrable para los supervivientes cae por sí mismo antes de la muerte.

Dejemos que la vieja sociedad sea demolida: la nueva aparecerá bajo los escombros. El último golpe de la piqueta la alzará al día triunfal.

AVISO AL PUEBLO

Brindis del 25 de febrero de 1851

¿QUÉ ESCOLLO AMENAZA LA revolución del futuro? El mismo en el que tropezó la revolución de ayer: la deplorable popularidad de los burgueses disfrazados de tribunos.

¡Ledru-Rollin, Louis Blanc,* Crémieux,* Marie,* Lamartine, Garnier-Pagès,* Dupont (de l'Eure),* Flocon,* Albert,* Arago,* Marrast!* ¡La lista de los asesinos! Nombres siniestros escritos en caracteres sangrientos en todas las aceras de la Europa democrática.

¡Es el gobierno provisional el que ha matado la revolución! Sobre su cabeza debe caer la responsabilidad de todos los desastres, la sangre de tantos miles de víctimas. Al degollar la democracia, la reacción solo ha hecho su trabajo. El crimen recae en los traidores que el pueblo, confiado, había aceptado como guía y que lo entregaron a la reacción.

¡Maldito gobierno! A pesar de los gritos y las súplicas, lanza el impuesto de cuarenta y cinco céntimos que solivianta a un campo en situación desesperada. Mantiene los Estados Mayores monárquicos, la magistratura monárquica, las leyes monárquicas. ¡Traición! El 16 de abril persigue a los obreros de París, encarcela a los de Limoges; el 27 ametralla a los de Ruán. Suelta a todos sus verdugos, señala y persigue a todos los republicanos sinceros. ¡Traición! ¡Traición! ¡A él, solo a él hay que achacar todas las calamidades que casi han destruido la revolución!

¡Estos son los grandes culpables!, y de todos ellos los más responsables son aquellos en los que el pueblo, engañado por las frases de un tribuno, creyó ver su espada y su escudo, aquellos a los que

proclamó con entusiasmo árbitros de su futuro. ¡Ay de nosotros si, el día del próximo triunfo popular, la indulgencia desmemoriada de las masas permitiese que uno de estos hombres que han sido relevados de sus cargos vuelva al poder! ¡Eso supondría de nuevo el fin de la revolución! Que los trabajadores tengan siempre presente esta lista de nombres, y si uno solo, sí, uno solo, aparece alguna vez en un gobierno surgido de la insurrección, que griten con una sola voz: ¡Traición! Los discursos, los sermones, los programas no serán de nuevo más que trucos y amenazas. Los mismos malabaristas intentando realizar de nuevo el mismo truco ante las mismas personas, creando el mismo eslabón de una nueva cadena de reacciones aún más furiosas. ¡Anatema y venganza sobre ellos si se atreven a aparecer! ¡Vergüenza y piedad por la imbécil muchedumbre que caiga en sus redes!

No basta con sacar para siempre a los estafadores de febrero del Hôtel de Ville; hay que protegerse de nuevos traidores.

Y traidores serán los gobernantes que, enarbolando la bandera proletaria, no lleven a cabo de manera inmediata: 1) el desarme general de los guardias burgueses; 2) el armamento y la organización en una milicia nacional de todos los trabajadores. Sin duda, hay muchas otras medidas indispensables; pero se derivarán de forma natural de este primer acto, que es la garantía preliminar, la única garantía de seguridad para el pueblo. No debe quedar un arma en manos de la burguesía. Fuera de esto, no hay salvación.

Las diferentes doctrinas que hoy compiten por la simpatía de las masas podrán un día realizar sus promesas de mejora y bienestar, pero a condición de no abandonar sus objetivos persiguiendo cantos de sirena. Terminarán convertidas en un lamentable aborto si el pueblo, en su amor por las teorías, descuida el único elemento práctico que le dará seguridad, ¡la fuerza! Las armas y la organización son el elemento decisivo del progreso, el medio cabal para acabar con la miseria. Quien tiene hierro, tiene pan. Todos se postran ante las bayonetas, y se aniquila a las masas desarmadas. Francia

erizada de trabajadores armados es el advenimiento del socialismo. Los obstáculos, la resistencia, las imposibilidades... todo desaparecerá frente a los proletarios armados.

Pero para los proletarios que se dejan distraer por los ridículos pasacalles, por los árboles de la libertad, por las frases sonoras de los abogados, habrá primero agua bendita, luego insultos y por último fuego de ametralladora. ¡Y siempre miseria!

Que el pueblo elija.

Prisión de Belle-Île-en-Mer, 10 de febrero de 1851

SOBRE EL CLAMOR CONTRA EL AVISO AL PUEBLO

Abril de 1851

SÍ, LOS PERIÓDICOS TIENEN razón: es el lenguaje anterior al 15 de mayo, es el retorno del Club Blanqui, los despojos de sus discursos, y el hurra unánime que suscita esta simple reaparición de las ideas de entonces demuestra hasta qué punto ha retrocedido la revolución. Fueron estas ideas las que levantaron todas las prevenciones de la reacción, desde Enrique V hasta Louis Blanc; fueron estas ideas las perseguidas con calumnias, con violencia, con gritos de muerte; las que provocaron la cólera del gobierno provisional, sus intrigas policiales, sus órdenes de arresto. Sucumbieron a los números y, con ellos, a la democracia. Su derrota abrió una brecha por la que irrumpió la reacción, que sigue creciendo. Cuántas veces, en las filas populares, se ha gritado: «¡Blanqui tenía razón!». ¡Cuántos hombres esclarecidos por las enseñanzas de la experiencia han recordado esa exactitud en la predicción, ese don visionario que, por así decir, le iluminó en medio de la ceguera universal! Se ha repetido a menudo: «¡Él ya lo dijo!», y este desengaño tardío, esta expresión de pesar y arrepentimiento, era una rehabilitación, una enmienda honorable.

Pero he aquí que el profeta vuelve a tomar la palabra. ¿Es para mostrar un horizonte desconocido, para revelar un mundo nuevo? No, es para reiterar los preceptos de su club. Todos los periódicos lo publican. En vísperas de que se produzcan quizá las mismas decepciones, repite sus advertencias. Ante los peligros que amenazan con renacer de forma idéntica, lanza su grito de alarma: «¡Proletarios, cuidado!». Y de inmediato, dentro de las mismas

facciones, se levanta el viejo concierto de anatemas, como salido de la cabeza de las furias.

¡Se pretende volver a empezar el 48! Así que nada ha cambiado ¡ni en las intenciones ni en los actos!

Solo hay programas, es decir, mentiras, una nueva mistificación, el preludio de una nueva apostasía. Los que repiten sus imprecaciones del 48 contra el pueblo preparan una nueva edición de los primeros engaños, y en seguida encuentran a sus viejos cómplices en los ambiciosos de todos los colores y la ingenuidad acostumbrada en este pueblo, siempre despreciado pero siempre crédulo, porque siempre ha sido ignorante y desgraciado. La coalición se está reformando y se está levantando como un solo hombre.

¿Volveremos a ver las escenas de febrero? «¡No, no!», responden a coro los bribones y los incautos. La lección ha dado sus frutos: el pueblo ve con claridad; ahora tiene fórmulas, programas, faros para las tormentas que se avecinan, falsos salvadores que lo llevarán a buen puerto.

Digamos, más bien, que está a merced de fuegos fatuos que lo arrojarán de nuevo contra las rompientes.

Hablemos un poco de estas recetas, de estas panaceas que se distribuyen desde las grandes y pequeñas columnas de prensa. Hablemos del gobierno del pueblo por el pueblo, y de todas estas tonterías, fantasías que el pobre trabajador toma en serio y de las que los mismos que las propagan se ríen por lo bajo.

Ante la indiferencia y el desdén con que nuestros señores y amos, tan celosos de sus privilegios, tan turbios para ejercer su dominación, reciben estas bellas obras maestras, ¿cómo no va a pensar el proletario que estos pretendidos evangelios no son más que folletos de charlatanes? ¿Programas? ¿Hemos olvidado tan pronto las arengas de los señores Ledru-Rollin y Louis Blanc antes de febrero? ¿Acaso los periódicos no habían formulado, en los banquetes de Lille, Dijon o Châlons, y por boca de estos mismos tribunos, el programa magnífico de la igualdad que iba a ser inaugurado al

día siguiente de la revolución? ¿Qué ha sido de aquellos solemnes compromisos?

El público ignora cómo se desarrolla la comedia de estos programas. Así es como en verdad se representa: al entrar al Hôtel de Ville, se dejan en el umbral; y el día en que se bajan las escaleras bajo las patadas de los monárquicos, se vuelven a recoger los jirones manchados en el arroyo. Entonces se limpian, se adecentan, se vuelven a escribir y se remiendan, y vuelven a desfilar delante de la atónita multitud. ¿Qué le importa todo esto a la reacción? Conoce demasiado bien el valor de estos papeluchos para preocuparse. Sabe de dónde vienen y a dónde vuelven antes o después. Deja que los acróbatas hagan alarde de ellos en sus barracas de feria para engañar a los mirones.

Pero que un hombre sincero, dejando atrás ese fantástico espejismo de los programas, esas nieblas del reino de Utopía, salga de la novela y entrando en la realidad pronuncie una palabra seria y práctica como: «Desarmar a la burguesía, armar al pueblo, esta es la primera necesidad, la única garantía de salvación para la revolución», ¡oh! y entonces la indiferencia termina. Un largo aullido de furia resuena de un extremo a otro de Francia. Uno grita sacrilegio, parricidio, rabia. Otros se revuelven, desatan su ira contra este hombre, pretenden arrojarlo a los infiernos por haber deletreado modestamente las primeras palabras del sentido común.

¡Y qué! ¿Hemos olvidado el drama de junio? ¿Hemos olvidado que París fue escudriñada por completo, que fue desarmada, atada y amordazada, mientras se estremecía y retorció ante el ultraje que le propinaron las hordas extranjeras, dueñas de sus muros? ¿Y qué más da? ¿Una onza de pólvora, la empuñadura de un sable, la culata de un revólver encontrados en la pobre buhardilla y el obrero es enviado a pudrirse en el fondo de las mazmorras!

¡Y aún dudáis de la victoria! ¡Rechazáis desarmar a una casta implacable que solo se relaciona con el pueblo a través del exterminio!

El prestigio de su antiguo poder se impone, y el recuerdo de su violencia asegura su inviolabilidad. Id, raza de esclavos, que no osáis levantar los ojos ni la mano ante vuestros tiranos. Rebeldes un día, arrepentidos y postrados al siguiente, permaneced agazapados bajo vuestra miseria y servidumbre. ¡No intentéis romper vuestras cadenas! Tendríais que volver a forjarlas con vuestras propias manos. No hagáis más revoluciones, al menos así evitaréis la vergüenza de tener que pedir luego perdón de rodillas.

CARTA A MAILLARD

Belle-Île, 6 de junio de 1852

NO ME HE APRESURADO a contestarle, mi querido ciudadano, por temor a herir sus opiniones, que no siempre parecen coincidir con las mías. Pero usted insiste, e incluso da la impresión de atribuir mi silencio a razones de descontento personal. No quiero dejar volar su imaginación y le diré mi opinión, ya que insiste en ello. Estamos de acuerdo en el punto más importante, me refiero a los medios prácticos que, en definitiva, son toda la revolución. Pero los medios prácticos se deducen de los principios y dependen también de la apreciación de los hombres y las cosas. Y aquí diferimos. Usted culpa del aborto de febrero a los jefes de escuela: los cobardes, los filósofos, los abogados, las divisiones del partido.

De todas estas causas, solo admito una, la de los abogados, pero no en calidad de tales, sino como una facción bastante notable de ese enjambre de intrigantes que devoraron la República y, al no poder digerirla, se apresuraron a vomitarla. Los renegados, tenga usted completa seguridad, no pretendían cambiar ni destruir nada. Al contrario, solo tenían un objetivo, un único deseo, *conservar* y mantener sus posiciones. Cree usted que son más tontos de lo que son. Es un error muy común. Se culpa a su inteligencia en lugar de a sus intenciones, y así se allana el camino para un nuevo envite. ¿Cómo podemos creer que personas que conocen bien todos los trucos del trabajo político cometieran un error tan grosero acerca del abecé de su oficio? Si no hicieron una revolución fue porque no quisieron hacerla. Su traición fue ineptitud, eso es todo. Por fin tenían la sartén por el mango; querían usarla también. Su insensatez

fue imaginar que iban a usarla durante mucho tiempo. Pero esa es la enfermedad incurable de los poderes. Todos se creen inmortales.

Tache usted de la lista de culpables a los cobardes: ¡en febrero nadie tenía otro miedo que el de perder su papel en la representación! Los filósofos desconocen casi por completo nuestros desastres y, además, hoy más que nunca es necesario ser filósofo. Las acusaciones dirigidas contra los jefes de escuela son una de las perfidias de la facción de insidiosos. ¿Quiénes son los jefes de escuela? Los autores, o al menos los principales defensores de las diversas teorías sociales que proponen reconstituir el mundo sobre la base de la justicia y la igualdad. El socialismo es la creencia en el nuevo orden que debe surgir del crisol de estas doctrinas. Sin duda, entran en conflicto en muchos puntos, pero persiguen el mismo objetivo, tienen las mismas aspiraciones, están de acuerdo en las cuestiones esenciales y de sus esfuerzos ha crecido un sentimiento que, aunque todavía no está bien definido, se ha apoderado de las masas y se ha convertido en su fe, su esperanza, su modelo. El socialismo es la chispa eléctrica que recorre y sacude al pueblo, que solo se agita y se inflama con el aliento en llamas de estas doctrinas, que hoy son el temor de los intrigantes y pronto, espero, la tumba del egoísmo. Después de todo, los tan criticados jefes de escuela son, como propagadores de esas poderosas ideas que están en condiciones de excitar al pueblo y lanzarlo a las tormentas, los primeros revolucionarios. No se equivoque usted, el socialismo es una revolución. No existe sin ella. Si se suprime el socialismo, la llama popular se apaga, y el silencio y la oscuridad caen sobre toda Europa.

Usted deplora la división de la democracia. Si con ello se refiere a los odios personales, celos, rivalidades y ambiciones, me uno a usted para despreciarlas, son una de las lacras de nuestra causa; pero tenga en cuenta que no es una plaga específica del partido: nuestros adversarios de todos los colores las sufren por igual. Solo irrumpen con más fuerza en nuestras filas como consecuencia del carácter más expansivo, de la moral más abierta del mundo democrático. Es-

tas luchas individuales, además, se deben a la debilidad humana. Debemos resignarnos y aceptar a los hombres como son. Enfurecerse contra un defecto natural es una chiquillada, si no una tontería. Las mentes firmes saben cómo sortear estos obstáculos que nadie puede eliminar pero que todos pueden evitar o superar. Sepamos pues plegarnos a la necesidad y, aunque deploremos el mal, no dejemos que frene nuestro progreso. Repito, el hombre en verdad político no tiene en cuenta estos obstáculos y sigue adelante, sin preocuparse por las piedras que entorpecen el camino. Por lo tanto, los reproches entre las diferentes escuelas de los que me habla, si no se les da demasiada importancia, me parecen tan miserables como cómicos. Proudhonianos y comunistas son igualmente ridículos en sus recíprocas diatribas, y no comprenden la inmensa utilidad de la diversidad de doctrinas. Cada matiz, cada escuela tiene su misión que cumplir, su papel que desempeñar en el gran drama revolucionario, y si esta multiplicidad de sistemas le pareciera fatal, estaría ignorando la más irrefutable de las verdades: «La luz solo surge de la discusión». Estos debates teóricos, este antagonismo de escuelas, son la mayor fuerza del partido republicano; es lo que forja su superioridad sobre los demás partidos, azotados por el inmovilismo y petrificados en su vieja forma inmutable. Somos un partido vivo; tenemos movimiento, vida. Los otros no son más que cadáveres. ¡Se queja usted de ser de carne y hueso, en lugar de ser una estatua de piedra que se yergue sobre una vieja tumba!

Consideremos ahora las profesiones de fe: usted se dice *republicano revolucionario*. Cuidado con confundir las palabras y dejarse engañar. Es precisamente este título de *republicano revolucionario* el que toman los hombres que no son ni *revolucionarios* ni quizá siquiera *republicanos*, aquellos que han traicionado y perdido tanto la revolución como la república. Lo toman como opuesto al de socialista, del que ahora reniegan pero con el que no dudaron en revestirse cuando el viento popular soplabá en esa dirección y el socialismo parecía estar a las puertas de su triunfo. Desde entonces lo han repu-

diado, renegado y despreciado cuando nuestras derrotas han hecho caer su bandera. Recuerdo la época en que Ledru-Rollin decía ser más socialista que Proudhon o Cabet, y se hacía pasar por el don Quijote del socialismo. Aquel tiempo pasó. Hemos perdido batallas que han expulsado del escenario principal a las doctrinas avanzadas. Hoy, Ledru-Rollin y sus amigos condenan el socialismo y lo culpan de todas nuestras desgracias. Esto es una mentira y una cobardía.

Usted me dice: no soy ni *burgués* ni *proletario*, soy *demócrata*. Pero cuidado también con las palabras sin definición, ya que son el instrumento favorito de los intrigantes. Sé lo que usted es, lo veo con claridad en ciertos pasajes de su carta. Pero usted pone a su opinión una etiqueta que no le corresponde, una etiqueta tomada de la fraseología de los estafadores, lo que no me impide ver con claridad que usted y yo tenemos las mismas ideas, las mismas opiniones, muy poco conformes con las de los farsantes. Ellos son los que inventaron este hermoso aforismo: ¡ni *proletario* ni *burgués*, sino *demócrata*! ¿Qué es entonces un *demócrata*, le pregunto? Es una palabra vaga, banal, sin significado preciso, una palabra de goma. ¿Qué opinión no podría caer bajo esa etiqueta? Todo el mundo afirma ser *demócrata*, sobre todo los aristócratas. ¿No sabe usted que el señor Guizot* es demócrata? Los astutos se complacen en esta vaguedad que les aporta grandes beneficios. Tienen pavor a la claridad. Por eso proscriben los términos *proletarios* y *burgueses*, que tienen un significado claro y describen las cosas de forma categórica. Eso es lo que no les gusta. Las rechazan como provocadoras de la guerra civil. ¿No es esta razón suficiente para abrir los ojos? ¿A qué nos hemos visto conducidos durante tanto tiempo, si no a la guerra civil? ¿Y contra quién? Ah, esa es la cuestión que se confunde bajo la oscuridad de las palabras; porque se trata de impedir que las dos banderas enemigas se coloquen una frente a la otra para, tras la batalla, poder sustraer a la bandera victoriosa los beneficios de la victoria y permitir que los vencidos se vuelvan a considerar vencedores. No quieren que los dos bandos enfrentados

sean llamados por sus verdaderos nombres: *proletariado*, *burguesía*. Sin embargo, no tienen otros.

¿No es cierto que existe en la nación una cierta clase, menos definida si se quiere que la nobleza y el clero, pero sin embargo muy distinta y perfectamente conocida por todos bajo el nombre de clase burguesa? Incluye a la mayor parte de los individuos con cierta riqueza y educación: financieros, comerciantes, propietarios, abogados, médicos, letrados, funcionarios, rentistas, toda la gente que vive de sus beneficios o de la explotación de los trabajadores. Si a esto le añadimos un buen número de campesinos que poseen riqueza pero no educación, llegaremos a un máximo de quizá cuatro millones de personas. Quedan treinta y dos millones de proletarios, sin propiedad, o al menos sin una propiedad relevante, y que viven solo del escaso producto de sus brazos. Es entre estas dos clases que se libra la amarga guerra, cuyas vicisitudes lo han conducido a usted a España y a mí a Belle-Île. ¿Bajo qué bandera luchamos, le pregunto, si no es bajo la bandera del proletariado? Sin embargo, por mi familia y educación soy burgués, y quizá usted también lo sea. Por fortuna hay muchos burgueses en el campo proletario. Incluso son su principal fuerza, o al menos la más persistente. Aportan una luz que el pueblo, por desgracia, aún no puede aportar por sí mismo. Son los burgueses quienes primero levantaron la bandera del proletariado, quienes formularon las doctrinas igualitarias, quienes las promueven, quienes las mantienen, quienes las levantan después de su caída. En todas partes son los burgueses los que dirigen al pueblo en sus batallas contra la burguesía. Esto es justo lo que ha permitido a los astutos acreditar su inteligente axioma: ¡ni *burgués* ni *proletario*, sino *demócrata*! ¿Pero porque algunas levitas estén del lado de los monos de trabajo, y muchos más monos de trabajo luchen a sueldo de los trajes de fiesta se deduce que la lucha no es entre la masa burguesa por un lado y la masa proletaria por el otro, es decir, entre Beneficio y Salario, entre Capital y Trabajo? Muchos nobles y sacerdotes se unieron a la causa de

la primera Revolución; ¿debemos concluir por ello que la Revolución no iba dirigida contra el clero y la nobleza? ¿Quién se atrevería a apoyar semejante disparate? La desgracia de nuestro partido es que la alianza de la mayoría de los burgueses con los trabajadores no es sincera. La ambición y la codicia los empujan al campo de los proletarios que se levantan contra la opresión. Se colocan a su cabeza, los conducen al asalto del gobierno, se apoderan de él, se instalan, se atrincheran, y a partir de ese momento, transformados en conservadores, se vuelven contra ese pobre pueblo que pierde la cabeza al ver que sus generales de la víspera se han convertido en los verdugos del día después.

Esta mistificación, siempre renovada con el mismo éxito, data de 1789. La clase media lanzó al pueblo contra la nobleza y el clero, los derribó y ocupó su lugar. Todo le parecía legítimo para hacerse con la herencia de las castas caídas; todo le parecía entonces justificado para conservarla y mantener su nuevo yugo sobre los hombros del proletariado rebelde. Tan pronto como el Antiguo Régimen fue derribado por el esfuerzo común, comenzó la lucha entre los dos aliados victoriosos, la burguesía y el proletariado. Hoy, se ha vuelto a la situación de 1789. Leer la historia de la primera Revolución es leer la historia de hoy. La similitud es completa: las mismas palabras, el mismo ámbito, los mismos epítetos, las mismas peripecias. Es un calco exacto. La única diferencia es que la experiencia ha beneficiado más a la burguesía que al proletariado. Hoy encontraréis a los hombres de entonces, aquellos llamados amigos del pueblo, que simplemente pretenden ocupar el lugar de los explotadores derrocados. Nuestros llamados montañeses, con Ledru-Rollin a la cabeza, son girondinos, copias fieles de sus predecesores. Han adoptado, es cierto, el lema y el estandarte de la vieja Montaña; juran por Robespierre y los jacobinos. Pero solo es porque se ven obligados a hacerlo. ¿Cómo podrían engañar a alguien si no lo hicieran? Es el truco habitual de los intrigantes para enarbolar la bandera popular. Las masas son confiadas y crédulas,

se dejan llevar por las grandes palabras y los grandes gestos. Hoy se intenta subyugarlas y engañarlas al mismo tiempo con palabras tan trilladas como *jrepublicanos!* *jrevolucionarios!* *jdemócratas!* ¡Pero los términos precisos que delimitan y explican la situación son rechazados con entusiasmo: *jburgueses!* *jproletarios!* No se deje engañar. Colóquese con los suyos y luzca sus insignias. Usted es proletario porque desea la igualdad real entre los ciudadanos, el derrocamiento de todas las castas y tiranías. La revolución debe ser la aniquilación del orden actual, fundado en la desigualdad y la explotación, la ruina de los opresores, el pueblo liberado del yugo de los ricos. Pues bien, los llamados republicanos o demócratas revolucionarios no quieren nada de esto. Lo demostraron en febrero. No crea usted que entonces no *supieron* conseguirlo; ni entonces lo *querían*, ni lo quieren ahora. No les importamos, son egoístas dispuestos a lanzarse sobre una nueva oportunidad y a gritar de nuevo: «¡Quítate tú para ponerme yo!». ¡Imbéciles! Perderán la revolución por última vez y para siempre. Porque, como bien sabe, cada aborto provoca una reacción más terrible. Usted ya ha tenido que vérselas con ese mundo los últimos cuatro años, juzgue el futuro por el pasado. El hombre sabio no puede hacer otra cosa.

Afirma usted que no es ni francés ni español, sino *cosmopolita*. Ah, muy bien, yo también, pero ¡cuidado con la mistificación! En su entusiasmo cosmopolita, acaba de enviar su adhesión al hombre menos cosmopolita y más egoístamente nacional de toda Europa, a Mazzini.* ¿Conoce personalmente a Mazzini? No, por supuesto que no. Es un charlatán, un arrogante, un ambicioso, y aún peor que todo eso, pretende erigirse como el dictador de la democracia europea, el campeón de la revolución universal. Bueno, es un revolucionario de la cuerda de Thiers, más o menos. ¿Sabe usted lo que pretende? Solo una cosa: reconstituir la nacionalidad italiana, hacer de Italia una potencia de primer orden, de la que él sería el jefe, por supuesto. Quiere establecer la supremacía de esta potencia, crear para ella un ejército permanente, una marina,

un presupuesto... en una palabra, todos los elementos de fuerza y opresión de los gobiernos actuales, y luego alzar la voz en los consejos diplomáticos y sobre todo rebajar a Francia, perseguirla, darle caza, sentarla en el banquillo de Europa, precipitarla fuera de su esplendor material y moral. Este hombre solo tiene dos pasiones: la sed de unidad italiana y el odio a Francia.

Después de la catástrofe del 1 de diciembre,¹³ había llegado el momento de la unión, del olvido, de la concordia; había llegado el momento de juntarse contra el enemigo común y poner fin a las viejas antipatías. ¡Pero no! Mazzini odia a Francia, aborrece el socialismo, no puede perder una oportunidad tan grande para insultar a uno, aplastar a otro, y así satisfacer su propio odio. Despejar el campo de las ideas que le molestan y suscitar contra Francia el desprecio de los pueblos: no ha fracasado en su misión, y nuestro partido ha sufrido las consecuencias.

¿Cómo se puede leer sin una mezcla de indignación y lástima ese torrente de invectivas odiosas y ridículas contra las ideas sociales? ¡Acaso es posible creer que un hombre pueda, sin despertar abucheos universales, acusar al socialismo de la derrota de diciembre! ¡Valiente charlatán! ¡Y cuánta imbecilidad en el público! ¿Cómo es posible esto? ¡Fueron Pierre Leroux,* Louis Blanc y Cabet quienes perdieron o hicieron perder la batalla de 1851! Si en el Nièvre, en Allier, en Saône-et-Loire, en Jura, en Drôme, en Ardèche, en Var, en Hérault, en Gard, en Gers, en Lot-et-Garonne, etc., miles de hombres armados huyen ante el tricornio del gendarme o el pompón del recluta novato, ¡es por culpa del socialismo! ¡Menuda idiotez! ¡Y esto se escupe con impunidad en las narices de Europa! ¡Aquí el delito es de los acusadores, el honor de los acu-

13 Blanqui se refiere aquí al autogolpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, gracias al cual Luis Napoleón Bonaparte se perpetuó en el poder y se convirtió en el dictador, proclamando en 1852 el Segundo Imperio.

sados! Fue el socialismo el que levantó a estos pueblos; fueron los dirigentes políticos los que no supieron ponerlo en práctica. ¿Qué hacían los señores Ledru-Rollin y compañía en Londres, Suiza y otros lugares durante los doce días mortales de la lucha? ¿Por qué no se precipitaron al campo de batalla y colocaron en la balanza el peso de su nombre y su inmensa popularidad? Su presencia habría reunido a las masas abandonadas y sin rumbo, reforzado el valor, desmoralizado al ejército y logrado la victoria. ¡Pero no! Estos caballeros, como verdaderos pretendientes, esperaron con majestuosidad en Londres a que el pueblo, victorioso sin ellos, viniera a poner humildemente su triunfo y su poder a sus augustos pies. El socialismo ha cumplido su misión y su papel. Los hombres han fracasado en el suyo. Si por casualidad se hubiera encontrado una cabeza vigorosa que mantuviera unidas a estas masas, las organizase y las guiase contra el enemigo, ¿alguien le habría preguntado por el matiz de sus opiniones?

¡Qué ineptas son las peroratas de este Mazzini! El movimiento de diciembre fracasó solo por razones militares. Cuando hubo que luchar no había generales ni soldados, sino rebaños asustados. Como usted dice, allí donde uno mirara no se veía más que debilidad, indecisión, terror, incapacidad, estupidez. Los jefes de escuela no tienen nada que reclamar de esta derrota. Mazzini argumentará quizá que la lamentable figura de los insurgentes en esta campaña se debe a la presencia de la doctrina socialista, y que no se puede obtener entrega y valor de la religión del estómago, de las doctrinas del bienestar material, de los apetitos egoístas, etc. Pero en primer lugar, sin el socialismo, nadie se habría levantado, lo que hubiera simplificado mucho las cosas. Mazzini olvida que hoy no hay ninguna influencia en el mundo que pueda motivar al proletario, salvo la influencia de las ideas sociales; que el tiempo del fanatismo religioso ha pasado; que la gente ya no se mueve por fórmulas vacías, milagros y dogmas irreflexivos. Parece como si en verdad lamentara aquellas épocas de superstición e idiotez, cuan-

do las masas mudas se levantaban a la voz de un sacerdote para degollar a sus semejantes en honor de Jesús y la Santísima Virgen.

Me sorprende que haya visto la más mínima analogía entre mis ideas y las de Mazzini. Por un lado, Mazzini no tiene ideas revolucionarias, ni de otro tipo, salvo la independencia y preponderancia de Italia. Fuera de eso, nada. Le pregunto, ¿qué nos importa la independencia italiana, si no es para fundar, al mismo tiempo, el régimen de igualdad y fraternidad que es nuestra única religión?

Este hombre quiere utilizarnos para enfrentarnos; no solo es el enemigo de nuestra patria, también es el enemigo de nuestras convicciones, de nuestra fe social. Pretende establecer en su país una explotación burguesa similar a la que ha despertado nuestra ira y nuestras luchas desde hace veintidós años. Tal vez piense usted que lo estoy calumniando. Pero lea sus homilías y trate de encontrar en ellas algo más que declaraciones vagas y vacías, una fraseología hueca, un discurso sin ideas, toda suerte de tópicos democráticos que no dicen nada ni se comprometen con nada, y grandes palabras como fe, entrega y revolución, sin el menor pensamiento positivo. Thiers, en cambio, sí podría firmar esos ladrillos. ¿Es así como se levantan las masas en Francia? Ya no lo siguen, gracias a Dios. Entienden la revolución como debe ser entendida, y como el maestro Mazzini no la quiere. En nuestro país ya no se levantarán por frases vacías, aunque la palabra revolución se escuche por doquier. El campo solo ha empezado a agitarse después de haber atribuido un significado positivo y categórico a la palabra revolución. ¡Guerra en los castillos! ¡Abajo los ricos! ¡Muerte a los explotadores! Este es el grito de guerra del campo y su traducción de la palabra socialismo. Estos gritos son el terror de Mazzini y los suyos. Tampoco olvide los anatemas de Kossuth contra el socialismo en Inglaterra, después de que hablase y se conociera la última palabra de los diversos partidos. Solo pide la independencia de Hungría, con el mantenimiento del régimen aristocrático y feudal que la gobierna. Juzga nuestras doctrinas a su conveniencia. Nos

haría colgar. Francia está muy por delante del resto de Europa; ha franqueado ya las fases por las que nuestros vecinos aún no han pasado. Por lo tanto, la palabra revolución y revolucionario no tienen el mismo significado en nuestra boca que en la de la mayoría de los extranjeros. Casi todos ellos están en el punto de la guerra de los burgueses contra los reyes, los nobles y los sacerdotes. Algunos de ellos, como los húngaros y los polacos, solo son aristócratas que luchan por su nación contra los conquistadores extranjeros. En nuestro país, el clero y la nobleza están más o menos muertos y han tenido que fusionarse con la burguesía para apoyar la guerra común contra el proletariado. Los reyes, los nobles, los sacerdotes y los burgueses están coaligados en contra del pueblo trabajador. En la última insurrección, Bonaparte tuvo a los burgueses de todas las regiones del lado de sus tropas. Sin ellos habría fracasado. Sin duda, muchos burgueses estaban en las filas del pueblo, pero son excepciones que confirman la regla. Las finanzas, el comercio y la propiedad estaban por todas partes y en masa contra el movimiento. Se dice que hoy la burguesía hace la guerra al poder; pero no es en nuestro beneficio, sino en el de los Borbones, viejos o jóvenes.

Mazzini despotrica con furia contra el materialismo de las doctrinas socialistas, contra la defensa de los apetitos, la apelación a los intereses egoístas; arremete contra la teoría degradante y demoralizadora del bienestar material. ¿Pero no ve que son simples declaraciones contrarrevolucionarias? ¿Qué es la revolución sino la mejora de la suerte de las masas? Y qué tontería es esa invectiva contra la doctrina de los intereses. Los intereses de un individuo no son nada, pero los intereses de todo un pueblo se elevan al nivel de principio. Los de toda la humanidad se convierten en una religión.

¿Actúan los pueblos alguna vez por algo que no sean sus intereses? La llamada a la libertad es también una llamada al egoísmo, pues la libertad es un bien material y la servidumbre es sufrimiento. Luchar por el pan, es decir, por la vida de los hijos, es algo todavía más santo que luchar por la libertad. Además, ambos intereses

se fusionan y son uno solo en realidad. El hambre es esclavitud. ¿Son libres este obrero, este campesino que la miseria entrega como bestias de carga a la explotación del fabricante y del propietario? Vaya y hable con estos desgraciados sobre la libertad. Le responderán: «La libertad es pan en la mesa». Nosotros les decimos: «¡La libertad es bienestar!». ¿Nos equivocamos? No nos dirigimos a personas negras ni a los compañeros de Espartaco, sino a los siervos que tienen apariencia de libertad en medio de los dolores de la servidumbre. Hay que hacerles tocar la herida con el dedo, mostrarles el nudo gordiano para que lo corten con su espada. Mazzini puede criticarnos todo lo que quiera por la insurrección de los apetitos. Pero no hay otra salida. ¿Acaso es el fanatismo religioso un motivo noble y desinteresado? Los cruzados luchaban por la vida eterna, que es el más voraz de los apetitos.

Adiós, querido ciudadano, quería usted mi opinión y se la he dado con claridad y franqueza, aunque sea un poco larga. La disimulé a pesar del hondo pesar que sentí por su adhesión a Mazzini. Le aseguro que usted no es de los suyos, ni mucho menos. Ha creído que él era algo que no es, y usted se da a sí mismo calificativos que no son suyos. Usted es un *socialista revolucionario*; no se puede ser revolucionario sin ser *socialista*, y viceversa. Hay, sin embargo, *socialistas pacíficos*, gente de gabinete, de carácter tranquilo, fuera de lugar en medio de las armas y el tumulto, y revolucionaria solo en las ideas. Por lo general, los jefes de escuela son de este tipo y no por ello sirven menos a la revolución. Se les considera solo por sus ideas y se hace la vista gorda sobre su temperamento. En cuanto al socialismo práctico, no pertenece a ninguna secta especial, a ninguna iglesia. Toma lo que le conviene de cada sistema, no tiene escuela de pensamiento y quiere derrocar lo que existe no por capricho o en provecho de intrigas, sino en virtud de principios bien fundados, con la firme resolución de construir el futuro sobre nuevas bases que alimentarán al socialismo iluminado, desarrollado y fijado por los acontecimientos.

Usted y yo nos encontramos en esta categoría, con las noventa y nueve milésimas partes de los socialistas, con los obreros y los campesinos, pero no con los montañeses, que son de otra pasta por completo diferente y se llaman, como Ledru-Rollin, *republicanos-revolucionarios*. Ya le han demostrado su valía durante los últimos cuatro años. Lo que quieren es volver a empezar febrero, sin más. Son amantes de la legislatura por veinticinco francos al día, de la prefectura por cuarenta, y del armiño y las charreteras, pero sobre todo de las nóminas. Si los intrigantes consiguieran repetir su mistificación de febrero, esta vez estaríamos perdidos. Este nuevo aborto llevaría a Nicolás I a París, y lo único que les quedaría a los supervivientes sería partir hacia América. Pero para la próxima revolución, contamos con los campesinos para escamotear a los escamoteadores. Y ellos lo saben, y tienen miedo. El miedo es la clave de su conducta en los últimos años. La Montaña y la prensa sienten un santo terror a la canalla. La perspectiva de una revolución en las calles siempre les ha puesto los pelos de punta. El 31 de mayo¹⁴ su conducta se definió con dos palabras: ¡cobardía y perfidia! Se sentían entre la espada y la pared, perdidos en la victoria, perdidos en la derrota. Supieron maniobrar muy bien para esquivar la borrasca y quedarse con sus veinticinco francos.

Bueno, termino ya. Adiós, una vez más, y saludos fraternales.

¹⁴ La ley electoral del 31 de mayo de 1850 pretendía limitar la influencia de los socialdemócratas exigiendo que los votantes hubieran residido durante los tres años anteriores en el mismo lugar y excluyendo de todo el proceso a los convictos por razones políticas.

LA USURA

1869-1870

¿EL SACRIFICIO DE LA independencia individual, consecuencia obligada de la división del trabajo, ha sido brusco? ¡No! Nadie lo habría consentido. Hay en el sentimiento de libertad individual tal gozo, aun amargo, que ningún hombre lo habría cambiado por el collar de oro de la civilización.

Así lo demuestran los salvajes que el mundo europeo intenta domesticar. Los pobres se envuelven en sus mortajas, llorando por su libertad perdida, y prefieren la muerte a la servidumbre. Las maravillas del lujo, que nos parecen tan deslumbrantes, no les seducen. Están fuera del alcance de sus mentes y de sus necesidades. Perturban su existencia. Solo las perciben como enemigos extraños que les clavan un cuchillo afilado en la carne y en el alma. Los desgraciados pueblos a los que nuestra irrupción ha sorprendido en las soledades americanas o en los archipiélagos perdidos del Pacífico desaparecerán como consecuencia de este contacto mortal.

Desde hace casi cuatro siglos, nuestra detestable raza destruye sin piedad todo lo que encuentra: hombres, animales, plantas y minerales. La ballena se extinguirá, aniquilada por una ciega persecución. Los bosques de quinas caen uno tras otro. El hacha corta, pero nadie replanta. A nadie le importa si en el futuro los yacimientos de carbón se malgastan con salvaje dejadez.

Unos hombres habían aparecido de repente, explicándonos con su mera apariencia los primeros tiempos de nuestra estancia en la Tierra. Era necesario preservar con cuidado filial, aunque solo fuera en nombre de la ciencia, a estos supervivientes de nuestros ante-

pasados, estos preciosos especímenes de las edades primitivas. Los hemos asesinado. Los poderes de la cristiandad se han disputado el honor de acabar con ellos.

Responderemos ante la historia por esta masacre. Pronto nos reprochará este crimen con toda la vehemencia de una moral muy superior a la nuestra. No habrá suficiente odio y maldiciones contra el cristianismo, que con el pretexto de convertirlas, ha matado a estas criaturas desarmadas; ni contra el mercantilismo, que las masacra y envenena; ni contra las naciones que observan estas agonías y miran para otro lado.

Los desafortunados no han podido asimilarse a nosotros. ¿Pero acaso es culpa suya? La humanidad solo ha atravesado las innumerables etapas entre su cuna y su virilidad mediante transiciones graduales. Entre dos de estos momentos median miles de siglos. No hay nada improvisado en el hombre, como tampoco en la naturaleza, salvo las catástrofes destructoras, que nunca tienen sentido.

Las propias revoluciones, con sus bruscas irrupciones, son solo la liberación de una crisálida. Antes han crecido poco a poco dentro del capullo. Siempre son autónomas, muy diferentes de la conquista, esa brutal invasión de una fuerza externa que rompe y trastorna sin mejorar. La evolución espontánea de una raza, de una tribu, no ofrece nada de eso. Se realiza por grados, sin ninguna perturbación apreciable, como el desarrollo de una planta.

El sistema de la división del trabajo solo pudo sustituir el aislamiento individual mediante una serie de transformaciones que se extendieron a lo largo de un inmenso período. Cada paso en esta dirección fue recibido como una victoria esperada y deseada, y el cambio se produjo poco a poco, a través de una larga serie de generaciones, sin alterar la moral, los hábitos o los prejuicios.

Fue un paso decisivo, sin duda, pero ¿a qué precio? Abandono completo de la independencia personal; esclavitud recíproca bajo la apariencia de solidaridad; lazos de asociación ceñidos hasta el agarrotamiento. Ahora nadie puede mantenerse solo. Su existencia

queda a merced de sus semejantes. Debe esperar de ellos el pan de cada día, casi todas las cosas de la vida. Porque solo puede dedicarse a una industria. Solo así es posible mejorar la calidad del producto, y como la división del trabajo se acentúa con el perfeccionamiento de las herramientas, el hombre se ve más ligado a su oficio.

Sabemos hasta dónde han llegado las cosas hoy. El ser humano se pasa la vida haciendo puntas de aguja y cabezas de alfiler.

En realidad, una situación como esta crea deberes imperativos entre los ciudadanos. Al dedicarse cada uno a una ocupación simple, casi todo el producto que crea le resulta inútil. Este producto será utilizado en cantidades infinitesimales por otros muchos individuos. Y por lo tanto, todos estos consumidores están obligados a satisfacer las necesidades de la persona que ha trabajado para ellos.

La sociedad, por tanto, se basa en el intercambio. La ley, que regula sus condiciones, debe ser una ley de asistencia mutua, del todo conforme a la justicia. La ayuda recíproca es ahora una cuestión de vida o muerte para todos. Ahora bien, si el trueque en especie era suficiente en los tiempos primitivos, cuando el consumo implicaba un número muy reducido de objetos, todos ellos de absoluta necesidad, se volvió radicalmente imposible entre los miles de productos de una industria perfeccionada.

Por lo tanto, se hizo indispensable la figura del intermediario. Las cualidades especiales de los metales preciosos debieron llamar la atención del público en una primera etapa. Porque el origen del dinero se remonta a tiempos desconocidos. Se supone que se originó en la época de la Edad de Bronce. Por lo demás, no tiene importancia económica, solo para la arqueología. Lo que sí nos interesa es la experiencia, adquirida durante mucho tiempo, que confirma que los servicios prestados por el dinero se han pagado muy caros. Ha creado la usura, la explotación capitalista y sus siniestras hijas, la desigualdad y la miseria. Solo la idea de Dios se disputa con ella la palma del mal.

¿Acaso podría ser de otra manera? Cuando nació el dinero, los hombres tenían dos maneras de utilizar este medio de intercambio: la fraternidad y el egoísmo. La rectitud habría llevado pronto a la asociación integral. El espíritu de rapiña ha creado la interminable serie de calamidades que atraviesan la historia de la raza humana. Ni siquiera hay un sendero entre estas dos rutas. Bajo el régimen individualista, el intercambio honesto y justo habría castrado a nuestra especie congelándola en el inmovilismo. Incluso ahora, daría el mismo resultado.

Es de suponer que los hombres habrían sentido la necesidad de combinar sus esfuerzos para una producción más compleja, que requiere una cantidad considerable de materiales, provisiones y utensilios. Así habría ocurrido mientras la simplicidad de las herramientas hubiera permitido a los productores obtener mediante el intercambio lo suficiente para trabajar y vivir. Pero el hombre es perfeccionista por naturaleza. Pronto, las exigencias de una industria más avanzada habrían determinado la cooperación de las actividades individuales y, con los trabajadores recogiendo todo el fruto de su trabajo, la prosperidad general habría tomado un rápido impulso. Como resultado, se habría producido un aumento gradual de la población, del bienestar y de la ilustración, una red cada vez más desarrollada de diversos grupos y, por fin, una rápida evolución hacia la asociación completa, sin despotismo, compulsión ni opresión de ningún tipo.

El vampirismo ha hecho desaparecer un sueño tan hermoso. La acumulación de capital se ha conseguido no por asociación, sino por monopolización individual, a costa de la masa, en beneficio de unos pocos.

¿No habría sido este sueño de fraternidad una ilusión, una utopía, en los viejos tiempos? Entre la lealtad y la traición, ¿podrían dudar las edades de la oscuridad y el salvajismo? No conocían más derecho que la fuerza, ni más moral que el éxito. El vampiro se embarcó en una carrera de explotación despiadada. La usura se convirtió en la plaga universal.

Su origen se pierde en la noche de los tiempos. Esta forma de rapiña no existía antes del uso del dinero. El trueque en especie no la implica. Tampoco la división del trabajo. La escritura aún no existía, pero de haber existido habría guardado un recuerdo preciso de esta gran innovación. Por desgracia, la tradición no dice nada al respecto.

La usura era un mal, no ya necesario —eso supondría un fatalismo demasiado gratuito— sino inevitable. ¡Ah!, si el instrumento de cambio hubiera dado sus frutos legítimos desde un principio, si no se hubiera desvirtuado y desviado de su objetivo... Sí, pero el *si...* es siempre una necedad. Hacer del presente una acusación contra el pasado no es menos absurdo que hacer del pasado la regla, o más bien la rutina del futuro.

Cada siglo tiene su propia organización y su propia existencia, que forman parte de la vida general de la humanidad. Esto no es fatalismo, ya que la sabiduría o el libertinaje del siglo tienen efectos en la salud de la especie. Solo la humanidad, como ser múltiple, puede recuperarse siempre de una enfermedad. Es capaz incluso de pasar varios miles de años en el hospital. El individuo, por el contrario, se arriesga a morir.

Por lo tanto, resultaría ocioso y ridículo perder el tiempo lamentando el horrible abuso que se hizo del intercambio. ¡Ay! ¿Debemos admitirlo? Fue la desventaja de una ventaja. La expiación, como dirían los cristianos según su doctrina del sufrimiento. Fue la sustitución de una estafa por un asesinato... un progreso. La dinastía de su majestad don Dinero acababa de nacer. Durante mucho tiempo debía engañar y exprimir al mundo. Ha perdurado durante casi toda la vida de la humanidad, en pie, inmutable, indestructible, sobreviviendo a monarquías, repúblicas, naciones e incluso razas.

Hoy, por primera vez, se enfrenta a la rebelión de sus víctimas. Pero un soberano tan antiguo y poderoso tiene más sirvientes que enemigos. Los turiferarios acuden en masa al rescate, con incienso y música, gritando y cantando: «¡Hosanna! ¡Gloria al becerro de

oro, padre de la abundancia!». Un análisis severo hará justicia a estos himnos y, despojando al rey de sus ornamentos, lo mostrará desnudo, tal cual es: un vulgar ladrón.

EL COMUNISMO, FUTURO DE LA SOCIEDAD

1869-1870

EL ESTUDIO CUIDADOSO DE la geología y la historia revela que la humanidad comenzó en el aislamiento, en el individualismo absoluto, y que a través de una larga serie de mejoras debe terminar en la comunidad. La prueba de esta verdad se encontrará en el método experimental, el único válido hoy en día y que fue fundado por la ciencia.

La observación de los hechos y sus deducciones irrefutables establecerán, paso a paso, esta marcha constante del género humano. Entonces se verá con claridad que todo progreso es una conquista, todo retroceso una derrota del comunismo; que su desarrollo se confunde con el de la civilización y que las dos ideas son idénticas; que todos los problemas sucesivamente planteados en la historia por las necesidades de nuestra especie han tenido una solución comunista; que las cuestiones ahora pendientes, tan arduas, tan llenas de problemas y de guerra, no pueden tener otra salida, so pena de agravar el mal y caer en el absurdo.

Todas las mejoras en los impuestos, la gestión agrícola, el correo, el tabaco o la sal son innovaciones comunistas. Las compañías industriales, sociedades mercantiles, mutuas de todo tipo, incluso los sellos, también lo son. El Ejército, los colegios, las cárceles, los cuarteles son comunismo en el limbo, crudo, brutal, pero inevitable. Nada se hace fuera de este camino. La fiscalidad, el gobierno en sí, es comunismo, de la peor clase por supuesto, y sin embargo de absoluta necesidad. La idea ha dicho apenas sus

primeras palabras. Antes de su final, lo habrá cambiado todo por completo. Solo somos bárbaros.

¡Observad los efectos del régimen actual! El bajo precio y, en consecuencia, la abundancia de alimentos se consideran una calamidad, que arruina a los productores y pone en riesgo la industria y el comercio. La economía política consagra sin tapujos esta blasfemia en sus definiciones. Llama *utilidad* a la riqueza natural, y *valor* a la riqueza social. Pero la utilidad es la abundancia, y el valor es la escasez. Cuanto más *valor útil* hay, menor es el *valor de mercado*. ¡Qué locura! ¿Cómo es posible que aquello que es en sí mismo una bendición pueda convertirse en un mal? Por la codicia del capital, que exige la mejor tajada y se retira en cuanto los precios le impiden hacerse con ella. Pero su retirada encarece los productos y eso le permite volver a pescar en aguas turbulentas.

Los holandeses, en sus posesiones asiáticas, prohibieron el cultivo de la pimienta, la nuez moscada, etc., y destruyeron las especias en masa para mantener sus precios altos en el mercado. En los países civilizados, todo productor quiere que su producto sea caro y que todos los demás se degraden. La caída de la harina angustia al agricultor, y la subida desespera al industrial. ¿No es esta guerra social permanente una terrible acusación contra la organización actual?

En el sistema comunal, lo bueno beneficia a todos y lo malo no beneficia a nadie. Las buenas cosechas son una bendición, las malas una calamidad. Nadie se beneficia de lo que perjudica a otros y nadie sufre por lo que le beneficia. Todo se resuelve según la justicia y la razón. Las reservas pueden estar desbordadas, sin que por ello se produzcan crisis industriales y comerciales. Por el contrario, la acumulación de productos, imposible hoy en día sin catástrofes, solo estará limitada por su deterioro natural.

Las peores plantas suelen acaparar el campo en detrimento de las mejores. El capitalismo, ávido de ganancias, con el ojo puesto en el beneficio, se ha apoderado de la parte asociativa, y este magnífico instrumento de progreso se ha convertido en sus manos en

una auténtica arma. La utiliza para exterminar a la industria y el comercio de mediano y pequeño tamaño.

Estas pobres personas mueren asfixiadas en las sombras y en silencio. No hay luz ni escándalo. Nada se ve, nada se oye. Desaparecen de incógnito. Es muy diferente de los disturbios de 1848, causa de tanta furia ciega y venganza despiadada. Los comerciantes pueden dedicarse a meditar con calma acerca del torrente y la orilla de La Fontaine.¹⁵ A pesar de todo su ruido, el torrente no era tan peligroso como parecía. La plácida orilla, en cambio, resultó ser una trampa mortal.

Sobre las ruinas de la modesta burguesía se levanta, más sabio y más terrible que el viejo patriciado, este triple sistema feudal financiero, industrial y comercial, que tiene a toda la sociedad bajo sus pies. Se trata de la astucia en lugar de la violencia, el salteador de caminos sustituido por el carterista.

Estaba escrito que el pasado, antes de morir, daría su último golpe con la misma arma que lo mataría. Pues al golpear, se ha infligido de su propia mano una herida mortal. La asociación, al servicio del capital, se ha convertido en una lacra que no se podrá mantener por mucho tiempo. Tal es el privilegio de este glorioso principio: solo puede hacer el bien. Para el mal ya existe el insecticida Vicat. Los bichos que se rozan con él perecen envenenados.

Cuando llega el momento de una evolución social, todo se precipita en su ayuda para facilitar su nacimiento.

Las energías agotadas que están a punto de extinguirse le aportan, sin ser conscientes de ello, su último empujón. Estamos asistiendo a un curioso espectáculo. Los preliminares de la comunidad se desarrollan ante nuestros ojos.

¿Qué es la asistencia mutua, cuyo principio se aplica en formas siempre nuevas y une poco a poco todos los intereses? Se trata

15 Se refiere a la fábula de La Fontaine que lleva por título *El torrente y el río*.

de una de las caras de la transformación que se avecina. Y la asociación, hoy tan alabada, panacea universal cuyos elogios resuenan a coro, sin una sola voz discordante, ¿qué es sino la gran avenida y la última palabra del comunismo?

Sin embargo, no hay que hacerse ilusiones. Esta última palabra no se pronunciará mientras la gran mayoría siga agazapada en la ignorancia. La luna descenderá sobre nuestro globo antes que la comunidad si esta es privada de su elemento indispensable: la luz. Sería tan fácil para nosotros respirar sin el aire como que ella existiera sin la educación, que es su atmósfera y su vehículo. Pues entre la educación y el comunismo la relación es tan estrecha que una no puede dar un paso sin el otro. Han marchado siempre al unísono y al lado de la humanidad, y no se distanciarán mientras dure su viaje común.

La ignorancia y la comunidad son incompatibles. La extensión general de la educación sin el comunismo, y el comunismo sin la extensión general de la educación, son dos imposibilidades del mismo tipo. El hombre de la comunidad es el que no se deja engañar ni arrastrar. Pero todo ignorante es un incauto y un instrumento para el engaño, un siervo y una herramienta de servidumbre. Alguien que era un tonto o un jesuita¹⁶ se atrevió a decir en una reunión pública: «Si la sociedad estuviera compuesta por productores, buenos trabajadores, pero ignorantes, marcharía; quizá pasaría de la explotación al despotismo, pero viviría. Si la sociedad estuviera formada por sabios que no produjeran nada, no podría subsistir».

El mismo hombre también dijo: «Me produce pavor esta anomalía de gente *desclasada* que vemos todos los días, muy educada, muy inteligente, pero incapaz de ganarse la vida».

Es de nuevo este gran orador el que «rechaza la educación gratuita, obligatoria y laica como un ataque a la libertad y un agravante de la regulación centralista».

16 Se desconoce a qué personaje hace referencia Blanqui.

Estas son las filias y fobias de los sacerdotes: deseos de oscuridad, odio a las luces. Tras el golpe de Estado, la guerra contra los *desclasados* fue el grito de guerra de la despiadada caza que se llevó a cabo contra los profesores y colegios laicos. Hay que leer las circulares de los prefectos de esa época nefasta para entender los planes de la reacción clérigo-monárquica.

La educación libre entregó la educación a los jesuitas. No era posible competir contra la coalición del clero y el capital. Nadie en su sano juicio se atrevería a argumentar lo contrario. Por último, el anatema lanzado *contra una sociedad compuesta enteramente por sabios* revela la intención de perpetuar el sistema de castas. A ese lado, los parias del trabajo manual, de este, los privilegiados de la inteligencia: una masa de brutos y un puñado de embrutecedores.

Hay que ser muy audaz, si no muy inepto, para afirmar que una nación de sabios *no podría vivir* y moriría de hambre. Ningún pueblo de la época actual podría competir en poder productivo con una nación de científicos, ni en la agricultura ni en la industria. La diferencia entre ambos sería mayor que entre los galos de César y los franceses de 1870.

Que las reuniones públicas, si se mantienen, se guarden bien de los emisarios de la Compañía de Jesús. Su táctica es introducir a esos perros guardianes en todos los clubes e influir en las cuestiones que preocupan a los reverendos padres. Para ello tienen órdenes de adoptar cualquier máscara. El interés clerical es la educación libre, extender la sospecha sobre la ciencia y los eruditos, así como la guerra contra los *desclasados*, es decir, contra los individuos instruidos y pobres.

Cualquiera que, con el pretexto de la libertad y la economía, rechace la educación gratuita y obligatoria y exija la educación libre es un agente del jesuitismo. Ya sea que se llame republicano, revolucionario, ateo, materialista, socialista, comunista, proudhonista o cualquier otra cosa. No importa el color de su máscara, puede ser llamado siervo de los jesuitas sin temor a equivocarse. En efecto, el

sentido común demuestra que la educación libre, sin intervención del Estado ni gratuidad, supone, por la omnipotencia del dinero, dejar el monopolio de la educación en manos de los curas.

La educación religiosa significa oscuridad y opresión. El ejército negro, compuesto por cien mil hombres y mujeres, avanza con furia, propagando la noche y apagando las luces por todas partes. Apoyado por el Estado, domina, gobierna, amenaza y oprime. El brazo secular está a sus órdenes, el capital le prodiga todos sus recursos, pues sabe que es su mejor ayudante, o quizá su última esperanza de salvación.

¿Quién no reconoce hoy este peligro? Toda la democracia, sin distinción de matices, lo proclama, invocando el único remedio, la educación. La opinión pública, dividida en todos los demás aspectos, es unánime en este punto. El mismo grito se escapa de todos los pechos: «¡Luz! ¡Luz! ¡Basta de embrutecimiento clerical!».

¡Vanos clamores! El gobierno hace oídos sordos y responde con la aceleración enfebrecida de la influencia jesuita. Cada año se cierran cientos de escuelas laicas y se abren nuevas escuelas congregacionales. Si comparamos 1848 con 1870, veremos que hace veinticinco años la mitad de las niñas pertenecían a cada una de las dos escuelas, y que hoy apenas una sexta parte de ellas permanece en las escuelas laicas. El número de niños envenenados por la educación religiosa ha subido del diecisiete al cincuenta por ciento, y esta espantosa progresión continúa con la duplicación del número total de niños y niñas. El plan de cretinización universal sigue su curso sin demora. ¿Se cumplirá?

¡No! ¡Pero aún así, qué retraso en la llegada de los días felices! ¡Qué pausa tan desoladora en el antagonismo y la miseria! Los años huyen, inútiles y monótonos, las generaciones pasan, devoradas una tras otra por el monstruo de la superstición y la ignorancia. Ahí está, bloqueando el camino de la humanidad hacia la tierra prometida que ya vislumbra en la distancia, pero que no puede alcanzar.

¿Cuánto tiempo más tendremos que luchar contra este enemigo que nunca baja la guardia y que siempre es perdonado después de haber sido abatido? ¡Ah!, si la revolución hubiera cumplido con su deber en 1830, en 1848, este medio siglo tan tristemente perdido habría sido suficiente para lograr el objetivo. La guerra habría terminado y las naciones, dejando al pasado hundirse con rapidez en la noche, avanzarían a grandes pasos hacia un futuro cada vez más brillante.

¿La revolución será al fin sabia en su próximo triunfo o se compadecerá una vez más del genio del mal? ¿Volverá a permitir que se levante de forma cada vez más terrible de sus caídas? En nuestras filas hay traidores que lo protegen en los momentos de contra-tiempo, con frases cabalísticas con las que engañan al pueblo. La consigna de la próxima traición será: «Supresión de la financiación de los cultos; separación de Iglesia y Estado». Lo que traducido quiere decir: victoria del catolicismo, aplastamiento de la revolución. Que nuestro lema sea: «¡Supresión de los cultos, expulsión de los sacerdotes!», y que se mantenga firme ante los ruegos, las amenazas, la astucia.

Ceder supondría la muerte. La república victoriosa no tendrá tiempo que perder en luchas inútiles. Para qué entretenerse con el ataque a gran escala contra un obstáculo que puede ser franqueado de un salto cuando existen bastiones que requerirán años de trinchera abierta. El Ejército, la magistratura, el cristianismo, la organización política, simples obstáculos. La ignorancia, en cambio, representa un bastión formidable. Un día para superar el obstáculo; para el bastión, veinte años.

Todo obstáculo facilita la resistencia, y por tanto debe ser arrasado. Todavía falta demasiado tiempo y, como la comunidad solo puede establecerse sobre el lugar del bastión destruido, no debemos contar con ella para el día después. Un viaje a la luna sería una quimera menos peligrosa. Es el sueño de muchos impacientes, que por desgracia tienen razón, pero es un sueño que no puede realizarse

antes de la transformación de las mentes. La voluntad de toda Francia sería impotente para anticiparse al tiempo, y el intento acabaría en fracaso, que a su vez sería la excusa para reacciones furiosas.

Todas las organizaciones tienen sus condiciones de existencia. Fuera de estas condiciones, no son viables. La comunidad no se puede improvisar, porque será consecuencia de la educación, que tampoco se puede improvisar. No olvidemos la raza de los vampiros, que es también la de los camaleones. No desaparecerá sin más el día siguiente a la revolución, como tampoco la raza de los ingenuos y simples, su alimento cotidiano.

Pero pronto cambiarán las tornas. Y entonces se verá a los charlatanes del comunismo surgir en tropel de la tierra, como hongos después de la tormenta, para reclutar a los hombres, los tartufos de la comunidad, y embaucar a las mujeres. Para ellos será el premio infalible de la intriga: la administración, es decir la libre disposición de los bienes comunes. La masa del pueblo ignorante se convertiría en su presa y en su ejército, igual que hoy, pero con consecuencias mucho más terribles: la contrarrevolución enloquecida desataría una mezcla de tiranía y anarquía que no duraría un día, sino muchos años, bajo los terrores de la memoria. ¡Un espantoso salto hacia atrás!

¿Acaso no es una locura imaginar que tras un simple tropiezo la sociedad volverá a ponerse en pie, reconstruida desde cero? ¡No! Las cosas no suceden así, ni en el hombre ni en la naturaleza.

La comunidad avanzará paso a paso, en paralelo a la educación, su compañera y guía. Nunca por delante ni por detrás, sino a la vez. Y será completa el día en que, gracias a la universalidad de la educación, ni un solo hombre pueda ser engañado por otro. Ese día, nadie querrá sufrir la desigualdad de fortuna. Solo el comunismo satisface esta condición.

Se puede objetar que la igualdad de educación no implica la igualdad de las inteligencias, y que siempre quedará la desigual-

dad de cerebros para constituir una jerarquía intelectual, desde el genio hasta la nulidad.

Estoy de acuerdo. Pero, en el cerebro más limitado, la instrucción integral será una armadura suficiente a prueba de engaños, sean estos cuales sean. La experiencia lo demuestra. El explotador encontraría en cada rostro esa sonrisa aplastante que significaría: «¡Fuera de aquí, bufón!». La comprensión de su impotencia le evitará tal contratiempo. Además, puesto que el nuevo orden no será improvisado, la raza vampírica tendrá tiempo de aclimatarse y resignarse al nuevo entorno. No, que nadie se equivoque, la hermandad es la imposibilidad de matar al hermano.

La más útil de las facultades humanas, la facultad protectora por excelencia aunque hoy escasa, aquella que nos defiende tanto del interior como del exterior, de los demás y de nosotros mismos, esto es, el juicio, adquirirá, mediante la educación integral, un prodigioso crecimiento, que lo convertirá en el arma de la nueva sociedad. Fruto de la experiencia y la comparación, sacará de ellas una fuerza desconocida. Esto supondrá el fin del engaño, ya que una clarividencia implacable sabrá detectarlo hasta en sus últimos disfraces. Tramposos e incautos dejarán de formar las dos grandes divisiones de la humanidad.

La ingenuidad ya ha sido derrotada en todas partes. El ejército negro sigue manteniendo secuestrados a niños y mujeres. Los hombres lo abandonan. ¡Sujetar al niño y perder al adulto! Tener siempre a su disposición, como privilegio, la página en blanco en la que con tanta facilidad se graban impresiones inefables, y luego verlas borradas, sustituidas... ¡qué trabajo tan duro! ¡Qué sentencia irrevocable! ¡Que se lleve a cabo lo más pronto posible!

El genio seguirá siendo una excepción, pero el juicio se convertirá en una ventaja común. Para ello bastará destronar para siempre a la hipocresía, actual reina del mundo. Tartufos del sentimiento, tartufos de la franqueza, tartufos de la mansedumbre, tartufos de la devoción, tartufos de la cordialidad, tartufos del candor, tartufos

de la caballería, tartufos de la virtud, tartufos de la bondad, tartufos de buena voluntad, tartufos, amigos míos, abominable plaga, pronto seréis desenmascarados, abucheados y ridiculizados, y la tartufería religiosa, la más infernal de todas, no será más que un recuerdo histórico, una reminiscencia de asombro y horror.

La gente tendrá una mirada tan aguda que, en cada individuo, los defectos y las cualidades se podrán contar uno a uno, como en un tarro de cristal. ¡Ah! Será necesario mostrar rectitud, o de lo contrario vendrán los abucheos y los pitos. Y sin embargo, la indulgencia estará muy presente en todos los espíritus, ya que el libre albedrío, bajo el dominio definitivo de la ciencia, habrá dejado de existir. En cuanto al crimen, habrá desaparecido con el capital y la religión, su padre y su madre.

Tales serán, a nuestro juicio, las consecuencias de la universalidad de la educación. Hay que tener en cuenta que, en este horóscopo, el comunismo aparece como mero efecto, no como una causa. Nacerá de manera inevitable de la educación generalizada, y solo de ella.

Sin embargo, se le reprocha que suponga el sacrificio del individuo y la negación de la libertad. En verdad, si naciera a la fuerza, antes de tiempo, no sería más que un aborto del que nadie querría hacerse cargo. Pero si debe nacer de la ciencia, ¿quién se atreverá a acusar al hijo de tal madre? Por otra parte, ¿dónde están las pruebas que sustentan la acusación que se le hace? Tal imputación no es más que un insulto gratuito, ya que el acusado nunca ha vivido.

¿Y en nombre de quién se hace esta arrogante suposición? En nombre del individualismo, que desde hace miles de años asesina permanentemente la libertad y la individualidad. ¿Cuántos individuos de nuestra especie no se han convertido aún en esclavos y víctimas? Tal vez uno de cada diez mil. ¡Diez mil mártires para un verdugo! ¡Diez mil esclavos para un tirano! ¡Y ese uno pide la libertad! ¡Claro! Qué siniestra estafa disimulada tras una definición.

¿Acaso la oligarquía no se llama a sí misma democracia, el perjurio honestidad, la matanza moderación?

La libertad que se alega contra el comunismo, lo sabemos, es la libertad de esclavizar, la libertad de explotar a voluntad, la libertad de las grandes existencias, como dice Renan, con las multitudes como escabel. El pueblo llama a esta libertad opresión y crimen. Se niega a seguir alimentándola con su carne y su sangre.

Tanto los moralistas como los legisladores plantean que el hombre está obligado a sacrificar una parte de su libertad a la sociedad, es decir, que la libertad de uno está limitada por la libertad de los demás. ¿Esta definición se cumple en el orden actual, con sus dos categorías de privilegiados y parias? ¿Cuántas servidumbres se necesitan para hacer una libertad? ¿Diez, veinte, sesenta, cien, dos mil, treinta mil, cien mil? Las tarifas son innumerables, tanto como sus aplicaciones.

Cualquier intromisión en la libertad de los demás vulnera la definición de los moralistas, la única que parece tener legitimidad, aunque siempre haya sido una palabra vacía. En realidad, implica la paridad social entre los individuos, de lo que se deduce que la libertad tiene como límite la igualdad.

Solo la asociación integral puede satisfacer esta ley soberana. El viejo orden la incumple sin pudor y sin piedad. El comunismo es la salvaguarda del individuo, el individualismo es su exterminio. Para el primero, cada individuo es sagrado. El otro no lo tiene más en cuenta que a una lombriz, y lo inmola en hecatombe a la sangrienta trinidad de Loyola, César y Shylock; tras lo cual dice con calma: «La comunidad *supondría* el sacrificio del individuo».

Lo que sí está claro es que arruinaría la fiesta de los antropófagos. Pero los que la padecen no la considerarían una mala idea. Eso es lo principal. ¿Cuál es el pretexto para seguir la discusión? ¿Se trata de imponer el comunismo *a priori*? En ningún caso. Nos limitamos a predecir que será el resultado infalible de la educación universal. ¿Quién podría condenar el rápido desarrollo de las lu-

ces? Si el advenimiento normal de la comunidad se deduce de ahí, nadie tiene una palabra que decir.

Todos proclaman que la educación es la única respuesta posible a los enigmas de la esfinge social. No es seguro que esta invocación sea sincera en todos los casos. Ya que sigue siendo problemática como objetivo final. Hay tantas definiciones como partidos. Para los curas, es el catecismo y no la ciencia; para los socialistas, la ciencia y no el catecismo.

Nada puede sorprendernos, por tanto, en este conflicto, que no esconde una guerra a muerte. Pero el pueblo no tiene nada de qué preocuparse. No tiene segundas intenciones y no acepta engaños. Siempre ha hecho suyos los términos: *libertad* y *educación*, con un significado claro y preciso. El clericalismo, en cambio, después de haber dirigido durante mucho tiempo sus anatemas hacia estas dos palabras, ha cambiado de opinión, tras comprender su impotencia, y hoy las incluye en su divisa para beneficiarse de su prestigio. Doble e impúdica mentira. ¡Qué le importa, mientras consiga engañar a incautos!

Que el conservadurismo intuye a dónde conduce la difusión de la ilustración, lo confirma su alianza con el clero. ¡Más ignorancia, más opresión! Se ve minado desde abajo y lucha por prolongar la oscuridad, su entorno vital. Al socialismo le corresponde la tarea opuesta: hacer emerger de la noche actual el cielo radiante que ilumine su victoria, que será la victoria de la justicia y el sentido común sobre la prevaricación y la sordera. Solo entonces su misión se verá cumplida.

Pero se le exige más. La doctrina capitalista, que ha regado y sigue regando a la raza humana con tantos beneficios, está muy preocupada por ver a sus pupilos reunirse bajo otras banderas. En su afán, convoca al comunismo, su joven rival, para que exponga de forma detallada los pormenores de la futura organización, resuelva todas las dificultades que quiera prever y, por fin, aplaque su curiosidad mostrando un edificio completo desde el sótano hasta el ático, sin que falte un solo clavo o tornillo por delimitar.

«¿Cómo dispondrá el ciudadano de la nueva Salento de su persona, de su tiempo, de sus fantasías de viaje o de descanso? ¿Quién lavará los platos? ¿Quién barrerá? ¿Quién vaciará los orinales y llenará los lavabos? ¿Quién sacará el carbón de las minas, etc.?».

A estas preguntas impertinentes, solo hay una respuesta: «Eso no es asunto suyo, ni mío».

¿Qué? Hay aquí de cuarenta a cincuenta millones de hombres, todos dispuestos, todos armados de pies a cabeza contra la violencia y la perfidia, todos susceptibles y sensibles, sombríos como caballos salvajes. Ni un rasgo de esa cosa execrable y aborrecible llamada gobierno podía aparecer entre ellos; ¡ni una sombra de autoridad, ni un átomo de coacción, ni un soplo de dominio! ¿Acaso cree alguien que estos cuarenta millones de capacidades, frente a las que ninguno de nosotros estaría a la altura, necesitarán nuestros consejos, nuestros reglamentos, nuestra instrucción para organizarse? ¡Como si no fueran a ser capaces de encontrar camisas y calzones sin nosotros, o se fueran a meter por la oreja lo que se come por la boca! Por mi parte, si vinieran a mi tumba a preguntarme de nuevo por los orinales, les diría sin contemplaciones: «Cuando uno no puede taparse la nariz, se tapa el culo».

Pensemos por ejemplo en nuestros cuarenta inmortales de la Academia Francesa.¹⁷ Si una multiplicación repentina por seis ceros improvisara un millón de Olliviers,* un millón de Dupanloups,* etc., con una Francia desierta a su disposición, ¿creen ustedes que, cuando hubieran alcanzado la cifra de cuarenta millones, se dedicarían a dirigir arengas en verso y en prosa? ¡No están tan locos! Habría que almorzar, y no tardarían una hora en ponerse a trabajar.

Por supuesto, la primera votación tendría por objeto la división del trabajo. ¿Y el sistema de castas, instalado casi sin discusión como

17 Los cuarenta miembros de la Academia Francesa son pomposamente conocidos como los «inmortales».

consecuencia de la existencia de estos cuarenta tipos, sería aclamado con entusiasmo? ¡Por supuesto que no! ¡Estoy convencido de que los del tipo Mérimée, por ejemplo, no se aferrarían al privilegio de vaciar los orinales, aunque fueran jarrones etruscos. Tantas cabezas bien dotadas sabrían rodear esa indispensable tarea de un halo de poesía que permitiría decir de todos:

*Este hombre desdentado se convirtió, para su fortuna,
de escritor bastante triste, en magnífico escurridor.*

Resulta delicioso, cuando se discute el comunismo, comprobar cómo los terrores del adversario lo llevan siempre de forma instintiva a este lugar fatal. «¿Quién vaciará el orinal?». Este es siempre el primer grito, que en realidad quiere decir: «¿Quién vaciará *mi* orinal?». Pero quien así habla suele ser demasiado listo para utilizar el pronombre posesivo y difiere con generosidad sus alarmas a la posteridad.

¡Qué sucio es ese egoísmo del presente! Una mezcla de cinismo e hipocresía. ¿Y el pasado? ¡Hojas muertas! No hagamos caso. La historia se dibuja a grandes rasgos, con la más bella sangre fría, sobre montones de cadáveres y ruinas. Ninguna carnicería consigne que estas frentes impasibles se estremezcan. ¿La masacre de un pueblo? Evolución de la humanidad. ¿Las invasiones bárbaras? Una infusión de sangre joven en las viejas venas del Imperio romano. La tempestad de los germanos y los hunos pasó sobre el mundo latino para purificar su atmósfera corrupta. ¡Huracán providencial! En cuanto a las poblaciones y ciudades que la plaga se llevó por delante... necesidad, marcha inevitable del progreso. Todo es bueno si ha dado lugar al presente, es decir, a *nosotros*. Ningún adelanto es demasiado caro para un producto tan bello.

¿Pero qué pasa con las generaciones futuras? ¡Qué cambio! A la insensibilidad le sucede la pasión desenfrenada. A uno le invade tal ternura ante estos muñecos que se apresura a guardarlos bajo llave para protegerlos de los accidentes. Sus pasos, sus gestos son pocos, equilibrados, por miedo a caer. Todo está preparado de antemano,

como el papel pautado para los pobres autómatas, y a perpetuidad si se desea. Religión perpetua, dinastía perpetua, leyes perpetuas, y sobre todo deuda perpetua, como pago legítimo a tanto cuidado y amor.

Oigan, buenas personas, cuando se hayan reunido con sus antepasados, se les hará el mismo caso, y quizá un poco menos, que ustedes les hicieron a ellos. Después de haberse resguardado de la infección de sus carcasas materiales, los autómatas romperán todas sus cadenas y harán, más o menos en estos términos, la oración fúnebre de sus carcasas morales:

«En la historia de la humanidad, vosotros sois la página del cólera y la peste. Las barbaridades y tonterías de vuestros antepasados fueron culpa de la ignorancia, y resultado de convicciones ciegas. Vosotros en cambio hicisteis el mal a sabiendas, de forma premeditada, por negro egoísmo. Porque nunca creísteis en otra cosa que no fuera vuestro propio interés. Sois despreciables escépticos, y por este interés pretendisteis sacrificar hasta a vuestros más lejanos descendientes.

»¿Quién os ha dado el poder para negociar en nuestro nombre, para pensar y actuar por nosotros? ¿Aceptamos alguna vez traicionar nuestro trabajo? ¡Tartufos! Con el pretexto de asegurar nuestro bienestar, habéis devorado por adelantado el fruto de nuestro sudor, arrancándonos los ojos y los oídos para impedirnos ver y oír. ¿Por qué no os limitáis a vuestros propios asuntos y nos dejáis ocuparnos de los nuestros? Teníais el impuesto anual para los ingresos y para los gastos. Os podíais haber mantenido dentro de este límite y comportaros como usufructuarios leales, gastos y beneficios incluidos. Solo aceptamos esa herencia a beneficio de inventario. El que contrae las deudas las paga.

»Se dice que vuestros préstamos fueron para obras que beneficiarían a la posteridad, y que ella debe hacerse cargo tanto de los gastos como de las ganancias. Trabajamos para ella, que debe pagar. ¿Para ella? ¡Hipócritas! ¿Qué empresa ha sido concebida para el beneficio futuro? ¡No! El presente solo piensa en sí mismo. Se burla

tanto del futuro como del pasado. Explota los escombros de uno y quiere explotar el otro en previsión. Dice: «¡Después de mí, el diluvio!», o si no lo dice, lo piensa y actúa en consecuencia. ¿Cuidamos los tesoros acumulados por la naturaleza, tesoros que no son inagotables y que no se reproducirán? El carbón se convierte en un residuo odioso, con el pretexto de yacimientos desconocidos que serán las reservas del futuro. La ballena, un poderoso recurso, está siendo exterminada y desaparecerá, perdida para nuestros descendientes. El presente saquea y destruye al azar, por necesidad o capricho».

Así que ocupémonos del día de hoy. El mañana no nos pertenece, no nos concierne. Nuestro único deber es dejarle buenos materiales para su trabajo de organización. El resto ya no nos incumbe. Un hombre de campo no puede dar clases en el instituto. Si monseñor Veuillot* sostiene lo contrario, como es probable que haga, le responderemos: «¡El bobo no puede replicar al cura!». ¿Y no debemos admirar la fatuidad de estos aprendices de Licurgo que se creen obligados en conciencia a analizar el código del futuro artículo por artículo? Parece que temieran que estas pobres generaciones futuras no sepan poner un pie delante del otro y se apresuran a hacerles a unos una almohada, a otros un corpiño y a otros una pequeña cárcel rodante para enseñarles a caminar en libertad.

Es cierto que estas generaciones no se quedarán atrás en caridad y, a su vez, se compadecerán de la locura de sus ancestros, construyendo una y otra vez edificios sociales para encerrar a la posteridad. La vieja prisión sigue en pie, amenazante y negra, con dos o tres grietas que han permitido la fuga de algunos cautivos, y ya, como las gallinas a la vista de sus polluelos que han bajado al agua, los nuevos guías están fuera de sí pensando en los malogrados fugitivos, que retozan felices al sol:

«¡Pero bueno, hijos míos! ¡Qué imprudencia! Os vais a resfriar al aire libre. Rápido, volved al hermoso palacio que construí para vosotros. ¡Nunca hemos visto ni veremos nada parecido!».

Ya hay tres o cuatro con aspiraciones a Moisés que aseguran haber construido con cal y cemento para la eternidad, y las puertas del infierno no desmerecerán ante estos nuevos paraísos en oferta. El creyente es libre de buscar, a través de la niebla, alguna grieta en el monumento del futuro. Es un propósito honesto para un paseo y un excelente ejercicio para los ojos. Pero traernos de esta excursión un dibujo completo y meticuloso del edificio, en planta, sección, altura y detalles, con un auténtico inventario del lugar... no, amigo, no, guárdate tu boceto.

La manía sería inocente si estos fanáticos amantes de la reclusión no usaran su poder contra los demolidores de la antigua cárcel que se niegan a trabajar en la nueva y pretenden dejar que el público se escape, cosa horrible según todos los mesías.

Es difícil negar que la civilización tiene como logro inevitable la comunidad. El estudio del pasado y del presente atestigua que todo progreso es un paso en esta dirección, y el examen de los problemas ahora en liza no permite encontrar otra solución razonable. Todo se encamina hacia esta conclusión. Solo depende de la educación pública y, por tanto, de nuestra buena voluntad. El comunismo no es una utopía. Es un desarrollo normal y no tiene ningún parentesco con los tres o cuatro sistemas salidos de mentes fantasiosas.

Cabet, con su Icaria y su tentativa en Nauvoo, se equivocó al equiparar el ideal honesto del futuro con las hipótesis ociosas de los videntes de pacotilla. Fracasó con más estrépito que sus emuladores, ya que el comunismo es una consecuencia lógica, y no un huevo puesto e incubado en un rincón de la raza humana por un pájaro de dos patas sin plumas ni alas.

Sansimonianos, fourieristas y positivistas declararon la guerra a la revolución, a la que acusaron de incorregible negativismo. Durante treinta años, sus prédicas anunciaron al universo el fin de la era de la destrucción y el advenimiento del período orgánico, en la persona de sus respectivos mesías. Las tres sectas eran rivales y solo coincidían en sus diatribas contra los revolucionarios, pecado-

res empedernidos que se negaban a abrir los ojos a la nueva luz y los oídos a la palabra de vida.

Pero el hecho destacable, y que basta para establecer la distinción, es que los comunistas han sido siempre la vanguardia más audaz de la democracia, mientras que los cazadores de hipótesis han competido en sus tópicos ante todos los gobiernos retrógrados y han mendigado su gracia insultando a la república. El comunismo es la esencia, la médula de la revolución, mientras que las nuevas religiones, al igual que las antiguas, siempre fueron sus enemigas.

Nadie ignora que los sansimonianos son hoy los pilares del Imperio. En verdad no se los puede acusar de apostasía. Sus doctrinas han triunfado: la soberanía del capital, la omnipotencia de la banca y la alta industria. Reinan junto a los poderosos. ¡Pero pensar que estas buenas personas fueron tomadas por peligrosos innovadores!

Los fourieristas, después de haber cortejado a Luis Felipe durante dieciocho años a espaldas de los republicanos, se pasaron a la república con la victoria. Pero pronto se vieron sorprendidos y aún más desconcertados al encontrar la proscripción donde habían creído encontrar el poder. Desaparecieron en la tormenta junto a su ridícula utopía. Los restos han quedado entremezclados en las filas democráticas. No tienen ninguna esperanza en otro lugar.

El positivismo, la tercera quimera del siglo, comenzó con la negación de todos los cultos, y terminó como sistema de castas, construido sobre una caricatura del catolicismo. Por lo demás, está dividido. Los ortodoxos celebran con gravedad la misa comtista en la cámara mortuoria del profeta. Los protestantes se pasan la vida negando la doctrina que predicán, o predicando la doctrina que niegan, según se mire. Todos ellos destacan por igual en su miedo a los golpes, su respeto a la fuerza y su cuidado por evitar el contacto con los vencidos.

Comte dedicó sus últimos años al panegírico del emperador Nicolás y a patear a los revolucionarios. Había ideado sus castas para ganarse el corazón de la reacción. Ni la reacción ni el zar se dignaron a girar la cabeza.

Los cismáticos hacen cierto ruido y exhiben una apariencia de influencia, gracias a los asustados por el ateísmo que han corrido a refugiarse bajo su equívoco. Una vez pasado el peligro, esta sombra de existencia se evaporará, y los positivistas se pondrán a la cola del socialismo o emigrarán al campo conservador.

El comunismo, que es la propia revolución, debe protegerse de las alturas de la utopía y no separarse nunca de la política. Una vez estuvo fuera de ella. Hoy se encuentra en el centro de la misma. Ya no es más que su sirviente. No debe hacerla trabajar en exceso para conservar sus servicios. Es imposible que se imponga de forma brusca, ni siquiera el día después de una victoria o su víspera. Sería como salir de viaje hacia el sol. Antes de llegar muy alto, se cae al suelo con los miembros rotos y una larga estancia en el hospital.

No olvidemos nuestro axioma: la educación y la comunidad van de la mano y no pueden ir un paso por delante la una de la otra. Ya es mucho tener una hermana siamesa a la que todo el mundo llama a gritos. La una no vendrá sin la otra.

Es cierto que estas llamadas unánimes descansan sobre un sobrentendido: la definición. Pero, como hemos visto, la definición tiene dos caras: negra y blanca. No nos engañemos. Las piezas están ahí. El gobierno y el conservadurismo solo quieren la instrucción de los sacerdotes, lo que significa tinieblas. Están trabajando frenéticamente para conseguir este resultado. César, Shylock y Loyola marchan, codo con codo, a la conquista de la noche. Ellos no llegarán, pero sí nos impiden llegar a nosotros.

Las dos fuerzas opuestas se mantienen a raya. Nadie avanza, nadie retrocede. Inmovilidad. Para nosotros, en esta situación, es un éxito. La noche tiene a sus órdenes cincuenta mil sacerdotes, cincuenta mil adeptos y unos cuarenta mil profesores a su cargo. Pues hoy casi todos ellos obedecen a la sacristía. La universidad nos ha traicionado.

Ni siquiera se puede contar con la prensa. La de la oposición apenas sale de los muros de las ciudades. El campo pertenece a las

publicaciones reaccionarias que apoyan con su propaganda escrita a la propaganda oral del cura, los ignorantes y los grandes terratenientes. Todo está en contra nuestra, nada a nuestro favor.

¿Qué nos queda? El aliento del progreso que circula en el aire, las comunicaciones por ferrocarril, la conciencia pública, sobre todo el espectáculo de nuestros enemigos, que es nuestro mejor alegato. Quizá lo que crece es la ira, su fuerza precaria. Con frecuencia la ira de hoy se convierte en el miedo de mañana. La educación es la única base sólida, y los esfuerzos contrarios la paralizan. Debemos avanzar.

Pero el día después de una revolución, todo cambia. No es que se produzca una transformación repentina. Los hombres y las cosas son los mismos que el día anterior. Solo la esperanza y el miedo han cambiado de bando. Las cadenas han caído, la nación es libre y un inmenso horizonte se abre ante ella.

¿Qué hacer entonces? ¿Enganchar un nuevo caballo a la misma carreta, como en 1848, y volver tranquilamente a los mismos surcos? Sabemos a dónde conducen. Si por el contrario, el sentido común acaba por imponerse, he aquí trazados dos caminos paralelos. Uno, paso a paso, conduce a la instrucción universal integral; el otro, por las etapas correspondientes, a la comunidad.

En ambos caminos, para empezar, es necesario tomar la misma medida: la eliminación de obstáculos. Los conocemos de sobra. Aquí, el ejército negro; allí, la conspiración del capital. El ejército negro sencillamente es enviado más allá de las fronteras. El capital es menos complaciente. Conocemos su procedimiento invariable: huye o se esconde, tras lo cual, el capitalista se asoma a la ventana y observa tranquilo a la gente muriendo en el arroyo. Esta es la historia de 1848. La gente gimió, lloró, maldijo, y luego, enfadándose demasiado tarde, fue golpeada y devuelta a sus cadenas. No permitamos que se repita.

¡Es imposible evitar que el dinero desaparezca! No debemos ni pensar en ello. Pero los muebles, incluso los edificios, no pueden esconderse ni escapar. Eso basta. El tiempo corre en contra nuestra.

MEDIDAS INMEDIATAS

En el ámbito económico

ORDEN A TODOS LOS propietarios de la industria y el comercio, bajo pena de expulsión del territorio, para que mantengan su situación actual, su personal y sus salarios bajo el *statu quo*. El Estado se pondrá de acuerdo con ellos. Un gerente sustituirá a cada empleador expulsado por oponerse.

Convocatoria de asambleas competentes para resolver la cuestión de las aduanas, las minas, las grandes empresas industriales, el crédito y el comercio.

Asamblea para sentar las bases de las asociaciones de trabajadores.

Evitar la traición del capital mediante mandato a los propietarios. En un primer momento eso es lo principal. Los trabajadores podrán esperar las nuevas medidas sociales fuera del arroyo.

En el ámbito político

Abolición del ejército y la magistratura. Despido inmediato de los funcionarios de nivel medio y superior. Retención temporal de empleados. Expulsión de todo el ejército negro, hombres y mujeres. Reunificación bajo el dominio del Estado de todos los bienes muebles e inmuebles de las iglesias, comunidades y congregaciones de ambos sexos, así como de sus testaferros. Incautaciones contra los enemigos graves de la república por actos posteriores al 24 de febrero de 1848. Anulación de cualquier venta de estos bienes o de cualquier hipoteca constituida sobre ellos a partir de esa misma fecha.

Reorganización del personal funcionario. No más código penal, ni magistratura. Árbitros en casos civiles, jurados en casos penales. Castigo proporcional a la falta, y siempre promulgado por el jurado, según su conciencia, sin cuota obligatoria. La índole de las diversas sanciones debe ser formulada de antemano.

Formación de un Ejército nacional permanente. Reparto general de armas a los trabajadores y las poblaciones republicanas.

Ninguna libertad para el enemigo.

Ámbito financiero

Supresión de la deuda pública. Comisión para la regulación de la Caja de Ahorros. Sustitución de todas las contribuciones directas o indirectas por un impuesto directo y progresivo sobre las herencias y las rentas.

Educación pública

Constitución de un cuerpo docente para los tres niveles: primario, secundario y superior.

Gobierno

Dictadura parisina.

El apresurado llamamiento al sufragio universal en 1848 fue considerado una traición premeditada. Se sabía que, mediante el amordazamiento de la prensa después del 18 de Brumario, las provincias habían caído presas del clero, del funcionariado y de los aristócratas. Pedir el voto a estas poblaciones esclavizadas era regalárselo a sus amos. Los republicanos de buena fe exigieron el aplazamiento de los comicios hasta la plena liberación de las conciencias mediante la discusión sin trabas. La reacción, tan segura de su victoria inmediata como de su derrota al cabo de un año, se asustó. El gobierno provisional le entregó con premeditación la república que con tanta cólera había soportado.

El recurso a las urnas al día siguiente de la revolución solo podía tener dos objetivos igualmente culpables: evitar el voto por coacción o volver a la monarquía. Se dirá que esta postura admite el poder de la minoría y la violencia. ¡No! La mayoría adquirida por el terror y el amordazamiento no es una mayoría de ciudadanos, sino un rebaño de esclavos. Es un tribunal ciego que ha escuchado a una sola de las partes durante setenta años. Se debe a sí mismo la oportunidad de escuchar a la otra parte durante otros setenta años. Como esta no pudo testificar a su debido tiempo, lo hará después.

Adelantándose a los acontecimientos, los melifluos reaccionarios ya están ensayando homilías sentimentales con esta monserga: «Es muy lamentable que los partidos solo busquen las represalias en la victoria, en lugar de la libertad». La cantinela es falsa. En 1848, los republicanos, olvidando cincuenta años de persecución, concedieron plena libertad a sus enemigos. La hora era solemne y decisiva. No volverá. Los vencedores, a pesar de los largos y crueles agravios, tomaron la iniciativa, dieron ejemplo.

¿Y cuál fue la respuesta? El exterminio. Asunto concluido. El día que la mordaza abandone la boca del trabajo, será para pasar a la boca del capital.

Un año de dictadura parisina en 1848 habría ahorrado a Francia y a la historia el cuarto de siglo que ahora termina. Si esta vez tarda diez años, no dudaremos. Al fin y al cabo, el gobierno de París es el gobierno del país por el país, y por tanto el único legítimo. París no es una ciudad municipal confinada a sus intereses personales, es una verdadera representación nacional.

Es importante para la salvación de la revolución que esta sepa unir la prudencia con la energía. Un ataque al principio de propiedad sería tan inútil como peligroso. Lejos de imponerse por decreto, el comunismo debe esperar su llegada por medio de las resoluciones libres del país, y estas resoluciones solo pueden venir de la difusión general de la ilustración.

La oscuridad no se disipa en veinticuatro horas. Este es el más tenaz de todos nuestros enemigos. Veinte años pueden no ser suficientes para culminar la tarea. Los trabajadores ilustrados saben ya por experiencia que el principal, incluso podría decirse que el único obstáculo para el desarrollo de las asociaciones, es la ignorancia. Las masas no entienden y desconfían. Una desconfianza legítima, por supuesto. ¡Ay! La raza de los vampiros siempre está ahí, lista para empezar de nuevo la explotación bajo nuevas máscaras. Los ignorantes, por un vago instinto de peligro, siguen prefiriendo la simplicidad del trabajo asalariado. Conocen de memoria sus ventajas e inconvenientes. Las complicaciones los asustan. No hay nada tan desalentador como no ser capaz de ver el camino cuando la vida depende de ello.

Sin embargo, los beneficios manifiestos de la asociación no tardarán en saltar a la vista de todo el proletariado industrial, tan pronto como el poder trabaje para la luz, y el reordenamiento pueda lograrse con rapidez.

La dificultad en el campo es mucho más grave. En primer lugar, la ignorancia y la sospecha habitan allí en mayor grado que en el taller. En segundo lugar, no existen motivos tan poderosos de necesidad e interés que impulsen al campesino hacia la asociación. Su instrumento de trabajo es sólido y fijo. La industria, una creación artificial del capital, es un barco azotado por las olas y amenazado en todo momento por el desastre. La agricultura tiene bajo sus pies el mismo suelo que pisan las vacas y que nunca se hunde.

El agricultor conoce su tierra, se limita a ella, se atrinchera en ella y solo teme la invasión. Para él, una catástrofe sería la desaparición de su parcela en ese océano de tierra cuyos límites desconoce. Por eso, *reparto* y *comunidad* son palabras que le alarman. Contribuyeron en gran parte a las desgracias de la República de 1848, y se utilizan de nuevo contra ella, desde la nueva coalición de las tres monarquías.

Pero esta no es razón para eliminar la palabra *comunismo* del diccionario político. Lejos de eso, la gente del campo debe acos-

tumbrarse a escucharlo no como amenaza, sino como esperanza. Basta con establecer que la comunidad es simplemente la asociación integral de todo el país, formada poco a poco a partir de asociaciones parciales, ampliadas por sucesivas federaciones. La asociación política del territorio francés ya existe. ¿Por qué la asociación económica no ha de convertirse en su complemento natural, a través del progreso de las ideas?

Pero hay que dejar claro que nunca se puede obligar a nadie a unirse con su tierra a una asociación, y que si se une, será siempre por su propia y libre voluntad. Las incautaciones sobre los bienes de los enemigos de la república se ejercerán, a modo de multa, por orden de comisiones judiciales cuyos mandatos están por encima del principio de propiedad.

También será fundamental anunciar que estas sentencias respetarán a los pequeños y medianos propietarios, ya que su hostilidad, poco importante cuando existe, no merece represalia. Lo que hay que barrer del mapa sin vacilar, sin escrúpulos, son las aristocracias y el clero. ¡A paso ligero hasta la frontera!

¿Cuándo podrá establecerse el comunismo en Francia? Dificil cuestión. A juzgar por la actual disposición de las mentes, no parece estar a la vuelta de la esquina. Pero nada es tan engañoso como una situación, porque nada es tan móvil. La gran barrera, nunca se repetirá demasiado, es la ignorancia. En este punto, París se engaña. Es muy sencillo. Desde un entorno iluminado, no se ve la región de la oscuridad. Los periódicos y los viajeros hablan de las provincias, pero no pueden describirlas en detalle. Hay que sumergirse en las tinieblas para comprenderlas.

La oscuridad cubre Francia con capas tan gruesas que parece imposible levantarlas. Solo en un punto luce el sol, en otros apenas amanece, hay algunos frágiles crepúsculos, y en todos los demás, la noche.

De ahí la imposibilidad que experimentamos para ver con claridad la solución al problema social. Entre lo que es y lo que

quiere ser hay una distancia tan prodigiosa que el pensamiento es incapaz de atravesarla. Sin embargo, una hipótesis proporciona la clave del enigma. Si todos los ciudadanos tuvieran una educación secundaria, ¿con qué medios se establecería la igualdad absoluta, única forma de conciliar las imperiosas reivindicaciones de todos? A través del comunismo, sin duda. El comunismo es la única organización posible de una sociedad, sabia hasta el extremo, y por tanto violentamente igualitaria.

Que la sed de igualdad es el primer y más irresistible efecto de la educación queda claro con una mirada alrededor de uno mismo y sobre sí. ¿Quién, entre los ilustrados, querría sufrir cualquier tipo de predominio, si no se viera obligado a ello? La costumbre de esta restricción crea el hábito de la resignación. Ni siquiera se piensa en ello, o si se piensa, es para encogerse de hombros. Elocuente gesto de impotencia.

Pero, ¿qué es la fuerza bruta? Es la ignorancia, por obra y gracia del azar, a las órdenes del primero que viene. La ignorancia en las garras de la ley, temblorosa y sumisa, a la vez instrumento y víctima de la violencia. ¡No más ignorantes, no más soldados! Toda prepotencia debe ser aniquilada. ¿Quién podrá gobernar a su vecino o vivir a su costa? La igualdad será la primera ley. La fraternidad y la libertad se convertirán en sus compañeras naturales, siempre por necesidad. El comunismo será, sin duda, la forma obligada de ese orden social, ya que, a partir del sentido común, solo él resuelve todos los problemas económicos.

Y es por ello que no puede ser la forma de la sociedad actual. Solo es compatible con la universalidad de la educación, y todavía no hemos llegado a ese punto. Los intentos prematuros de implantarlo en un entorno refractario solo producirían desastres. En 1848, la mayoría de los trabajadores no veían con buenos ojos la igualdad de salarios, poco conciliable en efecto con una educación mínima.

La asociación, futura madre del comunismo, está todavía en su primer período de existencia. Mantiene a sus miembros bajo

el régimen del intercambio, y por tanto del individualismo. Nadie consentiría que se alejase de él. No se dan las condiciones para una transformación de este tipo. Hasta ahora, la comunidad solo ha dado al mundo una horrible manifestación, el monasterio. La del futuro será la libertad. El camino de una a otra permanece seco y firme haga frío o calor. Entre las dos, llega el deshielo.

En París alguien se atrevió, en una reunión pública, a repetir las diatribas del golpe de Estado contra los *desclasados*. Algunos se permitieron afirmar que una sociedad de instruidos no sería viable, y que es preferible una sociedad de brutos. Quejarse de que hay demasiados hombres educados, mientras la nación está esclavizada por la ignorancia, ¿no es el lenguaje de los enemigos del pueblo? Lo entienden tan bien que sus palabras se envuelven en grandes halagos. Doran la píldora con lisonjas, predicando a los proletarios que las habilidades de la mano valen más que los poderes del cerebro. Los trabajadores dedicados a la emancipación de las masas conocen bien el veneno que oculta este incienso. Saben que ni la fuerza ni la habilidad implican la inteligencia, y que el autor de una obra maestra industrial puede ser al mismo tiempo un completo necio.

Mirad a India y a China. Europa nunca ha podido igualar a los hindúes en el tejido de cachemira. Como artistas, como artesanos, los chinos están a nuestra altura. Y sin embargo, ¡qué degradación! ¿Por qué? El pensamiento está ausente.

¡Cuántos animales se muestran incluso iguales al hombre, si no superiores, en la manipulación de la materia! Los nidos de algunas aves son obras maestras inimitables. ¿Qué trabajadores hay más maravillosos que la abeja y la araña? Una acumula sus celdas hexagonales con una precisión geométrica que nunca podremos superar. La otra desafía la ciencia del matemático y todo el arte del tejedor en los mil cálculos que realiza para anudar sus hilos y adaptar sus telas a los lugares más diversos. Sin embargo, ¡son dos simples insectos!

No, no es la destreza manual, sino la idea, lo que hace al hombre. El instrumento de la liberación no es el brazo sino el cerebro,

y el cerebro solo vive de la instrucción. El ataque a esta madre del pensamiento es un ataque al propio ser pensante, un crimen social.

El estómago no soporta la abstinencia. El cerebro, en cambio, se acostumbra con facilidad. Cuanto más débil se vuelve, menos siente la necesidad. La privación excesiva no le provoca sino asco y cansancio ante la necesidad de alimentarse. No siente su mal, incluso se entrega a él, y se abandona por propia voluntad a la languidez de este letargo. Si el ayuno del estómago provoca la muerte física, el ayuno del cerebro provoca la muerte intelectual. Solo quedan los brutos que se contentan con languidecer en una vida puramente bestial. Es así como, mediante una hábil atrofia de las facultades del alma, la tiranía logra la extinción moral de un pueblo, borrándolo en cierto modo de la humanidad. Una nación puede perdonar a sus opresores la servidumbre, las cárceles, los tormentos, la miseria, el hambre, todas las violencias, todas las calamidades, todos los dolores, pero el ataque a su cerebro, la asfixia de su inteligencia, ¡nunca, nunca, nunca! ¡No hay perdón posible para un crimen de esa categoría!

Dejemos las tonterías, los programas fantasiosos, las discusiones alrededor de palabras y formas. La salvación del pueblo está en la educación. Tal es el grito universal.

¡Luz! ¡Luz! El enemigo la detesta. Se está agotando en un esfuerzo desesperado por devolvernos a la Edad Media. ¿Quién no recuerda estas memorables palabras de Montalembert* en la tribuna legislativa de 1850: «Dos ejércitos se encuentran hoy frente a frente, el del bien y el del mal. El ejército del bien son cuarenta mil sacerdotes; el ejército del mal, cuarenta mil maestros»?

Pues bien, hoy estos dos ejércitos son uno y el mismo. La llamada de Montalembert fue escuchada. Abrid un ejemplar de *Le Moniteur* después del golpe de Estado, encontraréis la ejecución literal de su programa: los colegios sustituidos en todas partes por jesuiterías; los maestros cazados como bestias salvajes; los anatemas dirigidos contra los *desclasados*, es decir: contra la instrucción

de los pobres; la educación primaria reducida al catecismo; en los liceos, la supresión de la filosofía y la bifurcación o más bien el estrangulamiento de los estudios; las jóvenes generaciones entregadas al clero; y por todas partes una guerra a muerte contra la ilustración, la raza del capital convocando al sacerdote y a la oscuridad para salvar su omnipotencia amenazada.

En aquellos días nefastos, ¡quién hubiera podido contener las lágrimas ante el desencadenamiento de todas las perversidades contra el pensamiento humano! ¡Qué visión de un crimen tan implacable! ¡Oh, si hubieran podido llevar a Francia lejos, muy lejos, al seno de los más remotos océanos, con qué voluptuosa rabia habrían aniquilado todos los monumentos del espíritu humano, la propia letra de molde y hasta la existencia de la imprenta!

Por desgracia para ellos, si los ciudadanos son trasladados, el suelo permanece en su lugar, y en el mundo civilizado la inteligencia es la única que tiene verdadera fuerza. Nuestros triunfadores pronto perecerán de su propia victoria. Era necesario parar para no destruir por completo las funciones del cerebro. ¡Pero qué ruinas han dejado! Y aún no hemos llegado al final. La tríada de sable-moneda-hisopo, siempre soberana, solo puede mantenerse mediante la violencia y el embrutecimiento. El sufragio universal, su miserable esclavo, marcha hacia las urnas sujeto del cuello por el gendarme y el cura, con el capital escoltándolo a pocos pasos.

¿Acaso deberíamos sorprendernos? El ignorante es apenas un hombre, y puede ser manejado como un caballo, con brida y espuela. Adiestrarlo para que trabaje y obedezca es la única preocupación del amo. Si queremos conocer a fondo los sueños del conservadurismo, estudiemos su lenguaje y sus obras después del golpe de Estado, cuando, teniendo al pueblo a sus pies, se quitó la máscara y se creyó liberado de todo compromiso. Entonces tuvo lugar la supresión inmediata de las escuelas normales en las que se formaban verdaderos maestros. Hay que leer los furiosos desplantes de la época contra estos «viveros de incendiarios y envenenadores de la juventud». Dis-

cursos oficiales, periódicos y sermones proclamaban una y otra vez que a los hijos del pueblo solo se les debía enseñar el catecismo y un oficio, y que cualquier otro tipo de enseñanza era una fuente permanente de revueltas, una calamidad pública. Por todos lados se produjo una tormenta de blasfemias contra la educación, que despertó la envidia de las masas y las precipita contra la sociedad; un vendaval de imprecaciones contra los *desclasados*, esos enemigos de todo orden social, esos alborotadores.

Cuando vemos que los ataques a los *desclasados* y la guerra a la educación gratuita y obligatoria reaparecen hoy, incluso en medio de las asambleas populares, no es difícil ver la intriga clérico-feudal bajo su máscara socialista. Excavando en el proyecto de las escuelas profesionales se puede encontrar fácilmente el veneno de 1852, la idea fija de encerrar al trabajador en un oficio y recuperar así el sistema de castas.

Hay que decir que las escuelas profesionales, que muchos proponen, solo nos conducirían a un sistema de castas. El peligro es tanto más grave cuanto que adopta la forma de un halago. El objetivo es conducir por medio de la vanidad a la corrupción y al inmovilismo. Gutenberg y Voltaire fueron mucho más útiles a la humanidad que el más hábil artista. Pero no es el talento, sino el capital, el que oprime. Sin dinero, la habilidad solo es un peligro para la tiranía.

Un trabajador del pensamiento es a menudo más aplicado que cualquier trabajador material. ¿Qué son los *desclasados*, sino los parias de la inteligencia? Solo se les insulta porque son pobres. En cuanto tienen algo de dinero, dejan de ser *desclasados* y suben a la cima. ¿Qué mejor prueba puede haber de que solo la fortuna, y no el mérito, clasifica a los individuos en nuestro orden social?

Muchos estudiosos viven y mueren pobres, después de haber prestado servicios que desconocemos. Poseían el conocimiento. Les faltaba el saber hacer, que es lo único que enriquece. El saber hacer, esa ventosa del vampiro, es el amo soberano de nuestra cruel sociedad. ¡Ay de aquellos a los que la naturaleza se ha olvidado de propor-

cionárselo! Servirán de forraje para la ciencia de todas las ciencias, la ciencia de la explotación.

Miles de personas de valor languidecen en las profundidades de la miseria. Son el horror y el espanto del capital, que no se equivoca en su odio. Estos *desclasados*, arma invisible del progreso, son hoy el fermento secreto que hace crecer en silencio al pueblo e impide que se hunda en el marasmo. Mañana serán la reserva de la revolución.

PROYECTO DE DISCURSO

Agosto de 1867

CIUDADANOS, TOMO LA PALABRA obsesionado por dolorosas dudas que no puedo callar. Cuando se trata de la causa de las masas, la franqueza es el más urgente de los deberes, y la hipocresía, ese vicio siempre odioso, se convierte en un verdadero crimen. Porque el pueblo, sencillo y leal, no tiene defensa contra la astucia, y su buena fe lo convierte en una víctima fácil de los embaucadores. Por lo tanto, expondré aquí todo mi pensamiento, de forma clara e inequívoca, y espero que no se intente reprimirlo. Esa violencia, además, no beneficiaría a sus intrigas y solo serviría para desenmascarar sus planes.

... La idea de la cooperación es una extraña criatura, un ser híbrido, mitad Proudhon, mitad Malthus, o más bien, Malthus en carne y hueso bajo algunos ropajes proudhonianos. El ídolo se pasea triunfante por todas partes, con una lágrima en los ojos y con fuertes gritos de alegría: «¡Aquí está la buena nueva! ¡Aquí está el verdadero y buen socialismo! El malo ha muerto. Sus crímenes lo han matado. El pueblo se baja del burro y abjura de sus viejos errores. Reniega de las extravagancias del 48 e incluso se arrepiente hasta el punto de tirar a la basura la palabra *asociación* como castigo por sus crímenes. Así, sustituye esta palabra culpable por el más humilde término de *cooperación*, que excluye toda intromisión del pensamiento y solo incluye la noción de acoplamiento, más acorde con la modestia de sus aspiraciones. ¡Dignas y excelentes clases bajas!».

¡Se equivocan, señores! El pueblo no ha renegado de nada, no ha abjurado de nada, no ha tirado nada por el desagüe. El socialismo del 48 ha sido proscrito, eso es todo, pero no por el pueblo. La pros-

cripción no es un argumento, y el liberalismo, al patear con tanto desprecio el cuerpo de un torturado político, solo muestra su alegría por haberse librado de un enemigo gracias a un adversario. Parece que le ha dado una buena palmadita en la espalda a ese exaliado.

¡Paciencia! En ocasiones este tipo de muerto vuelve a la vida. Pero por ahora, no cabe duda de que el socialismo del 48 sigue en su sepulcro. Nunca se le ha permitido levantar cabeza. Los guardias nunca dejan de vigilarlo. Durante dieciséis años ha estado callado como una tumba, y no ha puesto un solo pero al cooperativismo. Todo el espacio ha quedado libre para el socialismo proudhoniano, que es mucho menos aterrador, sobre todo después de comprobar cómo lo entienden y aplican sus supuestos seguidores. ¡Pobre Proudhon! ¿Habría sospechado alguna vez que un niño, su hijo putativo, envuelto en sus doctrinas, sería bautizado, mimado, cuidado, educado y predicado por la economía política de Malthus y compañía?

Pero hay que ponerse de acuerdo. Sí, en 1848 hubo dos socialismos en juego: uno, el de Proudhon, basado en el individualismo atemperado por el libre mutualismo; el otro, anónimo, basado en la asociación general progresiva. Ninguno de los dos pudo triunfar. Este tipo de victorias no son cosa de un día, y ambos sucumbieron por igual. Eran hermanos enfrentados. Pero estos hermanos, en medio de sus enconadas hostilidades, conservaban sin embargo un parecido esencial que daba fe de la comunidad de origen, y que les ha permitido llevar siempre el mismo nombre. Ambos emprendieron una guerra sin cuartel contra la tiranía capitalista y proclamaron la ilegitimidad del interés en todas sus formas, renta, alquiler, arrendamiento, primas, etc. No reconocieron ningún derecho, salvo el de participación en los beneficios.

Solo reconocen el derecho al trabajo. Ninguno al capital. Esta doctrina no solo es la verdad científica, sino también la de más alta moralidad. En efecto, el trabajo es el hombre; el capital es la materia. Solo el hombre actúa, el capital no. En manos del trabajador

no es más que un instrumento inerte. Por lo tanto, no hay ninguna participación en el producto.

Este no es el lugar en el que refutar los sofismas de la economía política en favor de la remuneración del capital. Eso sería un tema que iría más allá de nuestro alcance. Baste recordar que los dos socialismos en liza, el mutualismo y la asociación, a pesar de su radical divergencia, coincidían sin embargo en el punto decisivo, la ilegitimidad del interés. Esto no es todo, sin duda. Pero preguntémonos si esto no es suficiente para los propietarios, los hombres de las finanzas, la industria y el comercio. Sin ignorar las dificultades de la organización del trabajo en los dos sistemas sociales —y es justo sobre el problema de esta organización que estalla el antagonismo— se puede sostener con audacia que la esencia misma del socialismo reside en la fórmula: *ilegitimidad del interés del capital*.

Por tanto, si tal y como se jactan sus fundadores y repiten con gusto sus periódicos, el movimiento cooperativo es una hija bien criada del socialismo proudhoniano, es lo de menos que haya elegido como fundamento el único punto de la doctrina que hace de Proudhon un socialista. Porque lejos de ello, el *tanto por ciento* es su dios y el capital su señor soberano. Se apoya en la misma base que todas las sociedades mercantiles, ya sean anónimas, en participación o de otra clase. Si se leen sus estatutos, sus informes, todos sus manifiestos, se encontrará el argot de las finanzas, sin un punto de más, sin una coma menos. Tributo honorable al *laissez-faire* y el *laissez-passer*; y triunfo completo de esta economía política sin entrañas que arroja víctimas por millones a la furia devoradora de la competencia y, por supuesto, de la *oferta* y la *demanda*. Porque también hay auxiliares en la cooperación. ¡*Auxiliares*! Modesta palabra para disfrazar a los *asalariados*. ¿Quién sabe si los jefes de varias cabezas no serán más duros que los que solo tienen una? Después de eso, ¿quién puede sorprenderse de las tendencias malthusianas del bebé cooperativo!

Sus protectores dicen a los proletarios: «No os preocupéis por el gobierno. No necesitáis su ayuda. No pidáis la limosna de sus millones. No tenéis derecho a hacerlo, y además os darían más problemas que soluciones. Ahorrad céntimo a céntimo de vuestros pobres ingresos para crear un capital, una herramienta de trabajo, y ese día dejaréis de ser asalariados, explotados, y os convertiréis en capitalistas, acumulando el doble beneficio del interés primero, y del trabajo después. Este es el verdadero camino hacia la emancipación y el bienestar. Así que dejad en paz al gobierno, y en vez de solicitar su intervención, pedidle que no se entrometa en vuestros asuntos!».

¿Pero cómo no va a interferir, si es el Estado? En verdad, el consejo sería admirable si no fuera una burla. Se insta a los trabajadores a que utilicen sus céntimos para crear *pequeñas* asociaciones de diez, veinte, treinta, cincuenta, cien personas, y a que se mantengan unidos para vigilar al administrador y asegurarse de que el dinero da frutos. En realidad, lo que se pretende es disuadirlos de meter las narices en la *gran* asociación que se dispone a tragarse dos mil quinientos millones de francos.

¿Alguien cree, por casualidad, que este gravamen de dos mil millones de francos sobre la producción nacional es indiferente al bienestar de los trabajadores, y que estos no tienen que preocuparse más que de las montañas de la luna? ¿Y el uso de estos miles de millones tampoco tiene interés para ellos? ¿Quinientos millones de deuda pública, cuyo capital ha ido quién sabe dónde? Quinientos millones que sirven para impedir el trabajo de seiscientos mil hombres, sesenta millones destinados a la Iglesia, es decir a la producción de tinieblas, veinticinco millones a la llamada instrucción pública, muchas veces meras sucursales de sacristía, o a lo sumo meras fábricas de penumbra. ¿Todo esto no influye en el destino de las masas? ¿Cómo se atreve alguien a decirles que no miren al Estado y dependan de sí mismos?

Sé bien que se me responderá: «Nadie intenta distraer a los trabajadores de la cosa pública. Todo lo contrario: se les insta a

participar en ella de forma activa. Es su derecho y su deber participar en política. Pero una cosa es la política y otra el trabajo social. Reclamar del Estado la buena gestión de los intereses comunes está muy bien. Pedir dinero al Estado para sus intereses privados, como hicieron en el 48, es una locura. No debemos confundir dos cuestiones distintas y en esencia diferentes».

«¡Diferentes! ¡Distintos!». ¡Mil y mil veces no! La cuestión es una e indivisible. Estoy de acuerdo en que el presupuesto no patrocina a las asociaciones de trabajadores... Pero suponiendo que se realizasen préstamos a fondo perdido a las sociedades obreras, en contra de los axiomas sacramentales de la economía política oficial, ¿qué supone esta cifra de cientos y miles comparada con los miles de millones sembrados a manos llenas en todas las grandes carreteras de Europa, Asia, África y América? ¡Es como comparar un río y un vaso de agua! La gente grita por el vaso de agua derramado, pero mira en silencio el río que fluye. Y, sin embargo, el vaso de agua produjo algo allí donde cayó, y el río se deshizo en el mar.

Pero basta de rodeos. Se acabó el patrocinio del presupuesto. Los trabajadores no piden dinero al Estado. Por el contrario, es el Estado el que pide, y mucho, con el pretexto de los intereses generales. ¿No sufren sus intereses particulares esta sangría? Si la *gran* asociación les quita el dinero, ¿con qué podrían aumentar el capital de los pequeños? Y si hace un mal uso de las sumas recaudadas, el mal uso de los impuestos será aún más desastroso para ellos que el exceso. Porque el exceso solo atenta a su cartera. Un mal uso puede acabar con su inteligencia, fuente primaria de toda actividad.

Por supuesto, la causa principal que paraliza la cooperación, y que la vuelve irrisoria al circunscribirla de antemano en un círculo imperceptible, es la ignorancia. La mayoría de los proletarios no tienen conocimientos suficientes para juzgar por sí mismos la gestión de una sociedad, y mucho menos para intervenir en ella, y por desconfianza se abstienen de hacerlo. Temen, con razón, ser engaña-

dos y prefieren la seguridad de un salario. Este obstáculo por sí solo, y no es el único, basta para convertir lo *cooperativo* en un engaño.

¿De dónde viene la ignorancia? «De la falta de instrucción», como diría Perogrullo. Permítanme añadir: proviene sobre todo de la enseñanza clerical, que tiene como objetivo y resultado la extinción de la ilustración y el atontamiento de la gente por medio de la superstición. Si el Estado, en lugar de malgastar quinientos millones al año en mantener a los seiscientos mil jóvenes más robustos del país en una ociosidad que los desespera, dedicara esta suma a la instrucción pública y se decidiese a organizar una educación seria y racional basada en la ciencia, en menos de diez años la transformación de Francia sería completa. Todos los trabajadores, convertidos en ciudadanos ilustrados en lugar de en instrumentos pasivos, combinarían de manera espontánea su inteligencia y sus armas, y el problema de la organización justa del trabajo quedaría resuelto.

Por desgracia, no hemos llegado a ese punto y nos consumimos en luchas sin salida y en esfuerzos impotentes. Consideremos el movimiento cooperativo, por ejemplo, y veamos cuál es su importancia en la situación actual. Adopta tres formas: sociedades de consumo, sociedades de crédito y sociedades de producción.

Las sociedades de consumo son las más simples. Hay poco riesgo. Pero solo pueden conducir a resultados insignificantes, a veces incluso a la decepción. Además, solo son practicables en grandes ciudades. En definitiva, no son más que un divertimento, ni siquiera un paliativo.

Las sociedades de crédito son ya un peligro para los trabajadores, un espejismo fascinante que los arrastra y confunde en las difíciles cuestiones de las cuentas corrientes, los vencimientos, los intereses acumulados, en todo el laberinto de las combinaciones financieras, donde su inexperiencia corre serio riesgo de perderlos. Requieren una educación que reduce mucho las posibilidades de éxito.

En cuanto a las sociedades de producción, las considero la trampa más fatal en la que puede caer el proletariado. Es obvio que solo

un número muy reducido de trabajadores posee la capacidad necesaria para tales empresas. Por lo tanto, es la élite intelectual la que se adentrará por este camino. Pero aquí el fracaso y el éxito son desafortunados por igual. El fracaso es la ruina y el desánimo. El éxito es aún peor; significa la división de los trabajadores en dos clases: por un lado, la gran masa ignorante, abandonada, sin apoyo, sin esperanza, en los bajos fondos del trabajo asalariado; por otro, una pequeña minoría cultivada, ocupada en adelante solo de sus intereses privados, y separada para siempre de sus infelices hermanos.

¿Sería imposible despojar al pueblo, quitarle sus protectores naturales, para hacer de él una nueva casta, una especie de media burguesía, aún más egoísta, porque estaría más cerca de su dinero, y en consecuencia, sería más turbia y más brutalmente conservadora? ¡Esta es la última manifestación del subterfugio bastardo que fue bautizado en su cuna con el gran nombre de *resurrección del socialismo*, y que en realidad es su negación, su tumba! Es un cebo para atraer al pueblo fuera de su curso natural hacia un callejón sin salida, para atraparlo en no sabemos qué especulaciones infantiles, sin más resultado posible que insuflar a los desgraciados trabajadores la fiebre continua de *pérdidas y ganancias* que devorará sus vidas y no les dejará ni un pensamiento para la cosa pública.

No es de extrañar que el congreso internacional se celebre a orillas del Sena. En Lausana, habría sido difícil, tal vez, acallar a los opositores. En París no tendremos este problema, ya que no se les permitirá abrir la boca. Este carácter cooperativo es, sin duda, el golpe más poderoso y hábil asestado a la seguridad del orden actual, y prueba de ello es el desconcierto y la creciente algarabía de la opinión desde que se produjo este desvío de la corriente popular. Esta victoria del conservadurismo podría convertirse en el fin de Francia. Porque nada es tan fatal para una nación como la seguridad absoluta de su gobierno. Entonces es llevado a las regiones de la muerte y nada lo detiene, todo se pierde.

¡Se pretende emancipar al pueblo contra la propia acción del gobierno por medio de pequeñas sociedades cooperativas! ¡Quimera! ¡Quizá traición! El pueblo solo puede emanciparse de la servidumbre por el impulso de la *gran* sociedad, del Estado. ¿Quién se atrevería a sostener lo contrario? El Estado no tiene otra misión legítima.

¿Cuál es entonces esta nueva tesis, planteada a pesar de la experiencia y el sentido común por una pretenciosa ciencia llamada economía política; tesis extraña que sitúa toda la actividad de un pueblo fuera de su gobierno y lo declara radicalmente independiente? Tal doctrina es la negación más audaz de la evidencia y de la historia, y por lo tanto es una tontería. Peor aún, es una inmoralidad y un crimen.

La historia lo ha proclamado alto y claro a lo largo de los siglos: son los gobiernos los que pierden o salvan a las naciones. Viven y mueren por ellos. Todo sale de ellos, el bien y el mal. Saben atribuirse el mérito de lo uno, ¿cómo no van a ser responsables de lo otro? Son responsables de todo, de la ignorancia, de la miseria, de la perversión de las ideas y de la moral, de la decadencia y de la ruina material, intelectual y moral. De ellos depende tanto el pan del pueblo como su honor. Es justo pues que les culpen de sus sufrimientos. No se abre una boca sin su permiso, lo mismo en Inglaterra como en cualquier otro lugar, digan lo que digan los señores economistas. Nos sostienen. Cuando una nación, afligida por un mal gobierno, ya no tiene la voluntad ni la fuerza para cambiarlo, cae en la agonía y se desliza poco a poco hacia la tumba. La cuestión del gobierno es una cuestión de vida o muerte.

Nada sería más fatal que destruir esta verdad en la mente de las masas y persuadirlas de que su bienestar material no es responsabilidad del Estado. Esto es lo que ha intentado hacer la *cooperación*, inspirada en la economía política del *laissez-faire laissez-passer*, que quiere que la gente haga y pase, aunque no se le permita hacer o pasar. Se ha intentado convencer a los proletarios de que sería fácil caminar con las manos y los pies atados. La ilusión no durará

mucho. Descubrirán que no se puede caminar con las extremidades encadenadas y una venda en los ojos.

En las condiciones políticas actuales, no puede haber nada más útil para los trabajadores que una mutua de seguros para la salvaguarda de los derechos del trabajo y la resistencia al capital. Cualquier intento de producción orgánica sería un paso en falso y un anacronismo. Una empresa así solo tiene posibilidades de éxito con libertad u educación.

Por lo tanto, los trabajadores solo tienen una posibilidad de acción en este momento: unir sus esfuerzos para protegerse contra la autocracia del capital, y luego obtener:

1) Completa libertad de prensa, sin impedimentos fiscales ni represión draconiana. Libertad de reunión y de asociación. Libertad de divulgación.

2) La asignación anual de quinientos millones a la educación pública.

Esta es la cuestión capital que decidirá el destino de la nación. La educación no puede seguir siendo lo que es hoy, una burla, un engaño. Debe ser no solo gratuita y obligatoria, sino completa. Saber solo leer y escribir y no saber nada es casi lo mismo. ¿De qué sirve un instrumento que es imposible de utilizar? Hay que enseñar, a *todos* los franceses sin excepción, lengua francesa, aritmética, cosmografía y geometría elementales, geografía, historia, dibujo y nociones suficientes de geología, física y química. La formación profesional debe estar organizada en todas partes, a gran escala, para la agricultura, la industria y el comercio.

Prohibición absoluta, para cualquier clérigo, de poner siquiera un pie en una escuela.

De los cinco a los quince años, el niño adquiriría todos estos conocimientos sin dificultad y, si se quisiera, en la medida de lo posible, extender la enseñanza a los adultos, el gasto, al cabo de tres años, ya estaría cubierto por el enorme aumento de la producción. Si a este sistema de educación le añadimos la libertad de

asociación y la libertad de prensa, dentro de diez años la explotación habrá desaparecido y el pueblo será su propio dueño. Solo entonces podremos empezar a hablar de *self-governement*. Por el momento, el *self-governement* es una farsa. No existe en ninguna parte, ni siquiera en Estados Unidos, donde la educación de las masas es demasiado rudimentaria para implicar tal grado de civilización.

Si los proletarios se empeñan en llevar a cabo insignificantes intentos de *cooperación* sin futuro, fortalecerán sus cadenas en lugar de romperlas. Cualquier cosa que tienda a distraerlos de las mejoras gubernamentales es fatal para ellos, y la primera y más importante de estas mejoras es la difusión de la instrucción. No saben que la educación es el pan y la libertad, y que la ignorancia es la esclavitud y la miseria. Si en 1857 hubiéramos empezado a dar una educación completa a los que hoy tienen veinte años, en lugar de vivir de la tierra como humildes asalariados, estarían al mismo nivel que cualquiera. La educación es mejor para los hombres que cincuenta Californias.

¡Ay!, y está amenazada de gravedad en nuestro pobre país, gracias a la despreocupación del pueblo, que no se plantea reclamarla con voz atronadora porque no entiende su valor. ¡Ceguera fatal! Sí, la educación pierde poco a poco terreno, todo el terreno que el clericalismo va ganando día a día con su infatigable labor de topo. Sus escuelas religiosas se están construyendo cada día sobre las ruinas de las escuelas laicas. En su día no tuvo ni una cuarta parte del total. Pronto se hizo con un tercio, luego la mitad. La progresión continúa con rapidez, y persigue febrilmente sus conquistas, que cada año se confirman en medio de la indiferencia general. Todos los ricos la apoyan con decisión. Cuando haya completado su trabajo de invasión, cuando la educación haya pasado por completo a sus manos, se hará la noche sobre Francia, y el trabajador verá lo que le trae la noche, o más bien no lo verá, porque en las tinieblas uno deja de ver.

La *cooperación* acudió en ayuda del enemigo y se dedicó a demoler la revolución sustituyendo su drama por el *derecho y la propiedad*. Desde 1789, solo la idea ha sido la fuerza y la salvación de

los proletarios. Le deben todas sus victorias. La fórmula ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad! abarca tanto la vida material como el progreso moral. Dará a la gente bienestar y dignidad por igual. Que no abandonen, pues, la idea y se lancen a la especulación. La especulación es la voz de la iniquidad y de los explotadores. No es su voz, y perecerán por ella.

CANDIDE

3 de mayo de 1865

CANDIDE NO PRETENDE SER un diario frívolo. Ese género no es de su gusto. Menos aún un periódico aburrido. Instruir y complacer sería su deseo. Es mucha ambición, sin duda. No todo el mundo sabe mezclar lo útil con lo agradable. Ser serio y divertido al mismo tiempo es un gran problema. Si *Candide* no sabe cómo resolverlo, se unirá a tantos otros que no lo han resuelto en el pasado, y muchos otros, a su vez, se unirán a él en el futuro.

NUESTRA MORAL

La moral es la base de las sociedades. Pero, ¿qué es la moral? ¿Una revelación divina o un instinto humano? La política y la ignorancia la han hecho caer desde lo alto, la una por engaño, la otra por credulidad. ¡Error fatal! Ella hunde sus raíces en nuestros corazones. Trasplantarla es destruirla.

¡Guerra a lo sobrenatural! Es el enemigo. Pretende ser el extremo bien, pero solo es su burla y su ruina. Su táctica es la emboscada. Con un gesto seductor, señala el cielo, y el hombre, apartando su mirada del suelo, tropieza y cae. Entonces Tartufo se abalanza sobre él, lo degüella y lo desvalija.

Exagerar el ideal más allá de las fuerzas humanas es abrir las puertas a la hipocresía, la madre de todos los crímenes, y desencadenar calamidades en la tierra. Así es como han procedido las religiones, en especial el monoteísmo. El precepto cristiano «Ama a tu prójimo como a ti mismo» ha quedado en quimera, y su sanción «por el amor de Dios» no es más que un sarcasmo. «Hacer algo

por el amor de Dios» se ha convertido en la fórmula proverbial de desprecio y burla. Uno es víctima de la hipocresía, pero no tonto, y el asco público sabe en ocasiones dejarle en su frente un estigma sangriento.

Por el contrario, la máxima filosófica, muy anterior al cristianismo, *Quod tibi fieri non vis, alteri ne feceris* (no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti), ha conservado intacto su prestigio. Su reinado supondría el advenimiento de la edad de oro. Porque el sacrificio, privilegio y virtud de las grandes almas, no es la ley de los hombres. No se impone a la conciencia. La justicia, por el contrario, sí lo hace. Encuentra su sanción en nuestros corazones. No podemos violarla sin sentirnos culpables. Es el verdadero, el único vínculo. Nunca ha habido ni puede haber otro. El espiritualismo lo desprecia por una vil procedencia terrenal y, presumiendo con orgullo de su supuesta patria en lo alto, se jacta de una esencia divina. Es a costa de la tierra que esta arrogancia dirige nuestros pensamientos al cielo. Se roba la mejor parte de los tesoros de la conciencia para desperdiciarla en abstracciones, que pronto se agrupan en ídolos. No reconocemos estos deberes imaginarios hacia Dios, verdadera suerte para el egoísmo, que se apresura a traducirlos en supersticiones, feliz de inmolar en ellas deberes más embarazosos, los deberes hacia los hombres. Solo estos son de estrecha observancia. Todo lo que se diga de ellos, bajo un principio cualquiera, es una pérdida de tiempo para la humanidad, y esta distracción es un crimen.

El hombre, al menos el actual, no puede vivir aislado. La experiencia lo demuestra, ya que no existe en ninguna parte más que en la sociedad. Esta prueba es suficiente. Por lo tanto, hay una doble vida en él, la individual y la relacional. De ahí un doble instinto, el de conservación personal y el de conservación social, uno es más sencillo y enérgico ya que salvaguarda el elemento primario de la especie, mientras el otro es más complejo, y por tanto más débil e inestable. Por lo demás, ambos varían, ya que sus manifestaciones

cambian según el nivel de instrucción y son siempre consecuencia y medida de ella. Estos intercambios sucesivos marcan las etapas de la humanidad. En cada fecha, la conciencia pública es el reflejo y el termómetro de la ciencia pública. Así, la moral, la flor del árbol del pensamiento, no es más que la expresión más o menos poderosa del instinto humanitario que prohíbe a los hombres dañarse unos a otros y les ordena ayudarse. Por eso, el precepto, por antiguo que sea, «No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti», lejos de caer, como todas las teodiceas, en la decadencia por el progreso del espíritu humano, no ha hecho sino crecer de siglo en siglo, y está emergiendo con una energía incontenible de los escombros de la metafísica religiosa. Se está apoderando de las almas y pronto gobernará el mundo. La sencilla y clara trilogía «entrega, deber y derecho», se convertirá en la aplicación de la moral al gobierno de la humanidad.

—Haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti... ese es el ideal.

—No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan a ti... eso es la justicia.

—Serás tratado tal y como trates a los demás... eso es la ley.

La ley solo es una exigencia de justicia, so pena de dejar de ser una sanción para convertirse en una represalia. La represalia es la ley de la guerra, es decir, del mal. Por lo tanto, la expiación nunca debe ser igual a la culpa. Como vemos, la moral es reciprocidad. Esta doctrina del todo humana será nuestra antorcha en toda investigación, nuestra guía en toda apreciación. Hacer filosofía es estudiar el pensamiento y la conciencia. Hacer historia es describir el papel de la conciencia y el pensamiento en la vida de los pueblos. Todo lo que obstaculiza, todo lo que pervierte estos dos elementos esenciales de la humanidad está sujeto a la moral. Como tal, lo sobrenatural y el despotismo le deben casi todo, aunque han supuesto siempre su expolio. De este modo, no es admisible que una religión cualquiera destruya por la violencia, en nombre de Dios,

todo lo que está fuera de sus dogmas, esgrimiendo con audacia su propia reclamación como prueba y fundamento de su derecho. Una doctrina no tiene más derecho a empuñar la espada contra otras doctrinas que un hombre contra otros hombres. La impunidad, en tal caso, sería el reverso de la moral. El pretendido respeto a las conciencias, que se materializa en no respetar ninguna otra, supone un ultraje al sentido común y una incitación al exterminio. A tales ataques hay que aplicar, sin escrúpulos ni vacilaciones, la ley legítima: «Que se haga contigo lo que has hecho a los demás», con la reserva de que el castigo no sea igual a la falta, es decir, que la represalia no devuelva al culpable crueldad por crueldad.

Cuando un sistema metafísico proclama como principio fundamental la prohibición de todo lo que lo contradice, la moral, sin mayor consideración, ordena su eliminación como principio proscriptor. Tal será la regla invariable de nuestros juicios en filosofía e historia.

Suzamel¹⁸

¹⁸ Seudónimo de Blanqui, formado a partir del nombre de su mujer: Suzanne Amélie.

INSTRUCCIONES PARA TOMAR LAS ARMAS

ESTE PROGRAMA ES Estrictamente militar y deja de lado por completo la cuestión política y social. No es este el lugar para tratarla. Por otra parte, huelga decir que la revolución debe llevarse a cabo en beneficio del trabajo, contra la tiranía del capital y para reconstituir la sociedad sobre la base de la justicia.

Una insurrección parisina, después de los errores cometidos en el pasado, no tiene hoy ninguna posibilidad de éxito.

En 1830, el impulso popular bastó para derribar un poder sorprendido y aterrorizado por una toma de armas, un hecho inédito que estaba a mil millas de sus previsiones.

Pasó una vez. La lección benefició al gobierno, que siguió siendo monárquico y contrarrevolucionario, a pesar de haber surgido de una revolución. Comenzó a estudiar la guerra callejera, y pronto recuperó la superioridad natural del arte y la disciplina sobre la inexperiencia y la confusión.

Sin embargo, se dirá, el pueblo, en 1848, ganó con el método de 1830. Es cierto. Pero no hay que hacerse ilusiones. La victoria de febrero solo fue un desliz. Si Luis Felipe se hubiera defendido como debía, la fuerza habría permanecido del lado de los uniformes.

La prueba de ello son los días de junio. Allí pudimos comprobar lo desastroso de la táctica, o más bien de la falta de táctica, de la insurrección. Nunca había tenido tan buenas posibilidades: diez contra una.

De un lado, el gobierno en plena anarquía y las tropas desmoralizadas. Del otro, todos los trabajadores en pie y casi seguros

del éxito. ¿Por qué sucumbieron? Por falta de organización. Para explicar su derrota, basta con analizar su estrategia.

El levantamiento estalló. De inmediato, en los barrios obreros, se levantaron barricadas aquí y allá, al aire libre, en multitud de puntos.

Cinco, diez, veinte, treinta, cincuenta hombres, reunidos por casualidad, la mayoría sin armas, empezaron a volcar carruajes, a levantar y apilar adoquines para bloquear la vía pública, a veces en medio de las calles, con mayor frecuencia en las intersecciones. Muchas de estas barreras apenas planteaban obstáculos al paso de la caballería.

A veces, tras un ensayo de atrincheramiento, los constructores se alejaban en busca de armas y municiones.

En junio, se contaron más de seiscientas barricadas: no más de treinta de ellas soportaron por sí solas el peso de la batalla. En las demás, diecinueve de cada veinte, no se realizó ni un disparo. De ahí esos gloriosos boletines que narraban a bombo y platillo la retirada de cincuenta barricadas, en las que no había ni un alma.

Mientras se despejaban las calles, otros pequeños grupos fueron a desarmar los cuarteles o a apoderarse de la pólvora y las armas de las armerías. Todo esto se hacía sin concierto ni dirección, según la fantasía de cada uno.

Sin embargo, poco a poco, un cierto número de barricadas más altas, más fuertes y mejor construidas atrajo mayor número de defensores, que se concentraron tras ellas. No fue el cálculo sino el azar lo que determinó la ubicación de estas fortificaciones principales. Solo unas pocas, por una especie de inspiración militar fácil de entender, ocupaban las principales salidas.

Por su parte las tropas, durante este primer período de la insurrección, se agruparon. Los generales recibieron y estudiaron los informes policiales. Se cuidaron de no aventurarse con sus destacamentos sin tener datos seguros, ante el riesgo de un fracaso que desmoralizara a los soldados. En cuanto conocieron bien las posi-

ciones de los insurgentes, concentraron los regimientos en varios puntos que en adelante formarían su base de operaciones.

Los ejércitos están listos. Veamos sus maniobras. Aquí se expone con claridad el vicio de las tácticas populares, causa segura de su desastre.

No hay dirección ni mando general, ni siquiera coordinación entre los combatientes. Cada barricada tiene su propio grupo, más o menos numeroso, pero siempre aislado. Ya tenga diez o cien hombres, no tiene comunicación con los demás puestos. A menudo ni siquiera hay un líder que dirija la defensa, o si lo hay, su influencia es casi nula. Los soldados hacen lo que quieren. Se quedan, se van, vuelven cuando les parece. Por la noche duermen en su cama.

Como resultado de este constante ir y venir, el número de ciudadanos presentes varía con rapidez, a un tercio, a la mitad, a veces a tres cuartos. Nadie puede contar con nadie. De ahí la desconfianza en el éxito y el desánimo.

Nadie sabe nada de lo que ocurre en otros lugares, ni nadie se avergüenza de ello. Los pasquines vuelan, a veces negros, a veces rosas. Se escuchan con tranquilidad el cañón y los disparos, bebiendo en el mostrador del comerciante de vinos. A nadie se le pasa por la cabeza acudir en ayuda de otras posiciones asediadas. «Que cada uno defienda su puesto, y todo irá bien», dicen los más convencidos. Este singular razonamiento se debe a que la mayoría de los insurgentes luchan en sus propios barrios, un fallo crucial que tiene consecuencias desastrosas, sobre todo por las denuncias de los vecinos tras la derrota.

Y es que, con un sistema de este tipo, la derrota es inevitable. Al final, ocurre cuando dos o tres regimientos caen sobre la barricada y aplastan a los pocos defensores. Toda la batalla es una monótona repetición de esta imparable maniobra. Mientras los insurgentes fuman sus pipas detrás de las montañas de adoquines, el enemigo lleva todas sus fuerzas a un punto, luego a un segundo, un tercero, un cuarto, y así extermina la insurrección en todos sus frentes.

El pueblo no tiene intención de interferir en esta cómoda tarea. Cada grupo espera con filosofía su turno y no se le ocurriría correr en ayuda de su vecino en peligro. No: «Defiende el puesto. No se puede abandonar el puesto».

¡Y así es como se perece de forma absurda!

Cuando, gracias a errores tan graves, la gran revuelta parisina de 1848 fue quebrada como un cristal por el más lamentable de los gobiernos, ¿qué catástrofe no tendríamos que temer si repitiéramos la misma insensatez ante un militarismo feroz, que ahora tiene a su servicio las recientes conquistas de la ciencia y el arte, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, los cañones y el fusil?

Sin embargo, las rutas estratégicas que ahora atraviesan la ciudad en todas las direcciones no deben contarse como una de las nuevas ventajas del enemigo. Se las teme, pero no hay razón para ello. No hay de qué preocuparse. Lejos de haber creado un peligro adicional para la insurrección, como se piensa, ofrecen por el contrario una mezcla de ventajas y desventajas para ambas partes. Si las tropas circulan por allí con mayor facilidad, también se exponen en mayor grado.

Estas calles son intransitables bajo el fuego. Además los balcones, baluartes en miniatura, proporcionan un fuego de flanco que las ventanas ordinarias no proporcionan. Por último, estas largas y rectas avenidas merecen ese nombre de bulevares con el que se las ha bautizado.¹⁹ De hecho, son auténticas fortificaciones que constituyen frentes naturales de gran potencia.

El arma por excelencia en la guerra callejera es el fusil. La pistola es más ruidosa que útil. La artillería solo podía obtener resultados incendiándolo todo. Pero semejante atrocidad, utilizada a

19 Según la página web del Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales, el sentido original de la palabra *boulevard* es: «Fortificación exterior de una plaza fuerte constituida por un terraplén situado delante de una muralla».

gran escala y como sistema, pronto se volvería contra sus autores y supondría su perdición.

La granada, que hoy todo el mundo conoce erróneamente como bomba, es un medio secundario, sujeto además a un cúmulo de inconvenientes. Consume demasiada pólvora para el efecto que consigue, es muy peligrosa de manejar, no tiene alcance y solo se puede usar desde las ventanas. Los adoquines hacen casi el mismo daño y no son tan caros. Los trabajadores no tienen dinero que perder.

En el interior de las casas, el revólver y el cuchillo, la bayoneta, la espada, el sable y la daga. En caso de acometida, la pica o la partisana de dos metros vencerían a la bayoneta.

El Ejército solo tiene dos grandes ventajas sobre el pueblo: el fusil y la organización. Esta última, sobre todo, es inmensa, irresistible. Por fortuna, se puede abandonar, y entonces el poder pasa al lado de la insurrección.

En las luchas civiles, los soldados, salvo raras excepciones, solo marchan con desgana, por obligación y por aguardiente. Les gustaría estar en otro lugar y miran con más ganas hacia detrás que hacia delante. Pero un puño de hierro los mantiene esclavizados y víctimas de una disciplina despiadada. Sin afecto al poder, solo obedecen al miedo y son incapaces de la más mínima iniciativa. Un destacamento dividido es un destacamento perdido. Los dirigentes lo saben y se preocupan mucho de mantener la comunicación entre todos sus cuerpos. Esta necesidad anula parte de su efectividad.

Todo es diferente en las filas populares. Allí se lucha por una idea. Solo hay voluntarios, y su motivo es el entusiasmo, no el miedo. Son superiores al adversario en su devoción, pero más aún en inteligencia. Tienen ventaja moral e incluso física, por convicción, vigor, fertilidad de recursos, vivacidad de cuerpo y mente. Tienen cabeza y corazón. No hay tropa en el mundo que pueda igualar a estos hombres de élite.

¿Qué les falta para ganar? Les falta la unidad y el conjunto que, al hacerlos trabajar unidos hacia un mismo objetivo, fomenta todas esas cualidades que el aislamiento vuelve infructuosas. Les falta organización. Sin ella, no hay ninguna posibilidad. La organización significa la victoria; la dispersión, la muerte.

Junio de 1848 corroboró por completo esta verdad. ¿Qué ocurriría hoy? Con los antiguos métodos, todo el pueblo sucumbiría si las tropas quisieran resistir, y resistirían mientras solo vieran ante ellos fuerzas irregulares y sin dirección. Por el contrario, la aparición de un ejército parisino ordenado, maniobrando según las reglas de la táctica, golpearía a los soldados con asombro y haría caer su resistencia.

Para nuestro partido, una organización militar, sobre todo cuando hay que improvisar en el campo de batalla, no es un asunto menor. Supone un comandante en jefe y, hasta cierto punto, la serie habitual de oficiales de todos los rangos. ¿Dónde conseguir este personal? Los burgueses revolucionarios y socialistas son escasos, y los pocos que hay son en su mayor parte plumíferos. Estos señores se imaginan que mueven el mundo con sus libros y periódicos, y llevan dieciséis años ensuciando el mundo con papel sin cansarse de sus derrotas, sufren con paciencia equina la mordaza, la montura, el látigo, y jamás soltarán una coz. ¡Vamos! ¡Suéltenla ya! Es lo propio de los patanes.

Estos héroes de escritorio profesan el mismo desprecio por la espada que el militar de figurón por las peroratas. No parecen entender que la fuerza es la única garantía de libertad, que un país es esclavo cuando los ciudadanos ignoran la profesión de las armas y dejan el poder a una casta o a una corporación.

En las repúblicas de la Antigüedad, entre griegos y romanos, todos conocían y practicaban el arte de la guerra. El soldado profesional era una especie desconocida. Cicerón era general, César abogado. Al cambiar la toga por el uniforme, cualquiera era nombrado coronel o capitán y se aferraba a su puesto. Mientras no ocu-

rra lo mismo en Francia, seguiremos siendo civiles dispuestos a ser despedazados por los militares.

Miles de jóvenes educados, trabajadores y burgueses, se estre-mecen bajo un yugo aborrecible. Para romperlo, ¿piensan tomar la espada? ¡No! La pluma, siempre la pluma, nada más que la pluma. ¿Por qué no ambas, como exige el deber de un republicano? En tiempos de tiranía, escribir es bueno, pero cuando la pluma del esclavo permanece impotente, luchar es mejor. ¡Pues no! Se hace un periódico, se va a la cárcel, y a nadie se le ocurre abrir un libro de maniobras para aprender allí en veinticuatro horas el oficio que otorga toda la fuerza a nuestros opresores, y que nos pondría en las manos nuestra venganza y su castigo.

Pero, ¿de qué sirven estas quejas? Lamentarse en lugar de re-accionar es la estúpida costumbre de nuestro tiempo. La moda son las jeremiadas. Jeremías se esconde en todas las actitudes, llora, azota, dogmatiza, gobierna, truena, se flagela con todos los látigos. ¡Dejemos de lado a estos enterradores de la libertad! El deber de un revolucionario es luchar, luchar siempre, hasta la extinción.

¿No hay suficientes mandos para formar un ejército? Pues ha-brá que improvisar sobre la marcha, durante la acción. El pueblo de París aportará los elementos, antiguos soldados, viejos guardias nacionales. Su escasez obligará a reducir al mínimo el número de oficiales y suboficiales. No importa. El celo, el ardor y la intelligen-cia de los voluntarios compensarán este déficit.

Lo principal es organizarse. Se acabaron esas sublevaciones tu-multuosas, con diez mil cabezas aisladas actuando al azar, en desor-den, sin ningún pensamiento global, cada una en su rincón y según su capricho. Se acabaron las barricadas por todas partes que hacen perder tiempo, desordenan las calles e impiden la circulación ne-cesaria tanto para una parte como para la otra. El republicano debe tener la misma libertad de movimientos que tienen las tropas.

¡Nada de carreras innecesarias, ajetreos y bullicio! Los minutos y los pasos son igualmente valiosos. Sobre todo, no limitarse al

propio barrio como siempre hacen los insurgentes, para su gran perjuicio. Esta manía, después de haber causado la derrota, facilitó las persecuciones. Debe ser eliminada, so pena de catástrofe.

Teniendo en cuenta estos preliminares, indiquemos el modo de organización.

La unidad principal es el batallón. Consta de ocho compañías o pelotones.

Cada compañía tiene un teniente, cuatro sargentos y cincuenta y seis soldados. En total: sesenta y un hombres.

Dos compañías forman una división comandada por un capitán. El batallón cuenta pues con trece oficiales, a saber: un comandante, cuatro capitanes y ocho tenientes, más treinta y dos sargentos, cuatrocientos cuarenta y ocho soldados y el abanderado. Total: cuatrocientos noventa y cuatro hombres. Los tambores, si se puede encontrar alguno, van aparte.

La previsible escasez de mandos obliga a eliminar a dos oficiales de cada compañía, el capitán y el subteniente; a dos suboficiales, el sargento mayor y el intendente; y a los ocho cabos. El Estado Mayor de la compañía se reduce así de dieciséis a cinco individuos. Es cierto que es menos numeroso que en el Ejército, donde hay noventa hombres disponibles. En proporción, es una diferencia de cinco a once.

El número de efectivos de la compañía se reduce para facilitar las maniobras tanto del pelotón como del batallón.

El capitán, en lugar de comandar un pelotón como en la tropa, comanda dos, es decir, una división. Sin embargo, las maniobras por división casi nunca se llevarán a cabo. Casi impracticables en París, solo pueden servir para plegar el batallón en masa por divisiones, en una plaza o en una vía principal. Pero es importante dar un líder a la división, ya ocupe esta dos o cuatro barricadas. En el primer caso, la barricada es importante por el número de sus defensores. En los otros dos casos, es fundamental no dejar a los dos o cuatro pequeños puestos sin un jefe superior.

Organización del pelotón

El pelotón se divide en dos secciones, cada una con veintiocho soldados y dos suboficiales. La sección se subdivide en dos medias secciones, cada una con catorce soldados y un suboficial.

Colocación de los oficiales y suboficiales del pelotón en la batalla

El teniente a la derecha de su pelotón, en la primera fila.

El sargento primero detrás del teniente, en la segunda fila.

El sargento segundo, a la izquierda de la sección derecha, en la primera fila.

El sargento tercero, detrás del sargento segundo, a la derecha de la sección izquierda, en la segunda fila.

El sargento cuarto, a la izquierda de la sección de la izquierda y del pelotón, en la primera fila.

Guías

El sargento primero es el guía derecho del pelotón y de la sección derecha. Es el guía derecho e izquierdo de la primera media sección derecha.

El sargento segundo es el guía izquierdo de la sección derecha. Es el guía de la derecha y de la izquierda de la segunda sección de la derecha. Es el abanderado del pelotón.

El sargento tercero es el guía derecho de la sección izquierda. Es el guía de la derecha y de la izquierda de la primera media sección de la izquierda.

El cuarto sargento es el guía izquierdo del pelotón y de la sección izquierda. Es el guía de la derecha y la izquierda de la segunda media sección de la izquierda.

Colocación de oficiales y suboficiales cuando el batallón está en cabeza en columna, a la derecha o a la izquierda

1) En columna por pelotones, el teniente se sitúa a la derecha del pelotón. Los sargentos primero, segundo y cuarto en primer rango, el tercero en segundo rango, detrás del segundo.

2) En columna por secciones, el teniente se sitúa a la derecha de la sección de cabeza. Los cuatro sargentos a la derecha y a la izquierda de sus respectivas secciones en la primera fila.

3) En columna por medias secciones, el teniente se sitúa a la derecha de la media sección de cabeza. Los cuatro sargentos, al ser guías a la derecha y a la izquierda de sus medias secciones, están a veces a la derecha, a veces a la izquierda, según el mando, siempre en la primera fila.

Los dos sargentos que están en los extremos del batallón en la batalla, son los guías derecho e izquierdo y se sitúan en la primera fila. El jefe de pelotón de la derecha se desplaza a la derecha para dejar paso al guía.

Colocación de capitanes en batalla y en columna

Con el batallón en combate, los capitanes se sitúan unos pasos detrás del centro de sus respectivas divisiones. Cuando el batallón está en columna, cada capitán se sitúa en el flanco izquierdo de su división.

El jefe del batallón no tiene un lugar fijo.

Nota: los cuatro suboficiales permanecen siempre en las filas que flanquean. Nunca cerrando las filas como en la tropa. Los obreros parisinos, voluntarios al servicio de la libertad, no necesitan sargentos chusqueros.

Lugar del abanderado, en la batalla y en la columna

1) En la batalla, el abanderado está a la izquierda del cuarto pelotón, en la primera fila.

2) En la columna por divisiones, el abanderado está en el centro, equidistante entre la segunda y la tercera división.

3) En la columna por pelotones, el abanderado se sitúa a la izquierda, en línea con los guías, equidistante entre el cuarto y el quinto pelotón.

4) En la columna por secciones o medias secciones, el abanderado está en el centro, a igual distancia entre el cuarto y el quinto pelotón.

La bandera es roja; cada compañía tiene su banderín o enseña con su color particular: 1) pelotón de banderín rojo; 2) pelotón de banderín violeta; 3) pelotón de banderín verde; 4) pelotón de banderín amarillo; 5) pelotón de banderín azul; 6) pelotón de banderín rosa; 7) pelotón de banderín naranja; 8) pelotón de banderín negro.

Los oficiales y suboficiales llevarán como distintivo una cinta del color de su compañía, los tenientes en el brazo izquierdo, entre el hombro y el codo, los sargentos en la muñeca izquierda. La cinta de la octava compañía será negra con un doble borde rojo.

Los capitanes llevarán una cinta entre el hombro y el codo del color de cada una de las dos compañías que forman su división, en el brazo derecho la del pelotón impar, en el brazo izquierdo la del pelotón par. La cinta negra del cuarto capitán tendrá un doble borde rojo.

El comandante del batallón llevará una gran cinta roja en el brazo izquierdo, entre el hombro y el codo, con una franja colgante.

El número de cada batallón estará inscrito en la parte superior del banderín de las ocho compañías.

Los diferentes colores de los banderines, así como de los oficiales y suboficiales, tienen por objeto hacer que las diferentes compañías sean reconocibles a primera vista y facilitar una rápida reunión.

Cada hombre ocupa dos pies en la línea, la media sección tiene cinco metros de frente, la sección diez, el pelotón veinte, la división cuarenta, el batallón ciento sesenta.

Siempre es necesario maniobrar con setenta o setenta y cinco centímetros entre las dos filas, para que la segunda fila no se vea

obligada a pisarle los talones a la primera, lo que es muy incómodo para los novatos. Si fuera necesario disparar, la segunda fila se acerca a la primera, de modo que los fusiles puedan pasar entre las cabezas de los hombres de la primera fila.

Las maniobras

Todos los oficiales deben estudiar a fondo el funcionamiento del pelotón y del batallón. Para conocer lo pequeño, es bueno conocer lo grande. Sin embargo, es obvio que solo se utilizarán algunos de los movimientos descritos para cualquiera de los dos. Por lo tanto, es esencial estudiarlos primero. Su objetivo principal es regular la formación en la batalla.

Aquí están los principales:

1) Con el batallón en batalla, se separa a la derecha o a la izquierda por pelotones, secciones o medias secciones.

2) Estando el batallón en combate, romper en la retaguardia a la derecha o a la izquierda, ya sea por pelotones, o por secciones, o por medias secciones.

Nota bene: en este último movimiento se trata de marchar por el flanco sin dividir. Por lo demás, es preferible la otra forma de ruptura.

3) El batallón marchando en columna por pelotones, separa los pelotones.

4) El batallón marchando en columna por secciones, rompe las secciones.

Nota bene: estos dos últimos movimientos deben ejecutarse a ritmo gimnástico, para no perder tiempo ni terreno.

5) El batallón marchando en columna por medias secciones, forma las secciones.

6) El batallón marchando en columna por secciones, forma los pelotones.

Nota bene: como los pelotones tienen veinte metros de frente, el batallón solo puede marchar en columna por pelotones en los

caminos más anchos. La marcha más habitual será en columna por secciones, que solo ocuparán once metros de frente. Los tramos deben romperse antes de entrar en una calle de menos de doce metros de ancho.

7) El batallón marcha en columna por pelotones, o por secciones, o por medias secciones, formado a la derecha o a la izquierda en la batalla.

Nota bene: esta formación de combate, al ser la más rápida, es la mejor. Pero presenta varias dificultades. La columna solo puede formarse regularmente a la derecha o a la izquierda en la batalla si los pelotones, las secciones o las medias secciones han mantenido sus distancias, es decir, si la distancia que los separa es igual a su frente. Si es mayor, hay lagunas en el batallón formado en la batalla. Si, por el contrario, la distancia es menor que el frente, las fracciones del batallón, al llegar al alineamiento, chocarán y se agolparán unas con otras por falta de espacio.

8) Estando la columna en marcha por pelotones, por secciones o por medias secciones, formarla a la derecha o a la izquierda en la batalla.

Nota bene: Este movimiento no tiene las desventajas del anterior, y frente al enemigo, posee la ventaja de permitir abrir fuego desde el principio de la formación. Pero, para poner la columna en batalla, es muy lento.

El movimiento de flanqueo, al dividirse, tiene la gran ventaja de formar instantáneamente el batallón en columna si está en batalla, o en batalla si está en columna. Pero tiene el inconveniente de que es imposible mantener la columna. Además, los dos movimientos, por el flanco y por delante, son difíciles para los hombres que nunca han sido entrenados. Por ello, resultará útil enseñar esta maniobra al batallón en cuanto se organice. La inteligencia de los trabajadores parisinos les permitirá comprender el mecanismo en pocos minutos.

Cuando un batallón en marcha deba hacer de cabeza de columna a la derecha o a la izquierda, para entrar en una calle lateral, es

necesario emplear el movimiento «giren a la derecha» o «giren a la izquierda», mejor que la conversión regular que es más lenta y difícil.

Todos los cambios de dirección de la columna deben realizarse con este mismo movimiento de «giren a la derecha o a la izquierda».

El batallón debe marchar y maniobrar siempre con las dos filas a una distancia de setenta o setenta y cinco centímetros, para que la segunda fila no se vea obligada a pisarle los talones a la primera y pueda marchar en libertad.

Todos los movimientos deben ejecutarse con rapidez, sin pretensiones de precisión o elegancia. La celeridad por encima de todo.

El suboficial debe llevar el rifle en la mano derecha, el brazo extendido a lo largo del muslo, y el seguro puesto.

Habrà que recurrir a hombres que sepan tocar el tambor. Los tambores son de primera necesidad para los mandos.

Maniobras por divisiones

Las maniobras de las divisiones son muy raras en París. No obstante, es importante estudiar lo siguiente:

1) Estando el batallón en columna por pelotones, juntos o a media o completa distancia, formar las divisiones.

2) Estando el batallón en batalla, se pliega en columna por división en cualquiera de las cuatro divisiones, la derecha o la izquierda a la cabeza.

3) Estando el batallón en columna por divisiones, en marcha o a pie, se despliega sobre cualquiera de las cuatro divisiones.

ESQUEMA DEL PROCEDIMIENTO A SEGUIR EN UN LEVANTAMIENTO ARMADO EN PARÍS

LOS HOMBRES QUE TOMAN la iniciativa del movimiento han elegido de antemano un comandante en jefe y un cierto número de oficiales, cuyas funciones comienzan con la propia insurrección.

Forma de organización

En cuanto los ciudadanos afluyan al levantamiento, será necesario que se coloquen en dos filas.

Será necesario que guarden silencio y calma, y lanzarles una breve alocución. En ella se les informará de que todo ciudadano que marche bajo la bandera de la República recibirá alimentos y cinco francos diarios como indemnización salarial mientras dure la guerra.

Se invitará a todos los que hayan servido en el Ejército o la Guardia Nacional a salir de las filas y dar un paso al frente.

Se clasificará a los hombres como oficiales, suboficiales y soldados rasos. Se destacará de entre los primeros a los oficiales superiores, a los tenientes y, de entre los suboficiales, a los jefes de pelotón, y a los sargentos de entre los soldados rasos.

Se distribuirá a los tenientes y sargentos un folleto en el que se explique la organización del Ejército Popular y las distintas medidas que se van a tomar.

Será necesario colocarlos en sus respectivos lugares como oficiales y suboficiales, y supervisar a los soldados de cada pelotón para formar así las compañías, hasta agotar el personal.

Si no hay suficientes hombres para completar un batallón, se colocarán, después de los pelotones constituidos, los mandos de los que quedan por formar, listos para recibir a los nuevos voluntarios.

Si por el contrario es el personal de los mandos el que resulta insuficiente, será necesario llamar a los hombres que parezcan lo bastante inteligentes para mandar, y asignarles las funciones de tenientes y sargentos. También se les dará el impreso que les permitirá conocer la organización.

Si el número de pelotones así formados es inferior a ocho, declárese el batallón formado.

Si es superior a ocho, fórmese un segundo batallón con el excedente, que se completará con la incorporación de nuevos voluntarios.

Distribúyanse entonces a los tenientes y sargentos las cintas con los colores que deben llevar como insignia. Y despléguese la bandera del batallón, así como los banderines de las compañías, que serán confiados a los sargentos segundos.

Una vez desplegada la bandera, los oficiales, suboficiales y soldados deberán prestar el siguiente juramento: «Juro luchar hasta la muerte por la República, obedecer las órdenes de los jefes, y no desviarme de la bandera ni un solo momento, ni de día ni de noche, hasta que la batalla haya terminado».

Distribúyanse las armas disponibles entre batallones, en el orden cronológico de su formación: los primeros organizados serán los primeros armados.

Si hay pocos rifles, se darán a los sargentos que porten el banderín.

Los oficiales y suboficiales harán todo el tiempo las siguientes recomendaciones a los soldados: no perder nunca un segundo; permanecer en orden; guardar silencio (excepto al grito de «¡Viva la República!» gritado a una señal dada); marchar a paso ligero; en caso de enfrentamiento, actuar solo de acuerdo con las órdenes; si

se está en desventaja, reunirse con rapidez y sin tumultos junto a la bandera y los banderines; si se tiene ventaja, mantener las filas, sin ruido ni gritos, listas para marchar; cumplir todas las órdenes con rapidez, y si hay que alejarse de la bandera para cumplirlas, reunirse de nuevo en cuanto se cumpla la orden.

El grito de «¡Viva la República!» solo debe pronunciarse a la señal de los dirigentes, porque una marcha silenciosa es a menudo de la más imperiosa necesidad.

Ya sea en la marcha o en reposo, se organizará lo antes posible a todos los obreros que se unan a la columna.

Si hay mandos sobrantes, marcharán en la retaguardia de la columna, en el orden de su número de compañía, incorporando, sin detenerse, a todos los hombres de buena voluntad que encuentren en el camino.

Los oficiales y suboficiales de los pelotones así formados durante la marcha preguntarán de inmediato a los ciudadanos incorporados si han servido en el Ejército o han pertenecido a la Guardia Nacional; y sacarán al flanco de la columna a los que se encuentren en este caso.

Los oficiales de Estado Mayor acompañan a la columna para constituir con estos nuevos elementos los mandos de las compañías y batallones, asignando los rangos según la regla indicada con anterioridad. Los oficiales del Estado Mayor distribuyen las cintas utilizadas como insignia, y hacen desplegar los banderines y las banderas de los nuevos cuerpos que se unen.

La organización de los nuevos batallones continuará de esta manera sin interrupción mientras dure la batalla. Cada columna en marcha reunirá a los trabajadores encontrados en su camino y los formará en compañías y batallones según los procedimientos mencionados.

En cuanto se supere el número de nueve batallones, estos podrán reunirse en regimientos y brigadas.

Desde el comienzo de la insurrección, los esforzados ciudadanos se encargarán de cortar los cables de telégrafo y destruir las comunicaciones del gobierno con la provincia.

Medidas insurreccionales

Tan pronto como sea posible, el comandante en jefe establecerá comisiones de armamento, alimentación y seguridad pública.

Comisión de armamento

La comisión de armamento hará una búsqueda, tanto en las armerías y fábricas de armamento como en los domicilios particulares, de todas las armas disponibles, fusiles de guerra y de caza, pistolas, revólveres, sables y espadas, así como de la pólvora almacenada en las tiendas o recogida en depósitos, en particular en los talleres de los artificieros.

Necesitará el plomo de los fontaneros, y de los quincalleros moldes de balas de todos los calibres. La comisión mandará hacer piezas y medidas de pólvora a los torneros, e instalará talleres donde se emplearán mujeres y niños con retribución salarial para la fundición de balas y la fabricación de cartuchos.

Tendrá preparados banderines, banderas y cintas para insignias.

Requisará a los fabricantes de productos químicos las materias necesarias para fabricar los distintos tipos de pólvora, en particular el ácido sulfúrico y el ácido nítrico, anhidro o concentrado, y trozos de fulmicotón. Los estudiantes de farmacia serán requeridos para estos trabajos.

Comisión de alimentos

La comisión de alimentos requisará a panaderos, carniceros y almacenes de bebidas el pan, la carne, los vinos y los licores necesarios para el consumo del ejército republicano. Para la prepara-

ción de estos alimentos requisará utensilios a los restauradores y a otros establecimientos similares.

Habrá, para cada batallón, un comisario de alimentación encargado de velar por la distribución y de comunicar las necesidades a la comisión.

Comisión de seguridad pública

La comisión de seguridad tiene por misión hacer fracasar los complots de la policía y las maniobras de los contrarrevolucionarios; así como imprimir, distribuir y publicar las proclamas o decretos del comandante en jefe, y supervisar los telégrafos, ferrocarriles e infraestructuras. En una palabra: disolver los medios de acción del enemigo y organizar y asegurar los de la República.

Los fondos necesarios para el servicio de estas tres misiones y para el pago de las dietas de cinco francos asignadas a los ciudadanos presentes bajo las banderas se tomarán de las arcas públicas.

Se entregará a los comerciantes e industriales un recibo regular de las entregas de mercancías que realicen, previa solicitud. Estos suministros serán pagados por el gobierno republicano.

Cada hora las tres comisiones darán cuenta de su trabajo al comandante en jefe y ejecutarán sus órdenes.

Se formará un servicio especial de ambulancias.

Las barricadas

Puesto que ningún movimiento militar tendrá lugar sino por orden del comandante en jefe, las barricadas se erigirán solo en los lugares por él designados.

Bajo pena de una rápida debacle, las barricadas ya no pueden ser una obra confusa y desorganizada como en 1830 y 1848. Deben formar parte de un plan de operaciones decidido de antemano.

En este sistema, cada atrincheramiento está ocupado por una guarnición que no se aísla, sino que permanece en constante co-

municación con las reservas y que recibe constantes refuerzos de estas, proporcionados en función de los peligros del ataque.

El desbarajuste y la dispersión no eran los únicos defectos de las antiguas barricadas. Su construcción también era muy deficiente.

Una mala barricada, compuesta por una masa informe de adoquines, entremezclada con coches a los lados, vigas y tablones, no era un obstáculo para la infantería que corría hacia ella a paso ligero. Algunos grandes atrincheramientos, tal vez, fueron la excepción. Pero ninguno de ellos estaba a salvo de poder ser escalado. Su misma configuración sirvió de escalera.

Detener a las tropas, obligarlas a un asedio, resistir incluso al cañón durante mucho tiempo, tal es el propósito de una barricada. Por lo tanto, deben construirse de acuerdo con estos fines, si quieren lograr su triple objetivo. Hasta ahora no han cumplido este propósito en lo más mínimo.

En el estado actual de París, a pesar de la invasión del asfalto, el pavimento sigue siendo el verdadero elemento de la fortificación temporal, a condición siempre de hacer un uso más serio del realizado en el pasado. Es una cuestión de sentido común y de cálculo.

El antiguo adoquín, que aún cubre la mayor parte de la vía pública, es un cubo de veinticinco centímetros de lado. Por lo tanto, es posible calcular de antemano cuántos de estos bloques se utilizarán para construir un muro cuyas tres dimensiones, longitud, anchura y altura, estén predeterminadas.

Barricada normal

La barricada completa consiste en una muralla y su contraguardia.

La muralla es de adoquines enyesados, de un metro de ancho y tres de alto, y está empotrada en los muros frontales de las casas en ambos extremos.

La contraguardia, situada seis metros por delante de la muralla, consta de dos partes contiguas, a saber, un muro interno de las

mismas dimensiones y construcción que la muralla, y un glacis de adoquines secos amontonados que se extiende en una longitud de cuatro metros hasta la entrada de la calle.

Un metro cúbico contiene sesenta y cuatro adoquines de veinticinco centímetros cuadrados. Tanto la muralla como el muro interior de la contraguardia tienen siempre dos medidas fijas, la altura (tres metros) y la anchura o grosor (un metro). Solo la longitud varía. Depende de la anchura de la calle.

Suponiendo aquí que la calle tiene doce metros de longitud, y por tanto que el número 12 es un factor común para la muralla, el muro de mampostería interior del glacis y el propio glacis, tenemos

$$\text{La muralla} = 3 \times 1 \times 12 = 36$$

$$\text{La pared interior del glacis} = 3 \times 1 \times 12 = 36$$

$$\text{El glacis} = 3 \times 4 \times 12 = 144$$

El cubo total de la barricada y su contraguardia serán de 144 metros, lo que supone 64 adoquines por metro cúbico. El resultado son 9.186 adoquines, que representan 192 filas a 4×12 o 48 por fila. Estas 192 filas tienen 48 metros de longitud. Así, se levantaría la calle 48 metros para obtener el material para el retranqueo completo. Al no tener en cuenta en el cálculo el lugar que ocupa el yeso en la muralla y el muro interior de la contraguardia, el número de adoquines se reduciría de igual manera. En el glacis sería aún menor por los huecos entre los adoquines amontonados en desorden.

Los pequeños adoquines rectangulares que han sustituido en parte al macadán de las calles principales también podrían utilizarse para levantar las barricadas. Pero el trabajo en las partes de mampostería llevaría más tiempo y consumiría más yeso. En cualquier caso, resulta obvio que tal atrincheramiento no se completaría en una hora, y es importante defenderse lo antes posible. Esta dificultad puede superarse: el destacamento encargado de construir y ocupar la barricada llevará sobre el terreno un carro de sacos de yeso, además de carretillas, carros de mano, palancas, picos, palas, piquetas, martillos, cinceles, paletas, cubos y artesas.

El requisado de todos estos objetos se hará a los respectivos comerciantes, cuyas direcciones pueden encontrarse en el almanaque del comercio. Se elegirán los más cercanos al punto de partida.

Una vez en el suelo, el jefe del puesto hará construir el muro a unos quince metros de la apertura de la calle, y en lugar de tres metros de altura, le dará solo la mitad. Este muro de cuatro pies y medio es justo la altura media que permite disparar de pie a un soldado de infantería. Se puede subir, pero la operación no es conveniente. Ya es un obstáculo respetable. Ahora bien, este macizo solo tiene dieciocho metros cúbicos o 1.152 adoquines, que representan veinticuatro hileras o seis metros de longitud para ser despejados. Esto puede hacerse con bastante rapidez.

A continuación, se completa el muro hasta los tres metros. A media altura, es decir, a un metro y medio, se dejan agujeros a intervalos para poner viguetas sobre las que se colocan tablas para formar bancos de tiro.

La parte superior de la pared interior de la contraguardia debe ser plana, sin ninguna inclinación ni hacia el interior ni hacia el exterior. De este modo rechazará las balas de cañón que podrían aplastarla al impactar en su parte más delgada.

La parte superior de la muralla puede estar un poco inclinada para permitir el disparo en picado. Se enlucirá y alisará con una llana, al igual que la pared que da a la contraguardia.

Los agujeros realizados a media altura para los andamios de construcción, tanto en el muro de contraguardia como en la muralla, deben rellenarse con cuidado. Los muros de la muralla y de la contraguardia, que están enfrentados, deben ser alisados con una paleta y no deben tener ninguna rugosidad que favorezca la escalada.

Las hileras de adoquines de cada hilera de los dos muros deben colocarse en forma de tablero de ajedrez, al igual que las propias hileras, una en relación con la otra.

Si la muralla sobrepasara la altura del muro de contraguardia, las balas de cañón demolerían la parte que sobresale. Sin embargo,

si se quisiera disparar desde lejos al enemigo desde la muralla, bastaría con colocar encima sacos de yeso rellenos de tierra. Los combatientes se alzarían hasta allí sobre adoquines.

Por lo demás, el atrincheramiento es más una barrera que un lugar para la acción. El verdadero puesto de combate está en las ventanas. Desde allí, cientos de tiradores pueden dirigir un fuego mortal en todas las direcciones.

Nada más llegar, el oficial encargado de defender el final de una calle debe ocupar las casas de las dos esquinas con un tercio de sus hombres, los mejor armados. Desplegará varios centinelas para iluminar las calles y evitar una sorpresa, y comenzará el trabajo de atrincheramiento con las precauciones y en el orden indicado con anterioridad.

Si se produce un ataque antes de la finalización de la simple muralla de un metro y medio de altura, el oficial se retirará con toda su gente a las casas de las dos esquinas, después de haber puesto a salvo en un patio interior su carro, caballos y su equipo. Se defenderá con fuego desde las ventanas y adoquines lanzados desde los pisos superiores. Los pequeños adoquines rectangulares de las grandes carreteras asfaltadas son excelentes para este fin.

Una vez repelido el ataque, se reanuda y continúa sin descanso la construcción de la barricada, a pesar de las interrupciones. Si es necesario, se piden refuerzos.

Una vez completada esta tarea, se abre la comunicación con las dos barricadas laterales perforando los grandes muros que separan las casas del frente defensivo. La misma operación se lleva a cabo simultáneamente en las casas situadas a ambos lados de la calle atrincherada hasta su final, y luego a su vez, a derecha e izquierda, a lo largo de la calle paralela al frente defensivo, por detrás.

Se abren huecos en el primer y último piso, para que haya dos caminos. El trabajo se lleva a cabo de forma simultánea en cuatro direcciones.

Todos los bloques o manzanas de casas pertenecientes a las calles atrincheradas deben ser a su vez perforados, de manera que los combatientes puedan entrar y salir por la calle paralela trasera, fuera de la vista y del alcance del enemigo.

En este trabajo, la guarnición de cada barricada debe encontrarse a medio camino, tanto en el frente de la defensa como en la calle trasera, con las dos guarniciones de las dos barricadas vecinas a la derecha y a la izquierda.

Ejemplo de barricadas en un frente de defensa, unidas por la perforación de las casas de los bloques adyacentes

Suponiendo el bulevar Sébastopol como frente defensivo, se toma un área de unos 140 metros de este frente, que incluye las salidas de tres calles y un poco más allá, es decir: las calles Aubry-le-Boucher, de La Reynie y des Lombards.

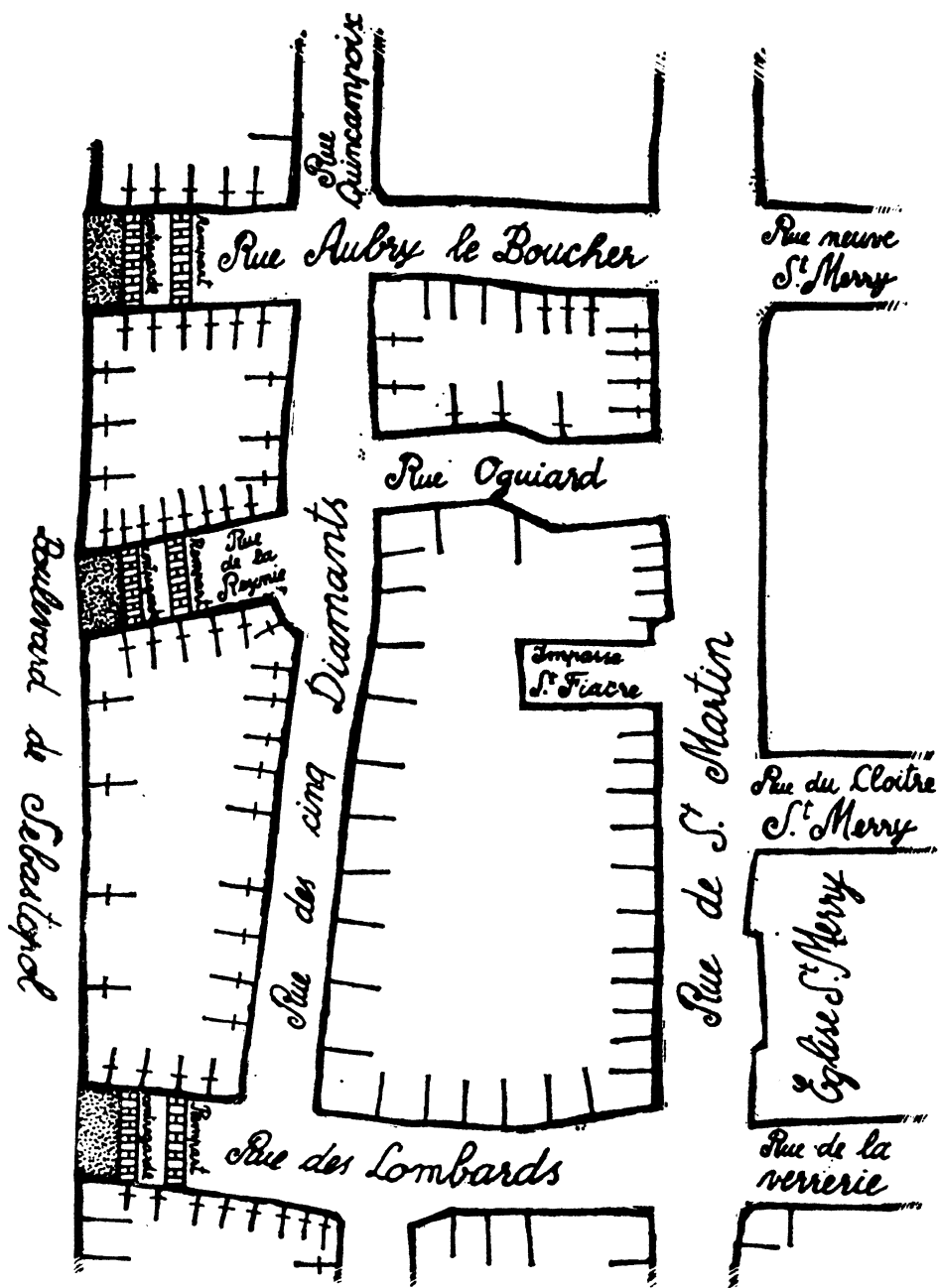
Las tres calles están cerradas en su salida al bulevar por barricadas con contraguardias. Las dimensiones y distancias son exactas en el plano.

La guarnición del atrincheramiento de La Reynie, después de haber completado las construcciones de la calle, o incluso de forma simultánea, perfora las casas a lo largo del bulevar, hacia la calle Aubry-le-Boucher a la derecha, y hacia la calle des Lombards a la izquierda.

Hace lo mismo a ambos lados de la calle de La Reynie, llegando a la calle des Cinq-Diamants, y una vez que llega al final, gira a la izquierda, hacia la calle Aubry-le-Boucher, y a la derecha hacia la calle des Lombards, continuando su trabajo.

Por su parte, las guarniciones de las barricadas de Aubry-le-Boucher y de los lombardos van al encuentro de los trabajadores de La Reynie por el mismo método, y el cruce tiene lugar a medio camino.

En el bulevar Sébastopol, las casas se han indicado al azar, pero en las calles de La Reynie, Aubry-le-Boucher, Lombards y Cinq-Diamants, el número de estas, o más bien de los grandes



muros que las separan, ha sido consignado con precisión a partir de un viejo plano muy detallado.

Así pues, la guarnición de La Reynie tendría que perforar la mitad de las casas del bulevar, entre las dos calles laterales, doce muros en la calle de La Reynie —cinco en un lado, siete en el otro—, más otros siete en la calle des Cinq-Diamants, cinco a la derecha, dos a la izquierda.

Suponiendo diez casas en el frente de Sébastopol, lo que da a cada una solo nueve metros de fachada, habría por tanto un total de veinticuatro muros que perforar, seis por cada escuadra de trabajadores, ya que se procedería en cuatro direcciones a la vez.

Además, si hubiera efectivos suficientes, se podrían atravesar al mismo tiempo todas las casas de la calle atrincherada y de la calle de atrás, ya que tendríamos libre acceso a nuestras comunicaciones por detrás del atrincheramiento.

El interior de los bloques suele estar formado por patios y jardines. Se pueden abrir vías de comunicación a través de estos espacios, por lo normal separados por muros débiles. Esto será indispensable en aquellos lugares que, por su importancia o situación especial, estén expuestos a los ataques más duros.

Por lo tanto, resultará útil organizar compañías de trabajadores no combatientes, albañiles, carpinteros, etc., para llevar a cabo el trabajo junto a la infantería.

Cuando, en el frente defensivo, una casa está especialmente amenazada, se derriba la escalera de la planta baja y se hacen aberturas en los suelos de las distintas habitaciones del primer piso para disparar a los soldados que invadan la planta baja con la intención de colocar cargas. El agua hirviendo también es útil en esta circunstancia.

Si el ataque abarca una gran fachada, se derriban las escaleras y se perforan los suelos en todas las casas expuestas. Como regla general, cuando el tiempo y demás trabajos de defensa urgentes lo

permitan, la escalera de la planta baja debe ser destruida en todas las casas del bloque excepto en la que esté menos expuesta.

LAS TROPAS siempre remueven las barricadas con bastante facilidad debido al escaso número de defensores, al aislamiento en el que quedan y a la falta de confianza mutua por la ausencia de organización y mando. Las cosas darían un giro por completo diferente con un liderazgo enérgico y el envío sucesivo de poderosos refuerzos.

Hasta ahora, en las luchas parisinas, los insurgentes han permanecido siempre inactivos detrás de cosas que daban la impresión de ser barricadas, lo que ha supuesto una desidia fatal entre combatientes muy mal armados, sin artillería y casi sin municiones. La valentía no basta para compensar todas las desventajas materiales.

Los obreros parisinos parecen ignorar su principal fuerza: la superioridad de la inteligencia y la habilidad. Inagotables en recursos, ingeniosos, tenaces, iniciados en todos los saberes de la industria, les sería fácil improvisar en pocas horas todo un arsenal de guerra. Carpinteros, ebanistas, mecánicos, fundidores, torneros y albañiles pueden conseguirlo todo. Son cien ingenieros zapadores por cada uno del enemigo.

Pero esto requiere una actividad incesante. Ni un solo hombre debe quedar desocupado. Cuando se termina una tarea, se empieza otra: siempre hay algo que hacer. He aquí varias muy importantes:

Colocar rectas, en tubos de siete pies, hojas guadaña con el gancho enderezado y el reborde en la parte posterior afilado. Los tubos se obtienen en la tornería más cercana. Las hojas de la guadaña se pueden encontrar en gran cantidad en los quincalleros.

Se deben retirar las puertas de los apartamentos o coger tablas de los comercios. Se perforan troneras estrechas de diez centímetros de largo, y se forran con gruesas láminas de chapa perforadas de la misma manera. Estas contraventanas móviles se colocan en

los huecos de las ventanas, así como al frente y los lados de los balcones para dirigir el fuego de flanco a lo largo de las calles.

Amontonar adoquines en todos los pisos, los más pequeños en el cuarto y quinto piso y en las buhardillas, y los más grandes en el segundo y tercer piso. Aprovisionar en especial las habitaciones situadas encima del atrincheramiento.

Todo jefe de barricada ordenará que los materiales o equipos útiles para la defensa sean tomados de los comerciantes más cercanos. Requisará material a torneros, carpinteros, cerrajeros, etc., con el propósito de fabricar objetos que los soldados de la guarnición no podrían hacer ellos mismos. A cambio, emitirá recibos regulares, válidos como facturas.

Los comandantes de las barricadas no se quedarán con los reclutas que vengan a unirse a ellos. Los enviarán a su superior inmediato —los tenientes al capitán, los capitanes al comandante del batallón— para que sean dirigidos al lugar donde se organizan los nuevos cuerpos.

Esta regla fue dictada por razones imperativas: 1) la asignación solo puede concederse a los voluntarios sobre la base de un informe oficial de su presencia en el lugar y con una fecha precisa; 2) el comandante en jefe debe conocer siempre el número exacto de fuerzas en cada atrincheramiento; 3) el buen orden exige que la fuerza de las compañías y batallones se mantenga más o menos uniforme.

Los comandantes de barricada enviarán informes frecuentes a sus superiores, que los conservarán en el cuartel general.

Defensa de las barricadas

Suponiendo que el ejército mantenga su posición y se muestre decidido a luchar, es fácil prever su método de ataque a las posiciones republicanas.

En primer lugar, los destacamentos más o menos numerosos, disparando a las ventanas mientras marchan, avanzarán para eliminar una barricada. Si son rechazados, y tal vez incluso sin haber te-

nido esta oportunidad, atravesarán las casas de las manzanas frente a los insurgentes, y llegarán así por el interior al frente defensivo.

Con los dos lados ahora separados solo por el ancho de la calle, los soldados dirigirán un fuego violento contra las ventanas de enfrente para expulsar a los defensores. También es de esperar que la tropa, en caso de una larga resistencia, lleve cañones a través de la manzana que ocupa.

Los colocará en batería debajo de una puerta cochera, frente a una de las casas del frente de defensa, y luego, de repente, abrirá la puerta y cañoneará las paredes a quemarropa para derribar el edificio, el cual no caerá con los primeros golpes, sino que tardará un poco.

Tan pronto como los cañones sean desenmascarados, los republicanos dispararán contra los artilleros a través de las aberturas en la planta baja —ventanas, puertas y balcones del sótano— que dan al callejón de la puerta cochera. Se enviarán más tiradores para multiplicar el fuego.

Regla general: es inútil enfrentarse a los soldados que disparan desde las ventanas. Es malgastar pólvora. El enemigo tiene mucha pero escasea entre los insurgentes. Por lo tanto, es fundamental saber administrarla. Nos protegeremos de las balas mediante las contraventanas de chapa que hemos colocado en los balcones.

La guarnición, desdeñando el fuego de las ventanas, vigilará la calle para impedir que el enemigo la cruce. Tan pronto como intente cruzar, debe ser tiroteado y abrumado con piedras y adoquines desde lo alto de las casas. Al mismo tiempo, si penetra en la planta baja a pesar de las barricadas de puertas y ventanas, estaremos listos para dispararle y para rociarlo con agua hirviendo a través del suelo del primer piso. Durante el combate, es necesario cuidar que el enemigo no coloque cargas. A falta de otros proyectiles, no hay que despreciar los adoquines, las botellas llenas de agua, incluso los muebles. Se han de quitar las persianas de chapa de los pisos altos para tirar las piedras, evitando las balas que vengan de frente.

En cuanto al atrincheramiento, no será fácil alcanzarlo. Una bala de cañón solo podría alcanzar la muralla con un disparo de rebote, y el intervalo de seis metros que la separa de la contraguardia lo haría ineficaz.

El obús también será impotente. Explotará hacia adelante o hacia atrás o entre las dos construcciones, y sus fragmentos arañarán el yeso de los muros, pero nada más. No encontrará a nadie allí. La barricada será defendida desde las ventanas.

Un asalto sería muy costoso para los atacantes. Debería resistir las descargas hasta llegar al glacis y, desde este punto, enfrentar un peligro aún más formidable. Debería descender desde la pared interna, y luego cruzar la muralla usando escaleras de ocho pies, equipaje incómodo y bajo una lluvia de adoquines y balas.

Si al construir la barricada pudiéramos cerrar una o dos entradas de carruajes, en el intervalo de seis metros entre la muralla y su contraguardia, un pelotón de segadores agrupados tras la puerta, que se abrirá de repente, se puede arrojar sobre los soldados que hayan alcanzado la contraguardia y despedazarlos en esta ratonera, ya que sus bayonetas tendrían muy poco que hacer contra las pértigas.

Si no hay entrada de carruajes, los segadores se reunirán en la planta baja para atravesar las puertas de los callejones y las ventanas bajas. Antes, el mando detendrá la lluvia de balas y adoquines, lo que la tropa podría tomar como señal de derrota, error que se tornaría fatal.

Si el enemigo se desanima por la larga resistencia de una o más barricadas, puede recurrir a quemar casas con obuses. Apagar el fuego será difícil. Si esto no tiene éxito, la retirada será inevitable. Será necesario retroceder de casa en casa hasta una segunda línea de defensa. Pero las tropas no jugarán a ese juego por mucho tiempo. París no será una segunda Zaragoza.

La lucha de las barricadas brindará al comandante en jefe la oportunidad de pasar a la ofensiva y lanzar columnas de ataque sobre los flancos y la retaguardia de los atacantes.

Los heridos serán evacuados en las ambulancias, asignadas por los comandantes del cuerpo; los muertos serán transportados a hospitales.

Las minas

Las tropas podrían recurrir a las minas para doblegar un frente defensivo demasiado tenaz. Esta es una forma poderosa, pero bastante improbable. Es seguro que el enemigo no la usará en un primer momento. Se trata de un medio costoso y que denota cierta inseguridad, lo que sacudiría el espíritu del soldado mostrándole el poder de la insurrección.

Sin embargo, puede ocurrir que la necesidad obligue a pasar por encima de este inconveniente. En tal caso, el sistema de alcantarillado cobra gran importancia. Todas las calles que lo poseen se convertirían en el punto de partida de galerías de minas.

El enemigo tiene un plano detallado del alcantarillado de París. Hay varios de estos planos, que son de diferentes tamaños. El mapa de las alcantarillas más grandes, conocidas como «colectoras», es de todos conocido. Se puede encontrar en el segundo volumen de *Paris-Guide*. Pero se trata solo de una parte. La totalidad de los canales medios y desagües sigue siendo desconocida. Sería útil consultar esto a los trabajadores de alcantarillado.

Durante el combate, resultará pues imprescindible que numerosos destacamentos exploren estos caminos subterráneos, y que después traizen un mapa de su recorrido. Estarán provistos de escaleras para subir a voluntad por cualquier salida.

Se levantarán barricadas en los ramales que conducen a los colectores, según un plan basado en el de las operaciones al aire libre.

Cualquier calle que sirva de defensa puede ser atravesada por una galería de minas, por lo que habrá que estar seguro de si pasa una cloaca por debajo, y en tal caso, construir también allí una barricada cuando el frente defensivo sea atacado con vigor por el enemigo.

Los centinelas la recorrerán con sigilo, apoyando sus oídos contra la pared del lado de las tropas para escuchar el sonido y avisar de inmediato. Además, el enemigo solo intentaría entrar en la cloaca por la zapa en caso de que no pudiera alcanzarla por el camino natural de los ramales. Descubrirlo atravesando los subterráneos sería la confirmación de sus proyectos de colocar minas. Estos encuentros aumentarían las dificultades de la operación y la harían menos probable.

En calles sin alcantarillado, si las hubiere, se cavaría directamente la galería desde un sótano para cruzar la calle hasta la casa de enfrente. Esta opción sería más difícil de descubrir y sorprender que la de las cloacas. Los centinelas deberán pegar el oído a la pared del sótano que bordea la calle para escuchar el ruido de los mineros. La guarnición, advertida, los esperaría a la salida para darles una desagradable sorpresa.

En general, la guerra de minas es poco probable; y la de alcantarillas lo es aún más.

Los residentes de las casas ocupadas

Se invitará a los habitantes de las casas ocupadas por los republicanos, en su propio interés, a retirarse con todo su dinero en efectivo, sus objetos de valor y su platería, después de haber cerrado todos los muebles. Se les recordará que los soldados de Bonaparte del 2 de diciembre, al entrar en cualquier casa desde la que se disparó un tiro, degollaron a hombres y mujeres sin distinción, viejos en cama y bebés.

Si los ancianos, las mujeres y los niños se retiran, los hombres deben seguirlos. No se les permitirá permanecer solos en casa.

Cuando los muros de todas las casas de una manzana hayan sido derribados, las familias que viven en el frente de la defensa pueden ser trasladadas a la parte trasera de la manzana.

En el caso de que a consecuencia de un corte en las comunicaciones se quedaran sin provisiones, los republicanos les darán

algunas, advirtiéndole de ello a los comisarios de batallón para que las repongan.

Hay que repetirlo de nuevo: el *sine qua non* de la victoria es la organización, la unión, el orden y la disciplina. Es dudoso que las tropas combatan por mucho tiempo una insurrección organizada y actúen con todo el aparato de la fuerza disponible por el gobierno. Primero les acuciarán las dudas, luego la confusión, después el desánimo, y al fin llegará la debacle.

Proclamas al Ejército

¡Soldados! El pueblo de París toma las armas. ¿Vais a colocaros en su contra? Al liberar Francia, es a vosotros por encima de todo a quienes libera. ¿Acaso no sois esclavos al igual que nosotros, más incluso?

Bajo el pretexto de la disciplina, los arrogantes oficiales os aplastan con los tacones de sus botas. Una palabra, un gesto, supone la comisaría, el calabozo, el consejo de guerra. Humildes, mudos, debéis inclinar la cabeza aterrorizados.

Ya no sois ciudadanos, ni siquiera hombres. Los caballos son mejor tratados. Cuesta reemplazarlos cuando mueren, pero vosotros no costáis nada. Cuando parece que no quedan, todavía hay alguno, siempre aparece. Las madres están ahí para proporcionar carne de mazmorra, carne de cañón.

¿El uniforme que os ponen consigue haceros olvidar lo que fuisteis, lo que volveréis a ser el día de mañana, unos pobres diablos condenados como nosotros al insulto y la metralla?

Ese uniforme es la marca de vuestra servidumbre, y sirve de mortaja a vuestros huesos en todas las lejanas costas donde al amo le place mandaros a morir. ¿Cuántos de vuestro mismo pueblo duermen ya bajo la tierra de México? ¡Y los supervivientes no han traído más que la salud destrozada y la vergüenza de la derrota!

Por dentro sois esbirros, chusma, por fuera sois satélites de un tirano que en todas partes quiere aniquilar la libertad, todo lo que

es libre, y el mundo entero responsabiliza a Francia del servilismo de su ejército.

Todos los pueblos nos odian, ellos que solo querían amarnos. ¿Pero qué buscan? Lo que tú también quieres, ganarte la vida en el campo y en el taller. Los trabajadores de todas las naciones son hermanos, y tienen un solo enemigo, el opresor que los obliga a degollarse unos a otros en el campo de batalla.

Todos, obreros y campesinos de Francia, Alemania o Inglaterra, Europa, Asia o América, todos tenemos las mismas responsabilidades, los mismos sufrimientos, los mismos intereses. ¿Qué hay en común entre nosotros y esta raza de ociosos que no se contentan con vivir de nuestro sudor y que quieren beberse también nuestra sangre?

¡Soldados, no seáis incautos, víctimas e instrumentos! ¡No nos convirtáis a nosotros, y a vosotros también, en víctimas de estos bárbaros! Para ellos, para estos insolentes, un hombre del pueblo que cae, obrero o soldado, es un sinvergüenza menos, eso es todo. Si os ordenan abrir fuego —¡Vamos! ¡Fuego sobre esos miserables!— será el momento de castigar sus crímenes y vengar sus heridas. Ya no tenéis que temer a los consejos de guerra. El pueblo está aquí. Uníos a sus filas, vuestra causa es la suya.

¿Vais a dar a los parisinos el remordimiento mortal de tener que disparar contra vosotros, de matar a sus camaradas cuando extienden sus manos y os gritan: «Venid, bebamos juntos por vuestra liberación, después volveréis a vuestras casitas donde os esperan vuestras madres y vuestras novias»? Se acabaron las sanguijuelas. Es la hora de la tranquilidad y felicidad a través del trabajo y la libertad. Si los reyes nos amenazan, nos encontrarán enfrente, erguidos y terribles, mientras junto a nosotros se levantarán los proletarios de todos los países para aplastar a los enemigos del género humano.

¡Soldados! ¡Dadnos la mano! ¡Soldados! ¡Viva la libertad! ¡Viva la república universal!

¡Oficiales! No estáis sirviendo a la patria. Servís a un tirano, a su flagelo. ¿Alguno de vosotros lo duda? Nadie. No sois ni ignorantes ni tontos. Sabéis exactamente lo que estáis haciendo.

Por ascensos y condecoraciones habéis vendido la libertad, la vida misma de Francia. Porque Bonaparte solo puede mantener su yugo por medio de la oscuridad y la violencia. Los sacerdotes para atontar y el ejército para golpear. Pero el ejército sois vosotros. El soldado es solo vuestro esclavo y vuestro chivo expiatorio.

El régimen del sable solo podía tener un pretexto, la gloria y grandeza exterior del país. ¿Qué trajo? Deshonra, miseria y decadencia.

México y Mentana nos han cubierto de oprobio, y en Sadowa, gracias a vuestro jefe, hemos caído más bajo que después de 1815.

El militarismo solo nos ha traído deshonra, ruina y decadencia. El sable y el hisopo se combinan para aniquilar el pensamiento y retrotraernos a la Edad Media.

¡Ninguna consideración hacia los culpables que no solo pretenden oprimir a Francia, sino que además pretenden, mediante el embrutecimiento, borrarla de la lista de las naciones!

¡Así que estad alerta! Si el honor y el patriotismo aún hablan a vuestro corazón, si abandonáis la causa del crimen por la de la justicia, la patria no será ingrata, y reconocerá con generosidad el servicio prestado.

Pero si persistís en el camino de la traición, el pueblo no tendrá piedad de vosotros, como vosotros no tenéis piedad del pueblo.

UNA ÚLTIMA PALABRA

DIGAMOS UNA ÚLTIMA PALABRA sobre el drama, antes del desenlace final.

Francia acaba de caer en el abismo al que la condujo una carrera frenética. Y todos levantan las manos al cielo, acusando a la ignorancia, la corrupción, la fatalidad o cualquier otra cosa. ¡Vana retórica! La fatalidad es la ley del universo material y no la de la humanidad, que solo depende de sí misma. La ignorancia y la corrupción infectan a otros países mucho más que a Francia. Nuestros conquistadores nos superan en egoísmo y codicia. ¿Se necesita menos ignorancia para arrear ganado humano detrás de un Guillermo que detrás de un Bonaparte? Los alemanes nos han vencido, se dice, porque todos saben leer y escribir. ¡Extraño razonamiento! La instrucción reside solo en la idea. La letra de molde no es más que una herramienta. Un lector alimentado con tonterías se convierte en un tonto. ¿Qué mejor prueba que estos teutones? Al más analfabeto de nuestros soldados no le hubieran endilgado que el enemigo degollaba a sangre fría a sus prisioneros, arrancándoles metódicamente la lengua y los ojos. Los alemanes lo creyeron desde el primer momento. Esta estupidez los retrata. Son un pueblo de lacayos, que apenas tienen la inteligencia de un caballo de pelotón.

No busquemos causas imaginarias para nuestras desgracias. Dejemos la metafísica. París debe culparse solo a sí misma, a su credulidad, a su debilidad. Jamás el mundo había visto semejante espectáculo: toda una población corriendo hacia su perdición con el pretexto de evitarla, y bebiendo hasta las heces, en nombre de su salvación, la bebida envenenada que sabe que la matará. La prensa

es siempre la gran culpable, el verdadero foco de la gangrena pública. Entre estos diarios que aúllan a su antojo contra el «gobierno de la derrota», algunos, con infernal maquiavelismo, lo empujaban con todas sus fuerzas hacia el abismo, gritando: «¡A *Prussica*!» para mejor entregarnos a los prusianos. Otros, más discretos, ayudaron con su complacencia, por odio a la República. Algunos dejaron hacer y pasar por respeto a la fuerza. Los menos malos tronaron, lloraron, suplicaron, pero tuvieron cuidado de no actuar y bloquear el camino. Salvo *Le Combat*, que mantuvo su línea recta, todos, en mayor o menor medida, fueron cómplices. Hoy, con la esperanza de ocultar su responsabilidad, lanzan sus grandes anatemas. ¡Gritos inútiles! No lo lograrán. Les pertenece por completo.

¡No! ¡El destino no tiene nada que ver con esta inmensa catástrofe! La caída del Imperio en Sedán no nos legó la caída de la República y de Francia en París. No debemos permitir que los autores de nuestros males digan que el desenlace inevitable de la guerra se les había presentado desde el primer día, y que por esa misma anticipación sus pasos por la paz habrían tenido como fin y habrían obtenido como resultado la moderación de nuestro destino. Sobre todo, no se les debe permitir invocar en apoyo de esta falsedad el hecho consumado, que es producto de su traición y en ningún modo consecuencia inevitable del destino. Lejos de servirnos, estos movimientos desesperados nos asestaron un terrible golpe. Tranquilizaron, alentaron al enemigo y le dieron la certeza de la victoria, haciendo entender a Bismarck que estos cobardes, auxiliares de la invasión, solo tenían miedo del pueblo. Cuando se autodenominaron «gobierno de defensa nacional», estos embaucadores, presididos por un jesuita, utilizaban la palabra *defensa* para referirse a la capitulación. No les importaba decirlo entonces, ni después. Lo confiesan hoy con estas palabras: «Tuvimos que sucumbir». Se refugian en su fatalidad. Saquémoslos de ese refugio en el que pretenden meterse para esconder su crimen.

Dejando atrás el Imperio, tomemos la situación a partir del 4 de septiembre.²⁰ ¿La actitud del público aquel día fue de abatimiento o de firmeza? Sin duda el gozo de la liberación interior brillaba por encima de todo. Pero sobre esta alegría, ¿no habría arrojado su sombra la tristeza si el sentimiento de impotencia frente al enemigo hubiera dominado en lo más profundo de los corazones? Esta alegría frente a un respiro de unos días habría sido una locura. Ahora bien, estaba llena de sentido común, y la esperanza que se expresaba por fuera era inseparable de la esperanza que crecía por dentro. Solo los hombres de la derrota nacional lo veían todo negro, y no imaginaban más recurso que la postración a los pies de Guillermo. Actuaron en consecuencia. Que ahora pretendan mostrarse como los portavoces de la opinión pública, que después de haber gobernado París en secreto durante cinco meses enteros, y de haber hecho su trabajo en la sombra y el misterio, vengan a llamar «París» a su propia gente, y digan: «La *ciudad* hizo esto, la *ciudad* quería aquello, la *ciudad* había perdido toda esperanza, la *ciudad* firmó un armisticio, etc.», es mucha audacia, quizá demasiada. Pero esta audacia en la impostura ha sido toda su política desde el 4 de septiembre. Bonaparte, el hombre del engaño, no los iguala. ¿A quién podría sorprenderle? Los manda un jesuita.

El público, además, facilitó su tarea. Rebasó todos los límites de la credulidad, la paciencia y la sumisión con respecto a ellos. Ninguna dictadura en la historia ha montado corcel tan cómodo. Pero al final, corcel y jinete se han derrumbado y la montura, rota, lanza sus gritos contra el escudero. El escudero se explica: «No soy yo, fue mi montura. Ella me llevaba, así que ella dirigía. He ido donde ella me ha llevado». Debe haber sido el burro mejor cargado y más dócil del universo para recibir tal muestra de agradecimiento.

20 Día de la proclamación de la República en el Hôtel de Ville de París y de la formación del Gobierno de Defensa Nacional presidido por el general Trochu.

La hora de la impudicia ha pasado. La comisión del Hôtel de Ville aparece ahora como lo que siempre fue: una delegación del rey de Prusia. La capitulación le dio el sello oficial. Bismarck reina y gobierna en París desde hace mucho tiempo. Tomar el camino de la defensa nacional y decir en voz alta, como Trochu:* «La resistencia no es más que una locura heroica» y como Ernest Picard:* «Nos defenderemos por el honor, pero cualquier esperanza será vana», supuso declararse agente del enemigo. Creer algo imposible y emprenderlo es, en efecto, una locura. Pero esta locura se llama traición cuando la empresa es la defensa de la patria *in extremis*, y uno es libre de declinar esta carga. La acción de Trochu y Picard fue un crimen, y sus argumentos una tontería. Vamos a demostrar aquí que el 4 de septiembre, a pesar de veintidós años de decadencia moral, a pesar de los aplastantes reveses del mes de agosto y de la destrucción casi total de las tropas francesas, la partida no estaba perdida por completo. Lejos de ser una quimera, todas las probabilidades estaban de nuestro lado. Una medida muy simple, indicada por el sentido común y por las circunstancias, hubiera tenido como resultado infalible la derrota del ejército alemán, si no su aniquilación.

No hemos perecido por las trascendentales razones que dice la prensa, sino solo por un error militar, si bien es cierto que este error tiene una causa puramente política que lo transforma en un atentado contra la independencia de la nación. Dieciséis días pasaron entre la proclamación de la República y la llegada de los prusianos a nuestras murallas. El futuro de la guerra residía por completo en el empleo de esta quincena. El 4 de septiembre no nos quedaban casi armas ni soldados, y de tres a cuatrocientos mil hombres avanzaban a paso ligero hacia París. Europa estaba convencida de que iban a entrar sin disparar un tiro y dictar sus términos allí. Pero París tiene sus murallas y sus fuertes y es la cabecera de todos los ferrocarriles franceses. Ahí residía el problema. Del 4 al 20 de septiembre se podrían haber invertido las tornas y los roles entre franceses y alemanes. La victoria y la derrota podía ha-

ber cambiado de bando por una simple cuestión de estadísticas y transporte fácil de resolver. La capital, por la llegada de doscientos mil prófugos, tenía dos millones de almas. Un millón de mujeres y niños debieron ser enviados a las provincias y reemplazados por un millón de hombres jóvenes. También habría sido necesario mantener el suministro de alimentos durante seis meses. Pensábamos que solo teníamos bastante para dos, pero los hechos demostraron que había para cuatro. Un suplemento de cuatro meses nos daba un *stock* de dos tercios del año. La certeza del éxito habría sido entonces absoluta.

Si París se descubrió en condiciones de soportar un asedio, no fue gracias a los gobernantes del Hôtel de Ville, y sí muy a su pesar. No les importaban las provisiones, ni los hombres, los cañones o los rifles. Los dieciséis días que podrían haber cambiado el rumbo y perdido al ejército alemán transcurrieron en medio de una inacción absoluta. A raíz de las compras realizadas para París, el precio de los cereales había subido un poco en los mercados. Tal es, en el comercio, el resultado acostumbrado de este tipo de procesos. Pero los graneros de la capital sufrieron pocos daños. La cosecha de Beauce quedó en su mayoría sin trillar. Por el ferrocarril de Chartres, se podía traer con rapidez grano y paja. Los prusianos lo tomaron un mes después.

Una orden de los prefectos habría hecho transportar también cereales a París en gavillas, desde un radio de treinta leguas, respetando la cantidad necesaria para la subsistencia de los habitantes y para la siembra. Beauce está incluida en este perímetro. Fue mucho más maltratada que las demás provincias. Es un país lleno de energía y patriotismo. Los departamentos occidental y central habrían proporcionado cantidades considerables de bueyes y ovejas. En todas partes había buena voluntad para una obra de salvación de este tipo. La posibilidad de disponer de entre cuarenta y sesenta mil cerdos sacrificados en los departamentos, que serían salados y despachados de inmediato, seguía siendo una medida muy factible. Hue-

vos, mantequilla, legumbres y pescados secos, quesos de Holanda y gruyere, aceite, aves de corral vivas y conejos podrían afluir desde las provincias, a través de la actividad de agentes especiales, provistos de salvoconductos de la prefectura. El dinero abundaba y no habría encontrado resistencias. El ministro Duvernois* necesitó dieciséis días para llevar a cabo su aprovisionamiento. Podríamos haberlo hecho tan bien como él. Para reducir a harina los cereales llegados en grano, habría sido necesario transportar a París las muelas de los molinos de Étampes, Corbeil y Pontoise. Por supuesto, el Hôtel de Ville no se dignó preocuparse por estos detalles, y todos recordamos que el pan se acabó en diciembre, cuando los almacenes rebosaban trigo. Pero los abogados no tienen por qué saber que el pan se hace con harina y la harina con trigo.

El intercambio de población entre París y la provincia no habría presentado ningún obstáculo, a pesar de la dimensión del movimiento. En primer lugar, habría resultado inútil retener a las personas que se marchaban por su propia cuenta. Estos fugitivos son cobardes, más peligrosos que útiles en presencia del enemigo. Pero esto nos conduce al punto crucial: la emigración forzosa. En verdad la separación de la familia, el abandono del hogar, la partida repentina hacia un destino desconocido, causarían angustia y tristeza en muchos corazones, y lágrimas muy amargas acompañarían el adiós, pero París no habría rehusado este sacrificio por la salvación de Francia. Lo demostró durante cinco meses de heroísmo. Y en el fondo, esta multitud fugitiva habría sufrido menos en su odisea por la provincia que en las pruebas del asedio. Esperados en todas partes con anticipación y acogidos con solicitud, ¿cuántos de estos niños y mujeres habrían visto su salud restaurada y fortalecida por el aire tonificante del campo? Lejos de ser una carga para las poblaciones, les habría aportado un bienestar adicional, gracias a la pensión pagada por el Estado a sus anfitriones.

Esta invasión pacífica no habría causado ninguna perturbación en el consumo local. Habría sido un simple intercambio de

la capital con las provincias. Se produjeron tantas llegadas como salidas. Hay en París (sobre dos millones de almas) seiscientos mil niños de ambos sexos menores de dieciséis años. Se trataba de repartirlos entre los departamentos libres, así como a sus madres, una por cada tres niños más o menos. Los niños sin madre serían puestos al cuidado de personas capacitadas. También se irían 130.000 mujeres mayores de cincuenta y cinco años y setenta mil hombres mayores de sesenta y siete. Total de emigrantes: un millón. Los residentes están compuestos por sesenta mil mujeres de entre cincuenta y cincuenta y cinco años, 120.000 hombres de entre dieciséis y cincuenta años. Total: un millón de individuos, 630.000 hombres y 370.000 mujeres.

A los 510.000 hombres de entre dieciséis a cincuenta años capaces de empuñar armas, podemos añadir 45.000 de los 120.000 de más de cincuenta años que permanecieron en París. En total: 555.000 guardias nacionales. He aquí el ejército de la capital. El reclutamiento de los de dieciocho y diecinueve da 665.000 jóvenes. Hay que restar 95.000 a los doce departamentos del Nordeste ocupados por el enemigo el 4 de septiembre, y cuyos habitantes suman cinco millones. Eso deja 570.000. Como se han abolido las exenciones, excepto para los enfermos y los hijos únicos de viudas, se puede suponer que los morosos y los exentos no pasarían de 170.000, el 30 %. Por lo tanto, las dos clases proporcionarían cuatrocientos mil reclutas. La guardia móvil ascendía, para toda Francia, a 525.000 hombres. Habría que descontar setenta mil para los doce departamentos invadidos, y 160.000 desobedientes o retrasados. Quedan trescientos mil que responderían a la llamada.

Ahora hay cien mil exsoldados de entre veinticinco a treinta y cinco años, solteros, viudos y casados sin hijos. Los restos de Sedan, Metz, etc., reunidos en París, representan unos cincuenta mil hombres. Sumando toda la infantería de marina traída de los puertos marítimos, los marineros-artilleros y una gran parte de los gavieiros, llegamos a la cifra de cien mil. En último término, una orden

habría convocado a los soldados de todos los ejércitos, infantería, caballería, artillería e ingenieros, esparcidos por todos los puntos del territorio. No se podía dejar un solo soldado fuera de la capital. En esta situación eran presa segura para el enemigo. Con la excepción de Besançon y algunos fuertes de montaña casi fuera de su alcance, era necesario evacuar todas las fortalezas y enviar hombres, armas, rifles y municiones a París.

Habría sido mejor mantener guarniciones y material de guerra para la lucha sería que perderlos después de unos días de asedio. ¿Cuál fue la compensación por estas pérdidas? Un pequeño retraso en la marcha de los destacamentos prusianos. Fue un desperdicio sin beneficio. En todas partes las guardias nacionales fueron desarmadas. ¿Qué podían hacer? No se combate sin esperanza. El heroísmo del suicidio es una excepción. Que los habitantes abran pacíficamente sus puertas a los invasores. Sin muertes ni daños. Cuando la población ha proporcionado un gran contingente de sus hijos, no le pidáis lo imposible, en especial cuando los manejos de la tiranía la han desacostumbrado por completo a las armas. La concentración general de los restos del ejército habría aportado alrededor de cien mil hombres. ¡He aquí, pues, un millón de hombres de guerra, reemplazando en la gran ciudad a un millón de niños, ancianos y ancianas! Si restamos a los 555.000 guardias nacionales 35.000 jóvenes de dieciocho y diecinueve años, y los veinte mil móviles del Sena, queda una Guardia Nacional fija de medio millón de ciudadanos. Sumada al millón de móviles y soldados, esta cifra eleva el ejército reunido en París a millón y medio de hombres. De este número, trescientos mil serían soldados y marineros aguerridos, listos para entrar en combate.

Este movimiento de intercambio de una población por otra podría haber tenido lugar con rapidez y sin obstáculos. París mantuvo libres las líneas de hierro del oeste, Orleans, Lyon y parte de las del norte. Solo el este estaba en manos de los prusianos. La de Lyon no fue invadida hasta el 18 y habría funcionado durante catorce días.

Un decreto habría advertido a la población de la necesidad de salir, regulando la fecha y los detalles. Se distribuiría a los emigrantes en las provincias, según el número de habitantes y los medios de subsistencia. Transporte gratis para la clase trabajadora y para el resto de ciudadanos necesitados de transporte gratuito. Multa contra el fraude. Veinticinco kilos de equipaje por persona. En los departamentos, indemnizaciones a los que acojan emigrantes, un franco y cincuenta céntimos por día por un hombre y una mujer; cincuenta céntimos por un niño. A este precio, los campesinos se habrían beneficiado de su hospitalidad. Salidas escalonadas a intervalos de veinte minutos. En cada línea, cada veinticuatro horas, setenta y dos convoyes de 1.500 personas. 108.000 almas, 324.000 para las tres líneas. En tres días, evacuación completa de un millón de emigrantes. La parte disponible de la línea norte acorta aún más el retraso. A medida que se alejan de la capital, estos caminos se subdividen, y por lo tanto se multiplican y reducen la congestión de los trenes. En todas partes, las autoridades, avisadas por telégrafo, tendrían orden de recibir a los emigrantes en las estaciones, conducirlos a su destino y distribuirlos con cuidado por las ciudades y el campo. Qué duda cabe de que por todas partes los habitantes habrían recibido a estos huéspedes con la más cálida simpatía.

EL DECRETO llamando a los jóvenes de dieciocho y diecinueve años, los guardias móviles y los exsoldados pone en movimiento a todo este personal para contrarrestar la emigración. Las empresas ferroviarias, requisadas por el Estado, suspenden cualquier otro servicio. Se ordena a los prefectos, subprefectos y alcaldes, de acuerdo con la intendencia, que de inmediato envíen a la capital a los soldados, reclutas, jinetes e infantería con armas y equipajes, así como a los guardias móviles organizados o no, armados o no, aislados o en su destino. La caballería y la artillería, en un radio de sesenta leguas alrededor de París, deben marchar por los caminos ordinarios, con

sus caballos y sus cañones. En todos los departamentos se indica a los hombres de cada comuna las respectivas estaciones de partida, y se les asignan provisiones para el viaje, según las distancias. Así, toda Francia está en movimiento, aquí para salir de París, allá para acudir a ella. Las autoridades, los buenos ciudadanos, organizan y dirigen estos convoyes.

Pero necesitábamos armas. La gran ciudad, el 4 de septiembre, estaba casi desprovista de ellas. El ministro de Guerra, Dejean, * había declarado en la tribuna que el Estado poseía más de dos millones de fusiles. Es probable que mintiese. El público nunca supo nada específico sobre este tema. El Hôtel de Ville no le informó mejor que las Tullerías. Lo más sencillo, en todo caso, era advertirlo. Por lo tanto, era necesario ordenar a los diversos arsenales que enviaran de inmediato, por ferrocarril, todos los fusiles, rifles de pólvora y rifles de pistón almacenados, así como la pólvora y todas municiones de guerra. Envío, por los arsenales marítimos, de todos los grandes cañones navales, hasta un máximo de tres mil, con las municiones para cargarlos. Orden a los prefectos para que envíen a los trabajadores armeros de veinte a cincuenta años, quedando sus mujeres e hijos a cargo del Estado durante la ausencia del cabeza de familia. Orden de enviar a los trabajadores de todas las fábricas de armas y fundiciones del Estado, Saint-Étienne, Châtellerault, Ruelle, Indret, etc., así como las herramientas para la fabricación de los rifles. Los obreros de las fraguas de Nièvre, los mecánicos de Creusot, serían enviados a París. Hierro, acero, bronce, cobre, estaño, plomo, salitre y azufre enviados sin demora por ferrocarril. Todas las armas también. Los trenes de carbón se suceden sin descanso, provenientes de las minas del Loira, Aveyron, Gard, Anzin (con un desvío por Lille). Se solicita incluso carbón en Mons y Charleroi para Lille y París, y en Newcastle para Le Havre, si llegase a tiempo. Compra de petróleo y de aceite para lámparas. Los barcos de carbón y los trenes de madera descendiendo en gran número desde el Morvan por el Yonne y el Sena. Todos estos materiales son esenciales para hacer

fusiles. Quizá no había más de trescientos mil disponibles. El resto había caído presa del enemigo. Por lo tanto, era necesario crear con rapidez grandes cantidades. De ahí la necesidad imperiosa de contar con metales, carbones, herramientas ya construidas y finalmente obreros mecánicos por millares.

Desde Inglaterra se podrían haber obtenido mediante ágiles gestiones cantidades considerables de rifles Smider y Remington, superiores a los Chassepots franceses por su velocidad de fuego, pero de menor alcance. Disponíamos de poco tiempo, pero las distancias son cortas y las travesías rápidas. Por supuesto, al gobierno de la derrota nacional no le importaban mucho más los cañones ingleses que los cañones franceses. Suplicó la paz y lloró en las antecámaras reales. Nuestra artillería de campaña pasó por completo a manos de los prusianos. Tuvo que ser reconstruida. Los trescientos cañones de largo alcance, fabricados aquí en dos meses por la industria privada a pesar de la desgana de los gobernantes y la escasez de recursos, demuestran que se podrían haber fundido seis mil en tres meses, con trabajo, personal y materiales. También era necesario solicitar a las localidades productoras los tejidos y cueros adecuados para la indumentaria y el equipo del ejército. Un encargo hecho a los zapateros repartidos entre las provincias, que dejarían de lado cualquier otro trabajo, habría producido con facilidad un millón y medio de pares de botas en diez días, con tiempo suficiente para llegar a su destino.

Son en verdad grandes gastos. Los hemos estimado elevando, para estos cuatro meses, la cifra de estos suministros muy por encima del consumo ordinario de París. Los soldados comen más que las mujeres y los niños, pero incluso con esta diferencia, las cantidades siguen siendo exageradas. Las comercios habrían abastecido al ejército, además, tras la reanudación de la ofensiva, permitiendo llevar a cabo las operaciones con rapidez durante la persecución de los prusianos.

PAN: 80.000; vino: 60.000; aguardiente: 10.000; ternera y cordero 160.000; cerdo salado: 12.000; mantequilla: 12.000; huevos: 6.000; quesos: 6.000; pescado seco: 6.000; azúcar: 16.000; café: 4.000; aceite de oliva: 2.000; aceite de lámpara: 9.000; vinagre de sal: 2.000; legumbres secas: 20.000; paños: 60.000; zapatos: 15.000; heno: 10.000; paja: 10.000; avena: 20.000; desplazamiento de dos millones de personas: 40.000; transporte de alimentos y equipos: 40.000; un millón de fusiles de tiro rápido con cartuchos: 200.000; seis mil cañones de campaña con municiones: 100.000; asignación para anfitriones de emigrantes (1,5 francos para adultos, 0,5 francos para niños): 96. Total: 996.000.000 francos-oro.

Digamos mil millones, digamos incluso dos mil. ¿Qué era mejor, comprar la victoria a ese precio, o pagar diez millones por la vergüenza que nos infligió el gobierno de defensa nacional?

AL MISMO tiempo que se agrupaba en París este inmenso cúmulo de hombres y cosas, las diversas obras habrían avanzado con vigor a lo largo de toda la línea: instalación de las fábricas de fusiles, fundición de cañones, construcción de fortificaciones, clasificación y organización de las tropas, formación de mandos por medio de ex-soldados, suboficiales y jóvenes de inteligencia y corazón. Disponemos de grandes recursos para la improvisación de buenos oficiales. Solo es cuestión de dominar la rutina y ceñirse al sentido común. Diez días de estudio son suficientes para convertir a un joven con cierta instrucción en un oficial capaz. 1792 lo demostró. Cuando se formaron los batallones de voluntarios, los pequeños burgueses, elegidos por los soldados, comprendieron de inmediato la necesidad de la disciplina y la instrucción militar. El reclutamiento en masa es una locura si no se pasa de inmediato a los cuerpos regulares. Sin embargo, la instrucción militar se condensa en manuales que resumen las lecciones de la experiencia y las aplican en las maniobras.

Los nuevos oficiales, animados por el entusiasmo de la libertad, comenzaron a estudiar su teoría noche y día. No es un trabajo que requiera genio. Una disposición de colegial es suficiente. No hay necesidad de haber arrastrado las polainas por los cuarteles durante años, como pretende la rutina militar. Un zapador aprende en ocho días si puede aplicar la teoría sobre el terreno.

Se habrían podido forjar miles de excelentes líderes en París aceptando la participación de una juventud inteligente. Pero es cierto que tal método pasaría por alto la ley del escalafón, ese evangelio de los ejércitos permanentes. ¡Qué hermosos frutos ha dado esta gran ley! Soliciten noticias de ella en Sedan, Metz y París. Hoy los oficiales no están hechos para el ejército, es el ejército es que está hecho para los oficiales. Es su posesión, su patrimonio. Tocarlo, no importa a título de qué ni empujado por qué necesidad, es un ataque a la propiedad, un sacrilegio. El mayor hombre de guerra salido de la Guardia Nacional, un Aníbal, no podría entrar en este ejército como cabo. La tierra de Francia temblaría. Es la estupidez elevada a la máxima potencia. Si hay una institución en el mundo nacida del clientelismo y que no tiene otra razón de ser, es en verdad el Ejército, como todo lo que depende de la autoridad y la corrupción y solo sirve como botín de intereses particulares. Deshagámonos de este escándalo, encontraremos oficiales meritorios a discreción. París, en manos republicanas y sensatas, habría creado en septiembre los mejores mandos para su millón y medio de hombres. Desconocemos lo que será posible hacer el día en que salgamos de la rutina, esa úlcera moral de las naciones.

¡Ay! PERO nada de esto pudo suceder. El poder legislativo ha vomitado sobre Francia un gobierno digno de su origen. Nacido de una asamblea imperial, contaminó el Imperio, sofocó la revolución y entregó el país a los invasores.

Y sin embargo, ¡qué certeza de victoria si hubiera confiado en la energía de la nación! Toda la juventud de provincias se habría precipitado a la capital para concentrar allí un ejército vengador. Se habría visto a 200.000 hombres, con ardor febril, construyendo fortines en Garches, Meudon, Clamart, Thiais, Montmesly, Chelles, Montfermeil, Livry, Choisy, Villeneuve-Saint-Georges. La Butte Pinson, las alturas de Sannois, la llanura de Gonesse se habrían erizado de trincheras listas para repeler los ataques prusianos a lo lejos. ¿Habría persistido en este insolente proyecto de inversión el enemigo que se encontró con tan maquiavélicos colaboradores en el gobierno de la debacle nacional? Al menos no habría encontrado en Châtillon a los 45.000 desmoralizados de Sedán, cansados de ser conducidos a la carnicería por la incapacidad. No habría llegado a Châtillon. No habría cruzado el Sena, ni por Choisy, ni por Villeneuve-Saint-Georges, ni siquiera por Corbeil. No habría sitiado la ciudad ni a una legua, ni a diez, ni aún a veinte, ya que su cerco, al ensancharse, solo habría agravado su peligro. No se trata de la misma manera a un gobierno que saca las garras que al que ofrece la otra mejilla. París, custodiada por un poder enérgico y por millón y medio de hombres, incluidos trescientos mil veteranos, no habría sido accesible. Bismarck* y De Moltke* lo habrían entendido. La prudencia les hubiera aconsejado: «No os acerquéis, el volcán prepara su erupción». ¿Qué podrían haber hecho los prusianos entonces? ¿Recorrer una Francia vacía de soldados, abrumarla con requisiciones, conquistar ciudades abiertas, poblaciones desarmadas, asentarse en nuestras plazas fuertes, viudas de guarniciones y artillería? ¿Y después?

Durante estos paseos sin rumbo e infructuosos, la tormenta habría aumentado en París. Cañones, fusiles, disciplina, táctica, experiencia, pronto constituirían un ejército de un millón de hombres, apoyado por una reserva de medio millón de guardias nacionales. Pero no aquel cúmulo de batallones dislocados inventado por Trochu, sino un grupo de legiones sólidamente unidas. Entonces habría sido necesario contar con esta Francia en armas, soste-

nida por el ansia de venganza y una buena artillería. No sería bajo las murallas de París donde ajustaríamos cuentas. Por lo demás, ¿qué habría sido este ejército? ¡Pues justo aquel que Gambetta* levantó con un mes de retraso! Los mismos hombres, ¡pero qué condiciones tan diferentes!

Gambetta carecía de plaza fuerte donde albergar a sus tropas durante su organización. El territorio ya no le ofrecía refugio. Lyon, el mayor centro después de París, habría sido bloqueado, bombardeado, sin posibilidad de resistencia. ¿Qué hacer? ¿Dividir a los reclutas en pequeños grupos? Los prusianos, que tenían la vista puesta en estos núcleos en formación, los habrían dispersado uno tras otro. ¿Reunirlos en masas lo bastante fuertes como para sostener el campo? Es lo que se intentó, pero con resultados desastrosos y, de hecho, inevitables.

París, además, apremiaba la llegada de ayuda. En lugar de confiar en sí mismo, confió en los demás. Tuvimos que marchar en su ayuda, en presencia de un enemigo hábil y aguerrido, en grupos sin instrucción y sin solidaridad. Luego, la dificultad de la comida, el frío, el cansancio, la falta de cohesión, causas todas de ruina que se pueden resumir en una sola palabra: «nuevas levas». Las peticiones traicioneras de Trochu asestaron el golpe final. Para crear una, nos dispersamos, y el enemigo, arrojándose sobre este ejército desunido, lo dividió en secciones y lo dispersó. Trochu perdió todos nuestros ejércitos, tanto los de las provincias como el de París, sacrificados por igual a la fingida defensa que había de enmascarar la traición y dirigirla con habilidad hasta que el desenlace llegase por el hambre. ¿Por qué no convocó él mismo, ilustre dictador, a estas tropas dentro de nuestros muros cuando los caminos estaban libres, cuando a una palabra, a una señal, habrían venido corriendo por tren, acompañados de víveres, armas y municiones?

Nos habríamos ahorrado el lamentable espectáculo de Chanzy* siendo derrocado después de Paladines,* Faidherbe* después de Chanzy, Bourbaki* después de Faidherbe. Todos sucumbieron por

la misma razón. Es la misma obra, en varios actos, con idénticos personajes. Reunidos un mes antes tras las inexpugnables murallas de la capital, ese millón de soldados, tan cruelmente sometido por la ineptitud o la traición, habría tenido un destino por completo diferente. Allí, sin marchas en el frío y la lluvia, sin campamentos congelados, sin pánicos ni alertas repentinas, sin días sin pan y noches sin sueño; comiendo bajo techo, sin preocupaciones ni carreras; el cuerpo descansado y el alma en paz, con esperanza y alegría en vez de desánimo y angustia. Y luego, todo el tiempo disponible para ejercitarse, aprender de forma segura, adquirir disciplina, experiencia, familiaridad con las armas y las maniobras. Tranquilos como en tiempo de paz. Sin preocupación por el enemigo. Él está allí, a la vista, al alcance del fusil, y no nos importa, nos burlamos de él. Se pueden luchar veinte batallas contra él sin mancharse las manos. Se le da con la puerta en las narices, y se vuelve a casa, para empezar de nuevo a nuestra hora.

ESTE JUEGO ofendió bastante a Bismarck, que se quejó con grotesca ingenuidad en su respuesta a las protestas de los diplomáticos contra el bombardeo. «Nuestra intención», dijo, «no es en modo alguno destruir la ciudad, sino hacer insostenible la posición central y fortificada donde el ejército francés prepara sus ataques contra las tropas alemanas, y que después le sirve de refugio». Y entonces Bismarck comenzó a matar mujeres y niños para doblegar a los hombres. Sin pausa. Porque ahora se ha añadido un nuevo artículo a las amables leyes de la guerra: se acepta que tenemos derecho a degollar a las mujeres y niños de un pueblo para obligarlo a la sumisión. Posee una suerte insolente este Bismarck. Todo le beneficia, incluso sus tonterías. Gracias a la fe de los doctores en Alemania, supo aprovechar el momento psicológico idóneo para la administración de sus píldoras voladoras. Erraron su objetivo ya que la dieta no nos debilitó. ¡Qué desgracia que los cañones Krupp

languidecieran tanto por el camino! ¡Que no estuvieran listos para bombardear en octubre! Aquel fue el verdadero momento psicológico. A pesar de todos los Trochus y todos los Favres* de la tierra, las espaldas de Guillaume y su banda recibieron un correctivo. Pero por desgracia no tenemos suerte. Nada nos llega a tiempo.

Al igual que los obuses de los teutones, las levass de Gambetta llegaron con seis semanas de retraso. Se derritieron con las lluvias de otoño. Dos meses en París los habrían puesto a prueba del polo o del Sáhara. Se entra recluta en París y se sale veterano. Ya no se es un rebaño inseguro, sino un ejército sólido, bien enlazado, que cuenta con sus propias fuerzas y está impaciente por la venganza. Tales hubieran sido nuestros soldados si, durante los dieciséis días de gracia obligada que nos dejó el enemigo, los hubiésemos reunido en la capital. Qué magnífica base de operaciones, que libera a un general en jefe de las nueve décimas partes de sus preocupaciones, y le permite dejar dormir su genio, si lo tiene, o prescindir de él si no lo tiene. Era la única manera de escapar a la violenta sorpresa de una invasión que encontraba a su adversario en flagrante delito de estupidez. Este método era seguro, fácil y solo requería un poco de sentido común y patriotismo.

He hablado de un millón de hombres, pero tampoco se necesitaban tantos. Seiscientos mil habrían bastado. Las levass de dieciocho y diecinueve años podrían haber sido suprimidas. Pero la venganza habría sido menos completa, y habría mandado a los teutones de vuelta a la frontera en lugar de mandarlos directamente a Berlín. Una leva general, que se produjera de un solo golpe, descargaría a las poblaciones de otros sacrificios. En adelante, espectadoras resignadas del drama de París, solo les quedaría someterse en silencio a los ultrajes y requerimientos del invasor, hasta el día de la venganza. La victoria sería segura y estaría cerca, y nuestra sangre no habría corrido a chorros con nuestro honor en aquellas crueles batallas donde el entrenamiento militar y la disciplina barrieron, a pesar de todo su valor, a nuestras inexpertas levass. Después de Sedán, después de

Metz, después de París, Europa no habría visto con asombro el cuarto acto de esta lúgubre tragedia: ochenta mil franceses refugiados en Suiza, sin pan, sin zapatos y medio muertos de frío. El enemigo nos habría ahorrado su insolente piedad, pues habría tenido que guardarla para sí.

En la guerra salvaje que Alemania libra contra nosotros, el gobierno del Hôtel de Ville tuvo la opción de terminar con el triunfo o con el desastre. Prefirió el desastre. Entre el 15 y el 20 de septiembre, en lugar de acumular con premura armas, provisiones y soldados en París, descuidó cualquier tipo de preparativos y solo pensó en ganarse la misericordia de Guillermo, agravando así el peligro con la deshonra. Desorganizó de forma sistemática la Guardia Nacional, que se convirtió, en ausencia de otras tropas, en nuestro único recurso serio. Persiguió un solo objetivo: la rendición, y por ello paralizó todos los medios de lucha, para obligar a los parisinos a someterse por impotencia. Sin fusiles ni cañones, rechazando los ofrecimientos de la industria privada que se dedicaba a la rápida fabricación de estas armas, permanecía preso de la más absoluta inercia. Solo el día 31 de octubre logró sacarlo de este letargo y lo obligó a hacer algún simulacro de preparativo. El 30 de noviembre inició su sistema de grandes «salidas» que terminaron en derrota. La tentativa de Montretout es el último acto de esta comedia fúnebre.

Y sin embargo París, tal y como su triste gobierno lo había dejado, aún podía vencer. Tenía trescientos mil guardias nacionales y soldados armados con fusiles rápidos, ciento cincuenta mil guardias nacionales armados con fusiles de pistón, trescientos cañones de largo alcance y sed de venganza. En manos de un poder leal y un líder devoto, este ejército habría salido victorioso de la lucha. Poseía superioridad numérica, la posibilidad de elegir los puntos de ataque y completa libertad de movimientos. No debía temer ni la sorpresa, ni la dispersión por la derrota, ni la tentativa seria del enemigo.

Hemos hablado de los formidables atrincheramientos del sitiador. Pero una defensa seria no habría permitido tal empresa. Se

dejó a los prusianos libertad para hacer y deshacer. Este fue el gran crimen del Hôtel de Ville. Podríamos haber forzado diez veces las líneas alemanas, y obligar al enemigo a levantar el sitio, pero no mantener una campaña contra ellos. El abandono del bloqueo habría provocado su retirada a Metz. París retomaría entonces la iniciativa de la guerra, y no hay duda de que terminaría con la expulsión de los invasores. No eran esos los planes de este perverso gobierno. Para él, el enemigo era la revolución. No conocía otro. Presionado por el terror de este nuevo 2 de diciembre, entregó París al enemigo mediante un supuesto armisticio que no era sino la más ignominiosa de las capitulaciones. Fue encerrado en París y, según las leyes de la guerra, solo podía representar ya a la ciudad sitiada. Se atrevió, sin embargo, a extender el pretendido armisticio a la Francia libre de la invasión, y para colmo guardó silencio sobre la cláusula que prolongaba las hostilidades desde el Este. Los franceses se detuvieron, los alemanes continuaron sus movimientos al término de la cláusula excepcional, y todo el ejército del Este sucumbió a consecuencia de esta traición. El plan Trochu era el mismo que el plan Bazaine.* Siguió las mismas fases, para lograr el mismo resultado.

¡Finalmente, una cosa monstruosa, inaudita en el esplendor de la raza humana! El gobierno de París, prisionero de los prusianos por la convención del 28 de enero, y siendo, como tal, su instrumento, se atrevió a dar órdenes al gobierno provincial que permanecía protegido por los ejércitos franceses, y que se había convertido en el único representante de Francia desde la rendición de sus colegas en París tras la debacle que les cubrió de oprobio. Se atrevió, intimidado por Bismarck, a convocar una Asamblea Nacional en condiciones imposibles que han terminado por convertirnos en el hazmerreír y el desprecio del mundo. Y lo que es aún más doloroso, el gobierno libre, protegido por las bayonetas nacionales, tuvo que obedecer al gobierno cautivo y agente del enemigo.

Mientras llega el día de la venganza pública, todo aquel que guarde en su pecho el corazón de un ciudadano debe protestar con

energía contra la infame paz que la cobardía y la traición pretenden imponernos, una paz maquinada como un complot y que será nuestra vergüenza eterna. Francia no está abatida por la caída de París y aún puede exterminar a las hordas de la invasión. Ningún soldado serio se atrevería a negar esta verdad. Porque el plan a seguir es obvio y no deja dudas sobre el resultado. Los alemanes deben irse o sucumbir. En consecuencia, la dictadura del Hôtel de Ville debe ser acusada de alta traición y de atentado contra la existencia de la nación.

**LA ETERNIDAD
POR LOS ASTROS**

I. EL UNIVERSO. EL INFINITO

El universo es infinito en tiempo y espacio, eterno, ilimitado e indivisible. Todos los cuerpos, animados e inanimados, sólidos, líquidos y gaseosos, están relacionados entre sí por las mismas cosas que los separan. Todo se mantiene. Si suprimiéramos las estrellas, quedaría el espacio, por completo vacío, pero manteniendo las tres dimensiones, altura, anchura y profundidad; indivisible e ilimitado.

Pascal dijo con su fastuosidad de lenguaje: «El universo es un círculo cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna». ¡Qué imagen más sorprendente del infinito! Digamos, con él, y precisando un poco más: el universo es una esfera cuyo centro está en todas partes y su superficie en ninguna.

Aquí está ante nosotros, ofreciéndose a la observación y al razonamiento. Innumerables estrellas brillan en sus profundidades. Supongamos que estamos en uno de estos centros de esfera, que están en todas partes y cuya superficie no está en ninguna, y admitamos por un momento la existencia de tal superficie, que es por lo tanto el límite del mundo.

¿Este límite será sólido, líquido o gaseoso? Sea cual sea su naturaleza, se convierte de inmediato en la extensión de lo que limita o pretende limitar. Supongamos que en este punto no existe ni sólido, ni líquido, ni gas, ni siquiera éter. Solo espacio, vacío y negro. Este espacio posee, sin embargo, las tres dimensiones, y tendrá de forma necesaria por límite, lo que quiere decir continuación, una nueva porción de espacio de la misma naturaleza, y luego otra, luego otra, y así *indefinidamente*.

El infinito solo puede presentarse ante nosotros bajo el aspecto de lo *indefinido*. Lo uno conduce a lo otro por la imposibilidad manifiesta de encontrar o siquiera concebir una limitación al espacio. En verdad, un universo infinito es incomprensible, pero limitado es absurdo. Esta certeza absoluta de la infinidad del mundo, unida a su incomprensibilidad, constituye una de las preocupaciones más irritantes que atormentan al espíritu humano. Sin duda existen en alguna parte, en los globos errantes, cerebros lo bastante vigorosos como para comprender un enigma que es impenetrable para el nuestro. Nuestro orgullo debe aceptarlo.

Este enigma se plantea tanto para el infinito en el tiempo como para el infinito en el espacio. La eternidad del mundo impresiona a la inteligencia aún más vivamente que su inmensidad. Si uno no puede aceptar límites para el universo, ¿cómo puede soportar la idea de su inexistencia? La materia no surgió de la nada. Tampoco volverá a la nada. Es eterna, imperecedera. Aunque en perpetuo proceso de transformación, no puede disminuir ni aumentar un átomo.

Si es infinita en el tiempo, ¿por qué no habría de ser infinita en extensión? Los dos infinitos son inseparables. Uno implica al otro sin apenas contradicción ni absurdo. La ciencia aún no ha establecido una ley de solidaridad entre el espacio y los globos que lo atraviesan. El calor, el movimiento, la luz, la electricidad son una necesidad para todo el espacio. Los hombres competentes piensan que ninguna de sus partes puede quedar viuda de esos grandes centros luminosos, gracias a los cuales viven los mundos. Nuestro texto se apoya por completo en esta opinión, que puebla la infinidad del espacio con la infinidad de los globos, y no deja en ninguna parte un rincón de oscuridad, soledad e inmovilidad.

II. LO INDEFINIDO

Solo podemos hacernos una vaga idea, quizá demasiado débil, de lo infinito. Y sin embargo esta idea tan frágil adquiere pronto dimensiones formidables. Sesenta y dos dígitos, que ocupan una longitud de unos quince centímetros, dan veinte octodecillones de leguas, o en términos más sencillos, millones de millones de millones de millones de veces el camino del Sol a la Tierra.

Imaginemos una línea de cifras que va de aquí al Sol, es decir, no de quince centímetros de larga, sino de 37 millones de leguas. ¿No es aterrador el alcance que abarca esta enumeración? Ahora tomemos esta misma expansión por unidad en un nuevo número: la línea de cifras que la componen parte de la Tierra y termina en esta estrella, cuya luz tarda más de mil años en llegar hasta nosotros, recorriendo 75.000 leguas por segundo. ¡Qué distancia surgiría de tal cálculo, si el lenguaje encontrara las palabras y el tiempo para enunciarlo!

Podemos así extender lo *indefinido* a voluntad, sin ir más allá de los límites de la inteligencia, pero también sin ni siquiera afectar al infinito. Si cada palabra fuera el indicio de las distancias más increíbles, se podría hablar durante billones de billones de siglos, a una palabra por segundo, para expresar tan solo una ínfima parte del infinito.

III. LAS DISTANCIAS PRODIGIOSAS DE LAS ESTRELLAS

El universo parece desplegarse como inmensidad ante nuestros ojos. Sin embargo, solo nos muestra un rincón muy pequeño. El Sol es una de las estrellas de la Vía Láctea, esa gran reunión estelar que invade la mitad del cielo, y cuyas constelaciones no son más que miembros desprendidos, esparcidos sobre la bóveda de la no-

che. Más allá, unos puntitos imperceptibles, fijos en el firmamento, indican las estrellas medio apagadas por la distancia, y más allá, en las profundidades que se alejan, el telescopio vislumbra nebulosas, pequeños cúmulos de polvo blanquecino, distantes vías lácteas.

La lejanía de estos cuerpos es prodigiosa. Escapa a todos los cálculos de los astrónomos, que han intentado en vano encontrar un paralaje a algunos de los más brillantes: Sirio, Altaír, Vega (de la Lira). Sus resultados no han obtenido credibilidad y siguen siendo muy problemáticos. Estos, de manera aproximada, o mejor dicho, como mínimo, colocan a las estrellas más cercanas más allá de 7.000 mil millones de leguas. 61 Cygni, que permite ser mejor observado, está a 23.000 billones de leguas, 658.700 veces la distancia de la Tierra al Sol.

La luz, viajando a 75.000 leguas por segundo, tarda en cruzar este espacio diez años y tres meses. El viaje en tren, a diez leguas por hora, sin un minuto de parada ni de desaceleración, duraría 250 millones de años. En este mismo tren tardaríamos cuatro siglos en llegar al Sol. La Tierra, que recorre 233 millones de leguas cada año, tardaría más de cien mil años en llegar a 61 Cygni.

Las estrellas son soles similares al nuestro. Se cree que Sirio es ciento cincuenta veces más grande. Esto es posible pero difícil de verificar. Sin duda, estos puntos luminosos deben ofrecer grandes desigualdades de volumen. La comparación está fuera de nuestro alcance, y las diferencias de magnitud y brillo solo podemos entenderlas en función de la lejanía, lo cual implica muchas incertidumbres. Porque, sin datos suficientes, cualquier valoración es temeraria.

IV. CONSTITUCIÓN FÍSICA DE LAS ESTRELLAS

La naturaleza es maravillosa en el arte de adaptar los organismos al medio sin desviarse jamás de un plan general que rige todas sus

obras. Es a tenor de simples modificaciones que multiplica sus tipos hasta lo imposible. Se ha conjeturado, de forma bastante equivocada, acerca de situaciones y seres fantásticos, sin analogía alguna con las huestes de nuestro planeta, que poblarían esos cuerpos celestes. Que hay miríadas de formas y mecanismos, nadie lo duda. Pero el plan y los materiales se mantienen invariables. Puede afirmarse sin vacilación que en los extremos más opuestos del universo, los centros nerviosos son la base, y la electricidad el principio-agente de toda existencia animal. Los demás aparatos están subordinados a este, siguiendo mil modos adaptados al entorno. Esto es ciertamente así en nuestro grupo planetario, que debe presentar innumerables conjuntos de organizaciones diversas. Ni siquiera es necesario abandonar la Tierra para ver esta diversidad casi ilimitada.

Siempre hemos considerado a nuestro globo terráqueo como el planeta-rey, vanidad que ha sido muchas veces humillada. Somos casi intrusos en el gran conjunto que nuestra gloria pretende arrodillar en torno a su supremacía. Es la densidad la que decide la constitución física de un astro. Sin embargo, nuestra densidad no es la del sistema solar. Constituye solo una minúscula excepción que nos sitúa casi fuera de la verdadera familia, formada por el Sol y los grandes planetas. En todo el cortejo, Mercurio, Venus, la Tierra y Marte, suponen, en volumen, dos partes sobre 2.417, y añadiendo el Sol, dos sobre 1.281.684. ¡Prácticamente cero!

Ante tal contraste, hasta hace tan solo unos años el campo permanecía abierto a la fantasía acerca de la estructura de los cuerpos celestes. Lo único que parecía fuera de duda era que no debían parecerse en nada a los nuestros. Estábamos equivocados. El análisis espectral ha venido a disipar este error y a demostrar, a pesar de tantas apariencias contrarias, la identidad de la composición del universo. Las formas son innumerables, los elementos son los mismos. Tocamos aquí la cuestión capital, la que domina desde arriba y aniquila a casi todas las demás; por lo tanto, debe abordarse en detalle y proceder de lo conocido a lo desconocido.

En nuestro globo, y hasta nuevo aviso, la naturaleza tiene como únicos elementos a su disposición los sesenta y cuatro *cuerpos simples*, cuyos nombres enumeramos más adelante. Decimos «hasta nuevo aviso» porque el número de estos cuerpos era de solo cincuenta y tres hace unos años. Cada cierto tiempo la nomenclatura se enriquece con el descubrimiento de algún metal liberado por la química con gran dificultad de los tenaces lazos de sus combinaciones con el oxígeno. Es probable que en un futuro se llegue al centenar. Pero los importantes son apenas veinticinco. El resto aparece solo como comparsa. Se les llama *cuerpos simples*, porque se han mostrado hasta ahora irreducibles. Los clasificamos en orden aproximado de importancia:

1. Hidrógeno 2. Oxígeno 3. Nitrógeno 4. Carbono 5. Fósforo 6. Azufre 7. Calcio 8. Silicio 9. Potasio 10. Sodio 11. Aluminio 12. Cloro 13. Yodo 14. Hierro 15. Magnesio 16. Cobre 17. Plata 18. Plomo 19. Mercurio 20. Antimonio 21. Bario 22. Cromo 23. Bromo 24. Bismuto 25. Zinc 26. Arsénico 27. Platino 28. Estaño 29. Oro 30. Níquel 31. Glucinio 32. Flúor 33. Manganeso 34. Circonio 35. Cobalto 36. Iridio 37. Boro 38. Estroncio 39. Molibdeno 40. Paladio 41. Titanio 42. Cadmio 43. Selenio 44. Osmio 45. Rubidio 46. Lantano 47. Telurio 48. Tungsteno 49. Uranio 50. Tantalio 51. Litio 52. Niobio 53. Rodio 54. Didimio 55. Indio 56. Terbio 57. Talio 58. Torio 59. Vanadio 60. Itrio 61. Cesio 62. Rutenio 63. Erblio 64. Cerio

Los cuatro primeros —hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, carbono— son los grandes agentes de la naturaleza. No sabemos a cuál de ellos dar la preeminencia, hasta tal punto es universal su acción. El hidrógeno lleva la delantera porque es la luz de todos los soles. Estos cuatro gases casi constituyen por sí solos la materia orgánica, la flora y la fauna, añadiendo calcio, fósforo, azufre, sodio, potasio, etc.

El hidrógeno y el oxígeno forman el agua, con la adición de cloro, sodio y yodo en los mares. El silicio, el calcio, el aluminio, el magnesio, combinados con el oxígeno, el carbono, etc., constituyen las grandes masas de terrenos geológicos, las capas superpuestas de

la corteza terrestre. Los metales preciosos son más importantes para los humanos que para la naturaleza.

Hasta hace poco, estos elementos eran considerados característicos de nuestro globo. ¡Cuántas polémicas por ejemplo sobre el Sol, su composición, o el origen y la naturaleza de su luz! La gran disputa entre la *emisión* y las *ondulaciones* apenas ha terminado. Todavía resuenan las últimas escaramuzas de retaguardia. Las *ondulaciones*, victoriosas, han trazado una teoría bastante fantástica: «El Sol, un simple cuerpo opaco como cualquier planeta, está envuelto en dos atmósferas, una, similar a la nuestra, que ejerce de pantalla para los nativos frente a la segunda, llamada fotosfera, fuente eterna e inagotable de luz y calor».

Esta doctrina, universalmente aceptada, ha reinado durante mucho tiempo en la ciencia, a pesar de todas las analogías. El fuego central que retumba bajo nuestros pies atestigua de forma suficiente que la Tierra fue una vez lo que el Sol es hoy, y la Tierra nunca ha poseído una fotosfera eléctrica, favorecida con el don de la perennidad.

El análisis espectral dispó estos errores. Ya no se trata de electricidad inagotable y perpetua, sino del hidrógeno más prosaico ardiendo, allí como en otras partes, con la ayuda del oxígeno. Las prominencias rosadas son regueros prodigiosos de este gas ígneo, que desbordan el disco de la luna durante los eclipses totales de sol. En cuanto a las manchas solares, se acertó al representarlas como grandes cuellos de botella abiertos en masas gaseosas. Se trata de la llama del hidrógeno, arrastrada por las tormentas sobre inmensas superficies, y que deja percibir, no como opacidad negra sino con oscuridad relativa, el núcleo de la estrella, ya sea en estado líquido o en estado gaseoso muy comprimido.

Así pues, se acabaron las quimeras. He aquí dos elementos terrestres que iluminan el universo, del mismo modo que iluminan las calles de París y Londres. Es su combinación la que difunde la luz y el calor. El producto de esta combinación, el agua, crea y sustenta

la vida orgánica. Sin agua no hay atmósfera, flora ni fauna, solo el cadáver de la luna.

Un océano de llamas en las estrellas para traer la vida, y un océano de agua en los planetas para organizarla. La asociación de hidrógeno y oxígeno gobierna la materia, y el sodio es su compañero inseparable en sus dos formas opuestas, fuego y agua. En el espectro solar brilla en primera línea; también es el elemento principal de la sal marina.

Estos mares, tan pacíficos hoy, a pesar de sus leves ondulaciones, han conocido tempestades muy diferentes, cuando se arremolinaban en llamas devastadoras sobre la lava de nuestro globo. Sin embargo, es la misma masa de hidrógeno y oxígeno; ¡pero qué metamorfosis! La evolución es completa. También se logrará en el Sol. Ya sus manchas revelan, en la combustión del hidrógeno, brechas fugaces que el tiempo no dejará de ensanchar y convertir en permanentes. Este tiempo se contará en siglos, sin duda, pero la pendiente desciende.

El Sol es una estrella que declina. Llegará un día en que el producto de la combinación del hidrógeno con el oxígeno, al dejar de descomponerse para reconstituir los dos elementos por separado, se volverá agua. Este día verá el fin del reino de las llamas y el comienzo del de los vapores de agua, cuya última palabra es el mar. Cuando estos vapores envuelvan en sus espesas masas a la estrella caída, nuestro mundo planetario caerá en la noche eterna.

Antes de este inevitable final, la humanidad tendrá tiempo de aprender muchas cosas. Gracias a la espectrometría ya sabe que la mitad de los sesenta y cuatro cuerpos simples que componen nuestro planeta también forman parte del Sol, las estrellas y sus sistemas. Sabe que todo el universo recibe luz, calor y vida orgánica del hidrógeno y el oxígeno asociados, esto es, del fuego o del agua.

No todos los cuerpos simples se muestran en el espectro solar; y por su parte los espectros del Sol y de las estrellas muestran la existencia de elementos desconocidos para nosotros. Pero esta

ciencia es todavía nueva e inexperta. Apenas dice sus primeras palabras, aun siendo muy importante. Los elementos de los cuerpos celestes son idénticos en todas partes. El futuro no hará sino desplegar cada día las pruebas de esta identidad. Las diferencias de densidad, que a primera vista parecían un obstáculo insalvable para cualquier similitud entre los planetas de nuestro sistema, pierden mucho de su significado aislante cuando comprobamos que el Sol, cuya densidad es una cuarta parte de la nuestra, contiene metales como el hierro (densidad: 7,80), níquel (8,67), cobre (9,95), zinc (7,19), cobalto (7,81), cadmio (8,69) o cromo (5,90).

Nada más natural que el hecho de que los cuerpos simples existan en los diversos globos en proporciones desiguales, de donde resultan divergencias de densidad. Por supuesto, los materiales de una nebulosa deben clasificarse en los planetas según las leyes de la gravedad, pero esta clasificación no impide que los cuerpos simples coexistan en el conjunto de la nebulosa excepto para distribuirse luego bajo estas leyes según cierto orden. Este es precisamente el caso de nuestro sistema y, a todas luces, el de los demás grupos de estrellas. Más adelante veremos qué condiciones se derivan de este hecho.

V. OBSERVACIONES SOBRE LA COSMOGONÍA DE LAPLACE. LOS COMETAS

Laplace extrajo sus hipótesis de Herschell, quien las había extraído antes de su telescopio. Por completo dedicado a las matemáticas, el ilustre geómetra se ocupó mucho del movimiento de las estrellas y muy poco de su naturaleza. En su trabajo solo trata la cuestión física con indiferencia, con vagas afirmaciones, y se apresura a volver a los cálculos de la gravitación, su obsesión permanente. Parece claro que su teoría se enfrenta a dos grandes dificultades: el origen

y la alta temperatura de las nebulosas y los cometas. Dejemos por un momento de lado las nebulosas y detengámonos en los cometas. Incapaz en modo alguno de acomodarlos en su sistema, el autor, para librarse de ellos, los envía a errar de estrella en estrella. Sigámoslos, para poder entender por nosotros mismos.

Hoy todo el mundo muestra un profundo desprecio hacia los cometas, esos miserables juguetes de los planetas superiores que los empujan, los atormentan de cien maneras, los hinchon con los fuegos solares y terminan por sacarlos fuera de sus órbitas hechos pedazos... ¡Descomposición total! ¡Qué humilde en cambio era el respeto de antaño, cuando se reconocía en ellos a los mensajeros de la muerte! ¡Qué abucheos y silbidos ahora que sabemos que son inofensivos! Típico del ser humano.

Sin embargo, la impertinencia no deja de tener un ligero matiz de preocupación. Los oráculos no se privan de contradicciones. Así Arago, después de haber proclamado veinte veces la nulidad absoluta de los cometas, después de haber asegurado que el vacío más perfecto de una máquina neumática es aún más denso que la sustancia de los cometas, declara sin embargo, en un capítulo de sus obras, que «la transformación de la Tierra en un cometa satélite es un evento que permanece en el ámbito de las probabilidades».

Laplace, tan grave, tan serio, sopesa también los pros y los contras de esta cuestión. Dice en alguna parte: «El choque de un cometa no puede producir ningún efecto sensible sobre la Tierra. Es muy probable que los cometas *hayan llegado varias veces sin ser percibidos*». Y en otra parte: «Es fácil imaginar los efectos de este choque (de un cometa) sobre la Tierra: el eje y el movimiento de rotación cambiarían; los mares abandonarían sus antiguas posiciones para precipitarse hacia el nuevo ecuador; y gran parte de los hombres y animales perecerían ahogados en este diluvio universal o destruidos por el violento choque sobre el globo, especies enteras serían aniquiladas», etc.

Estos *sí pero no*, tan categóricos, son curiosos en boca de matemáticos. A veces la atracción, ese dogma fundamental de la astronomía, es también maltratada. Lo veremos diciendo unas palabras acerca de la luz zodiacal.

Este fenómeno ya ha recibido diversas explicaciones. Primero se atribuyó a la atmósfera del Sol, opinión a la que Laplace se opuso. Según él, «la atmósfera solar no alcanza a tocar la órbita de Mercurio, siquiera llega a la mitad del camino. La luz zodiacal proviene de moléculas demasiado volátiles para unirse a los planetas en la época de la gran formación primitiva, y que hoy circulan alrededor de la estrella central. Su extrema tenuidad no opone resistencia a la marcha de los cuerpos celestes, y proporciona a las estrellas su claridad permeable».

Una hipótesis de este tipo es poco probable. Las moléculas planetarias, volatilizadas por una alta temperatura, no retienen eternamente su calor, ni por tanto la forma gaseosa, en los gélidos desiertos de la inmensidad. Además, diga lo que diga Laplace, esta materia, por muy tenue que se la suponga, sería un serio obstáculo para los movimientos de los cuerpos celestes y con el tiempo provocaría graves desórdenes.

La misma objeción refuta una idea reciente que reconoce la luz zodiacal en los restos de cometas naufragados en las tormentas del perihelio. Estos restos formarían un vasto océano que abarca e incluso supera las órbitas de Mercurio, Venus y la Tierra. Confundir la nulidad de los cometas con la del éter, o incluso la del vacío, es llevar demasiado lejos el desdén. No, los planetas no podrían atravesar sin problemas estas nebulosas y la gravedad pronto se encontraría en problemas.

Parece aún menos racional buscar el origen de las misteriosas luces de la región zodiacal en un anillo de meteoritos que circulan alrededor del Sol. Los meteoritos, por su naturaleza, no son muy permeables a la luz de las estrellas.

Tal vez encontraríamos el camino hacia la verdad volviendo un poco hacia atrás. Arago dijo en algún lugar: «La materia de los cometas ha podido entrar en nuestra atmósfera con bastante frecuencia. Este evento es inofensivo. Podemos, sin percibirlo, atravesar la cola de un cometa...». Laplace no es menos explícito: «Es muy probable», dice, «que los cometas hayan rodeado varias veces la Tierra sin ser vistos...».

Todo el mundo estará de acuerdo en esto. Pero podemos preguntar a los dos astrónomos qué fue de estos cometas. ¿Continuaron su viaje? ¿Es posible que escapen a los abrazos de la Tierra y sigan adelante? ¿La atracción es entonces vencida? ¡Imposible! ¿Este vago efluvio cometario, cuya poca importancia cansa a la lengua que pretende definirlo, desafía a la fuerza que domina el universo?

Podemos imaginar que dos grandes globos, lanzados a toda velocidad, se crucen y sigan huyendo después de una doble sacudida. Pero que inanidades errantes vengán a adherirse a nuestra atmósfera, y luego se desprendan de forma pacífica de ella para seguir su ruta, es una falta de respeto poco aceptable. ¿Por qué estos vapores difusos no quedan adheridos a nuestro planeta por efecto de la gravedad?

«¡Exacto!», diremos, «¡porque no pesan! Su propia inconsistencia los protege. Sin masa, no hay atracción». Mal razonamiento. Si se separan de nosotros para incorporarse a su puesto, es porque ese puesto los atrae y no los rechaza. ¿Cómo? La Tierra es muy superior a ellos en poder. Los cometas, como sabemos, no molestan a nadie y todos les molestan, porque son los humildes esclavos de la atracción. ¿Cómo iban a dejar de obedecerla, justo cuando nuestro globo se apodera de ellos y ya no debería soltarlos? El Sol está demasiado lejos para disputar con quien está tan cerca, y aún si lograra atraer su cabeza, la cola, rota y dislocada, quedaría en poder de la Tierra.

Sin embargo, hablamos como de una cosa muy simple de cometas que rodean y luego abandonan nuestro globo. Nadie ha hecho la menor observación al respecto. ¿La rápida marcha de estos

astros basta para apartarlos de la acción terrestre y continuar su curso por el impulso adquirido?

Tal ataque a la gravitación es imposible y debemos por tanto investigar la luz zodiacal. Los desprendimientos de los cometas, atrapados en estos encuentros siderales y empujados hacia el ecuador por la rotación, formarán estas protuberancias lenticulares que se iluminarán con los rayos del sol antes del amanecer, y sobre todo después del crepúsculo vespertino. El calor del día los dilata y hace que su luminosidad sea más notoria que por la mañana, tras el frescor de la noche.

Estas masas diáfanas, de apariencia bastante similar a los cometas, permeables a las estrellas más pequeñas, ocupan una extensión inmensa desde el ecuador, su centro y su punto culminante como altitud y como brillo, hasta mucho más allá de los trópicos, y quizá hasta los dos polos, donde bajan, se contraen y se apagan.

Hasta ahora, la luz zodiacal siempre se había situado fuera de la Tierra y había sido difícil asignarle un lugar y una naturaleza conciliables tanto con su permanencia como con sus variaciones. Pero es la propia Tierra y la atmósfera que la rodea la que la causa, sin que el peso de la columna atmosférica aumente por ello en un átomo. Esta pobre sustancia no podría dar una prueba más decisiva de su insignificancia.

Los cometas, en sus visitas, quizá renuevan la materia de esta luz más a menudo de lo que creemos. Esta materia, además, no podría superar cierta altura sin ser barrida por la fuerza centrífuga, que se llevaría su botín al espacio. La atmósfera terrestre se reviste así de una envoltura cometaria, casi imponderable, que es asiento y fuente de la luz zodiacal. Esta versión concuerda bien con la diafanidad de los cometas y, además, tiene en cuenta las leyes de la gravedad que no permiten el escape de los desprendimientos capturados por los planetas.

Volvamos a la historia de nuestras cabelleras inanes. Si evitan Saturno, es para caer bajo la influencia de Júpiter, el policía del sis-

tema. De guardia en las sombras, las olfatea, incluso antes de que un rayo de sol las haga visibles, y las empuja de manera desesperada hacia las peligrosas gargantas. Allí, presas del calor y dilatadas hasta la monstruosidad, pierden su forma, se alargan, se desintegran y cruzan descompuestas el terrible paso, abandonando fragmentos por todas partes, y solo con gran esfuerzo y al amparo del frío logran volver a sus desconocidas soledades.

Solo escapan aquellas que no han caído en las trampas de la zona planetaria. Así, esquivando desfiladeros desastrosos y dejando a lo lejos, en las planicies zodiacales, a las grandes arañas al borde de sus telas, el cometa de 1811 alcanza las alturas polares sobre la eclíptica, pasa y gira con rapidez alrededor del Sol, para más tarde reagrupase y volver a formar sus inmensas columnas dispersas por el fuego del enemigo. Solo entonces, tras el éxito de la maniobra, muestra ante ojos estupefactos los esplendores de su ejército, y prosigue majestuosamente su victoriosa retirada hacia las profundidades del espacio.

Estos triunfos son raros. Los pobres cometas llegan por miles para apagarse como la luz de una candela. Como las mariposas, acuden ligeros desde el fondo de la noche para girar alrededor de la llama que los atrae, y no escapan sin sembrar con sus restos los campos de la eclíptica. Si hemos de creer a algunos cronistas de los cielos, desde el sol hasta más allá del orbe terrestre se extiende un vasto cementerio de cometas, con luces misteriosas, que es visible en las tardes y mañanas de los días puros. Reconocemos a los muertos por esas luces fantasmas que se dejan atravesar por la luz viva de las estrellas.

¿No deberían ser más bien cautivos suplicantes encadenados desde hace siglos a las barreras de nuestra atmósfera y pidiendo en vano que se les concediese la libertad o se les acogiera con hospitalidad? Con su primer y último rayo, el sol intertropical nos muestra a esos pálidos bohemios, que con tanta dureza expían su indiscreta visita a la gente establecida.

Los cometas son en verdad seres fantásticos. Desde la instalación del sistema solar, millones han pasado por el perihelio. Nuestro mundo está plagado de ellos, y sin embargo más de la mitad escapan a la vista, e incluso al telescopio. ¿Cuántos de estos nómadas han elegido instalarse con nosotros?... Tres... y no está claro que se vayan a quedar. Uno de estos días, reducirán la velocidad e irán a unirse a sus innumerables tribus en espacios imaginarios. Poco importa, en verdad, que esto lo hagan mediante elipses, parábolas o hipérbolas.

Después de todo, son criaturas inofensivas y graciosas, que a menudo ocupan un lugar de honor en las más hermosas noches estrelladas. Cruzan el cielo como si no supieran dónde van, pero cuando la astronomía se enfrenta a ellos siempre sale mal parada. Son verdaderas pesadillas científicas. ¡Qué contraste con los cuerpos celestes! Dos extremos del antagonismo, masas abrumadoras y materias sutiles, exceso de tamaño y exceso de nada.

Y sin embargo, acerca de esta nada, Laplace habla de condensación, de vaporización, como si fuera un gas cualquiera. Nos asegura que, por el calor del perihelio, los cometas, a la larga, se disipan por completo en el espacio. ¿Qué les sucede después de esta volatilización? El autor no lo dice, y es probable que no le importe. Puesto que el asunto ya no tiene que ver con la geometría, procede de forma sumaria, sin demasiados miramientos. Ahora bien, por muy etérea que pueda y deba ser la sublimación de los astros con cabellera, no deja de ser materia. ¿Cuál será su destino? Sin duda retomar más tarde, gracias al frío, su primitiva forma. Sea. La esencia del cometa es su luz vagabunda. Pero esta luz, según Laplace y otros autores, es idéntica a la de las nebulosas fijas.

¡Alto ahí! Es necesario detener las palabras para verificar su contenido. El término *nebulosa* es sospechoso. Es un nombre demasiado amplio que posee tres significados diferentes: 1° un resplandor blanquecino, que los grandes telescopios pueden descomponer en innumerables estrellas pequeñas muy juntas; 2° una luz pálida, de

apariencia similar, salpicada de uno o más pequeños puntos brillantes, y que no puede resolverse en estrellas; 3° cometas.

La confrontación minuciosa de estos tres significados diferentes es fundamental. Para el primero, los cúmulos de estrellas pequeñas, no hay dificultad. Estamos de acuerdo. La disputa reside en los otros dos.

Según Laplace, las nebulosas, distribuidas en grandes cantidades en el universo, se forman por un primer grado de condensación, ya sea de cometas o de nebulosas de puntos brillantes, irreducibles a estrellas, y que luego se transforman en sistemas solares. Este autor explica y describe tal transformación en detalle.

En cuanto a los cometas, se limita a representarlos como pequeñas nebulosas errantes que no define ni busca en ningún caso diferenciar de las nebulosas en proceso de nacimiento estelar. Insiste, por el contrario, en su íntima semejanza, que solo permite distinguirlos por el desplazamiento de los cometas, visible a los rayos del sol. En una palabra, toma nebulosas irreducibles del telescopio de Herschell y las convierte en sistemas planetarios o cometas. Se trata de una cuestión de órbitas y de regularidad o irregularidad en la gravitación. Además, poseen el mismo origen: «las nebulosas dispersas en el universo», y por lo tanto de misma constitución.

¿Cómo pudo un físico tan grande confundir fríos y vanos reflejos con los inmensos haces de vapores ardientes que un día serán soles? Podría pasar si los cometas estuvieran compuestos de hidrógeno. Se podría suponer que grandes masas de este gas que quedaron fuera de las nebulosas estelares, vagan libremente a través del espacio, donde interpretan el pequeño drama de la gravitación. Seguirían siendo gas frío y oscuro, mientras que los lechos estelo-planetarios son incandescentes, por lo que la asimilación entre estos dos tipos de nebulosas seguiría resultado imposible. Pero incluso esta solución de compromiso es defectuosa. Comparado con los cometas, el hidrógeno es granito. Entre la materia nebulosa de los sistemas estelares

y la de los cometas, no puede haber nada en común. Una es fuerza, luz, peso y calor; la otra, nulidad, hielo, vacío y tinieblas.

Laplace habla de una similitud tan perfecta entre los dos tipos de nebulosas que es muy difícil distinguirlas. ¡Vaya! Las nebulosas volatilizadas están a distancias inconmensurables, los cometas están casi al alcance de la mano, y de una vana semejanza entre dos cuerpos separados por tales abismos, ¿se concluye que su composición es idéntica! Pero el cometa es infinitamente pequeño, y la nebulosa es casi un universo. Cualquier comparación entre ellos es una aberración.

Repitamos de nuevo que, si durante el estado volátil de las nebulosas, parte del hidrógeno se liberase al mismo tiempo de la atracción y la combustión para escapar al espacio y convertirse en cometa, estos astros volverían a la constitución general del universo y podrían desempeñar un papel formidable. Impotentes como masa en un encuentro planetario, pero incendiados por el choque del aire y por el contacto con su oxígeno, harían perecer por el fuego a todos los cuerpos organizados, plantas y animales. Según se acepta de forma unánime, el hidrógeno es para la sustancia del cometa lo que un bloque de mármol sería para el hidrógeno mismo.

Supongamos ahora fragmentos de nebulosas estelares vagando de un sistema a otro, como cometas. Estas masas volátiles, a la temperatura máxima, pasarían a nuestro alrededor no como una bruma sutil, fría y opaca, sino como un espantoso torbellino de luz y de calor, que pronto frenaría en seco todas nuestras polémicas sobre ellas. La incertidumbre se prolonga acerca de los cometas. Las discusiones y conjeturas no llegan a nada. Sin embargo, algunos puntos parecen aclararse. Así, la unidad de la sustancia de los cometas está fuera de duda. Es un cuerpo simple, que nunca ha presentado variación en sus apariciones, que ya son numerosas. Encontramos siempre esta misma delgadez elástica y expandible hasta el vacío, esta translucidez absoluta que en modo alguno impide el paso de los más mínimos destellos.

Los cometas no son ni éter, ni gas, ni líquido, ni sólido, ni nada parecido a lo que compone los cuerpos celestes, sino una sustancia indefinible, que parece no tener ninguna de las propiedades de la materia conocida, y que no existe fuera del rayo solar que los saca por un minuto de la nada para volver a dejarlos caer. Entre este enigma sideral y los sistemas estelares que componen el universo, hay diferencias radicales. Son dos modos de existencia separados, dos categorías de materia por completo distintas, y sin más conexión que una gravitación desordenada, casi loca. En la descripción del mundo, no pueden ser tomados en cuenta. No son nada, no hacen nada, tienen un solo papel, el enigma.

Con sus excesivas dilataciones del perihelio, y sus gélidas contracciones del afelio, este astuto astro personifica a cierto gigante de las *Mil y una noches* encerrado por Salomón en una lámpara y que a la menor oportunidad se extiende poco a poco fuera de su prisión como una nube inmensa que toma forma humana, para más tarde revaporizarse y volver al interior de su recipiente. Un cometa es una pizca de niebla, que primero llena mil millones de leguas cúbicas, y luego cabe en una garrafa.

Cuando Laplace termina con estas tonterías, deja abierto el debate sobre esta pregunta: «¿Las nebulosas son todas cúmulos de estrellas adultas, o deberíamos ver en algunas de ellas los fetos de estrellas simples o múltiples?». Esta pregunta tiene solo dos jueces, el telescopio y el análisis espectral. A estos les pedimos una estricta imparcialidad y que se cuiden sobre todo de la influencia oculta de los grandes nombres.

Parece, en efecto, que la espectrometría se inclina a encontrar resultados conformes con la teoría de Laplace. La complacencia con los posibles errores del ilustre matemático le hace un flaco favor, aún más si consideramos que su teoría extrae del conocimiento actual del sistema solar una fuerza capaz de plantar cara incluso al telescopio y al análisis espectral, que no es poco decir. Es

la única explicación racional y razonable de la mecánica planetaria, y en verdad solo sucumbirá frente a argumentos irrefutables...

VI. ORIGEN DE LOS MUNDOS

Esta teoría tiene una debilidad que es, sin embargo, la misma de siempre: la cuestión del origen, esquivada esta vez mediante una evasiva. Por desgracia, omitir no es resolver. Laplace eludió hábilmente la dificultad, legándola a otros. En cuanto a él, había despedido su hipótesis, que pudo abrirse paso libre de este escollo.

La gravitación solo explica el universo a medias. Los cuerpos celestes, en sus movimientos, obedecen a dos fuerzas, la fuerza centrípeta o gravedad, que los hace caer o los atrae los unos hacia los otros, y la fuerza centrífuga, que los empuja hacia adelante en línea recta. De la combinación de estas dos fuerzas resulta la circulación más o menos elíptica de todas las estrellas. Al eliminar la fuerza centrífuga, la Tierra caería sobre el Sol. Por la supresión de la fuerza centrípeta, escaparía de su órbita siguiendo una tangente y huiría en línea recta.

La fuente de la fuerza centrípeta es conocida: la atracción o gravitación. El origen de la fuerza centrífuga sigue siendo un misterio. Laplace dejó de lado este escollo. En su teoría, el movimiento de traslación, es decir, la fuerza centrífuga, se origina a partir de la rotación de la nebulosa. Esta hipótesis es sin duda cierta, pues es imposible dar cuenta más satisfactoria de los fenómenos que presenta nuestro grupo planetario. Pero es lícito preguntar al ilustre geómetra: «¿De dónde salió la rotación de la nebulosa? ¿De dónde procedía el calor que volatilizó esta gigantesca masa, luego condensada en un sol rodeado de planetas?».

¡El calor! Se diría que solo hace falta reducir la velocidad y tomar algo de él en el espacio. Sí, calor a 270 grados bajo cero. ¿Se

refiere a esto Laplace cuando dice que «bajo un calor excesivo, la atmósfera del Sol se extendía en un principio más allá de las órbitas de todos los planetas»? Señala, siguiendo a Herschell, la existencia de un gran número de nebulosas, al principio difusas hasta el punto de ser apenas visibles, y que llegan, por una serie de condensaciones, al estado de estrellas. Ahora bien, estas estrellas son globos gigantes en plena incandescencia, como el Sol, que muestra un calor ya muy respetable. ¡Cuál debe haber sido su temperatura cuando, reducidas por completo a vapor, estas enormes masas se expandieron hasta tal grado de volatilización que ya no ofrecían a la vista más que una nebulosa apenas perceptible!

Son justo estas nebulosas las que Laplace muestra esparcidas en abundancia por todo el universo dando origen tanto a cometas como a sistemas estelares. Aseveración inadmisible, como hemos demostrado con respecto a la sustancia cometaria, que no puede tener nada en común con la de las nebulosas. Si estas sustancias fueran similares, los cometas, en todas partes y siempre, se habrían mezclado con la materia estelar para compartir su existencia, y no estarían siempre separados, ajenos a todas las demás estrellas por su inconsistencia, por sus hábitos errantes y por la unidad absoluta de sustancia que los caracteriza.

Laplace tiene toda la razón al decir: «A través de la comprobación de la condensación de la materia nebulosa se llega a la idea del Sol rodeado en una época pasada por una vasta atmósfera, idea a la que regresamos, como hemos visto, por el examen de los fenómenos del sistema solar. Un descubrimiento de este calibre da a la existencia de este estado previo del Sol una probabilidad muy cercana a la certeza».

Por el contrario, nada más falso que la asimilación de cometas, imponderables y gélidas inanidades, a nebulosas estelares que representan las partes masivas de la naturaleza, llevadas por volatilización al *máximo* de temperatura y luz. Con toda seguridad, los cometas son un enigma desesperante, pues, permaneciendo inexplicables

cuando se explica todo lo demás, se convierten en un obstáculo casi insuperable para el conocimiento del universo. Pero no se supera un obstáculo con un absurdo. Más vale quedarse con lo importante concediendo a estos una existencia especial aparte de la materia propiamente dicha, que puede actuar sobre ellas por gravedad, pero sin mezclarse con ellas ni sufrir su influencia. Aunque fugaces e inestables, siempre efímeros, se caracterizan por su sustancia simple, una, invariable, inaccesible a toda modificación, capaz de separarse, reunirse, formar masas o desgarrarse en jirones, sin cambiar jamás. Por tanto, no intervienen en el perpetuo devenir de la naturaleza. Consolémonos de este misterio por la nulidad de su función.

La cuestión de los orígenes es mucho más seria. Laplace no la ha tenido en cuenta y no se digna ni se atreve a hablar de ello. Herschell, por medio de su telescopio, observó en el espacio numerosos cúmulos de materia nebulosa en diferentes grados de difusión, cúmulos que, por enfriamientos progresivos, culminan en estrellas. El ilustre geómetra cuenta y explica muy bien las transformaciones. Pero sobre su origen, ni una palabra. Y uno se pregunta de forma natural: «Estas nebulosas, que un relativo frío conduce al estado de soles y planetas, ¿de dónde salen?».

Según ciertas teorías, existiría en el espacio una materia caótica que, gracias a la competencia del calor y la atracción, se aglomeraría para formar las nebulosas planetarias. ¿Por qué y desde cuándo aparece esta materia caótica? ¿De dónde viene esta calidez extraordinaria que acude para ayudar con la tarea? Hay tantas preguntas que nadie se plantea que prescindimos de responderlas.

Huelga decir que la materia caótica que compone las estrellas más recientes también formó las antiguas, de donde se sigue que el universo no se remonta más allá de las estrellas más antiguas que existen. De forma unánime se suponen duraciones inmensas a estas estrellas; pero de su principio no hay más noticias que la aglomeración de materia caótica, y sobre su fin, el silencio. La flaqueza común en estas teorías es el establecimiento de una fábrica de

calor discrecional en espacios imaginarios, que sustentaría la volatilización indefinida de todas las posibles nebulosas y de toda posible materia caótica.

Laplace, escrupuloso geómetra, era sin embargo un físico poco riguroso. Vaporiza sin medida *bajo un calor excesivo*. Una vez dada la nebulosa que se condensa, la seguimos con admiración durante el nacimiento sucesivo de los planetas y sus satélites a través del progreso del enfriamiento. Pero esta materia nebulosa sin origen, atraída de todas partes, no se sabe cómo ni por qué, es también un singular refrigerante del entusiasmo. No es apropiado colocar al lector sobre una hipótesis planteada en el vacío y dejarlo allí.

El calor, la luz, no se acumulan en el espacio, se disipan. Tienen una fuente que se agota. Todos los cuerpos celestes se enfrían. Las estrellas, formidables e incandescentes en su comienzo, terminan en una negra congelación. Nuestros mares fueron una vez un océano de llamas. Ahora son solo agua. Cuando el sol se apague, serán un bloque de hielo. Las cosmogonías que pretenden que el mundo es nuevo pueden creer que las estrellas todavía están en sus primeros pasos. ¿Pero después? Estos millones de estrellas que iluminan nuestras noches tienen una existencia limitada. Comenzaron en fuego, terminarán en frío y oscuridad.

¿No sería mejor decir: «¡Durará más que nosotros! Aceptémoslo. *Carpe Diem*. ¡Qué importa lo que haya venido antes! ¿Qué importa lo que tenga que venir? ¡Antes y después de nosotros, el diluvio!»? No, el enigma del universo condiciona cada pensamiento. La mente humana quiere descifrarlo a toda costa. Laplace pensaba en ello cuando escribió estas palabras: «Vista desde el Sol, la Luna parece describir una serie de epicicloides, cuyos centros están en la circunferencia del orbe terrestre. De manera similar, la Tierra describe una serie de epicicloides, cuyos centros están en la curva que describe el Sol alrededor del centro de gravedad del grupo de estrellas del que forma parte. Al fin, el propio Sol describe una serie

de epicicloides cuyos centros están en la curva descrita por el centro de gravedad de este grupo alrededor de la del universo».

«¡Del universo!». Eso es mucho decir. Este pretendido centro del universo, con el inmenso cortejo que gravita a su alrededor, es solo un punto imperceptible en el espacio. Laplace estaba sin embargo en el buen camino, y casi tocó la clave del enigma. Solo que estas palabras «del universo» prueban que la tocó sin verla, o al menos sin darse cuenta de ella. Era un ultramatemático. Estaba por completo convencido de una inalterable armonía y solidez de la mecánica celeste. Solidez, gran solidez, así es. Sin embargo, es necesario distinguir entre el universo y un reloj.

Cuando un reloj falla, lo ponemos en hora. Cuando se deteriora, lo reparamos. Cuando se desgasta, lo cambiamos por otro. Pero los cuerpos celestes, ¿quién los repara o los renueva? Estos globos de llamas, tan espléndidos representantes de la materia, ¿gozan del privilegio de la perdurabilidad? No, la materia solo es eterna en sus elementos y en su conjunto. Todas sus formas, humildes o sublimes, son transitorias y perecederas. Las estrellas nacen, brillan, se extinguen y, tal vez sobreviviendo miles de siglos en su esplendor desvanecido, ceden a las leyes de la gravitación como tumbas flotantes. ¡Cuántos billones de estos cadáveres helados se arrastran así en la noche del espacio, esperando la hora de la destrucción, que será al mismo tiempo la de la resurrección!

Porque todos los muertos de la materia vuelven a la vida, cualquiera que sea su condición. Si la noche de la tumba es larga para las estrellas finitas, llega el momento en que su llama se reaviva como un relámpago. En la superficie de los planetas, bajo los rayos solares, la forma que muere se desintegra pronto para devolver a sus elementos una nueva forma. Las metamorfosis se suceden sin interrupción. Pero cuando un sol se apaga, helado, ¿quién le devolverá el calor y la luz? Solo puede renacer como sol. Da vida a miríadas de seres diversos. Solo puede transmitirla a sus hijos a través del matrimonio. ¿Cómo pueden ser las bodas y los partos de estos gigantes de luz?

Cuando, después de millones de siglos, uno de estos inmensos torbellinos de estrellas nacidas y muertas juntas en su gravitación completa su viaje a través de las regiones del espacio abiertas ante él, termina por chocar con otros torbellinos extinguidos que salen a su encuentro. Una contienda furiosa tiene lugar durante incontables años, en un campo de batalla de miles de millones de leguas de extensión. Esta parte del universo no es más que una vasta atmósfera de llamas, surcada sin tregua por el relámpago de las conflagraciones que de un solo golpe volatilizan estrellas y planetas.

Este pandemónium no suspende ni por un momento su obediencia a las leyes de la naturaleza. Los choques sucesivos reducen las masas sólidas al estado de vapores, de inmediato recapturados por la gravitación que las agrupa en nebulosas que giran sobre sí mismas por el impulso del choque, y las lanza a una circulación regular en torno a nuevos centros. Los observadores distantes pueden entonces, a través de sus telescopios, percibir el espectáculo de estas grandes revoluciones, bajo el aspecto de un pálido resplandor atravesado de puntos más luminosos. El resplandor es solo una mancha, pero esta mancha es todo un pueblo de orbes que resucitan.

Cada uno de los recién nacidos experimentará primero su infancia solitaria como nube ardiente y tumultuosa. Más tranquilo con el tiempo, el joven astro irá desprendiendo poco a poco de su seno una familia numerosa pronto enfriada por el aislamiento y que solo vivirá del calor paternal. Este es nuestro sistema planetario, y habitamos una de las hijas menores, seguida solo por una hermana, Venus, y un hermano muy joven, Mercurio, el benjamín.

¿Es así como renacen los mundos? No podría asegurarlo. Quizá las legiones de muertos que colisionan para recobrar la vida sean menos numerosas, y el campo para la resurrección menos vasto. Pero esta es solo una cuestión de números y extensión, no de medios. Nadie puede saber a ciencia cierta cómo se produce el encuentro. Quizá sea solo entre dos grupos de estrellas, o entre dos sistemas en los que cada estrella, con su cortejo, juega el papel de

un planeta, o incluso entre dos centros donde no es más que un modesto satélite, o por fin entre dos zonas que crean un rincón del universo. La única afirmación legítima es esta:

La materia no puede disminuir ni aumentar un átomo. Las estrellas son solo antorchas efímeras. Así, una vez extinguidas, si no resucitan, la noche y la muerte, antes o después, se apoderan del universo. Ahora bien, ¿cómo podrían volver a encenderse, si no es por el movimiento transformado en calor en proporciones gigantescas, es decir por un choque que los volatiliza y los convoca a una nueva existencia? Que nadie objete que, por su transformación en calor, el movimiento se detendría y los orbes quedarían inmovilizados. El movimiento es resultado de la atracción, y la atracción es imperecedera como propiedad permanente de todos los cuerpos. El movimiento renace de repente del propio choque, en nuevas direcciones quizá, pero siempre como efecto de la misma causa, la gravedad.

¿Diría el lector que estos trastornos son un ataque a las leyes de la gravitación? Pero usted no puede saber nada al respecto, y yo tampoco: nuestro único recurso es consultar la analogía. Y ella nos responde: «Desde hace siglos, los meteoritos han caído por millones sobre nuestro globo y, sin duda, sobre los planetas de todos los sistemas estelares. Esta es una grave violación de la atracción tal y como ustedes la entienden. De hecho, es una forma de atracción que no conocen, o mejor dicho, que desprecian, porque se aplica a los asteroides, no a las estrellas. Después de haber gravitado durante miles de años siguiendo todas las reglas, un buen día entraron en la atmósfera, violando la norma, y debido a la fricción del aire transformaron, por su fusión o volatilización, el movimiento en calor. Lo que les pasa a los pequeños puede y debe pasarles a los grandes. Los señores del Observatorio de París creen sin embargo que el cometa dejó caer de forma maliciosa o ilegítima sobre la Tierra los aerolitos que le habían sido encomendados en su paseo por el vacío».

Sí, la gravitación los ha dejado, los está dejando y los dejará caer, del mismo modo que ha hecho, hace y hará chocar viejos pla-

netas y estrellas difuntas, caminando lúgubrementemente en un viejo cementerio, para luego estallar como un ramo de fuegos artificiales y antorchas que brillan iluminando el mundo. Si el método no les convence, busquen uno mejor. Pero cuidado. Las estrellas tienen un solo tiempo y, junto a los planetas, componen toda la materia. Si no resucitan, el universo se acaba. Por lo demás, continuaremos nuestra demostración sobre todos los modos, mayor y menor, sin temor a las repeticiones. El tema merece la pena. No es indiferente saber o ignorar cómo subsiste el universo.

Así, hasta nueva orden que demuestre lo contrario, las estrellas se extinguen por la vejez y se reavivan por un choque. Tal es el modo de transformación de la materia en las individualidades siderales. ¿Por qué otro proceso podrían obedecer a la ley común del cambio y escapar de la inmovilización eterna? Laplace dice: «Existen en el espacio cuerpos oscuros tan considerables y tal vez tan numerosos como las estrellas». Estos cuerpos son simplemente estrellas extintas. ¿Están condenadas a la muerte eterna? ¿Y todas las que ahora están vivas, sin excepción, se unirán a ellas para siempre? ¿Cómo llenar sus huecos?

El origen que Laplace otorga, de forma muy vaga, a las nebulosas estelares es inverosímil. Se trataría de una suma de nebulosidades, de nubes cósmicas volatilizadas, una agregación formada una y otra vez en el espacio. ¿Pero cómo? El espacio es en todas partes lo que vemos: frío y oscuridad. Los sistemas estelares son enormes masas de materia. ¿De dónde salen? ¿Del vacío? Esas nebulosas improvisadas no son aceptables.

En cuanto a la materia caótica, no debería haber reaparecido en el siglo XIX. Nunca ha habido, nunca habrá caos alguno en ninguna parte. La organización del universo es la misma desde toda la eternidad. No ha cambiado en nada, ni se ha relajado por un segundo. No hay caos, siquiera en estos campos de batalla donde miles de millones de estrellas chocan y se encienden durante siglos, para rehacer a los vivos con los muertos. La ley de la atracción

rige estos impresionantes rediseños con tanto rigor como las más pacíficas evoluciones de la luna.

Estos cataclismos son raros en todas las regiones del universo, porque los nacimientos no pueden exceder a las muertes en el estado civil del infinito, y sus habitantes gozan de gran longevidad. El espacio, abierto a sus movimientos, es más que suficiente para su existencia y la hora de la muerte llega mucho antes del final de la travesía. El infinito no está falto de tiempo ni de espacio. Distribuye a sus pueblos en una proporción justa y amplia. Ignoramos el tiempo acordado, pero podemos formarnos una idea del espacio por la distancia de las estrellas, nuestras vecinas.

El intervalo mínimo que nos separa de él son diez mil billones de leguas. Un abismo. ¿No es acaso un camino magnífico y lo bastante espacioso como para caminar por él con total seguridad? Nuestro sol tiene sus flancos asegurados. Su esfera de actividad, sin duda, debe tocar la de las atracciones más cercanas. No hay zonas neutras para la gravitación. Aquí nos faltan datos, ya que solo conocemos nuestro entorno. Sería interesante determinar aquellos de estos centros luminosos cuyas esferas de atracción lindan con la nuestra y disponerlas a su alrededor, como se mete una bola entre otras bolas. Nuestro dominio en el universo quedaría así delimitado. Pero tal cosa es imposible, y si no lo fuera ya se habría hecho. Por desgracia, no podemos viajar a Júpiter o a Saturno para hacer mediciones.

Nuestro sol se mueve. Esto es indiscutible, dado su movimiento de rotación. Circula junto a miles, quizá millones de estrellas que nos envuelven y forman parte de nuestro ejército. Ha estado viajando durante siglos y no sabemos su ruta pasada, presente o futura. El período histórico de la humanidad se remonta seis mil años. Ya en Egipto se observaba el cielo, y excepto por un deslizamiento de las constelaciones zodiacales provocado por un desplazamiento del eje de los equinoccios, no se ha observado ningún cambio en su aspecto. En seis mil años, nuestro sistema podría haber recorrido un largo camino en cualquier dirección.

Seis mil años son, para un caminante mediocre como nuestro globo, una quinta parte del camino a Sirio. Pero no tenemos ni un solo indicio de ello. El acercamiento a la constelación de Hércules sigue siendo una hipótesis. Estamos detenidos, al igual que las estrellas. Y, sin embargo, nos movemos junto a ellas hacia el mismo objetivo. Son nuestras contemporáneas, nuestras compañeras de viaje, y quizá de ahí su aparente inmovilidad: avanzamos juntos. El camino será largo, también su duración hasta que llegue la vejez, luego la muerte y finalmente la resurrección. Pero frente al infinito este tiempo y este camino son poca cosa, siquiera una milésima de segundo. Entre la estrella y lo efímero, la eternidad no distingue. ¿Qué son estos miles de millones de soles que se suceden a través de los siglos y del espacio? Una lluvia de destellos que fecunda el universo.

La renovación de los mundos por el choque y la volatilización de las estrellas se realiza a cada minuto en los campos del infinito. Según se considere el universo o solo una de sus regiones, estas gigantescas conflagraciones son innumerables y raras a la vez. ¿Qué otro medio podría asegurar el mantenimiento de la vida general? Las nebulosas-cometas son fantasmas, las nebulosidades estelares, reunidas no se sabe cómo, quimeras. No hay nada en el espacio excepto las estrellas, pequeñas y grandes, niñas, adultas o muertas. Como niñas son nebulosas volatilizadas; como adultas, son las estrellas y sus planetas; muertas son cadáveres tenebrosos.

El calor, la luz, el movimiento son fuerzas de la materia, no la materia misma. La atracción, que precipita en una carrera incesante tantos billones de globos, no podría añadir un átomo. Pero es la gran fuerza fecundadora, la fuerza inagotable que ninguna extravagancia socava, ya que es propiedad común y permanente de los cuerpos. Es ella quien pone en marcha toda la mecánica celeste y lanza los mundos a sus interminables peregrinaciones. Imprime a las estrellas el movimiento que el choque transforma en calor.

Podría pensarse que estos encuentros de cadáveres siderales que chocan hasta la resurrección son una perturbación del orden.

¡Un problema! Pero, ¿qué pasaría si los viejos soles muertos, con sus hileras de planetas difuntos, continuaran de forma indefinida su cortejo fúnebre, alargado cada noche por nuevos funerales? Todas estas fuentes de luz y de vida que brillan en el firmamento se extinguirían una tras otra, como los faroles de una feria. La noche eterna caería sobre el universo.

Las altas temperaturas iniciales de la materia no pueden tener más fuente que el movimiento, fuerza permanente de la que proceden todas las demás. Esta obra sublime, el florecimiento de un sol, es debida a la fuerza reina. Cualquier otro origen es imposible. Solo la gravitación renueva, dirige y mantiene los mundos por medio del movimiento. Es casi tanto una verdad instintiva como de razonamiento y de experiencia.

Porque observamos lo que ocurre cada día, pero solo de nosotros depende sacar las conclusiones adecuadas. ¿Qué es un aerolito que se enciende y se desvanece al cruzar el aire, sino la pequeña imagen de la creación de un sol por el movimiento transformado en calor? ¿No es esto también un desorden, este corpúsculo desviado de su curso para invadir la atmósfera? ¿Qué tiene eso de normal? Y entre estos enjambres de asteroides, huyendo a toda velocidad planetaria en su órbita, ¿por qué se produce la desviación de uno solo y no la de todos? ¿Dónde está el buen gobierno en todo esto?

No existe ni un solo punto donde no vuelva a estallar la perturbación de esta pretendida armonía, la cual supondría el estancamiento y la rápida descomposición. Las leyes de la gravedad tienen, por millones, estos inesperados corolarios, de los cuales brotan por igual estrellas fugaces o soles. ¿Por qué separarlos de la armonía general? ¡Estos accidentes desagradan, pero hemos nacido de ellos! Son los antagonistas de la muerte, los manantiales siempre abiertos de la vida universal. Es gracias a la quiebra permanente de su buen orden que la gravitación reconstruye y repuebla los globos. El supuesto buen orden los condenaría a desaparecer en la nada.

El universo es eterno, las estrellas son perecederas y, como forman toda la materia, cada una de ellas ha pasado por miles de millones de existencias. La gravedad, por sus choques resucitadores, las divide, las mezcla, las amasa sin cesar, y de tal modo que no hay una sola que no sea un compuesto del polvo de todas las demás. Cada centímetro del suelo que pisamos ha sido parte de todo el universo, pero es un testigo mudo, que no cuenta lo que vio en la eternidad.

El análisis espectral, al revelar la presencia de varios cuerpos simples en las estrellas, solo ha dicho una parte de la verdad. El resto lo va diciendo poco a poco, con el progreso de la experimentación. Aquí conviene realizar dos observaciones importantes. Las densidades de nuestros planetas difieren. Pero la del Sol es su resumen proporcional muy preciso y, por tanto, sigue siendo el fiel representante de la nebulosa primitiva. El mismo fenómeno, sin duda, ocurre en todas las estrellas. Cuando los astros se volatilizan por un encuentro sideral, todas las sustancias se funden en la masa gaseosa que brota del choque. Luego se clasifican con lentitud, de acuerdo con las leyes de la gravedad, por el trabajo de organización de la nebulosa.

En cada sistema estelar, las densidades deben por tanto estar repartidas según el mismo orden, de modo que los planetas se parezcan, no por pertenecer al mismo sol, sino porque su rango es igual en todos los grupos. En efecto, poseen idénticas condiciones de calor, luz y densidad. En cuanto a las estrellas, su constitución es en verdad similar, ya que reproducen las mezclas resultantes de miles de choques y volatilizaciones. Los planetas, por el contrario, se ordenan por la diferencia de las densidades. Ciertamente, la mezcla de elementos estelo-planetarios preparada por el infinito es más completa y lograda que la de sustancias que se vieran sometidas, durante cien años a la manipulación continua de tres generaciones de farmacéuticos.

Pero ya oigo las voces que exclaman: «¿De dónde sacamos el derecho a imaginar este tormento perpetuo en los cielos que devora a las estrellas bajo el pretexto de refundirlas, y que ocasiona una

contradicción tan extraña a la regularidad de la gravitación? ¿Dónde están las pruebas de estos choques, de estas conflagraciones resucitadoras? ¡Los hombres siempre han admirado la majestuosidad imponente de los movimientos celestiales y ahora se quiere reemplazar tan hermoso orden por un desorden permanente! ¿Quién ha percibido alguna vez el más mínimo síntoma de ese bullicio?

»Los astrónomos son unánimes en proclamar la invariabilidad de los fenómenos de atracción. Todo el mundo está de acuerdo en que es una garantía absoluta de estabilidad y seguridad, y aquí surgen teorías que pretenden erigirlo en instrumento de cataclismos. Siglos de experiencia y testimonio universal rechazan rotundamente tales alucinaciones.

»Los cambios observados hasta ahora en las estrellas son solo irregularidades, casi todas periódicas, y por lo tanto excluyen la idea de catástrofe. La estrella de la constelación Casiopea en 1572, la de Kepler en 1604, solo brillaron de forma temporal, circunstancia que es irreconciliable con la hipótesis de la volatilización. El universo parece muy tranquilo y sigue su camino en silencio. Desde hace cinco o seis mil años, la humanidad ha observado el cielo, y no ha encontrado ningún problema serio. Los cometas solo han causado miedo, pero ningún daño. ¡Seis mil años no es poca cosa! Tampoco el alcance del telescopio. Ni el tiempo ni el espacio nos han mostrado nada. Esas perturbaciones gigantescas no son más que sueños».

Es cierto que no hemos visto nada, pero porque no podemos ver nada. Aunque frecuentes en el espacio, estas escenas ocurren sin público. Las observaciones hechas sobre las estrellas luminosas conciernen solo a las estrellas de nuestra provincia celeste, contemporáneas y compañeras del Sol, asociadas por consiguiente a su destino. No se puede deducir la monótona tranquilidad del universo a partir de la calma de nuestro entorno. Las conflagraciones renovadoras nunca tienen testigos. Si las vemos, es al final de un telescopio que las muestra bajo el aspecto de un destello casi imperceptible. El

telescopio muestra miles de ellas. Cuando nuestra provincia vuelva a ser escenario de estos dramas, ya no habrá nadie para verlas.

Los incidentes de Casiopea en 1572 y de la estrella de Kepler en 1604 son solo fenómenos secundarios. Somos libres de atribuirlos a una erupción de hidrógeno, o a la aparición de un cometa, que habría caído sobre la estrella como un vaso de aceite o alcohol en una hoguera, provocando una explosión de llamas efímeras. En este último caso, los cometas serían un gas combustible. ¿Quién lo sabe y a quién le importa? Newton creía que alimentaban al Sol. ¿Queremos generalizar la hipótesis y considerar a estos viejos errantes como el alimento de las estrellas? En cualquier caso, serían incapaces de encender o volver a encender estas antorchas del mundo.

Queda todavía el problema del nacimiento y la muerte de las estrellas luminosas. ¿Quién puede encenderlas? Y cuando dejan de brillar, ¿qué ocupa su lugar? No se puede crear un átomo de materia, y si las estrellas muertas no se reavivan, el universo se extingue. Debemos superar el dilema «la resurrección de las estrellas, o la muerte universal...». Es la tercera vez que lo repito. El mundo sidereal está vivo, muy vivo, y dado que cada estrella solo posee la duración de un destello en la duración general de la vida, todas las estrellas han terminado y comenzado de nuevo miles de veces. Ya he expuesto cómo. La idea de la colisión entre globos que atraviesan el espacio con la violencia de un rayo nos parece extraordinaria. Pero no hay nada asombroso en ello. Porque al fin y al cabo, estos globos se cruzan todo el tiempo y solo evitan el choque por poco. Y no siempre se puede evitar. Quien lo busca, lo encuentra.

De todo lo anterior, podemos concluir que el universo tiene una unidad de composición, lo que no significa «una unidad de sustancia». Los sesenta y cuatro... digamos cien cuerpos simples que forman nuestra Tierra, componen por igual todos los globos sin distinción, menos los cometas que siguen siendo un mito indescifrable, y que por otra parte tampoco son globos. Por lo tanto, la naturaleza muestra poca variedad en sus materiales. Es cierto que sabe apro-

vecharlos, y cuando la observamos crear fuego, agua, vapor, hielo, a partir de dos cuerpos simples como el hidrógeno y el oxígeno, nos embarga el asombro. La química conoce bien este fenómeno, aunque está lejos de saberlo todo. No obstante, y pesar de su gran poder, cien elementos son un margen estrecho cuando la obra es infinita. Vayamos a los hechos.

Todos los cuerpos celestes, sin excepción, tienen el mismo origen, el destello del fuego provocado por una colisión. Cada estrella es un sistema solar, procedente de una nebulosa que se volatilizó en el encuentro. Es el centro de un grupo de planetas ya formados o en proceso de formación. El papel de la estrella es sencillo: un foco de luz y calor que se ilumina, brilla y se apaga. Consolidados por el enfriamiento, los planetas son los únicos que poseen el privilegio de la vida orgánica, que se nutre del calor y la luz del foco y se extingue con él. La composición y el mecanismo de todas las estrellas es idéntico. Solo varía el volumen, la forma y la densidad. Todo el universo está instalado, camina y vive en este plano, que es por completo uniforme.

VII. ANÁLISIS Y SÍNTESIS DEL UNIVERSO

Entramos aquí en la oscuridad del lenguaje, porque llegamos a la cuestión más compleja. No se describe el infinito con la palabra. Por lo tanto, se excusará la repetición de un mismo pensamiento. La necesidad es la excusa de la reiteración.

El primer inconveniente surge del encuentro con una aritmética muy rica en números pero por desgracia bastante ridícula en formas. Trillones, cuatrillones, sextillones, etc., resultan grotescos y, además, dicen menos a la mayoría de los lectores que una palabra vulgar a la que se está acostumbrado y que es la expresión por excelencia de las grandes cantidades: millón. En astronomía,

sin embargo, esta palabra es pequeña, y en términos de infinito es casi cero. Por desgracia, es justo en relación con el infinito cuando adquiere prestigio, pero miente, ya que se trata solo de lo *indefinido*. En las páginas siguientes, las cifras, único lenguaje disponible, son inexactas o carecen de sentido. No es culpa suya ni mía, sino del sujeto. La aritmética no le sirve.

La naturaleza dispone, pues, de cien cuerpos simples para forjar todas sus obras y fundirlas en un molde uniforme: «el sistema estelar-planetario». Tener que construir sistemas estelares y no disponer más que de un centenar de *cuerpos simples* por todo material, supone mucho trabajo para tan pocas herramientas. En verdad, con un plan tan monótono y con tan poca variedad de elementos, no es fácil crear *diferentes* combinaciones que basten para poblar el infinito. El recurso a la *repetición* se vuelve indispensable.

Se afirma que la naturaleza nunca se repite y que no hay dos hombres ni dos hojas iguales. Esto es posible, en el mejor de los casos, entre los hombres de nuestra tierra, cuyo número total, que es bastante reducido, está dividido en varias razas. Pero hay miles de hojas de roble exactamente iguales, y millones de granos de arena.

Sin duda los cien *cuerpos simples* pueden proporcionar un número aterrador de combinaciones estelo-planetarias *diferentes*. Las x y las y apenas servirían para hacer el cálculo. En resumen, este número ni siquiera es indefinido, es finito. Tiene un límite fijo. Una vez alcanzado, no puede ir más allá. Este límite se convierte en el del universo, que por tanto ya no es infinito. Los cuerpos celestes, a pesar de su increíble multitud, solo ocupan un punto en el espacio. ¿Es esto posible? La materia es eterna. No se puede concebir un solo momento en que no se haya constituido en globos regulares, sometidos a las leyes de la gravitación, ¡y este privilegio sería el atributo de ciertos desechos perdidos en el vacío! ¡Una medida en el infinito! Esto es absurdo. Nosotros defendemos la infinitud del universo como consecuencia de la infinitud del espacio.

La naturaleza no está sujeta a lo imposible. La uniformidad de su método, visible en todas partes, desmiente la hipótesis de creaciones *infinitas* y en exclusiva *originales*. Su número está limitado por el número muy finito de cuerpos simples. Son, por así decirlo, *combinaciones-tipo*, cuyas *repeticiones* sin fin llenan el espacio. *Diferente, diferenciados, distinto, primordial, original, especial*, todas estas palabras, que expresan la misma idea, son para nosotros sinónimos de *combinación-tipo*. La determinación de su número pertenecería al álgebra si, en este caso, el problema no permaneciera indeterminado, es decir, insoluble por falta de datos. Pero esta indeterminación no puede equivaler ni concluir en el infinito. La cantidad de cada uno de estos *cuerpos simples* es sin duda infinita, ya que ellos solos forman toda la materia. Pero lo que no es infinita es la variedad de estos elementos, que no supera el centenar. Si fueran mil, y no lo son, el número de *combinaciones-tipos* aumentaría hasta lo fabuloso, pero al no poder alcanzar el infinito, seguirían siendo insignificantes ante él. Por tanto, podemos considerar probada su impotencia para poblar la extensión con *tipos originales*.

Queda demostrado que el universo tiene como unidad orgánica el grupo *estelo-planetario*, o solo *estelar*, o *planetario*, o incluso *solar*, cuatro nombres por igual apropiados y con el mismo significado. Está formado en su totalidad por una serie infinita de estos sistemas, todos ellos originados por una nebulosa volátil, que se condensó en un sol y unos planetas. Estos últimos cuerpos, sucesivamente enfriados, circulan alrededor del fuego central que la enormidad de su volumen mantiene encendido. Por tanto, deben moverse dentro del límite de atracción de su sol y no pueden sobrepasar la circunferencia de la nebulosa primitiva que los generó. Su número es así muy limitado. Depende del tamaño original de la nebulosa. En nuestro caso, son nueve: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, el planeta abortado aún presente en sus fragmentos, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Sumamos la docena añadiendo tres incógnitas. Su sepa-

ración llega tan lejos que resulta difícil ampliar hasta tal punto los límites de nuestro grupo.

Los demás sistemas estelares varían sin duda en tamaño, pero en proporciones muy restringidas por las leyes del equilibrio. Se supone que Sirio es ciento cincuenta veces mayor que nuestro sol. ¿Qué sabemos al respecto? Hasta ahora, son solo cálculos probabilísticos, sin valor. Además, como el telescopio no amplía las estrellas, el ojo es el único que puede apreciarlas y solo puede estimar las apariencias que dependen de diversas causas. Por lo tanto, ¿en base a qué sería posible asignarles distintos tamaños, o incluso tamaño alguno? Son soles, eso es todo. Si el nuestro gobierna un máximo de doce cuerpos celestes, ¿por qué sus colegas deberían tener reinos mucho más grandes? «¿Por qué no?», se podría responder. De hecho, la respuesta vale la pregunta. Concedámoslo, entonces. Las causas de la diversidad siguen siendo bastante débiles. ¿En qué consisten? La principal reside en las desigualdades de volumen de las nebulosas, que conducen a las correspondientes desigualdades en el tamaño y número de los planetas a los que dan lugar. Luego vienen las desigualdades de choque que modifican las velocidades de rotación y traslación, el achatamiento de los polos, las inclinaciones del eje sobre la eclíptica, etc., etc.

Digamos también las causas de la similitud. Formación y mecanismo idénticos: una estrella, condensada de una nebulosa y centro de varias órbitas planetarias, escalonadas a diversos intervalos, es el fundamento común. Además, el análisis espectral revela la unidad de composición de los cuerpos celestes. Los mismos elementos íntimos en todas partes. El universo no es más que un conjunto de familias unidas de alguna manera por la carne y la sangre. El mismo material, clasificado y organizado según el mismo método, en el mismo orden. Idénticos antecedentes y gobierno. Esto parece limitar las disimilitudes y abrir la puerta de par en par a las coincidencias. Sin embargo, repitamos, de estos datos pueden surgir *diferentes* combinaciones de sistemas planetarios en un número inimaginable.

ble. ¿Estos números llegan hasta el infinito? No, porque todos están formados a partir de la pequeña cantidad de cien *cuerpos simples*.

El infinito es una cuestión de geometría y no tiene nada que ver con el álgebra. A veces el álgebra puede ser un juego, pero la geometría nunca. El álgebra busca a ciegas, como un topo, y solo encuentra un resultado al final de esta carrera a tientas, que a menudo es una bella fórmula, a veces una mistificación. La geometría nunca entra en las sombras, mantiene nuestra mirada fija en las tres dimensiones que no admiten sofismas ni juegos de manos. Nos dice: mirad estos miles de globos, un pequeño rincón del universo, y recordad su historia. Una conflagración lo ha sacado del seno de la muerte y lo ha lanzado al espacio en inmensas nebulosas, origen de una nueva Vía Láctea. Por una de ellas, conoceremos el destino de todas.

El choque resucitador confundió y volatilizó todos los *cuerpos simples* de la nebulosa. La condensación los separó de nuevo y los clasificó según las leyes de la gravedad, tanto en cada planeta como en conjunto. Las partes ligeras predominan en los planetas excéntricos, las partes densas en los centrales. De ahí la proporción de los *cuerpos simples*, e incluso el volumen total de los globos, tendencia necesaria a la semejanza entre los planetas del mismo rango en todos los sistemas estelares. Magnitud y ligereza progresivas, desde el centro a los bordes; pequeñez y densidad cada vez más pronunciadas, desde los bordes al centro. La conclusión ya se deja intuir. La uniformidad del modo de creación de los astros y la comunidad de sus elementos implica algo más que un parecido fraternal entre ellos. Estas similitudes crecientes en la constitución deben conducir a la frecuencia de la identidad. Los dobles se vuelven sosias.

Tal es nuestro punto de partida para afirmar la limitación de las combinaciones *diferenciadas* de la materia y, en consecuencia, su insuficiencia para sembrar los campos del espacio con cuerpos celestes. Estas combinaciones, a pesar de su multitud, tienen su fin y, por tanto, deben *repetirse* para llegar al infinito. La naturaleza hace miles de millones de copias de cada una de sus obras. En la

textura de las estrellas, la similitud y la repetición son la regla, la diferencia y la variedad son la excepción.

¿Cómo pueden formularse estas ideas de número si no es mediante cifras, sus únicos intérpretes? Ahora bien, estos intérpretes inevitables son aquí infieles o impotentes: infieles porque se trata de *combinaciones-tipo* de la materia cuyo número es limitado; e impotentes y vacíos en cuanto se consideran las *infinitas repeticiones* de estas combinaciones. En el primer caso, el de las combinaciones originales o típicas, las cifras serán arbitrarias, vagas, tomadas al azar, sin valor siquiera aproximado. Mil, cien mil, un millón, un trillón, etc., siempre suponen un error, pero solo en más o en menos. En el segundo caso, por el contrario, el de las *repeticiones infinitas*, cualquier número se convierte en un absoluto sinsentido, ya que pretende expresar lo inexpressable.

De hecho, no se puede hablar de números reales: para nosotros solo son una forma de hablar. Solo hay dos elementos, *finito* e *infinito*. Nuestra tesis sostiene que los cien *cuerpos simples* no pueden prestarse a la formación de *infinitas combinaciones originales*. Por tanto, solo habrá una lucha entre lo *finito* representado por cifras indeterminadas y el *infinito* representado por una cifra convencional.

Los cuerpos celestes se clasifican así como *originales* y *copias*. Los *originales* son todos los globos que forman un *tipo especial*. Las *copias* son las *repeticiones*, *ejemplares* o *ensayos* de este tipo. El número de *tipos originales* es limitado, el número de *copias* o repeticiones, infinito. Es a través de ellos que el infinito se constituye. Cada tipo tiene detrás un ejército de sosias cuyo número es ilimitado.

Para la primera clase o categoría, la de los *tipos*, los distintos números, tomados a voluntad, no pueden tener ni tendrán ninguna exactitud; solo significan una *gran cantidad*. Para la segunda clase, es decir, las *copias*, *repeticiones*, *ejemplares*, *ensayos* (palabras todas sinónimas), se utilizará solo el término *millón*; queriendo significar *infinito*.

Muchos creen que las estrellas son infinitas en número y que todas reproducen un mismo tipo. Admitamos por un momento

que todos los sistemas estelares, materiales y personales son una copia absoluta del nuestro, planeta a planeta, sin un ápice de diferencia. Solo esta colección de *copias* sería infinita. Solo habría un tipo para todo el universo. Por supuesto, esto no es correcto. El número de *combinaciones-tipo* es incalculable aunque *finito*.

A tenor de los hechos y razonamientos expuestos con anterioridad, nuestra tesis afirma que la materia no puede alcanzar el *infinito* por medio de la *diversidad* de combinaciones siderales. Si los elementos a su disposición fueran en sí mismos de una variedad infinita, si hubiéramos podido convencernos de que las estrellas lejanas no tienen nada en común con nuestra Tierra en su composición, y que en todas partes la naturaleza trabaja con lo desconocido, podríamos haber concedido la existencia de este infinito sin problemas. Ya hace treinta años nosotros creíamos que, debido a la infinitud de los cuerpos celestes, debían existir miles de ejemplares de nuestro planeta. Sin embargo, esta opinión se basaba solo en el instinto y se apoyaba en el dato de que el universo es *infinito*. El análisis espectral ha cambiado por completo la situación y ha abierto las puertas a la realidad que surge de él.

La ilusión de las estructuras fantásticas ha caído. No hay más materia que el centenar de cuerpos simples, dos tercios de los cuales ya están catalogados. Es con este escaso surtido que el universo debe hacerse y rehacerse sin cesar. El señor Haussmann reconstruyó París con menos. No es precisamente la variedad lo que brilla en sus edificios. La naturaleza, que también demuele para reconstruir, tiene un poco más de éxito en su arquitectura. Sabe hacer un uso tan rico de su pobreza que uno duda antes de asignar un límite a la originalidad de sus obras.

Acotemos el problema. Supongamos que todos los sistemas estelares tienen la misma antigüedad, por ejemplo mil billones de años. Imaginemos también que empiezan y terminan juntos, en el mismo momento. Sabemos que todos estos grupos, en cierto modo de la misma sangre, la misma carne, la misma estructura ósea, se

desarrollan también según el mismo método. En los distintos sistemas, los planetas se disponen de forma simétrica, según la intimidad de su parecido, y estas similitudes los empujan hacia la identidad. ¿Podrán cien cuerpos simples, materiales únicos y comunes de un conjunto fundamentalmente unido, proporcionar una combinación *diferente y especial* para cada globo, es decir, un número infinito de *originales distintos*? En verdad no, ya que las diferencias de todo tipo que hacen variar las combinaciones dependen de un número muy pequeño, *cien*. Los astros *diferenciados*, o *tipos*, se reducen, pues, a un número limitado, y la infinidad de globos solo puede surgir de la infinidad de *repeticiones*.

De esta forma, las combinaciones originales se agotan sin haber podido llegar al infinito. En una provincia del espacio circulan miríadas de sistemas estelares diferentes, pues solo pueden poblar una parte. ¿Se quedará la materia en ese punto y aparecerá como un punto en el cielo? ¿O se conformará con mil, diez mil, cien mil puntos que ampliarán su escaso dominio en una cantidad insignificante? No, su vocación, su ley, es el infinito. No se dejará abrumar por el vacío. El espacio no se convertirá en su calabozo. Sabrá invadirlo para llenarlo de vida. ¿Por qué, por otra parte, el infinito no ha de ser patrimonio universal, propiedad tanto de lo más pequeño como del gran Todo?

Tal es en efecto la verdad que se desprende de estos vastos problemas. Dejemos ahora de lado la hipótesis que ha permitido la demostración. Por supuesto los sistemas planetarios no evolucionan todos al mismo ritmo. Nada más lejos de la realidad: sus edades se entretajan y entrelazan en todas las direcciones y en cada momento, desde el ardiente nacimiento de la nebulosa hasta la muerte de la estrella, para llegar al choque que la resucita.

Dejemos de lado por un momento los sistemas estelares *originales* para ocuparnos más en concreto de la Tierra. La relacionaremos con uno de ellos, con nuestro sistema solar, del que forma parte y que rige su destino. Es comprensible que, en nuestra tesis,

el hombre, no más que los animales y las cosas, no tenga ningún poder sobre el infinito. Por sí mismo, es efímero. Es el globo del que es hijo el que le hace participar de su posibilidad de infinitud en el tiempo y el espacio. Cada uno de nuestros sosias es hijo de una tierra, a su vez sosias de la Tierra actual. Somos parte de la copia. La Tierra-sosias reproduce con exactitud todo lo que hay en la nuestra y, en consecuencia, cada individuo con su familia, su casa cuando la tiene y todos los acontecimientos de su vida. Es un duplicado de nuestro globo, contenedor y contenido. No falta nada.

Los sistemas estelares escalonan sus planetas alrededor del sol en un orden regulado por las leyes de la gravedad, que asigna así, en cada grupo, un lugar simétrico a creaciones análogas. La Tierra es el tercer planeta desde el Sol, y este rango provoca sin duda las condiciones particulares de tamaño, densidad, atmósfera, etc. Millones de sistemas estelares son en verdad similares al nuestro en el número y la disposición de sus estrellas. Porque el desfile está dispuesto de forma estricta según las leyes de la gravitación. En cada grupo de entre ocho a doce planetas, es probable que el tercero no difiera mucho de la Tierra. En primer lugar, la distancia al Sol es la condición esencial que proporciona identidad de calor y luz. El volumen y la masa, la inclinación del eje sobre la eclíptica pueden variar, pero si la nebulosa fuera aproximadamente equivalente a la nuestra, hay muchas razones para creer que el desarrollo siga el mismo camino.

Supongamos sin embargo que hay diferencias que limitan la similitud a una simple analogía. Contaremos miles de millones de estas tierras antes de encontrar un parecido completo. Todos estos globos tendrán, como nosotros, planicies, flora, fauna, mares, una atmósfera y hombres. Pero la duración de los períodos geológicos, la distribución de las aguas, los continentes, las islas, las razas animales y humanas ofrecerán innumerables variedades. Sigamos.

Por fin nace una tierra con nuestra humanidad, que despliega sus razas, sus migraciones, sus luchas, sus imperios, sus catástro-

fes. Todos estos acontecimientos cambiarán su destino, lanzándolo por caminos que no son los de nuestro globo. Cada minuto, cada segundo, se ofrecen miles de direcciones diferentes a esta raza humana. Si elige uno, abandona los otros para siempre. ¡Cuántas desviaciones a la derecha y a la izquierda modifican a los individuos y a la historia! Se separan de nuestro pasado y de un modo u otro recorren su propio camino para convertirse en mundos.

Sin embargo, estamos llegando. Aquí hay una copia completa, cosas y personas. Ni una roca, ni un árbol, ni un arroyo, ni un animal, ni un hombre, ni un incidente que no haya encontrado su lugar y su minuto en el duplicado. Es una verdadera Tierra-sosias... al menos hasta hoy. Porque mañana, los acontecimientos y las personas continuarán su marcha. A partir de ahora, se abre lo desconocido para nosotros. El futuro de nuestra Tierra, al igual que su pasado, cambiará su curso un millón de veces. El pasado es un hecho consumado; es nuestro. El futuro solo se cerrará con la muerte del globo. Hasta entonces, cada segundo traerá su bifurcación, el camino que tomaremos y el que podríamos haber tomado. Sea cual sea, el camino que completará la propia existencia del planeta hasta su último día ya ha sido recorrido miles de millones de veces. Tan solo es una copia impresa de antemano en el tiempo.

Los acontecimientos por sí solos no crean variantes humanas. ¿Qué hombre no se encuentra a veces en presencia de dos caminos? El que se aleja le llevaría a una vida muy diferente, aunque conservaría su individualidad. Uno lleva a la miseria, a la vergüenza, a la servidumbre. El otro le conduce a la gloria, a la libertad. Aquí una mujer encantadora y la felicidad; allí la furia y la desolación. Hablo por los dos sexos. Uno escoge al azar o por elección, y es indiferente, ya que no se puede escapar a la fatalidad. Pero la fatalidad no tiene asidero en el infinito, que no desconoce ninguna alternativa y tiene espacio para todo. Existe una tierra en la que el hombre sigue el camino despreciado en otra por su doble. Su existencia se divide, cada una en su globo, y luego se bifurca una segunda vez, una tercera,

mil veces. Así, tiene sosias completos e innumerables variaciones, que siempre se multiplican y representan su persona, pero que solo asumen retazos de su destino. Todo lo que uno habría podido ser aquí en la Tierra, lo es en otro lugar. Además de toda la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, que se vive en muchas otras tierras, se viven diez mil ediciones diferentes a esta en otras tantas.

Los grandes acontecimientos de nuestro planeta tienen su contrapeso, sobre todo cuando el destino ha intervenido en ellos. Los ingleses pueden haber perdido la batalla de Waterloo muchas veces en globos en los que su oponente no cometió el error de Grouchy. Del mismo modo, Bonaparte no siempre obtiene la victoria de Marengo, que en este caso fue cuestión de suerte.

Oigo clamores: «¡Eh! ¡Qué locura sacada de un manicomio nos plantea! ¡Millones de tierras análogas! ¡Más varios millones de tierras parecidas! ¡Cientos de millones para la estupidez y los crímenes de la humanidad! ¡Miles de millones de caprichos individuales! Cada uno de nuestros estados de ánimo, buenos o malos, tendrá un globo terráqueo a su disposición. ¡Las encrucijadas del cielo están abarrotadas de nuestros dobles!».

No. Estos suplentes no se amontonan en ningún sitio. Incluso son muy raros, aunque se cuentan por miles de millones, es decir, son innumerables. Nuestros telescopios, que tienen un campo bastante grande que cubrir, no podrían descubrir, aunque fuera visible, una sola edición de nuestro planeta. Habría que cruzar quizá mil o cien mil veces este intervalo antes de estar en disposición de tener uno de estos encuentros. Entre mil millones de sistemas estelares, ¿quién puede decir si encontraríamos una sola reproducción de nuestro grupo o de alguno de sus miembros? Y sin embargo, el número es infinito. Decíamos al principio: «Si cada palabra fuera el indicio de las distancias más aterradoras, se podría hablar durante billones de billones de siglos, a una palabra por segundo, para expresar tan solo una ínfima parte del infinito».

Este pensamiento encuentra aquí su aplicación. Como *tipos especiales*, cada uno con una sola copia, las miríadas de tierras con alguna *diferencia* serían solo un punto en el espacio. Cada una de ellas debe repetirse *al infinito*, antes de que sea relevante. La Tierra, copia exacta de la nuestra desde el día de su nacimiento hasta el día de su muerte y resurrección, existe en miles de millones de *copias*, por cada segundo de su duración. Este es su destino como *repetición* de una combinación original, y todas las *repeticiones* de otros *tipos* lo comparten.

El anuncio de un duplicado de nuestro hogar, con todos sus huéspedes sin distinción, desde el grano de arena hasta el emperador de Alemania, puede parecer una osadía un poco fantástica, sobre todo cuando se trata de duplicados que existen por miles de millones. El autor, por supuesto, encuentra sus razones excelentes, puesto que ya las ha expuesto cinco o seis veces, sin perjuicio del futuro. Le parece difícil que la naturaleza, realizando la misma tarea con los mismos materiales y sobre el mismo patrón, no se vea obligada a fundir a menudo en el mismo molde. Más bien habría que sorprenderse de lo contrario.

En cuanto a la profusión de ejemplares, no hay por qué enfadarse con el infinito. Él es rico. Por muy insaciable que uno sea, tiene más que cualquier demanda, que todos los sueños. Además, esta lluvia de *dobles* no llueve sobre un solo lugar. Se dispersa por campos inconmensurables. Poco nos importa que nuestros socios sean nuestros vecinos. Si estuvieran en la Luna, la conversación no sería más cómoda, ni sería más fácil conocerlos. Resulta incluso agradable saber que uno está allí lejos, en el quinto pino, leyendo el periódico en zapatillas o presenciando la batalla de Valmy, que se libra en este mismo momento en miles de repúblicas francesas.

¿Creéis que en el otro extremo del infinito, en alguna tierra compasiva, el príncipe real, al llegar demasiado tarde a Sadowa, permitió que el desafortunado Benedeck ganara su batalla? Pues aquí está Pompeyo que acaba de perder la batalla de Farsalia. ¡Pobre hombre! Va a buscar consuelo en Alejandría, junto a su buen amigo el rey

Ptolomeo... César se va a reír a gusto... ¡Pero, eh, acaba de recibir sus veintidós puñaladas en el Senado...! ¡Bah! Es su ración de costumbre desde el no-comienzo del mundo, y la recibe con imperturbable filosofía. Sus sosias no le avisan. ¡Y eso es lo terrible! Uno no puede advertirse a sí mismo. Si uno pudiera transmitir la historia de la propia vida a los dobles que posee en el espacio, añadiendo algunos buenos consejos, se ahorrarían muchas tonterías y penas.

Esto, a pesar de la broma, es un asunto muy serio. No se trata de antileones, ni de antitigres, ni de ojos al final de la cola. Se trata de matemáticas y de hechos positivos. Desafío a la naturaleza a hacer miles de millones de sistemas solares al día, desde que se creó el mundo, que no sean copias serviles del nuestro. Le permito agotar el cálculo de probabilidades, sin fallar una. Cuando llegue al final de su tarea, la devuelvo al infinito, y le pido que lo alcance, es decir, que lleve a cabo duplicados interminables. No pretendo esgrimir como motivo la belleza de las copias, que sería una gran pena no multiplicar hasta la saciedad. Por el contrario, me parece insano y bárbaro envenenar el espacio con un montón de planetas malolientes.

Por otra parte, estas observaciones son innecesarias. La naturaleza no conoce ni practica la moral al actuar. Lo que hace, no lo hace a propósito. En su trabajo mezcla, destruye, crea, transforma. El resto no es de su incumbencia. Con los ojos cerrados, aplica el cálculo de probabilidades mejor de lo que cualquier matemático puede explicar con los ojos abiertos. Ni una sola variante se le escapa, ni una sola circunstancia se queda en el bombo. Saca todos los números. Cuando no queda nada, abre la caja de las repeticiones, ese barril sin fondo que, a diferencia del tonel de las Danaides, nunca se vacía.

Así procede la materia, ya que es materia y no nació ayer. Trabajando en un plano uniforme, con un centenar de cuerpos simples que nunca disminuyen ni aumentan en un átomo, solo puede *repetir* sin fin cierto número de combinaciones *diferentes*, que por esta razón se llaman *primordiales*, *originales*, etc. Los sistemas estelares surgen de este trabajo.

Por el hecho mismo de existir, todo astro ha existido y existirá siempre, no en su personalidad actual, temporal y perecedera, sino en una serie infinita de personalidades similares que se reproducen a lo largo de los siglos. Pertenecce a una de las combinaciones *originales*, permitidas por las diversas disposiciones de los cien cuerpos simples. Idéntica a sus encarnaciones anteriores, y situada en las mismas condiciones, vive y vivirá exactamente la misma vida de conjunto y en detalle que sus anteriores avatares.

Todos los astros son repeticiones de una combinación *original* o *tipo*. No se pueden formar nuevos *tipos*. El número de tipos se agota obligatoriamente a partir del origen de las cosas, e incluso aunque estas no tuvieran ningún origen. Esto significa que existe un número fijo de combinaciones *originales* desde toda la eternidad, y que este no es más susceptible de aumentar o disminuir que la materia. Es y seguirá siendo el mismo hasta el final de las cosas que no pueden terminar ni comenzar. Hablamos de la eternidad de *tipos* actuales tanto en el pasado como en el futuro, y no existe ni un astro que no sea un tipo repetido hasta el infinito, en el tiempo y en el espacio. Tal es la realidad.

Nuestra Tierra, así como los demás cuerpos celestes, es la *repetición* de una combinación *primordial*, que siempre se reproduce, y que existe de forma simultánea en millones de ejemplares idénticos. Cada ejemplar, a su vez, nace, vive y muere. Millones de ellos nacen y mueren a cada segundo que pasa. En cada uno todas las cosas materiales, todos los seres organizados, se suceden en el mismo orden, en el mismo lugar, en el mismo minuto que se suceden en las otras tierras, sus semejantes. En consecuencia, todas las cosas que se hicieron o se harán en nuestro globo, antes de su muerte, se hacen exactamente igual en los miles de millones de sus iguales. Y así como ocurre en todos los sistemas estelares, todo el universo es la reproducción constante e interminable, siempre cambiante y siempre la misma, de una materia y unos seres.

¿La identidad de dos planetas supone la identidad de sus sistemas solares? En verdad, la de los dos soles es de absoluta necesidad, a no ser que se produzca un cambio en las condiciones de existencia que lleve a los dos astros a destinos diferentes a pesar de su identidad original, lo cual es poco probable. Pero en los dos grupos estelares, ¿la similitud completa también es de rigor para todos los orbes, según su número de orden? ¿Debería haber un doble Mercurio, un doble Marte, un doble Neptuno, etc.? Esta cuestión es insoluble debido a la falta de datos.

Sin duda estos cuerpos sufren su influencia recíproca, y la ausencia de Júpiter, por ejemplo, o su reducción a una décima parte, sería una causa importante de alteración para sus vecinos. Sin embargo, la distancia atenúa estas causas y puede incluso anularlas. Por otra parte, el Sol reina solo, como luz y calor, y cuando se considera que su masa está en proporción de 741 a 1 a la de su entorno planetario, parece que este enorme poder de atracción debiera aniquilar toda rivalidad. Sin embargo, esto no es así. Los planetas ejercen también sobre la Tierra una acción del todo probada.

La cuestión, además, no afecta a nuestra tesis. Si es posible que la identidad exista entre dos tierras, sin que también se reproduzca entre los otros planetas correlativos, esto se hace sin problemas, porque la naturaleza no se equivoca al hacer combinaciones. En el caso contrario, no importa. Admitamos que la condición *sine qua non* de las tierras parecidas es que requieren sistemas solares parecidos. El resultado no es otro que la existencia de millones de grupos estelares en los que nuestro globo, en lugar de parecerse, tiene dobles de diversos grados, combinaciones *originales*, repetidas hasta el infinito, al igual que todos los demás.

De hecho, los sistemas solares por completo idénticos y en número infinito se adaptan con facilidad al programa original. Constituyen un *tipo original*. Allí, todos los planetas correspondientes según su escalafón, ofrecen la más irreprochable identidad. Mercurio es el semeiante de Mercurio, Venus de Venus, la Tierra de la

Tierra, etc. Estos sistemas están repartidos en el espacio por miles de millones, como *repeticiones* de un *tipo*.

Entre las combinaciones *diferenciadas*, ¿hay alguna cuyas diferencias se produzcan en globos que sean idénticos en el momento de su nacimiento? Aquí debemos precisar. Estas mutaciones son poco admisibles como obras espontáneas de la propia materia. El momento inicial de una estrella determina toda la serie de sus transformaciones materiales. La naturaleza solo tiene leyes inflexibles e inmutables. Mientras ellas gobiernen, todo sigue un curso fijo y fatal. Pero las variaciones comienzan con los seres animados que poseen voluntades, es decir, caprichos. En cuanto los humanos intervienen, la fantasía interviene con ellos. No es que puedan hacer mucho por el planeta. Sus esfuerzos más gigantescos no mueven una colina, lo que no impide que se hagan pasar por conquistadores y caigan en éxtasis ante su genio y poder. La materia no tarda en barrer los trabajos de estos mirmidones. Buscad esas famosas ciudades, Nínive, Babilonia, Tebas, Menfis, Persépolis, Palmira, en las que millones de habitantes pululaban con su orgullosa actividad. ¿Qué queda de ellas? Ni siquiera los escombros. La hierba o la arena cubren sus tumbas. Si se descuidan las obras humanas por un momento, la naturaleza comienza a demolerlas sin ruido; y si nos demoramos un poco más, la encontramos floreciendo de nuevo sobre sus escombros.

Los hombres perturban poco la materia, pero como contrapartida se perturban mucho a sí mismos. Sus turbulencias nunca trastornan de forma grave el curso natural de los fenómenos físicos, pero sí a la humanidad. Por lo tanto, es necesario prever esta influencia subversiva que cambia el curso de los destinos individuales, destruye o modifica las razas animales, desgarrar las naciones y derriba los imperios. Por supuesto, estas brutalidades se llevan a cabo sin ni siquiera arañar la epidermis de la tierra. La desaparición de los perturbadores no dejaría ningún rastro de su

supuesta presencia soberana y bastaría para devolver a la naturaleza su virginidad apenas desflorada.

Es entre ellos mismos que los hombres se hacen víctimas y provocan inmensos cambios. En el correr de las pasiones y los intereses en lucha, su especie se agita con más violencia que el océano bajo la tormenta. ¡Qué diferentes desarrollos de las humanidades que, sin embargo, comenzaron su camino desde el mismo punto, debido a la igualdad de las condiciones materiales de sus planetas! Si consideramos la movilidad de los individuos, los mil problemas que desvían una y otra vez su existencia, llegaremos sin dificultad a sextillones de sextillones de variantes en la raza humana. Pero una sola combinación *original* de materia, la de nuestro sistema planetario, proporciona, por *repeticiones*, miles de millones de tierras, que proporcionan sosias a los sextillones de humanidades diversas, surgidas de las efervescencias del hombre. El primer año de camino solo dará diez variantes, el segundo diez mil, el tercero millones y así sucesivamente, con un *crescendo* proporcional al progreso que se manifiesta, como sabemos, por procedimientos extraordinarios.

Estas diferentes comunidades humanas solo tienen una cosa en común, la duración. Al haber nacido sobre *copias* del mismo *tipo original*, cada una escribe su propia copia a su manera. El número de estas historias particulares, por grande que sea, es siempre un número *finito*, y sabemos que la combinación primaria es infinita por *repetición*. Cada una de las historias particulares, que representan a la misma *colectividad*, se extrae de miles de millones de *ensayos* similares, y cada individuo, parte integrante de esta comunidad, tiene en consecuencia miles de millones de sosias. Además, cualquier hombre puede aparecer en diversas variantes al mismo tiempo, como resultado de los cambios en la ruta seguida por sus sosias en sus tierras respectivas, cambios que duplican la vida sin afectar a la personalidad.

Condensemose: la materia, obligada a construir solo nebulosas, transformadas después en grupos estelo-planetarios, no puede, a

pesar de su fecundidad, superar un cierto número de combinaciones *tipo*. Cada uno de estos *tipos* es un sistema estelar que se repite sin fin, como única manera de poblar el espacio. Nuestro sol, con su cortejo de planetas, es una de las combinaciones *originales*, y esta, como todas las demás, procede de miles de millones de ensayos. De cada uno de estos ensayos surge de manera natural una tierra idéntica a la nuestra, una tierra-sosias en su constitución material, y que por consiguiente genera las mismas especies vegetales y animales que nacen en la superficie terrestre.

Todas las humanidades, idénticas en el momento de su nacimiento, siguen, cada una en su planeta, el camino trazado por las pasiones, y los individuos contribuyen a modificar este camino por su influencia particular. De esto se deduce que, a pesar de la identidad constante de su comienzo, la humanidad no tiene el mismo personal en todos los globos similares, y que cada uno de estos globos, por así decirlo, tiene su propia humanidad especial, que proviene de la misma fuente, y que parte del mismo punto que las demás, pero que se desvía en el camino por mil senderos para terminar con una vida y una historia diferentes.

Pero el reducido número de habitantes de cada tierra no permite que estas variantes de la humanidad superen un número determinado. Por lo tanto, por muy grande que sea el número de comunidades humanas *particulares*, es *finito*. De ahí que no sea nada comparado con la infinidad de tierras idénticas, fruto de la combinación solar típica, todas las cuales tuvieron, en su origen, las mismas humanidades, aunque luego se modificaran sin cesar. De ello se deduce que cada tierra, al contener una de estas colectividades humanas *particulares*, resultado de incesantes modificaciones, debe repetirse miles de millones de veces para hacer frente a las necesidades del infinito. Por lo tanto, existen miles de millones de tierras, sosias absolutas, personales y materiales, en las que no varía ni una partícula en tiempo ni en lugar, ni por una milésima de segundo, ni por un hilo de araña. En estas variantes terrestres

que son las comunidades humanas, sucede como en los sistemas estelares *originales*. Su número es limitado, ya que dispone de un número *finito* de elementos, los hombres de una tierra, del mismo modo que los sistemas estelares *originales*, tienen un número *finito* de elementos, los cien cuerpos simples. Pero cada variante realiza sus combinaciones miles de millones de veces.

Tal es el destino común de nuestros planetas, Mercurio, Venus, la Tierra, etc., y de los planetas de todos los sistemas estelares *primordiales* o *tipos*. Añadamos que entre estos sistemas, millones se aproximan al nuestro, sin ser *duplicatas*, e incluyen innumerables tierras, no ya idénticas a la que habitamos, sino que mantienen con ella todos los grados posibles de semejanza o analogía.

Todos estos sistemas, todas estas variantes y sus repeticiones forman innumerables series de infinitos parciales, que desembocan en el gran infinito, como los ríos en el mar. Que no se censure a estos globos que caen de la pluma por millares. No es necesario decir aquí: ¿dónde encontrar espacio para tanto mundo? Sino, ¿dónde encontrar mundos para tanto espacio? Se puede apostar sin miedo por el infinito, ya que siempre saldrá ganador.

Las doctrinas, que a veces muestran inclinación a la risa o el llanto, se burlarán tal vez de nuestros infinitos parciales, felicitándonos por haber sacado tanto provecho a una moneda falsa. En efecto, cuando se niega el infinito al espacio, para adjudicarle millones, el proceso parece sencillo. Sin embargo, nada es más simple. Al ser el espacio ilimitado, se le pueden prestar todas las figuras, precisamente porque no tiene ninguna. Antes era una esfera, ahora es un cilindro.

Dividamos un cilindro de madera en diez tablones mediante nueve cortes de sierra perpendiculares a su eje. Dejemos que el pensamiento extienda hasta el *infinito* el perímetro circular de cada uno de estos tablones. Separemos también, en el pensamiento, varios cuatrillones de cuatrillones de leguas. He ahí diez infinitos parciales irrefutables, aunque un poco escasos. Todos los astros resultan-

tes de nuestros cálculos cabrían con comodidad, con sus respectivos dominios, en cada uno de estos compartimentos. Además, nada nos impide yuxtaponer otros y así añadir infinito a voluntad.

Parece claro que estas estrellas aguantarían mal una clasificación por identidad. Las conflagraciones renovadoras se funden y mezclan sin cesar. Un sistema solar no renace, como el ave fénix, de su propia combustión, que sin embargo contribuye a la formación de diferentes combinaciones. Se venga en otra parte, renaciendo de otras volatilizaciones. Siendo los materiales iguales en todas partes —cien cuerpos simples— y siendo lo dado infinito, las probabilidades se igualan. El resultado es la permanencia invariable del conjunto mediante la transformación perpetua de las partes.

Si los susceptibles de lo *indefinido* nos buscan las cosquillas para que les expliquemos la idea de *infinito*, los dirigiremos a los jupiterianos, que sin duda poseen un cerebro más complejo. No, no podemos ir más allá de lo indefinido. Esto ya lo sabemos e intentamos concebir el *infinito* de esta forma. El espacio se suma al espacio y el pensamiento llega a esta conclusión, que es ilimitada. Con toda seguridad, si uno sumara durante miríadas de siglos, el total sería siempre un número finito. ¿Qué demuestra esto? Primero el *infinito*, a partir de la imposibilidad de llegar a su fin, y luego la debilidad de nuestro cerebro.

Sí, después de haber sembrado cifras para provocar risas y levantar hombros, uno se queda sin aliento ya en los primeros pasos en el camino hacia el infinito. Sin embargo, es tan claro como impenetrable, y queda demostrado de forma magnífica en pocas palabras: el espacio lleno de cuerpos celestes, siempre, sin fin. Es muy sencillo, aunque incomprensible.

Nuestro análisis del universo se ha centrado sobre todo en los planetas, único escenario posible para la vida orgánica. Las estrellas han quedado en segundo plano. Esto se debe a que no hay en ellas formas cambiantes, ni metamorfosis. Solo el primer tumulto del fuego colosal, fuente de luz y calor, más tarde su progresiva de-

cadencia, y por fin las gélidas tinieblas. No obstante, la estrella es el foco vital de los grupos formados por la condensación de las nebulosas. Es la estrella quien clasifica y regula el sistema del que es centro. En cada *combinación-tipo* es diferente en tamaño y movimiento. Permanece invariable para todas las repeticiones de este *tipo*, incluidas las variantes planetarias que implican una humanidad.

De hecho, no hay que creer que estas reproducciones de globos terráqueos se puedan crear para complacer a aquellos que los habitan. El prejuicio del egoísmo y la educación que hace que todo gire en torno a nosotros es una tontería. La naturaleza no se preocupa por nosotros. Forma sistemas estelares según los materiales de que dispone. Algunos son *originales*, otros duplicados, fabricados por millones. Ni siquiera hay *originales* propiamente dichos, es decir, primeros en aparecer, sino varios *tipos*, según los cuales se disponen los sistemas.

Que los planetas de estos grupos produzcan o no hombres no es asunto de la naturaleza, que no tiene ninguna preocupación al respecto y hace su trabajo sin preocuparse de las consecuencias. Esta dedica novecientas noventa y ocho milésimas de la materia a las estrellas en las que no crece ni una brizna de hierba ni un ácaro, y el resto, «¡dos milésimas!» a los planetas, la mitad de los cuales, si no más, también prescinden de albergar y alimentar a los bípedos de nuestra clase. Sin embargo, en general, hace las cosas bien. No hay de qué lamentarse. De haber sido más modesta, la lámpara que nos ilumina y calienta nos habría abandonado hace tiempo a la noche eterna, o más bien nunca nos habría permitido siquiera entrar en la luz.

Solo las estrellas podrían quejarse, pero no lo hacen. ¡Pobres estrellas! Su esplendor es puro sacrificio. Productoras y servidoras de la fuerza creadora de los planetas, no la poseen por sí mismas y deben resignarse a su ingrata y monótona vida de antorchas. Poseen el brillo sin el disfrute; tras de ellas se esconden invisibles las realidades vivas. Sin embargo, estas reinas esclavas son de la mis-

ma pasta que sus felices súbditos. Los cien cuerpos simples pagan todos los gastos. Pero ellas solo recuperarán la fertilidad despojándose de la grandeza. Hoy llamas deslumbrantes, un día serán oscuridad y hielo y solo podrán renacer a la vida como planetas, tras el choque que volatilizará al cortejo y a su reina en nebulosa.

Mientras esperan la felicidad de este declive, las soberanas gobiernan sus reinos sin saberlo. Ellas se encargan de la cosecha, nunca de la recolección. Llevan a cabo todas las tareas sin beneficio. Son las únicas dueñas de la fuerza, pero solo la utilizan en provecho de los débiles. ¡Queridas estrellas! Pocos actúan como vosotras.

Concluyamos con la inmanencia de las partes más pequeñas de la materia. Si su duración es de un solo segundo, su renacimiento no tiene límites. El infinito en el tiempo y el espacio no es una prerrogativa exclusiva del universo. También pertenece a todas las formas de la materia, incluso a los microorganismos y al grano de arena.

Así, por la gracia de su planeta, cada hombre posee en el espacio un número infinito de dobles que viven su vida, de la misma forma exacta a como él mismo la vive. Es infinito y eterno en la persona de otros, no solo de su edad actual, sino de todas sus edades. Tiene de forma simultánea, por miles de millones, en cada segundo presente, sosias que nacen, que mueren, otros cuyas edades van, de segundo en segundo, desde su nacimiento hasta su muerte.

Si alguien pregunta a las regiones celestes por su secreto, miles de millones de sus dobles se levantan al mismo tiempo, con la misma pregunta en el pensamiento, y todas estas miradas se cruzan, invisibles. Y no es solo por una vez que estas preguntas silenciosas atraviesan el espacio, sino siempre. Cada segundo de la eternidad ha visto y verá la situación actual, es decir, miles de millones de tierras que se parecen a la nuestra y en las que habitan nuestros sosias personales.

Así, cada uno de nosotros ha vivido, vive y vivirá sin fin, en forma de miles de millones de *alter egos*. Tal y como somos en cada segundo de nuestra vida, así somos estereotipados en miles de millones

de réplicas en la eternidad. Compartimos el destino de los planetas, nuestras nodrizas, dentro de los cuales se desarrolla esta existencia inagotable. Los sistemas estelares nos atraen a su eternidad. Como única organización de la materia, tienen al mismo tiempo su fijeza y su movilidad. Cada uno de ellos no es más que un relámpago, pero estos relámpagos iluminan eternamente el espacio.

El universo es infinito en su conjunto y en cada una de sus fracciones, estrella o mota de polvo. Tal y como es en este mismo momento, así fue y será siempre, sin un átomo ni un segundo de variación. No hay nada nuevo bajo el sol. Todo lo que se hace, se ha hecho y se hará. Y sin embargo, aunque sea el mismo, el universo de hace poco tiempo no es el mismo que el de ahora, ni el de ahora será el mismo que el de dentro de poco; porque no permanece inmóvil y sin cambios. Muy al contrario, está en transformación constante. Todas sus partes se encuentran en continuo movimiento. Destruidas en un punto, se reproducen de forma simultánea en otro lugar, como nuevas individualidades.

Los sistemas estelares terminan, y luego vuelven a empezar con elementos similares unidos por otras alianzas. Se trata de la reproducción incansable de ejemplos similares extraídos de diferentes restos. Es una alternancia, un intercambio perpetuo de renacimientos por transformación.

El universo es a la vez vida y muerte, destrucción y creación, cambio y estabilidad, tumulto y descanso. Se enlaza y desenlaza sin cesar, siempre el mismo, con seres siempre renovados. A pesar de su perpetuo devenir, es un molde de bronce que crea una y otra vez el mismo resultado. En conjunto y en detalle, es la transformación y la inmanencia eternas.

El hombre es uno de estos detalles. Comparte la movilidad de la permanencia del gran todo. No hay un ser humano que no haya aparecido en miles de millones de globos terráqueos, devueltos hace tiempo al crisol de la refundición. En vano se remontaría el torrente de los siglos para encontrar un momento en el que no se

haya vivido. Porque el universo no comenzó, y por lo tanto tampoco el hombre. Sería imposible volver a una época en la que todas las estrellas no hubieran sido ya destruidas y sustituidas, y por tanto nosotros tampoco, los habitantes de estas estrellas. En el futuro nunca pasará un momento sin que nazcan, vivan y mueran miles de millones de nosotros. El hombre es, como el universo, el enigma del infinito y la eternidad, y el grano de arena lo es en la misma medida que el hombre.

VIII. RESUMEN

Todo el universo está compuesto por sistemas estelares. Para crearlos, la naturaleza solo dispone de cien cuerpos simples. Y a pesar del prodigioso partido que sabe sacar a sus recursos y la cifra incalculable de combinaciones que estos permiten a su fecundidad, el resultado es obligatoriamente un número finito, como el de los propios elementos. Debido a ello, y para llenar el espacio, la naturaleza debe repetir hasta el infinito cada una de sus combinaciones *originales* o *tipos*.

Todo astro, por lo tanto, existe en número infinito en el tiempo y el espacio, no solo en uno de sus aspectos, sino tal como es en cada segundo de su duración, desde el nacimiento hasta la muerte. Todos los seres de su superficie, grandes o pequeños, vivos o inanimados, comparten el privilegio de esta permanencia.

La Tierra es uno de estos astros. Por tanto, todo ser humano es eterno en cada segundo de su existencia. Lo que escribo ahora en un calabozo del castillo de Taureau, lo he escrito y lo escribiré por toda la eternidad, sobre una mesa, con una pluma, en circunstancias idénticas. Y al igual que yo, todos.

Todas estas tierras se hunden, una tras otra, en las llamas renovadoras para renacer y volver a caer en ellas. El monótono flujo

de un reloj de arena gira y se vacía eternamente. Es lo nuevo siempre viejo, y lo viejo siempre nuevo.

Sin embargo, los curiosos de la vida ultraterrestre pueden sonreír ante una conclusión matemática que les otorga no solo la inmortalidad, sino la eternidad. El número de nuestros sosias es infinito en el tiempo y el espacio. En conciencia, no podemos exigir más. Estos dobles son de carne y hueso, incluso con pantalones y abrigos, con miriñaque y moño. No son fantasmas, son la actualidad eternizada.

Pero aquí hay un gran fallo: no hay progresión. ¡Ay!, son vulgares reediciones, repeticiones. Tanto las copias de mundos pasados como las de los mundos futuros. Solo el capítulo de las bifurcaciones queda abierto a la esperanza. No olvidemos que *todo lo que podríamos haber sido aquí abajo, lo somos en otro lugar*.

Solo nuestros nietos verán el progreso. Tienen más suerte que nosotros. Todas las cosas bellas que verá nuestro globo, nuestros futuros descendientes ya las han visto, las están viendo ahora y las verán siempre en la forma de los sosias que les han precedido y les seguirán. Hijos de una humanidad mejor, ya se han burlado de nosotros y nos han despreciado en las tierras que murieron, nos denigran en las tierras que siguen vivas y de las que ya hemos desaparecido, y nos repudiarán para siempre en las tierras por nacer.

Ellos y nosotros, y todas las huestes de nuestro planeta, renacemos prisioneros del tiempo y del lugar que los hados nos asignan en la serie de sus avatares. Nuestra permanencia es un apéndice de la suya. Solo somos fenómenos parciales de sus resurrecciones. Hombres del siglo XIX, el tiempo de nuestras apariciones está fijado para siempre, y somos siempre los mismos, a lo sumo con la perspectiva de afortunadas variantes. Aquí no hay nada que calme la sed de un cambio a mejor. ¿Qué hacer entonces? No he buscado mi placer sino la verdad. No hay aquí ni revelación ni profecía, sino una simple deducción del análisis espectral y de la cosmogonía de

Laplace. Estos dos descubrimientos nos hacen eternos. ¿Es un regalo del cielo? Aprovechémoslo. ¿Es una ilusión? Resignémonos.

Pero, ¿acaso no es un consuelo saber que estamos siempre, en miles de millones de tierras, en compañía de seres queridos que ya solo son un recuerdo para nosotros? Por otra parte, ¿es un consuelo pensar que hemos saboreado y saborearemos eternamente esta felicidad, bajo la forma de un sosias, de millones de sosias? Pero así somos nosotros. Para muchos espíritus pequeños, esta felicidad por sustitución carece de embriaguez. Frente a todos los duplicados del infinito, preferirían tres o cuatro años de suplemento en la edición actual. Es difícil aferrarse a algo en nuestro siglo de desilusión y escepticismo.

En el fondo, esta eternidad del hombre por los astros es melancólica, y más triste aún lo es esta privación de los mundos hermanos por la barrera inexorable del espacio. ¡Tantos pueblos idénticos que pasan sin haber sospechado su mutua existencia! Sí, bueno. Por fin lo hemos descubierto en el siglo XIX. Pero, ¿alguien nos creerá?

Hasta ahora, el pasado representaba para nosotros la barbarie, y el futuro el progreso, la ciencia, la felicidad. ¡Ilusiones! Este pasado ha visto desaparecer las más brillantes civilizaciones sin dejar rastro en todos nuestros globos sosias, que volverán a desaparecer sin dejar huellas. ¡El futuro verá la ignorancia, la insensatez, la crueldad de nuestras viejas edades en miles de millones de tierras!

En la actualidad, toda la vida de nuestro planeta, desde el nacimiento hasta la muerte, se detalla, día a día, en miríadas de estrellas hermanas, con todos sus crímenes y desgracias. Lo que llamamos progreso se limita a cada tierra y se evapora con ella. Siempre y en todas partes, en el campo terrestre, tiene lugar el mismo drama, la misma puesta en escena en el mismo estrecho escenario: una humanidad ruidosa, encandilada de su grandeza, creyendo ser el centro del universo y viviendo en su prisión como si fuera una inmensidad, presta a hundirse con el globo que ha soportado el peso de su orgullo con la más profunda indiferencia. La misma monotonía, la

misma inmovilidad en las estrellas lejanas. El universo se repite y se agita sin cesar. La eternidad reproduce imperturbablemente las mismas representaciones en el infinito.

NOTAS BIOGRÁFICAS

ALEXANDRE-ALBERT MARTIN, apodado el «obrero Albert», (1815-1895): Hijo de campesinos, ya antes de 1848 se distinguió por sus escritos socialistas. Cuando estalla la Revolución, abandona su trabajo como botonero y se suma a las barricadas. Desde allí es aupado por Louis Blanc al gobierno provisional. Posteriormente fue encarcelado por promover los disturbios del 15 de mayo del 48. Durante la Comuna formó parte de la comisión de barricadas.

FRANÇOIS ARAGO (1786-1853): Matemático y astrólogo. De ideas republicanas, como político llegó a ostentar el cargo de jefe de gobierno de la República francesa, puesto al que renunció tras los sucesos de 1848. A partir de esa fecha, y hasta su muerte, continuó dirigiendo el famoso «Observatorio» de París.

ARMAND BARBÈS (1809-1870): Político socialista y republicano. Fundó varias sociedades revolucionarias, entre ellas la de las Familias, donde encontró a Blanqui, con el que colaboraría en la insurrección de 1830. Barbès sería encarcelado, y más tarde ambos romperían entre sí con extrema violencia. Como republicano moderado, fue elegido diputado en las elecciones de abril de 1848 y se unió al golpe de Estado de mayo, tras cuyo fracaso fue detenido. En 1854 fue indultado y se exilió por propia voluntad a Países Bajos, donde murió.

FÉLIX BARTHE (1795-1863): Político conservador. Fue diputado de 1830 a 1834, período durante el cual presentó la ley sobre la censura y las asociaciones políticas. Con posterioridad estuvo al frente de diversos ministerios, fue senador y primer presidente del Tribunal de Cuentas.

FRANÇOIS ACHILLE BAZAINE (1811-1888): Mariscal francés. Después de una exitosa carrera militar, su reputación quedó marcada por su desastrosa actuación en la guerra franco-prusiana, en la que a pesar de estar a las órdenes del mayor contingente de tropas francesas, se negó a defender la República y negoció por su cuenta con los prusianos la rendición. Esta iniciativa le valió ser condenado a

muerte, pena que le fue conmutada. En 1874 escapó de prisión y huyó a España, donde años más tarde fue víctima de un atentado que le causó la muerte.

OTTO VON BISMARCK (1815-1898): Estadista y político alemán, artífice de la unificación alemana. En 1847 entró a formar parte del parlamento prusiano, en el que pronto se convirtió en líder del ala conservadora. Hábil negociador, manipuló a la diplomacia francesa para lograr que Francia declarase la guerra a Prusia en 1870. La aplastante victoria que obtuvo le permitió proclamar el Imperio alemán en el palacio de Versalles. Tras esta hazaña, permaneció diecinueve años en el poder, desde el que llevó a cabo una férrea política conservadora.

LOUIS BLANC (1811-1882): Político e historiador socialista francés. Está considerado como uno de los precursores de la socialdemocracia. Participó en el gobierno provisional de 1848, después de cuya caída tuvo que exiliarse. Durante la Comuna fue elegido miembro de la Asamblea Nacional, desde donde intentó influir en las decisiones de los comuneros. Suya es la frase: «De cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades».

CHARLES DENIS BOURBAKI (1816-1897): General de gran prestigio, labrado en la guerra de Crimea. Durante la guerra franco-prusiana, Napoleón III le confió el mando de la Guardia Imperial. En ese puesto acumuló errores y los prusianos, mediante un burdo engaño, lo hicieron viajar a Inglaterra. Al mando del Ejército del Este fue obligado a huir y a cruzar la frontera suiza, donde intentó suicidarse. En 1885 se presentó candidato a senador, sin éxito.

FRANCK PAUL FRANÇOIS ÉMILE CARRÉ, también conocido como Franck-Carré (1800-1862): Magistrado y político francés. Partidario de la Monarquía de Julio, se convirtió en fiscal de París y, en 1836, fue nombrado consejero general del Tribunal de Casación. Fue el primer presidente del Tribunal de Apelación de Ruán en 1841 y miembro de la Cámara de Pares.

ANTOINE CHANZY (1823-1883): General de gran prestigio militar, de tendencia republicana y conservadora. Suya fue la responsabilidad militar de la derrota de Le Mans en enero de 1871. El día que se declaró la Comuna fue detenido en París y condenado a muerte, aunque más tarde fue liberado con la condición de no luchar contra los comuneros, promesa que en efecto cumplió. En 1875 fue nombrado senador vitalicio.

ADOLPHE CRÉMIEUX (1776-1880): Político republicano. En 1848 fue elegido por los diputados para ser ministro de Justicia, cargo en el que logró abolir la pena de muerte por causas políticas. También apoyó la supresión de la esclavitud en las colonias. En 1870 participó en el gobierno provisional de la República.

PIERRE CHARLES DEJEAN (1807-1872): General y político. Ministro de Guerra interino de julio a agosto de 1870 en el Gobierno de Émile Ollivier, en sustitución del mariscal Le Boeuf, que había sido destinado como mayor general al Ejército del Rin.

FÉLIX DUPANLOUP (1802-1878): Sacerdote, teólogo y escritor. Fue nombrado obispo de Orleans y miembro de la Academia Francesa. Su particular carácter y visión reaccionaria provocó que el pueblo le dedicara la satírica y obscena canción titulada *Le Père Dupanloup*.

JACQUES-CHARLES DUPONT DE L'EURE (1767-1855): Miembro del partido republicano. Participó en la revolución de 1830, fue ministro de Justicia y en 1848 fue nombrado presidente del gobierno provisional.

CLÉMENT AIMÉ JEAN DUVERNOIS (1836-1879): Periodista y político. A pesar de venir del republicanismo, tras su conversión al bonapartismo se convirtió en uno de los favoritos de Napoleón III. En agosto de 1870 fue nombrado Ministro de Agricultura y Comercio, cargo que ocupó hasta septiembre de ese mismo año.

LOUIS LÉON CÉSAR FAIDHERBE (1818-1889): Militar, administrador colonial y político. En 1870 Gambeta lo puso al mando del Ejército del Norte. Fracasó en la batalla de Villers-Bretonneux, en la batalla de Hallue y en la de Bapaume, y fue incapaz de evitar la incursión alemana hacia París tras la derrota francesa en la batalla de Saint-Quentin.

JULES FAVRE (1809-1880): Político republicano. Se opuso a la guerra con Prusia y después del desastre de Sedán exigió la caída del emperador. Fue vicepresidente del gobierno del general Trochu y estuvo encargado de negociar la rendición con Prusia, labor en la que cometió irreparables errores que lo desacreditaron gravemente.

FERDINAND FLOCON (1800-1866): Radical miembro de la Montaña en 1848. Tras la revolución cambió de bando y apoyó la represión y la deportación de los sublevados. Para Marx, que fue amigo suyo, representó el típico ejemplo de político pequeño burgués que traicionó a los trabajadores.

LÉON GAMBETTA (1838-1882): Político republicano, se opuso al Imperio de Napoleón III. Diputado por Belleville a partir de 1869, defendió el sufragio universal, la supresión de los ejércitos permanentes y la separación entre Iglesia y Estado. Durante el sitio de París fue ministro del Interior y de la Guerra. Se posicionó en contra de la paz firmada por Jules Favre, y por ello abandonó Francia. A su regreso continuó ocupando puestos de relevancia y siguió defendiendo ideas democráticas y anticlericales.

HENRI JOSEPH GISQUET (1792-1866): Banquero, industrial, alto funcionario y político francés. A finales de 1833, siendo prefecto de policía de París, promulgó un decreto que prohibía a los vendedores ambulantes de periódicos, publicaciones e impresos vocear en la vía pública escritos no autorizados por la administración. Este decreto fue invalidado por los tribunales, pero el gobierno reaccionó aprobando la ley sobre la censura y las asociaciones políticas.

FRANÇOIS PIERRE GUILLAUME GUIZOT (1787-1874): Historiador y político conservador. Participó en el gobierno durante la monarquía de Luis Felipe de Orleans y fue líder de los doctrinarios. Suyo fue el último y más largo de los gobiernos de la monarquía de Julio.

ALPHONSE MARIE LOUIS PRAT DE LAMARTINE (1790-1869): Poeta, historiador y político. Tras la caída de Luis Felipe de Orleans, fue ministro de Asuntos Exteriores, cargo que le permitió dirigir de facto el gobierno interino de la República, que él mismo proclamó desde el balcón del Hôtel de Ville de París. A pesar de que puso en marcha muchas acciones políticamente avanzadas, su defensa a ultranza del derecho a la propiedad le situó para la historia como liberal moderado.

ALEXANDRE LEDRU-ROLLIN (1807-1874): Político republicano radical. De ascendencia burguesa, participó en la revolución de 1848 y en la II República. En 1850 marchó al exilio, de donde regresaría en 1871 para ser diputado, aunque ya sin relevancia pública.

PIERRE-HENRI LEROUX (1797-1871): Editor, periodista, filósofo y político. De orientación socialista, fue elegido diputado para la Asamblea Constituyente

de 1848, sentándose en los bancos de la Montaña. Después del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, se exilió en la isla de Jersey junto a Victor Hugo. Volvió a París en 1860, donde residió hasta su muerte.

No hay certeza del nombre completo y la fecha de nacimiento de MAILLARD. Sin embargo, sí se sabe que fue encarcelado en 1840 por ser miembro activo del movimiento republicano. En 1848 fundó el Club Republicano de Vèrne, del que fue presidente. Después de las Jornadas de Junio fue deportado a una colonia penal en el norte de África, pero escapó a Barcelona, y desde allí escribió sus cartas a Blanqui, que permanecía preso en Belle-Île.

CHARLES-MARIE-TANNEGUY DUCHÂTEL (1803-1867): Ministro en diversas ocasiones bajo la Monarquía de Julio, y en particular, Ministro del Interior con François Guizot de 1840 a 1848.

ARMAND MARIE FRANÇOIS PASCAL MARRAST (1801-1852): Formó parte de la oposición liberal durante la Restauración y la Revolución de 1830. Participó en el movimiento republicano bajo la Monarquía de Julio. Fue Alcalde de París hasta pocos días antes de las Jornadas de Julio de 1848 y apoyó la represión a los sublevados.

GIUSEPPE MAZZINI (1805- 1872): Político, periodista y activista italiano. Tuvo un destacado papel en el proceso de formación y unificación de Italia, y participó en la proclamación de la República italiana en 1848, entre otras peripecias. Según Marx, las ideas de Manzini se encuadraban en la vieja idea de una república de clase media.

HELMUTH KARL BERNHARD VON MOLTKE (1800-1891): Mariscal de campo alemán, jefe del Estado mayor prusiano durante treinta años, y creador de la nueva forma de dirigir los ejércitos sobre el terreno. Bajo su dirección, Prusia derrotó a Dinamarca en 1864, a Austria en 1866 y a Francia en 1870.

CHARLES FORBES RENÉ DE MONTALEMBERT, CONDE DE MONTALEMBERT (1810-1870): Publicista e historiador, destacado representante del catolicismo liberal. Fue elegido miembro de la Academia Francesa en 1851.

ÉMILLE OLLIVIER (1825-1913): Político y escritor. Fue diputado republicano durante el II Imperio. En 1865 se convirtió en partidario del emperador, quien

en 1869 le encargó la formación de su gobierno, en el que se distinguió, entre otras cosas, por su férrea represión del movimiento obrero.

LOUIS-ANTOINE PAGÈS (también conocido como Garnier-Pagès) (1803-1878): Político conservador. Alcalde de París hasta marzo de 1848. Con posterioridad fue miembro del Gobierno de Defensa Nacional encabezado por Thiers.

LOUIS JEAN-BAPTISTE D'AURELLE DE PALADINES (1804-1877): General francés. En noviembre de 1870 fue puesto al mando del Ejército del Loira por el Gobierno de la Defensa Nacional. Tras unos primeros éxitos, fue derrotado por los prusianos en la Beaune, la Rolande y Orléans. En enero de 1871 fue nombrado jefe de la Guardia Nacional, puesto desde el que combatiría a la Comuna.

ERNEST PICARD (1821-1877): Político republicano. Miembro del Gobierno de Defensa Nacional surgido del 4 de septiembre de 1870. Acudió junto a Jules Favre a negociar la rendición con Bismarck, y más tarde se encargó de recolectar la contribución de guerra entre los banqueros parisinos. Fue ministro de Interior con Thiers, y apoyó la violenta represión de la Comuna. En 1875 fue nombrado senador vitalicio.

ADOLPHE THIERS (1797-1877): Historiador y político. Tras sus inicios como literato e historiador (redactó una famosa *Historia de la revolución francesa*), a partir de 1830 se volcó en el periodismo, y desde allí pasó a la política. En 1871, consumada la derrota ante Bismarck, fue elegido presidente, y dirigió desde Versalles el gobierno de Defensa Nacional que rendiría Francia a los prusianos y combatiría a la Comuna. Su «paz» supuso entre diez mil y treinta mil obreros muertos en las calles de París, y más de siete mil exiliados.

LOUIS JULES TROCHU (1815-1869): Distinguido general del Ejército francés. En 1870 fue nombrado gobernador y comandante de las fuerzas para la defensa de París, cargo del que dimitiría el 22 de enero de 1871 tras una acumulación de errores. En 1872 abandonó la vida política. A tenor de sus declaraciones y su conducta, parece claro que siempre estuvo convencido de que la guerra era una locura y la resistencia de París no tenía la más mínima posibilidad de triunfo.

LOUIS VEUILLOT (1813-1883): Periodista ultracatólico, acérrimo defensor del dogma de la infalibilidad del papa.

ÍNDICE

Prólogo: *A un amigo*, 7

Cronología, 27

Noticia de los textos, 33

Primera proclama, 39

La ley que prohíbe leer al pueblo, 41

Nuestra bandera es la igualdad, 45

La riqueza social debe pertenecer a los que la crearon, 53

Organización de la Sociedad de las Familias, 63

Llamamiento del Comité de la Sociedad de
las Estaciones al pueblo de París, 65

En defensa de la bandera roja, 67

Discurso al gobierno provisional, 69

Las masacres de Ruan. La Sociedad Central Republicana
en el gobierno provisional, 71

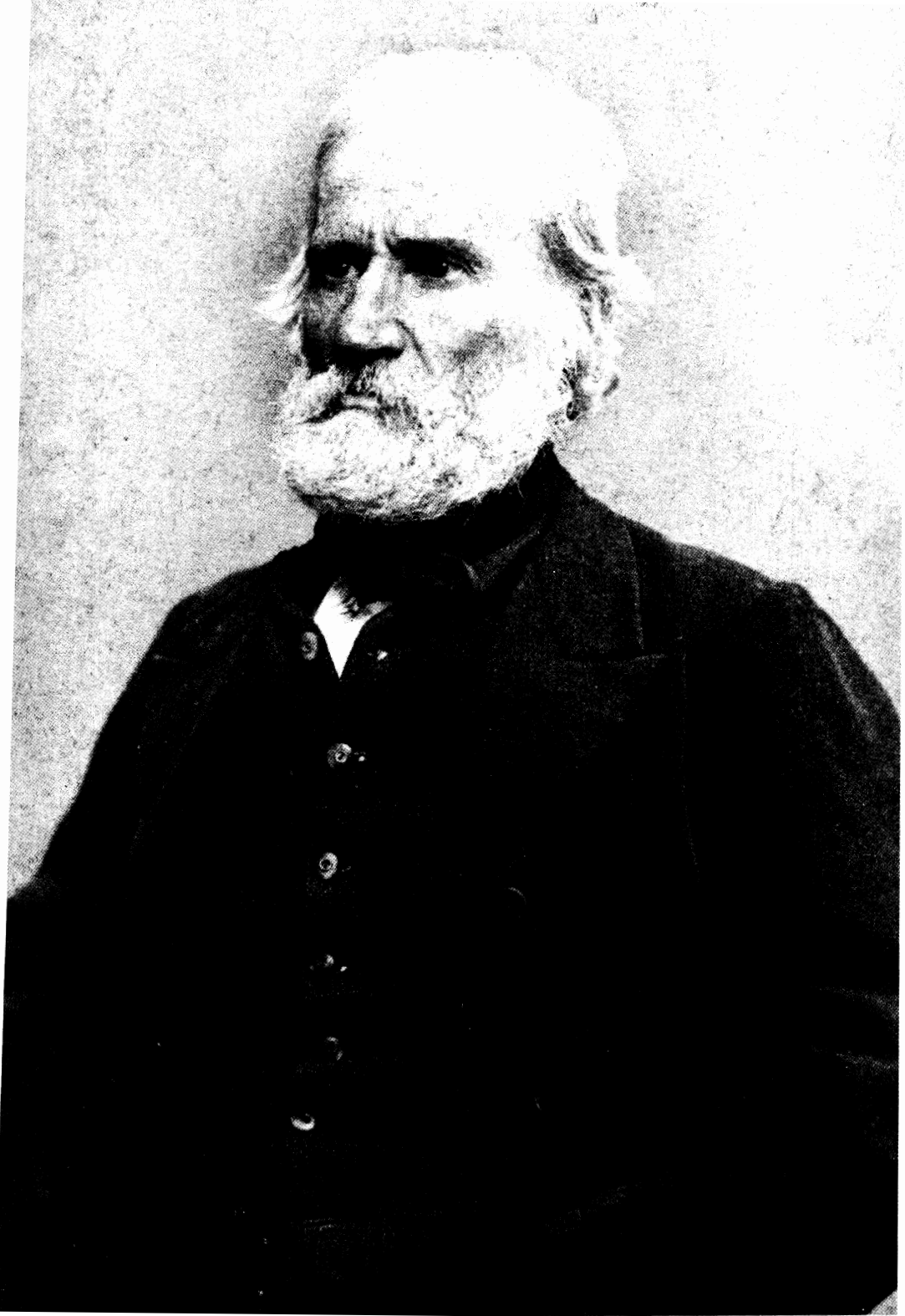
La unión de los verdaderos demócratas, 75

Sobre la revolución, 77

Aviso al pueblo, 79

Sobre el clamor contra el «Aviso al pueblo», 82

Carta a Maillard, 86	
La usura, 99	
El comunismo, futuro de la sociedad, 105	
Medidas inmediatas, 125	
Proyecto de discurso, 136	
<i>Candide</i> , 147	
Instrucciones para tomar las armas, 151	
Esquema del procedimiento a seguir en un levantamiento armado en París, 165	
Una última palabra, 186	
La eternidad por los astros, 209	
Notas biográficas, 269	



MÁS LIBROS:
www.pepitas.net



COMITÉ INVISIBLE

La insurrección que viene

[pepilas ed.]

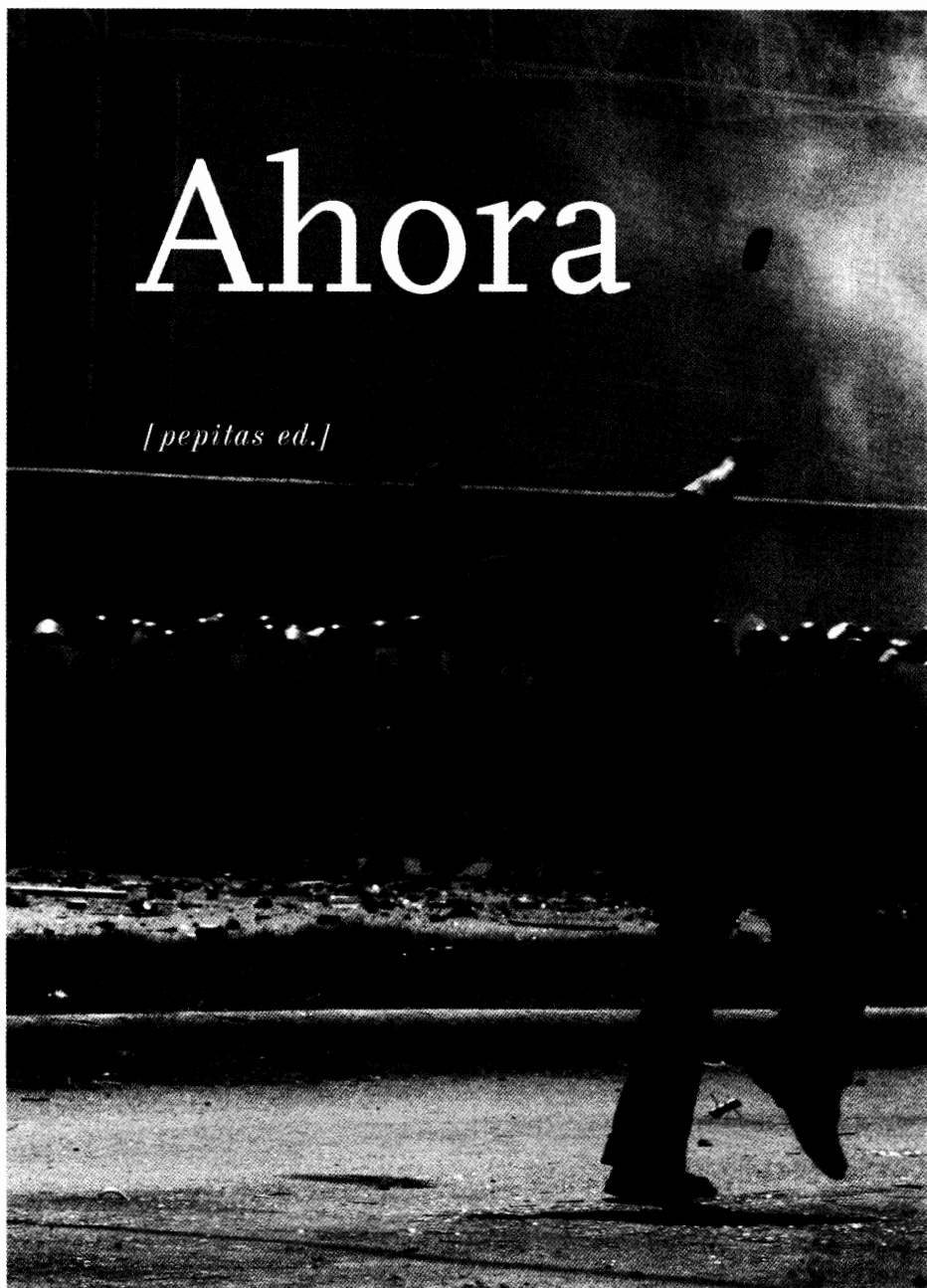
COMITÉ INVISIBLE

A nuestros amigos

[pepitas del sur plus]

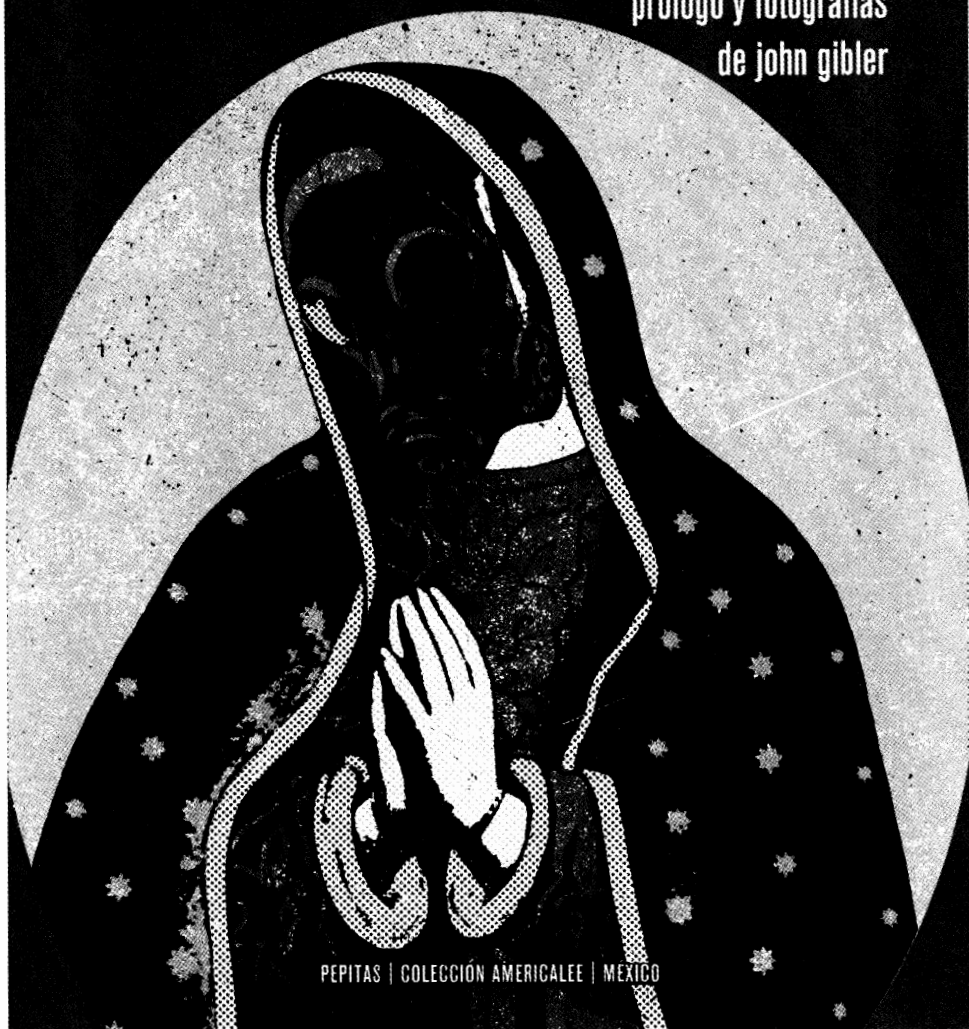
Ahora

[pepitas ed.]



la insurrección transmitida

prólogo y fotografías
de john gibler



PEPITAS | COLECCIÓN AMERICALEE | MÉXICO

Manifiesto conspiracionista

[p e p i t a s e d .]

[...] Todos los textos de Blanqui son *de circunstancia*. Están cargados de las condiciones en las cuales, y contra las cuales, fueron escritos. Ni siquiera *La eternidad por los astros* nos ahorra la mención al castillo del Taureau, en el que estaba preso. De ahí la inexistencia de una *obra* de Blanqui, en el sentido de aquello que recoge la totalidad de un tesoro. De ahí la ausencia de una *doctrina* blanquista, en el sentido en que sí existe una metafísica marxista. «¡Primero un poco de pasión, las doctrinas luego!». Por el contrario, lo que sí hay es un *estilo* blanquista. «Las revoluciones requieren hombres que tengan fe en ellas. *Dudar de su triunfo es ya traicionarlas*. A través de la lógica y la audacia es como se alcanzan y se salvan. Si carecéis de ellas, vuestros enemigos las tendrán por vosotros; solo verán una cosa en vuestras debilidades: la medida de sus fuerzas. Y su coraje aumentará en relación directa con vuestra timidez». Está todo ahí. Blanqui es el inventor del «Ni dios ni amo», es el hombre que escribió «la anarquía *habitual* es el futuro de la humanidad» y el autor de un alegato contra el mutualismo y a favor de la asociación integral titulado «El comunismo, futuro de la sociedad». Buscad alguna ortodoxia en ellos. [...]

La víspera de la proclamación de la Comuna de París, el gobierno reaccionario de Versalles hizo detener a Auguste Blanqui y rechazó la oferta de canjearlo por setenta y cuatro rehenes. Para Thiers, devolver a Blanqui suponía otorgar a la insurrección «la fuerza de todo un ejército».

Auguste Blanqui imprimió el sello de su visión política a toda una época. Lo hizo desde las alcantarillas de París y desde un buen número de prisiones, y su mensaje alcanzó —literalmente— los confines del universo. Agitador, creador de sociedades secretas, arquitecto de revueltas, fundador de periódicos, teórico del socialismo... La historia de los movimientos revolucionarios franceses es incomprensible sin su figura, que provocaba por igual el entusiasmo de sus partidarios y el terror de sus enemigos, y que creó un prototipo de revolucionario integral con el que tuvieron que medirse todos los que llegaron después.

La presente edición, que se abre con el prólogo redactado para la edición francesa por varios agentes del Partido Imaginario, que lo han revisado para esta ocasión, recoge una selección de los textos más representativos de este complejo personaje, entre los que destaca su manual de lucha insurreccional callejera titulado «Instrucciones para tomar las armas» y el que quizá sea su texto más bello e inspirado: «La eternidad por los astros».

Pepitas (359) · Ensayo, 117

ISBN: 978-84-18998-71-3



IBIC: HPS · HPC · JPFC · DQ
· JPLM
PVP: 22,50 €